UNA INVESTIGACIÓN DEL INSPECTOR BANKS

PETER ROBINSON

LA COLINA DE LOS CUERVOS



JENTAS

La colina de los cuervos

La colina de los cuervos
Título original: A Dedicated Man
© 1988 by Peter Robinson. Reservados todos los derechos.
© 2025 Skinnbok ehf.. Reservados todos los derechos.
ePub: Skinnbok ehf.

ISBN: 978-9979-64-789-8

UNO

I

El sol se elevó hasta reflejarse en los techos de pizarra al otro lado de la calle, se coló por un resquicio en las cortinas y encendió el mechón de cabello dorado que caracoleaba sobre la mejilla de la joven. Sally soñaba. Minotauros, empleados de banco, gacelas y gnomos retozaban en los establos, dúplex y palacios góticos de sus sueños. Pero cuando despertó unas horas más tarde, lo único que consiguió evocar fue la turbadora imagen de un gato paseándose de puntillas por un muro coronado de vidrios rotos. Sueños. Por lo general los ignoraba. No tenían nada que ver con la otra clase, los sueños más importantes, esos en los que podía perderse aun despierta. En ésos, ella pasaba sus exámenes y era aceptada en la Academia de Artes Escénicas Marion Boyars. Después estudiaba actuación, modelado y técnicas maquillaje, pues ella era lo bastante realista para saber que si carecía del talento dramático de Kathleen Turner y Jessica Lange, al menos podría llegar a transitar las bambalinas del mundo del glamur.

Cuando Sally finalmente se movió, el rayo de sol se había desplazado hasta el suelo, proyectando una franja de luz sobre la pila de ropa desordenada que yacía junto a la cama desde la noche anterior. Oyó el tintineo de platos y cubiertos en la cocina, y el suculento aroma a rosbif que subió flotando hasta su habitación. Se puso en pie. «Lo políticamente correcto», se dijo, «es bajar tan pronto como pueda y echar una mano con las verduras antes de que el grito de mi madre —'¡La comida está servida!'— me crispe los nervios.» Al mostrarse dispuesta a ayudar, evitaría que sus padres investigaran a fondo por qué había llegado tan tarde la noche anterior.

Sally se observó en el espejo de cuerpo entero de su viejo ropero de roble. Aunque aún le quedara un poco de gordura infantil en torno a caderas y muslos, ésta pronto se iría. «En general», admitió,

«tengo un buen tipo.» Sus pechos eran perfectos. Como es lógico, la mayoría de la gente halagaba su larga y sedosa melena, pero ellos no habían visto sus pechos. Kevin sí. Justamente ayer por la noche se los había acariciado y le había asegurado que eran perfectos. La noche anterior casi lo habían hecho; Sally sabía que la próxima vez llegarían hasta el final. Ella lo ansiaba con una mezcla de miedo y deseo que, por lo que había leído en revistas y libros, pronto se fundirían en un éxtasis de ardor amoroso y añoranza.

Se tocó el pezón con la punta del dedo y sintió un cosquilleo en las entrañas. El pezón se endureció, y con el rostro ardiendo Sally se alejó del espejo y empezó a vestirse.

Kevin sabía lo que hacía. Desde el comienzo del verano había jugado delicadamente con los límites del deseo, sabía cómo ponerla a cien. Poco a poco había ido ampliado la frontera y muy pronto todo el territorio le pertenecería. A pesar de ser tan joven, sabía instintivamente cómo satisfacerla. Igual que lo haría un hombre mayor, imaginó Sally.

Incluso creía amarlo un poco. Pero si de pronto apareciera alguien más maduro, más rico, más sofisticado, alguien que se sintiera en su salsa en las ciudades más trepidantes y emocionantes del mundo, pues... Al fin y al cabo, en el fondo Kevin no era más que un chico de granja.

Ataviada con vaqueros de diseño y una sencilla camiseta blanca, Sally descorrió las cortinas. Cuando sus ojos se hubieron acostumbrado al resplandor, contempló una típica mañana de Swainsdale. Unas pocas nubecillas aborregadas —una con forma de oso de peluche, otra con forma de cangrejo— cruzaban raudas el profundo azul del firmamento empujadas por una brisa ligera. Ella miró hacia el norte: la ancha pendiente del valle, los verdes prados interrumpidos aquí y allá por oscuras zonas de brezos y afloramientos de piedra caliza, el alto y escarpado talud de Crow Scar... y entonces se percató de algo muy extraño. Al principio no consiguió distinguir qué era. Luego forzó la vista, la enfocó de nuevo y vio cinco o seis puntitos azules que se movían en formación en lo alto de la pendiente que se extendía por encima del antiguo camino. Sally se tocó los labios, pensó unos instantes y frunció el entrecejo.

II

A quince kilómetros de allí, en Eastvale, la ciudad más grande del valle, alguien más se estaba preparando para una suculenta cena de domingo con rosbif y budín de Yorkshire. El inspector jefe Alan Banks estaba tumbado sobre su estómago en el cuarto de Brian, observando cómo el tren eléctrico zumbaba al dibujar las curvas y atravesar los puentes, pasos a nivel y montañas de cartón piedra; Brian, por su parte, se encontraba montando su bicicleta en el parque local. Hacía ya tiempo que Banks no fingía jugar a los trenecitos por amor a su hijo, y admitía abiertamente que ese esparcimiento le relajaba aún más que un baño caliente.

Oyó sonar el teléfono en el vestíbulo, y unos segundos más tarde su hija Tracy dijo a voces:

—¡Es para ti, papá!

Banks bajó las escaleras a toda prisa, el aroma que le llegaba desde la cocina le hacía la boca agua. Le dio las gracias a Tracy y levantó el auricular. Era Rowe, el sargento de guardia de la Jefatura Regional de Eastvale.

—Lamento molestarle, inspector —empezó diciendo Rowe—. Acabamos de recibir una llamada del agente Weaver, de Helmthorpe. Esta mañana un granjero de la zona encontró un cuerpo en uno de sus campos.

—Continúa —le urgió Banks, poniendo en funcionamiento al policía profesional que había en él.

—El granjero dice que estaba buscando ovejas perdidas y se topó con el cuerpo enterrado junto a una cerca. Weaver dice que movió una o dos piedras y que sin duda se trata de un cadáver. Parece que alguien le partió la crisma.

Banks sintió en su estómago el nudo que siempre acompañaba la noticia de un homicidio. Hacía un año había pedido el traslado desde Londres, asqueado por la espiral de violencia sin sentido de la capital, pero el caso de Gallows View le había hecho ver que la violencia podía ser igual de horrible en el norte. Lo ocurrido les había dejado a él y a Sandra exhaustos emocionalmente, pero desde

entonces las cosas se habían calmado. Banks sólo había tenido que lidiar con un par de robos con escalo y un caso de fraude, lo que realmente le había llevado a creer que en Eastvale los asesinatos, los fisgones y los adolescentes violentos más bien eran la excepción y no la regla.

—Dile al agente Weaver que vuelva con todos los hombres que pueda reunir y que acordone el lugar. Quiero que peinen la zona de forma sistemática, pero que nadie se acerque a más de diez metros del cadáver. ¿Está claro?

Lo último que necesitaba Banks eran diez polis pisoteando los pocos metros cuadrados donde era más probable hallar pruebas.

—Diles que metan en sobres y etiqueten todo lo que encuentren —continuó—. Seguramente conocen el procedimiento, pero nunca está de más recordárselo. Y cuando digo «todo», quiero decir TODO. Condones usados y demás. Ponte en contacto con el sargento de detectives Hatchley y con el doctor Glendenning, y diles que se dirijan hacia allí inmediatamente. También necesitaré al fotógrafo y al equipo forense. ¿Entendido?

—Sí, inspector —repuso Rowe. El sargento sabía que Jim Hatchley se encontraría en The Oak disfrutando de su pinta del mediodía, y que a Banks le producía una gran satisfacción interrumpir ese placer.

—Supongo que ya habrás informado al comisario...

—Sí, inspector. Fue quien me dijo que lo llamara a usted.

—No me sorprende —se quejó Banks—. Por qué iba a querer perderse él «su cena» del domingo.

Pero su tono dejaba entrever humor y afecto. De todos sus nuevos colegas, fue el comisario Gristhorpe quien más apoyo y aliento le había brindado durante la difícil transición de la ciudad a la campiña.

Banks colgó y se puso su gastada cazadora marrón con coderas. Era un tipo enjuto, de pelo oscuro, con ese aspecto que tenían los galeses provenientes de la vieja raza celta. Su físico no delataba en absoluto su profesión.

Sandra, su esposa, surgió de la cocina justo cuando él estaba a punto de marcharse.

—¿Qué ocurre?

—Un asesinato, por lo visto.

—Entonces no cenarás con nosotros —dijo ella limpiándose las manos en el delantal azul de cuadros.

—No va a poder ser. Lo siento, cariño.

—Y supongo que no tiene sentido mantenerte la cena caliente.

—Yo diría que no. Pillaré un bocadillo por ahí. —Le dio un beso rápido en los labios—. No te preocupes. En cuanto sepa de qué se trata te llamo.

Banks enfiló su Ford Cortina blanco hacia el oeste por el lecho del valle, paralelo a la ribera. Por su jerarquía le correspondía un vehículo policial con chofer, pero a él le gustaba conducir, y se encontraba muy bien solo cuando se trasladaba de una pesquisa a otra. Una generosa paga por kilómetros recorridos le compensaba ampliamente el gasto que suponía utilizar su propio vehículo.

Con un ojo en la carretera y una mano en el volante, revisó la desordenada pila de cintas que cubría el asiento del acompañante. Escogió una y la introdujo en la pletina.

Pese a haber jurado que su pasión operística no había disminuido durante el invierno, tenía que admitir que su gusto había virado hacia el mundo de la música vocal y coral inglesa. Fue un cambio que Sandra apoyó con todo su corazón, a ella nunca le había gustado demasiado la ópera y Wagner fue la gota que colmó el vaso. Él por fin se dio por enterado cuando ella llegó al extremo de atacar una de las cintas con un imán. Era la que incluía la «Marcha fúnebre de Sigfrido», recordó Banks con amargura. Y mientras Ian Partridge cantaba «I Saw My Lady Weepe» de Dowland, el inspector siguió su camino.

Al igual que otros valles más impresionantes y famosos de Yorkshire, el valle Swain corre de oeste a este y tuerce ligeramente hacia el sur, hasta que el humilde curso del río desemboca en el Ouse. El río nace en las proximidades de Swainshead, en la cima de los páramos altos de Pennine, en forma de simple arroyuelo de aguas burbujeantes y cristalinas. Pero al fluir barranco abajo abriéndose camino hacia el Mar del Norte ha formado, con la ayuda de glaciales y fallas geológicas, un extenso y hermoso valle que se va ensanchando a medida que se aproxima al Valle de York. Dominada por su castillo normando, Eastvale, la ciudad principal,

está situada en el extremo este del valle, como si vigilara la rica y fértil planicie. En un día despejado, se pueden divisar las estribaciones de Hambleton Hill y los páramos del Norte de York.

Reparó en Lyndgarth, ubicada al norte sobre la ladera del valle, próxima a las oscuras ruinas de la Abadía de Devraulx. Atravesó la pacífica aldea de Fortford, donde todavía se estaban excavando los restos de un fuerte romano en un altozano al otro lado del prado comunal, y un poco más adelante, en lo alto y a su derecha, divisó la brillante curva de piedra caliza de Crow Scar. Al aproximarse se percató de que los policías locales inspeccionaban un campo delimitado por irregulares cercados de piedra. La piedra caliza refulgía bajo el sol y los cercados resaltaban contra la hierba como collares de perlas sobre un cojín de terciopelo verde esmeralda.

Para llegar a la escena del crimen Banks tuvo que atravesar Helmsthorpe, una aldea comercial ubicaba en medio del valle, girar a la derecha en el puente y tomar Hill Road, después volver a girar a la derecha y tomar un camino estrecho que serpenteaba en dirección noreste, y entonces subir hasta la mitad de la ladera. Era un milagro que aquel camino no se hubiese asfaltado. Probablemente era para frenar el turismo, supuso Banks, y reflexionó tristemente sobre cuánto sufrirían sus neumáticos.

Estaba más habituado a moverse en la ciudad que por el campo. Al escalar la pared baja se raspó la rodilla y más adelante tropezó con las abultadas matas de hierba del prado. Sin aliento ya, llegó hasta donde un uniformado —presumiblemente el agente Weaver— hablaba con un granjero viejo y enjuto a unos cincuenta metros ladera arriba.

El cadáver estaba junto al cercado que corría de norte a sur, apenas cubierto con tierra y piedras.

Casi todo lo que lo cubría había sido retirado y ya se lo podía reconocer como el hombre que era. Tenía la cabeza ladeada y, al arrodillarse junto a él, Banks notó que la mata de pelo de la nuca estaba manchada de sangre. La impresión le revolvió el estómago pero la controló, y enseguida empezó a apuntar en su mente los detalles del lugar del crimen. Se puso de pie y le asombró el

contraste entre aquel día bello y sereno y el cadáver que yacía a sus pies.

—¿Han tocado algo? —preguntó a Weaver mientras volvía a levantar la pierna para salir de la zona acordonada.

—No mucho, inspector —repuso el agente.

El joven estaba pálido y su aliento acre indicaba que había vomitado al otro lado del muro. «No hay nada de extraño en eso», pensó Banks, «tal vez sea el primer cadáver que ve.»

—Éste es el señor Tavistock —dijo el joven, señalando hacia el granjero de grandes patillas—. Dice que sólo movió las piedras que cubrían la cabeza porque quería ver qué era lo que escarbaba su perro con tanto ahínco.

Banks echó un vistazo a Tavistock, cuya adusta expresión delataba a un hombre acostumbrado a la muerte. Ex combatiente, más que seguro, y lo bastante viejo para haber participado en dos guerras mundiales.

—Andaba buscando una de mis ovejas y vi que el cercado estaba dañado, creí que se había derrumbado —comenzó a decir Tavistock con un fuerte acento de Yorkshire. Luego hizo una pausa y se frotó su barbilla entrecana—. Pero los cercados Bessthwaite no se derrumban. Éste lleva aquí desde mil ochocientos treinta... desde mil ochocientos treinta. El caso es que el viejo Ben, mi perro, empezó a escarbar. Al principio no le presté atención, pero luego... —y se encogió de hombros como si añadir algo más fuese innecesario.

—¿Qué hizo usted cuando descubrió lo que era? —preguntó Banks.

Tavistock se rascó el cuello, rojizo y arrugado, y lanzó un escupitajo a la hierba.

—Le eché un vistazo y nada más. Pensé que era una oveja muerta, a veces ocurre que las matan. Luego salí corriendo para casa —y señaló una casa a unos ochocientos metros de distancia—, y llamé al joven Weaver.

Banks dudó de que Tavistock hubiese corrido tanto como decía, pero se conformó con que el anciano hubiera reaccionado rápidamente. Banks le dio la espalda y dio instrucciones al fotógrafo y al equipo de peritos, después se apoyó sobre el cálido muro de

piedra, se quitó la cazadora y dejó que los cerebritos del equipo forense hicieran su trabajo.

III

Sally golpeó los cubiertos contra la mesa y chilló a su padre:

—¡Que salga a dar una vuelta con un chico no significa que sea una golfa ni una mujerzuela ni ninguna de esas cosas!

—¡Sally! —intervino la señora Lumb—. Deja de gritarle a tu padre. Eso no fue lo que quiso decir y tú lo sabes.

—Pues así me ha sonado a mí —dijo Sally con mirada desafiante.

—Sólo intentaba advertirte de que tienes que tener cuidado —prosiguió la madre—. A veces los chicos quieren aprovecharse, especialmente de una chica guapa como tú —remató con una mezcla de orgullo y temor.

—No tenéis por qué tratarme como a un bebé, ya tengo dieciséis —dijo Sally; miró a su madre con lástima, después a su padre con expresión torca y finalmente volvió a concentrarse en su rosbif.

—Pues hasta que cumplas los dieciocho vas a hacer lo que se te ordene —dijo el señor Lumb—. Es la ley.

Para Sally, el hombre que tenía enfrente era el origen de todos sus problemas y, por supuesto, Charles Lumb daba perfectamente la talla para el papel que su hija le había asignado: el de un palurdo estrecho de miras y chapado a la antigua, cuyo argumento fundamental contra todo lo que fuera nuevo o interesante era: «Si fue bueno para mi padre y para el padre de mi padre, ha de ser bueno para ti, jovencita». El hombre tenía un ramalazo conservador, lo cual era de esperar en alguien cuya familia había vivido en la zona durante más generaciones de las que nadie alcanzaba a recordar. Como buen tradicionalista, Charles Lumb solía decir que el valle que él había conocido y amado tanto estaba muriendo. Sabía que la única oportunidad de los jóvenes era largarse, y eso le entristecía. Tenía la certeza de que pronto incluso los habitantes de las aldeas de los valles serían propiedad de Patrimonio Nacional, el Legado de Inglaterra o la Sociedad Aire Libre, organizaciones que velaban por la preservación del patrimonio cultural y los espacios naturales de

especial interés. Y así, como si fueran criaturas de zoológico, les asignarían un sueldo por interpretar sus antiguas y pintorescas costumbres, como si formaran parte de una suerte de museo viviente. A Lumb, que trabajaba en la granja lechera local y cuyo padre había sido carpintero, le resultaba difícil ver todo aquello de manera distinta. Las antiguas profesiones se estaban extinguiendo porque resultaban poco rentables: sólo al turismo le interesaba mantener vivos al tonelero, al herrero y al carretero del pueblo.

Lamb era un hombre de Yorkshire de pura cepa, y por tanto tendía a acosar y a burlarse. Lo que ocurría era que a su hija Sally, una chica joven y ambiciosa, no le costaba nada tomarse en serio semejantes opiniones. Con un tono deliberadamente inexpresivo soltaba los comentarios más injuriosos sobre los intereses y sueños de ella, tanto que no se hubiera podido culpar a nadie por no captar el humor y la tomadura de pelo bienintencionados que ocultaban. Si él hubiera sido menos sarcástico y su hija menos egocéntrica, quizá ambos se hubieran dado cuenta de que se querían muchísimo.

Sin embargo, la realidad era que Charles Lumb hubiera querido hallar en su hija un poco más de sentido común. No cabía duda de que era una chica brillante, que le sería muy sencillo ser admitida en la universidad y convertirse en médico o abogado. «Puñeteramente más sencillo de lo que hubiera sido en mis tiempos», reflexionó el padre. Pero no, estaba empeñada en ir a esa maldita academia, y por más que él lo intentaba, no conseguía verle la utilidad a aprender a maquillar caras y pasearse exhibiendo bañadores. Si él creyera que su hija era capaz de llegar a ser una gran actriz, entonces quizá le hubiera brindado un apoyo mayor. Pero no lo creía. Quizá el tiempo le demostrara que estaba equivocado. Ojalá. Con verla en la televisión bastaría.

Tras varios minutos de enfurruñamiento, Sally decidió cambiar de tema.

—¿Habéis visto a todos esos hombres en la loma? —dijo—. Me pregunto qué harán...

—No me sorprendería que anduvieran buscando algo —respondió el padre secamente, no del todo recuperado de la discusión.

—A mí me parecen policías —dijo ella ignorándolo—. Si hasta se ve

cómo brillan los botones de sus uniformes. Después de cenar iré a echar un vistazo. Ya se ha empezado a acumular gente en los márgenes del camino.

—Pues asegúrate de regresar antes de medianoche —le advirtió su madre. Aquello aligeró un poco el ambiente, y la familia disfrutó en paz lo que quedaba de la cena.

Sally trepó por la colina hasta el camino y giró a la derecha después de pasar las casas. Al tiempo que apuraba el paso, bailaba y arrancaba puñados de hierba seca que luego arrojaba al aire.

Varios coches bloqueaban el camino que bordeaba el campo, y lo que desde la distancia parecía ser un gentío resultó ser algo así como una docena de turistas curiosos, con sus cámaras, mochilas y botas de excursionismo. Sally sabía que a pesar de los cercados que cruzaban el paisaje dándole una apariencia ordenada, todo aquello era campo abierto, casi páramo. Aquellos muros de piedra eran antiguos, sólo los granjeros recordaban quién los había levantado.

Sally no recordaba haber visto tanta actividad en un lugar aislado como aquel prado. Hombres uniformados gateaban por la hierba salvaje, y el segmento de muro en cuestión había sido acordonado con estacas y un tramo de cuerda. Dentro de aquel círculo encantado se encontraban tres hombres; uno con una cámara fotográfica, otro con un maletín negro que parecía al mando del cotarro y un tipo menudo y enjuto con una cazadora marrón echada encima del hombro. La visión de Sally era tan aguda que en la distancia llegó a distinguir las manchas de sudor que éste tenía en los sobacos.

Preguntó al excursionista de mediana edad que estaba a su lado a qué se debía tanto barullo. El hombre le contestó que creía que se trataba de un asesinato. «Claro que sí», pensó Sally. Había visto despliegues similares en la tele. ¿Cómo no se había dado cuenta?

IV

Banks se volvió y echó un vistazo hacia el camino. Había notado un movimiento, un destello, pero sólo se trataba del sol reflejándose en la melena de una joven rubia. El doctor Glendenning, el alto y

canoso patólogo, ya había terminado de sacudir extremidades y de insertar su termómetro en distintos orificios. Ahora, mientras de su boca colgaba un cigarrillo, mascullaba sobre lo cálida que había sido la noche y apuntaba sus observaciones en una libretita roja.

De nada había servido, pensó Banks mientras hacía una panorámica de los curiosos, que dos de los peritos del equipo ya hubieran revisado el margen del camino. No habían encontrado nada, ni huellas de derrapes sobre el asfalto ni huellas claras de pisadas en el césped del arcén. Sin embargo daba la impresión de que alguien había arrastrado algo colina arriba desde el camino.

Glendenning confirmó que la víctima había sido asesinada en otro sitio y abandonada en aquel lugar desolado. Eso les traería problemas. Si no tenían ni idea de dónde habían matado a aquel hombre, no sabrían dónde empezar a buscar al asesino.

El doctor siguió divagando y haciendo ajustes en su columna de cifras. Banks respiró el aire fresco y le volvió a sobrevenir la sensación de que el día era demasiado soleado y el lugar demasiado bonito para ocuparse de un asunto tan desagradable. Incluso el joven fotógrafo, Peter Darby, dijo, mientras disparaba sobre el cadáver desde todos los ángulos imaginables, que hubiera preferido pasar un día como aquél tomando fotografías de las cascadas de Rawley Force con largos tiempos de exposición, o haciendo tomas con su lente macro y rezando para que una abeja o una mariposa se detuvieran lo suficiente sobre los pétalos para permitirle enfocar y disparar. Banks sabía que Peter ya había fotografiado cadáveres y estaba acostumbrado a tan desagradable experiencia. Aun así, cascadas y mariposas eran como el día y la noche comparadas con la tarea que ahora le ocupaba.

Glendenning alzó la vista de su libreta y entrecerró los ojos por el sol. Un centímetro de ceniza cayó lentamente hasta el suelo, y Banks se preguntó si el doctor también iba dejando caer la ceniza de sus pitillos dentro de la incisión mientras diseccionaba. Como es lógico, fumar en la escena de un crimen está totalmente prohibido, pero nadie se atrevió jamás a mencionárselo a Glendenning.

—La de ayer fue una noche cálida —explicó el doctor a Banks, con un deje escocés en su voz arruinada por la nicotina—, por eso no

puedo estimar la hora de su muerte. Pero lo más probable es que ocurriera entre el anochecer de ayer y el amanecer de hoy.

«¡Joder, qué maravilla!», pensó Banks. «No sabemos dónde lo mataron pero sabemos que fue durante las horas de oscuridad.»

—Lo lamento —añadió Glendenning al advertir la expresión de Banks.

—No es culpa suya. ¿Qué más puede decirme?

—Expresado en un lenguaje más accesible que la jerga médica, le diría que le dieron en la nuca y que lo hicieron con fuerza. El cráneo se partió como una cáscara de huevo.

—¿Tiene idea de qué arma usaron?

—El proverbial objeto contundente y con cierto filo, pudo ser una llave inglesa o un martillo. A estas alturas no puedo ser más específico, pero yo descartaría que fuera un ladrillo o una piedra. Estos bordes son demasiado definidos, y además no veo rastros de partículas. Desde luego, recibirá un informe completo tras la autopsia.

—¿Eso es todo?

—Sí. Y cuando hayan acabado de fotografiarlo llévenlo al depósito.

Banks asintió y ordenó a un agente uniformado que mandara pedir una ambulancia. Glendenning empaquetó su maletín.

—¡Weaver! ¡Sargento Hatchley! Acérquense un minuto —gritó Banks sin dejar de observar a los hombres mientras se acercaba. Luego preguntó a Weaver—: ¿Tienes alguna idea de quién puede ser el muerto?

—Sí, inspector —respondió el agente, todavía pálido—. Se llama Harry Steadman. Vive en el pueblo.

—¿Está casado?

—Sí, inspector.

—Entonces habrá que contactar con su mujer. Sargento, ve a casa del señor Tavistock y tómale una declaración oficial.

Hatchley asintió desganado.

—¿Hay un pub decente en Helmsthorpe? —preguntó Banks a Weaver.

—Yo suelo beber en The Bridge, inspector.

—¿Qué tal es la comida?

—No está mal.

—Muy bien. —Banks se volvió hacia Hatchley—. Iremos a ver a la señora Steadman mientras tú te encargas de Tavistock. Y cuando hayamos terminado nos encontraremos en The Bridge para comer algo. ¿De acuerdo?

Hatchley asintió y se alejó pesadamente a hablar con el pastor.

Banks no iba a llegar a su casa a tiempo de probar el rosbif. De hecho, apenas volvería a comer allí hasta que se resolviera el crimen. Sabía por experiencia que, una vez comenzada, una investigación de asesinato no se detiene y apenas remite, ni siquiera para permitir que los involucrados pasen algún tiempo con los suyos. El crimen invade las horas de las comidas, de las abluciones y del sueño; domina la conversación y levanta un muro invisible entre el investigador y su familia.

Banks contempló la aldea desde la altura, cómo se extendía torcida y lindaba con un recodo del río, cómo los grises tejados de pizarra relucían bajo el sol. El reloj del campanario de la iglesia marcaba las doce y media. Banks suspiró, hizo un gesto a Weaver y los dos hombres se encaminaron hacia el coche.

Ignorando las preguntas de los periodistas, atravesaron el pequeño gentío y se introdujeron en el Ford Cortina. Banks quitó las cintas de encima del asiento del acompañante y Weaver se sentó a su lado.

—Dime lo que sepas sobre Steadman —dio Banks al tiempo que salía por el portalón en marcha atrás y daba la vuelta.

—Llevaba aquí unos dieciocho meses —empezó a decir Weaver—. Antes sólo venía a pasar las vacaciones, pero acabó por enamorarse de Gratly. Luego heredó la fortuna de su padre y se estableció aquí. Había sido profesor en la Universidad de Leeds. Era un tipo culto pero nada estirado, de unos cuarenta y pocos, más de un metro ochenta de estatura y pelo rubio rojizo. Parecía más joven de lo que era. Él y su mujer vivían en Gratly.

—¿No habías dicho que vivían en el pueblo?

—Es casi lo mismo, inspector —explicó Weaver—. Verá, Gratly no es más que una pequeña aldea, con unas pocas casas viejas a ambos lados del camino. Ni siquiera tiene pub. Pero ahora que las casas nuevas se han extendido colina arriba, las aldeas se

encuentran tan cerca que son casi la misma cosa. Con todo, los de Gratly prefieren llamarla por su nombre, supongo que para no perder su independencia.

Banks condujo colina abajo en dirección al puente. Weaver señaló delante, al otro lado del río, hacia la alta ladera que tenían enfrente:

—Allí está Gratly, inspector.

Banks vio la hilera de nuevas casas, algunas de las cuales aún no estaban terminadas. A continuación venía un trecho de unos cien metros que las separaba del cruce de caminos y las viviendas más viejas.

—Ahora te entiendo —dijo Banks. Cuando menos, los constructores habían demostrado buen gusto en su trabajo al copiar el diseño típico y utilizar el mismo tipo de piedra local.

Weaver siguió parloteando, seguramente para quitarse de la cabeza la imagen de su primer cadáver.

—La mayoría de casas nuevas se encuentran a este lado del pueblo. En el lado este no hay nada nuevo. Algunos listillos dicen que es porque fue colonizado desde oriente por vikingos, sajones, romanos y quién sabe quien más. No crea que va a encontrar vestigios de todo ello. Por la razón que sea, el pueblo sigue creciendo hacia el oeste. —Al momento recapituló sobre lo dicho y añadió sonriendo—: Creciendo muy lentamente, inspector.

Por más que le interesaran los datos de la historia local, apenas hubieron cruzado el puente bajo de piedra y atravesaron Helmsthorpe High Street, Banks olvidó las palabras de Weaver. Se maldijo. Era la tarde del domingo y, por lo que percibió a su alrededor, eso significaba que el pueblo entero lavaba el coche. Delante de los garajes, vio a hombres con las camisas remangadas y cubos de agua jabonosa. Los techos de los vehículos relucían, el agua se escurría por puertas y parachoques y el cromo pulido refulgía. Si Harry Steadman había sido transportado y abandonado en uno de los coches del pueblo, cualquier vestigio de ese viaje truculento ya había sido eliminado de la manera más normal posible: con jabón y cera, y luego aspirado y barrido.

La casa de Steadman, la última de una corta manzana que salía de la carretera hacia la izquierda, era más grande de lo que Banks se

había imaginado. Pero era una construcción maciza tan azotada por los elementos que bien hubiera podido pasar por reliquia histórica. «Lo cual también significa», se dijo el policía, «que podía ser vendida a precio de reliquia». En el extremo habían adosado un garaje doble. El inmenso jardín, bordeado por un muro bajo, consistía en una extensión de césped bien cuidado, en cuyo centro se destacaba un cantero de flores de colores y rosales que decoraban la fachada y la cerca del vecino. Banks dejó a Weaver esperando en el coche, recorrió el camino enlosado de diseño irregular y pulsó el timbre.

Le atendió una mujer que sostenía una taza de té, y que se mostró perpleja al encontrarse cara a cara con un desconocido. La mujer tenía un aspecto corriente, cabello castaño greñudo y sin vida, y llevaba unas gafas desproporcionadamente grandes que no la favorecían en absoluto. Vestía un enorme cárdigan beige y unos amplios pantalones de cuadros sueltos. Banks se figuró que sería la mujer de la limpieza, así que dio a su saludo una entonación de pregunta.

—¿La señora Steadman?

—Sí —respondió vacilante la mujer mientras lo miraba a través de sus gafas con ojos de miope.

Él se presentó, y al ser conducido al salón enseguida sintió ese cosquilleo que conocía tan bien. Siempre era igual. A la hora de intentar ignorar la compasión desgarradora con que acompañaba las palabras tranquilizadoras, inútiles, y los gestos vacíos, su experiencia no le servía de nada. Sobre Banks pendía siempre una sombra, pensaba: «Podría tratarse de 'mi esposa', podría ser alguien que viene a informarme de 'mi hija'». Era lo mismo que sucedía cuando echaba un primer vistazo a la víctima de un asesinato. La muerte y sus largas secuelas nunca se habían convertido en rutina para Banks. Le seguían resultando abominables, eran el recordatorio innecesario de la crueldad del hombre hacia sus congéneres, de su bondad perdida.

La estancia estaba desordenada pero limpia. La mesa baja cubierta de revistas, algo a medio tejer sobre una silla, discos fuera de sus fundas junto a la cadena de música. La luz del sol se filtraba entre

las rosas rojas y amarillas a través de los cristales impecables de unas ventanas con parteluces. En la pared, sobre la gran chimenea de piedra, pendía un cuadro romántico de Swainsdale, con el aspecto que debió de tener cien años atrás. No había cambiado tanto, pero en el cuadro resultaba más vibrante, y los colores de sus contornos resultaban más definidos.

—¿Qué sucede? —quiso saber la señora Steadman, arrimándole una silla a Banks—. ¿Ha habido un accidente? ¿Ha ocurrido algo?

Mientras le daba la mala noticia, Banks observó cómo la expresión de la señora Steadman pasaba de la incredulidad al *shock.* Al final, la mujer empezó a llorar en silencio. No sollozaba. Las lágrimas simplemente corrían por sus mejillas pálidas y caían en el cárdigan arrugado, mientras sus ojos miraban hacia delante con expresión perdida. «Es como el llanto que se produce al picar una cebolla», se dijo Banks, incómodo por el silencio en que se había sumido la mujer.

—¿Señora Steadman? —prosiguió Banks, tocándole la manga amablemente—. Me temo que hay ciertas preguntas que debo hacerle ahora.

Ella lo miró, asintió y se enjugó los ojos con un kleenex arrugado.

—Por supuesto —dijo.

—¿Por qué no informó de la desaparición de su esposo?

—¿Desaparición? —repitió ella frunciendo el ceño—. ¿Por qué iba a informar de nada?

Su actitud sorprendió a Banks, e insistió pero sin forzar.

—Me temo que va a tener que explicármelo. Es imposible que su marido volviera aquí anoche. ¿No se preocupó usted? ¿No se preguntó dónde estaría?

—Ah, entiendo a qué se refiere —dijo finalmente mientras se secaba las mejillas enrojecidas con el pañuelo de papel—. Y cómo iba usted a saberlo, ¿verdad? Verá, yo no esperaba que volviera anoche. Él se marchó poco después de las siete. Dijo que pasaría a tomarse una pinta por The Bridge, donde solía ir a menudo, y que del pub se marcharía a York. Tenía que trabajar allí y debía empezar temprano.

—¿Hacía eso a menudo?

—Sí, bastante. A veces yo iba con él, pero anoche no me sentía bien del todo. Sería un resfriado de verano, supongo. Además, sé que el tiempo les cunde más cuando yo no estoy. Así que dejé que se marchara solo y me quedé mirando la televisión con mi vecina, la señora Stanton. Harry se hospedaba en casa de su editor, aunque más que editor era un amigo de la familia: Michael Ramsden.

—¿Qué clase de trabajo hacía en domingo?

—Usted probablemente no lo consideraría «trabajo»... estaban escribiendo un libro. Quien más escribía era Harry, pero a Michael le interesaba y lo ayudaba. Era un libro sobre la historia de esta región, ésa era la especialidad de Harry. Solían salir a explorar ruinas: fuertes romanos, viejas minas de plomo, lo que fuera.

—Ya veo. Y era habitual que se marchase la noche anterior y se quedara con el señor Ramsden.

—Sí, ya le he dicho que sobre todo eran amigos. Conocemos a la familia Ramsden desde hace mucho tiempo. A Harry le cuesta mucho despertarse por la mañana, así que para aprovechar el día solía pasar allí la noche anterior, y Michael se aseguraba de despertarlo a su hora. Pasaban las noches repasando apuntes y haciendo planes. No vi razón para informar de su desaparición, pensé que estaría en York... —entonces su voz se quebró y empezó a llorar de nuevo.

Antes de hacer la siguiente pregunta, Banks esperó a que la mujer se secara las lágrimas.

—¿El señor Ramsden no se preocupó al ver que su amigo no llegaba? ¿No llamó aquí para averiguar qué había ocurrido?

—No. —La mujer hizo una pausa, se sonó la nariz y continuó—. No era esa clase de trabajo, sino más bien un *hobby.* De todos modos, Michael no tiene teléfono. Debió de figurarse que a Harry le había surgido algo y que no acudiría.

—Sólo una cosa más, señora Steadman, y por hoy ya no volveré a molestarla. ¿Puede decirme dónde pudo haber dejado el coche su marido?

—En el aparcamiento grande que hay junto al río —respondió ella —. The Bridge no tiene aparcamiento propio, así que los clientes

utilizan ese otro. Aquí no se puede dejar el coche en la calle, no hay suficiente espacio.

—¿Tiene usted una llave de repuesto?

—Creo que él guardaba una. Yo no suelo usar su coche, tengo un viejo Ford Fiesta. Aguarde un segundo.

La señora Steadman entró en la cocina y reapareció unos momentos más tarde con la llave para Banks. También le facilitó la matrícula del Ford Sierra beige de su esposo.

—¿Puede darme también la dirección del señor Ramsden? Me gustaría avisarle cuanto antes de lo ocurrido.

La mujer se mostró un tanto sorprendida, pero le dio la información sin poner ninguna traba.

—No es tan difícil de encontrar —añadió—. Apenas hay otras casas en un kilómetro a la redonda. ¿Hace falta que vaya a...?

—¿A identificar el cuerpo?

La señora Steadman asintió.

—Me temo que sí, pero pude acercarse mañana. ¿Quiere que le envíe a alguien para que le haga compañía?

Ella lo miró fijamente, con el semblante desencajado e hinchado por el llanto; sus ojos se veían inmensos a través del aumento de los toscos cristales de las gafas.

—Avise a la señora Stanton, vive aquí al lado... si no es molestia.

—En absoluto.

Banks se acercó a la casa contigua. La señora Stanton, una mujer de nariz afilada, menuda y despierta, comprendió la situación de inmediato. Banks fue consciente de la impresión que le produjo la noticia.

—La entiendo —dijo él—. Teniendo en cuenta que lo había visto ayer por la noche, debe de parecerle muy abrupto.

—Así es —asintió la señora Stanton—. Y pensar que todo estaba ocurriendo mientras Emma y yo mirábamos esa película tonta —concluyó, resignada—. Aun así ¿qué derecho tenemos a cuestionar los designios del Creador?

Pidió a su esposo, que estaba leyendo su ejemplar de *News of the World* repantingado en un sillón, que cuidara del asado, y fue a consolar a su vecina. Seguro de que había dejado a la viuda en

buenas manos, Banks regresó al coche *y se* sentó junto a Weaver, que había recobrado su tono rosado.

—Siento haber vomitado, inspector —farfulló—. Nunca...

—¿Nunca habías visto un cadáver, agente? Ya me lo figuraba. No te preocupes; es una pena, pero siempre hay una primera vez. ¿Te parece que vayamos a The Bridge a comer algo? Estoy muerto de hambre.

Weaver asintió y Banks encendió el motor del coche.

Además tienes pinta de necesitar un trago de brandy.

Mientras recorrían la corta distancia que los separaba de The Bridge, ubicado en Helmsthorpe High Street, Banks recapituló sobre su charla con la señora Steadman. La conversación le había puesto nervioso, lo había desasosegado tras el *shock* inicial. Hubo momentos en que la mujer había mostrado más alivio que pesar. Quizá su matrimonio hacía aguas, pensó Banks, y la señora Steadman de repente descubrió que era rica y libre. Debía de ser eso.

DOS

I

Weaver hizo una mueca.

—No me gusta el brandy, inspector —admitió avergonzado—. Cuando de chaval me resfriaba, mi madre solía hacérmelo beber como medicina, pero siempre me dio asco.

Los dos hombres se sentaron en un rincón tranquilo del salón de The Bridge. Banks sostenía una pinta de cerveza amarga Theakston, Weaver se quejaba del brandy.

—¿Surtía efecto? —quiso saber Banks.

—Supongo que sí, inspector. Pero siempre me recuerda las medicinas, cuando estaba malo, ¿entiende lo que quiero decir?

Banks rió y fue a pedirle a Weaver una pinta de cerveza para que se le quitara el mal sabor de boca. Estaban esperando al sargento Hatchley, que aún se encontraba con Tavistocke disfrutando de una buena taza de té, o de algo más fuerte, o quizá de un buen plato de rosbif.

—Explícame una cosa —dijo Banks—, ¿por qué está tan vacío este pub un domingo a la hora de la cena, cuando el pueblo está abarrotado de turistas?

—Tiene razón, inspector —respondió Weaver. Su cara aniñada había vuelto a recuperar su tono rosado habitual—. Pero mire a su alrededor...

Banks se fijó. Las paredes de la pequeña sala exhibían un empapelado desteñido y un techo de escayola mugriento y rajado. Linas pocas acuarelas de escenas campestres de la región, como las que decoraban los antiguos vagones de ferrocarril, cubrían las manchas de humedad más obvias. Las mesas gastadas estaban cubiertas de surcos, producto de años de partidas de dominó y de tejo, de generaciones de manchas circulares hechas por vasos desbordados de cerveza; en los cantos podían verse las muescas chamuscadas de cigarrillos que habían ardido hasta la colilla. Junto a

la pequeña chimenea alicatada, un pie de metal sostenía unas pinzas para brasas y un atizador doblado. Weaver estaba en lo cierto, el sitio distaba mucho de ser atractivo.

—Sin contar el Country Club, donde se reúne la nobleza, en Helmsthorpe hay tres pubs, inspector —empezó a decir el joven agente al tiempo que contaba con sus dedos rojos y regordetes—. Están el Dog and Gun y el Hare and Hounds; ambos sirven a turistas casi exclusivamente. Son dos típicas posadas de la «vieja Inglaterra», no sé si me entiende: están decoradas con medallones de latón para caballos, calientacamas de cobre, mesas antiguas con patas ornamentadas de acero forjado, de las que lastiman las rodillas, y todo ese tipo de chismes. También tienen chimeneas inmensas, ensuciadas artificialmente con carbón. Y ahora que todos los pubs de Christendom sirven cerveza artesanal, también se ha puesto de moda ofrecer una chimenea con fuego de verdad.

»El Dog and Gun es un local familiar cuya terraza trasera da al río; allí hay mesas y una zona cercada para que jueguen los crios. Al Hare and Hounds van los más jóvenes; tiene una discoteca que durante la temporada funciona los viernes y los sábados, y también acuden muchos campistas que están de paso por aquí. En esos días es cuando hay más lío, alguna pelea y cosas por el estilo. Algunas noches dan conciertos de música folk en directo, una música que, en mi opinión, resulta un poco más civilizada.

Weaver olisqueó e hizo un gesto hacia la pared:

—Y después está este pub que, teniendo en cuenta la antigüedad del pueblo, a bote pronto diría que es Victoriano, es decir, bastante nuevo. Y también es el único sitio que les queda a los bebedores serios. Los únicos que beben aquí son los vecinos de la zona y algún que otro visitante que conoce la cerveza. Es un secreto guardado celosamente. Como es lógico, los fines de semana se deja caer algún senderista. Es como si todos hubiesen leído buenas guías de turismo cervecero. Pero nunca arman follón; son gente tranquila, la verdad.

—¿Por qué crees que Steadman venía a beber aquí?

—¿Steadman? —Weaver se sobresaltó al ser arrastrado súbitamente al tema policial—. Supongo que le gustaría la cerveza. Además tenía amistad con varios de los parroquianos.

—Pero tenía dinero, ¿no es cierto? Un montón de dinero. Esa casa debió de costarle lo suyo.

—Por supuesto que lo tenía. Según se rumorea, heredó un cuarto de millón de libras de su padre. Sus amigos también son ricos, pero no son de la nobleza, no son estirados en absoluto.

Banks se preguntó por qué alguien de tan buena posición bebía en semejante tugurio, independientemente de la calidad de la cerveza. Lo lógico era que Steadman pasara el tiempo pimplando magnums de champaña para regar el caviar. Pero así es como se piensa en Londres, se recordó a sí mismo el policía, donde hay que hacer escandalosa ostentación de la riqueza. Quizá la gente que tenía más de un cuarto de millón de libras y vivía en Helmthorpe por elección propia era distinta. Pero Banks lo dudaba. Lo cierto es que Steadman daba la impresión de ser un tipo fuera de lo corriente.

—Así que le gustaba beber, ¿eh?

—Nunca oí que bebiera mucho, inspector. Creo que simplemente disfrutaba con la compañía de los parroquianos.

—Y de tomarse un descanso de la patrona...

—Eso no sabría decirlo —repuso Weaver poniéndose colorado—. Nunca me enteré de nada. Pero Steadman era un tipo curioso.

—¿En qué aspecto?

—Era profesor en la Universidad de Leeds, pero cuando heredó el dinero dejó el trabajo de un día para otro, compró la vieja casa de los Ramsden y se vino a vivir aquí.

—¿Los Ramsden? —intervino Banks—. No serán parientes de Michael Ramsden, ¿verdad?

Weaver alzó una ceja:

—De hecho, lo eran —le respondió Weaver—. Es la casa de sus padres. Hará unos diez años o más, cuando Steadman y su mujer empezaron a venir a pasar las vacaciones, la casa funcionaba como *bed & breakfast,* un hostal que servía desayunos. El joven Michael se marchó a la universidad y consiguió un buen empleo en una editorial de Londres. Después murió el viejo Ramsden y la madre ya no pudo seguir manteniendo la casa, así que se fue a vivir con su hermana, en Torquay. A Steadman todo aquello le vino como anillo al dedo.

Banks miró a Weaver con asombro y admiración:

—¿Cuántos años tienes?

—Veintiuno, inspector.

—¿Y cómo es que sabes tanto sobre cosas que ocurrieron antes de que tú nacieras?

—Por mi familia, inspector. Nací y me crié en esta zona. Y por el sargento Mullins, que es quien dirige el cotarro por aquí, sólo que ahora mismo está de vacaciones. Al sargento Mullins no se le escapa nada.

Banks se quedó sentado en silencio, disfrutando su cerveza y pasando la información por el tamiz.

—Y qué sabes de los que bebían con Steadman? —preguntó finalmente—. ¿Qué clase de gente es?

—Fue él quien los reunió a todos, inspector —aclaró Weaver—. Esos tipos ya se conocían antes de que él se instalara aquí, pero Steadman era una persona amistosa que se interesaba por todo y por todos. Era un tipo muy sociable si no andaba ocupado con sus libros o husmeando en las ruinas o en alguna mina abandonada. Por ejemplo, uno de sus colegas era Jack Barker. Quizá haya oído hablar de él...

Banks negó con la cabeza. Weaver sonrió.

—Escribe historias de suspense, con mucho sexo y violencia —añadió poniéndose colorado—. Aunque, supongo que la realidad es mucho más dura...

—De eso no estoy tan seguro —repuso Banks con una sonrisa—. Continúa.

—Pues Barker vive aquí desde hace tres o cuatro años, no sé dónde vivía antes. Sus otros amigos eran Doc Barnes, que nació y se crió aquí, y Teddy Hackett. Hackett es un hombre de negocios local y el dueño de aquel garaje de allí y de un par de tiendas de regalos. Y eso es todo, la verdad. Todos rondan los cuarenta. Doc Barnes es un poco más viejo, Barker tiene treinta y muchos. Ahora que lo pienso, era un grupo bastante raro. He estado aquí algunas veces cuando estaban presentes y por lo que oí le tomaban el pelo a Steadman por ser académico y todo lo demás. Pero no era con mala intención, sólo era por echarse unas risas.

—¿Estás seguro de que no había animadversión?

—No, inspector, no que haya notado. Aunque tampoco vengo todo lo que quisiera. Tengo esposa y un hijo —sonrió.

—Y el trabajo...

—Sí, eso también lleva su tiempo. Pero en vez de ocuparme de los asuntos de la zona, suelo pasar la mayor parte del tiempo indicándole el camino y dándole la hora a los malditos turistas. Habría que fusilar al que dijo «Si quieres que te indiquen bien el camino, pregúntale a un policía».

Banks soltó una carcajada.

—Entonces la gente de por aquí respeta la ley...

—En general, sí. De vez en cuando aparecen algunos borrachos en la discoteca del Hare and Hounds, pero en su mayoría son gente que está de paso. También hay alguna que otra rencilla doméstica, pero nuestro mayor problema son los turistas, aparcan los coches en cualquier parte y hacen mucho ruido. Éste es un sitio tranquilo, aunque algunos dirían que es más bien aburrido.

En ese momento apareció el sargento Hatchley y se les unió. Hatchley era un tipo corpulento, pecoso y rubio, de unos treinta y pocos. Él y Banks habían conseguido crear una relación de trabajo tolerable a pesar de que al principio hubo cierta hostilidad —en parte a causa de la rivalidad entre el sur y el norte de Inglaterra, en parte porque Hatchley ambicionaba el puesto que finalmente obtuvo Banks.

El sargento invitó a una ronda de bebidas y a continuación todos pidieron pasteles de carne y riñón que, por cierto, sabían muy bien. Con todo, según Weaver, les faltaba un poco más de riñón. Banks felicitó al encargado y éste le contestó con un «vale» bastante ambiguo.

—¿Te has enterado de algo nuevo? —preguntó Banks al sargento.

Hatchley encendió un pitillo, se repantingó en la silla y se frotó una mejilla poco afeitada con una mano que más bien parecía un jamón con pelo. Después carraspeó:

—No mucho. El viejo Tavistock salió a buscar unas ovejas perdidas y desenterró un cadáver fresco. Según parece, ahí se acaba el asunto.

—¿Es normal que anduviera husmeando junto al cercado? ¿Es

posible que otras personas pasaran por allí?

—Si está pensando que el asesino creía que podía dejar el cuerpo a la intemperie y que nadie lo descubriría durante semanas, se equivoca, jefe. Si el viejo Tavistock no hubiera salido a buscar sus malditas ovejas, alguien hubiera pasado por allí, ya fueran senderistas o parejas en busca de intimidad.

Banks dio un sorbo a su cerveza:

—Entonces el asesino no lo abandonó allí esperando que nadie lo descubría.

—Yo diría que no. Probablemente lo dejó en aquel lugar para hacernos trepar media ladera de Crow Scar como gilipollas.

Banks rió.

—Es más probable que lo hiciera para que no averiguáramos dónde lo había matado.

—Ajá.

—¿Por qué nadie dio parte de la desaparición de Steadman, inspector? —dijo Weaver, ansioso por corresponder al inspector jefe con el respeto que Hatchley parecía negarle.

Banks se lo explicó. Después ordenó a Hatchley que regresara a la comisaría de Eastvale y averiguara cuanto pudiera sobre el pasado de Steadman, y que recopilase cualquier informe que existiera sobre él.

—¿Qué hago con los periodistas? —preguntó Hatchley—. Ya empiezan a aparecer por todas partes.

—Puedes informarles de que hemos hallado un cuerpo.

—¿Les digo de quién se trata?

Banks suspiró y lanzó una mirada resignada a Hatchley:

—No seas tan puñeteramente tonto. No podemos decirlo hasta no haber identificado el cadáver positivamente.

—¿Y usted qué hará, jefe?

—Mi trabajo. —Banks se volvió hacia Weaver—: Y tú, muchacho, será mejor que regreses a tu comisaría. ¿Quién está al mando?

Weaver volvió a sonrojarse, aunque esta vez el tono subió hasta el carmesí:

—Yo mismo, inspector, al menos por el momento. El sargento

Mullins estará fuera durante dos semanas. ¿Recuerda que se lo comenté?

—Sí, es cierto. ¿Con cuántos hombres cuentas?

—Somos sólo él y yo, inspector. Éste es un lugar tranquilo. Tuve que llamar a algunos de los muchachos de Lyndgarth y Fortford para que me echaran una mano en la búsqueda. Entre todos no pasamos de la media docena.

—Muy bien. Entonces, tú quedas al mando —comentó Banks—. Imprime un cuestionario de información y distribúyelo en tiendas, pubs y tableros de anuncios de las iglesias. Después comienza las indagaciones en Hill Road, ve casa por casa. A ese cuerpo no lo acarrearon hasta allí arriba, así que es posible que alguien haya visto u oído un coche. Eso nos ayudará a establecer con un poco más de precisión la hora de la muerte.

—Sí, inspector.

—Y no te preocupes. Si necesitas más hombres, avisa a la comisaría de Eastvale, harán lo posible por ayudarte. A Michael Ramsden iré a visitarlo yo, personalmente. Pero me encargaré de informar al sargento Rowe para que pueda echarte una mano en cuanto lo llames.

Banks se volvió una vez más hacia Hatchley:

—Antes de volver, dile a los agentes que están arriba en el prado que serán transferidos temporalmente a Helmthorpe y que recibirán las órdenes del agente Weaver. Seguramente ya han entendido la situación, pero infórmalos oficialmente. Y ve al aparcamiento, a ver si encuentras un Ford Sierra beige. —Le dio las llaves y el número de matrícula—. Es el coche de Steadman. No parece haber tenido ocasión de usarlo ayer por la noche, pero nunca se sabe. Quizá haya algo en su interior que nos ayude. Haz que los peritos forenses se pongan manos a la obra de inmediato.

—Sí, jefe... —dijo Hatchley entre dientes.

Banks casi logró oír la frase «y todo lo que mande el señorito» que Hatchley añadiría a su contestación en cuanto traspasara la puerta. Banks sonrió ampliamente al joven agente, que lo miraba perplejo, y dijo:

—No te preocupes por él, lo más probable es que tenga resaca.

Ahora muévete, Weaver, es hora de ponerse a trabajar.

Una vez que Banks estuvo solo, extrajo la pipa del bolsillo de la cazadora. Aspiró el humo del acre tabaco picado, tosió y sacudió la cabeza. Seguía sin acostumbrarse a aquel maldito sabor. Quizá los cigarrillos suaves no eran tan malos después de todo.

II

Sally había observado a Banks alejarse hacia al pueblo en su coche, y tomó la misma dirección, entusiasmada. Se detuvo junto a un seto para recoger unas flores de licnis, cuyos pétalos son como los dedos separados de un bebé. Entonces, al recordar lo que tenía que contarle a sus amigas, dejó caer la flor y prosiguió su camino a toda prisa.

Había visto al policía al mando de la investigación, de cerca y con sus propios ojos, e incluso había tenido que contener una risita tonta al verle perder pie cuando trepaba el cercado de piedra. Estaba claro que no estaba acostumbrado a moverse por la campiña norteña: quizá lo había enviado Scotland Yard... En opinión de la joven, la cara adusta *y* angulosa del hombre —enmarcada por una cabellera negra, corta y pulcra— era atractiva a pesar de su nariz, rota y a buen seguro mal colocada. Sally creía que esa mirada aguda e inquieta expresaba energía y determinación, y la pequeña cicatriz blanca que el policía tenía junto al ojo derecho le otorgaba un aire de haber vivido experiencias exóticas. Enseguida lo imaginó enzarzado en una pelea a muerte con un asesino sanguinario. Pese a que era más bajo que el típico policía, su cuerpo fibroso parecía ágil y fuerte.

En el extremo oeste del pueblo, cerca del pub The Bridge, se hallaba la cafetería donde Sally y sus amigas se juntaban a pasar el rato.

En aquel sitio había dos juegos electrónicos, un tocadiscos con música actual y un viejo «flipper»; el café era flojo, la coca-cola tibia y el dueño, de origen griego, era hosco. Por supuesto, Sally hubiera preferido aplicar sus expertos conocimientos de maquillaje y hacerse pasar por una chica de dieciocho para entrar en uno de los pubs,

preferiblemente en «la noche disco» del Hare and Hounds; pero en una comunidad tan pequeña como ésa todo el mundo estaba enterado de los asuntos de los demás, y Sally temía que alguien le fuera con el cuento a su padre. Ya había entrado en pubs de Eastvale acompañada de Kevin, pero incluso eso entrañaba cierto riesgo, puesto que allí cerca estaba el instituto. También había conseguido entrar en pubs de Leeds y York, allí era más seguro. Nunca le habían preguntado la edad.

La puerta vibró con el empujón, y de inmediato llegaron a oídos de Sally los pitidos indicadores del número de extraterrestres masacrados. Kathy Chalmers y Hazel Kirk estaban enfrascadas en la partida. Anne Downes observaba serenamente. Anne, de aspecto corriente y con gafas, era un ratón de biblioteca que ansiaba ser aceptada, y si para eso hacía falta juntarse con las chicas de los videojuegos, lo haría. Las chicas se burlaban un poco de ella pero sin malicia; además, Anne poseía una inteligencia rápida y aguda que la ayudaba a hacer frente a los ataques.

Las otras dos chicas eran más parecidas a Sally, pero no tan guapas. Masticaban chicle, se maquillaban (mal, al contrario que Sally) y generalmente se pasaban el día hablando de peinados y de trapos. Kathy había logrado hacerse un tratamiento con henna, finalmente se había salido con la suya. Sus padres se pusieron furiosos, pero ya no podían hacer nada al respecto. Hazel, la seductora de cabello negro, fue quien habló primero.

—Mira quién ha llegado —anunció—. ¿Dónde has estado todo el fin de semana?

El destello de sus ojos sugería que sabía muy bien dónde y con quién había estado su amiga. En circunstancias normales Sally le hubiera seguido el juego, insinuando placeres que Hazel probablemente sólo conocía por los libros; pero esta vez dejó pasar la indirecta y le pidió una coca-cola al griego con cara de perro. La cafetera exprés silbaba como un viejo motor de vapor y los extraterrestres seguían dando pitidos de agonía. Sally se apoyó contra la columna y esperó impaciente a que se hiciera el necesario silencio para poder anunciar la noticia como se merecía.

La partida acabó y Kathy buscó otra moneda, maniobra que la

obligaba a arquear la espalda y estirar sus largas piernas, sólo así podría hundir la mano en el bolsillo de sus apretadísimos vaqueros Calvin Klein. Sally notó que desde detrás de la cafetera el griego se comía a su amiga con los ojos. Para maximizar el efecto dramático aprovechó aquel momento preciso y lo soltó:

—¿A que no sabéis qué ha pasado? Ha habido un asesinato aquí, en el pueblo. Desenterraron un cuerpo en Crow Scar. Acabo de venir de allí. Lo he «visto».

Detrás de las gruesas gafas los ojos claros de Anne se abrieron de para en par:

—¿Un asesinato? ¿Por eso estaban allí arriba esos hombres...?

—Están llevando a cabo una investigación en el lugar de los hechos, en la escena del crimen —anunció Rally, esperando no haberse equivocado de expresión—. Y también acudieron los peritos forenses a recoger muestras de sangre y tejido... y el fotógrafo de la policía... y el patólogo del Ministerio del Interior... y todos los demás.

Kathy volvió a deslizarse en su asiento, la partida había pasado a un segundo plano.

—¿Un asesinato? ¿En Helmthorpe? —suspiró incrédula—. ¿Quién es?

Sally carecía de la información necesaria para contestar esa pregunta, pero lo disimuló muy bien haciendo ver que la pregunta de Kathy se refería al asesino.

—Todavía no lo han averiguado, tonta —respondió desdeñosamente, y continuó a toda prisa para que otra invasión de extraterrestres no distrajera a su público—. Acaba de ocurrir, pero vi de cerca al comisario. Era bastante guapo. Nada que ver con lo que una se imagina. Y vi el cuerpo, o al menos parte de él. Lo habían enterrado en el campo de Tavistock, junto al cercado. El asesino removió la superficie de la tierra, lo echó dentro y después lo cubrió con piedras. Asomaban una pierna y una mano.

Hazel Kirk se echó hacia atrás un lustroso mechón negro azabache:

—Sally Lumb, eres una mentirosa —le espetó—. No puedes haber visto todo eso desde tan lejos. La policía no permite que los curiosos se acerquen tanto.

—Pues es cierto —objetó Sally—. Incluso vi las manchas de sudor

en los sobacos del comisario.

Pero se dio cuenta demasiado tarde de que aquel arrebato contradecía la descripción romántica que había hecho del «comisario». Aun así continuó a toda prisa, con la esperanza de que nadie se hubiera percatado. Sólo Anne frunció la nariz.

—Y también estaba allí el viejo Tavistock. Creo que fue él quien descubrió el cuerpo. Y también acudieron todos los policías de la zona, incluido Geoff Weaver.

—El mariquita de la cara sonrosada... —le interrumpió Kathy.

—Te aseguro que hoy no estaba nada sonrosado. Me parece que había vomitado.

—¿Tú no hubieras vomitado si acabaras de ver un cadáver? —preguntó Anne, saliendo en defensa del joven Weaver, por quien había estado chiflada durante seis meses—. Seguramente estaba descompuesto y apestaba.

—Y también había otro inspector o como quiera que se llamen —continuó Sally, ignorándola—. Pero no llevaba ninguna clase de uniforme. Era alto y de cabello color paja. Un poco como tu padre, Kathy.

—Debía de ser Jim Hatchley —dijo Anne—. Pero sólo es sargento, mi padre lo conoce. ¿Recordáis cuando entraron a robar en el club social? Pues fue a él a quien mandaron de Eastvale. Incluso vino a mi casa. No sé si lo sabías, pero mi padre es el tesorero. Hatchley es un cerdo y un ordinario, los pelos le salen de la nariz y las orejas. Y te apuesto a que el otro tipo era el inspector jefe Banks. Su fotografía salió en el periódico hace un tiempo. ¿Nunca leéis los periódicos?

El caudal de informaciones y opiniones de Anne las silenció a todas por un instante. Entonces Sally, que únicamente leía *Yogue* y *Cosmopolitan,* retomó el hilo de la conversación:

—Ahora están aquí en el pueblo. Vinieron en coche. Llegaron antes que yo.

—Si estás tan bien relacionada con ellos, ¿cómo es que no te acercaron hasta aquí? —dijo Hazel.

—¡Cierra el pico, Hazel Kirk! —chilló Sally con indignación. Hazel le devolvió una sonrisa de suficiencia—. Por si no lo sabes, han venido

a tomarle declaración a todo el mundo. Seguramente también querrán hablar con nosotras.

—¿Por qué iban a hacerlo? Nosotras no sabemos nada —dijo Kathy.

—A eso se dedican, estúpida —replicó Sally—. A hacer pesquisas casa por casa y a tomar declaración a la gente. No podrán estar seguros de que no sabemos nada hasta que nos lo pregunten.

La lógica de Sally hizo callar a Kathy y Hazel.

—Ni siquiera sabemos quién es la víctima —intervino Anne—. ¿Quién crees que era?

—Apuesto a que es ese tal Johnny Parrish —propuso Kathy—. A mí me parece un tipo misterioso.

—¡Johnny Parrish! —se burló Sally—. Ése es igual de misterioso que... que...

—...¿que una gonorrea? —sugirió Anne.

Todas rieron.

—Hasta eso sería más interesante que Johnny Parrish. Apuesto a que es el comandante Cartwright. Ese viejo y miserable cabrón tiene tan mal carácter que más de uno debe de tener ganas de matarlo.

—Su hija, para empezar —dijo Hazel, y rió como una tonta.

—¿Por qué? —quiso saber Sally, a quien no le gustaba verse excluida de lo que todas parecían saber.

—Pues por eso que ya sabes... —dijo Kathy, haciéndose la interesante—. Por lo que dice la gente...

—¿De qué?

—Del comandante Cartwright y su hija. Desde que ella volvió al pueblo él la tiene muy vigilada. Por eso, lo primero que hizo la pobre fue huir. Dicen que no es normal. Eso dice la gente.

—¿Y eso es todo? —preguntó Sally, sin saber si lo había entendido —. Pues ahora la hija se ha buscado una casa para ella sola, junto a la iglesia.

—Quizá el muerto es Alf Partridge —sugirió Hazel—. Ése sí que es un tipo horrible, si se lo cargaran nos harían un favor.

—Ojalá —suspiró Kathy—. ¿Sabíais que el otro día me echó de su propiedad? Yo sólo estaba recogiendo flores salvajes para el trabajo que nos pidieron en clase, y él salió con la escopeta.

—Suena más a asesino que a víctima —añadió Anne—. ¿Quién

creéis que lo hizo?

—Pues, podría ser cualquiera de por aquí —contestó Kathy—. ¿Cómo podemos saberlo? Pudo haber sido un desconocido.

—Seguro que fue alguien de por aquí —dijo Sally, molesta porque su primicia ya se había convertido en propiedad de todos—. No creeréis que alguien iba a traer el cuerpo en coche desde Leeds o algún lugar así para deshacerse de él en Crow Scar, ¿verdad?

—Pudieron haberlo hecho —insistió Kathy sin mucha convicción.

—Pues yo no pienso volver a salir de noche hasta que hayan atrapado al asesino —dijo Hazel. A continuación se abrazó a sí misma y se estremeció—. Quizá sea otro de esos asesinos sexuales, otro «Destripador de Yorkshire». No sabemos nada de nada. El cuerpo que está allí arriba podría ser el de la hija del comandante Cartwright. O el de una tal señora Carey, la nueva camarera del Dog and Gun.

—Yo no me preocuparía, Hazel, ¿quién iba a querer cometer un crimen sexual contra ti? —dijo Kathy, burlándose amistosamente, como de costumbre. Pero su chiste pasó sin pena ni gloria, pues sus amigas siguieron sumidas en sus propios pensamientos. Kathy se sonrojó—: De todos modos, deberíamos andarnos con cuidado.

—Apuesto a que fue Jack Barker quien lo hizo —sugirió Anne.

—¿Quién? ¿El escritor? —dijo Sally.

—Sí. Ya has vista la clase de libros que escribe...

—Estoy segura de que no has leído ni uno sólo de ellos —añadió Kathy con intención de provocarla.

—Pues he leído *El carnicero de Redondo Beach* y *El degollador de San Clemente.* Son escabrosos.

—Yo también he leído uno —dijo Hazel—. Pero no recuerdo cómo se llama. Ocurría en Estados Unidos y trataba de un hombre que iba a su casa de la playa y encontraba a dos personas desconocidas cortadas en pedazos en su salón. Era truculento. Sólo lo leí porque Barker vive aquí.

—Ése es *El carnicero de Redondo Beach* —informó pacientemente Anne—. Así se llama el libro.

Sally empezó a aburrirse ante el sesgo que tomaba la conversación. Además, ella creía que Jack Barker era demasiado guapo y elegante

para ser un asesino. Le recordaba a uno de esos antiguos galanes de los que siempre hablaba su madre: Errol Flynn, Clark Gable o Douglas Fairbanks, esos que llevaban el pelo repeinado hacia atrás y bigotes finos, y que a Sally le resultaban todos iguales. Jack Barker era el tipo de hombre que en un arrebato de pasión podría llegar a matar de un tiro a su esposa infiel (si es que la tenía), aunque Sally dudaba mucho de que después fuera a cargar con el cuerpo y trepar hasta lo alto de Crow Scar. Independientemente del tipo de libros que escribiera, Barker era demasiado gallardo para hacer algo así.

Sally terminó su coca-cola y se dio la vuelta, dispuesta a marcharse. Pero antes de hacerlo susurró:

—La policía vendrá a tomarme declaración, eso os lo aseguro desde ya. Yo sé algo. No tengo ni idea de quién es el muerto ni quién el asesino, pero sé algo.

Y, dicho lo cual, salió a toda velocidad dejando boquiabiertas a sus amigas, que se debatían entre creer que les decía la verdad y que sólo procuraba llamar aún más la atención sobre su persona.

III

Existen dos caminos que van de Helmsthorpe a York. El primero sube sinuosamente hasta Gratly, continúa en diagonal a través de los *dales*, los valles del norte de Inglaterra, siguiendo una línea más o menos recta, y finalmente se une a carretera principal, a unos tres kilómetros de la ciudad. El segundo, más largo pero también más rápido, implica retroceder por la carretera principal en dirección a Eastvale y después dirigirse al sudeste por la muy transitada carretera a York. Puesto que hacía un día hermoso y no tenía prisa, Banks escogió la primera de las rutas y fue a hacerle una visita a Ramsden.

Volvió a introducir la cinta en el reproductor, y al compás de «O, Sweet Woods» condujo colina arriba. Luego, tras pasar la casa de los Steadman, torció a la izquierda y trepó por el camino que poco a poco ascendía por la ladera del valle. Al atravesar la ínfima aldea de Morsett, bajó la ventanilla y se detuvo a contemplar una bella casita de campo que tenía un letrero de oficina postal sobre la puerta, y un

expositor que anunciaba Helados Wall a un lado. Los insectos, que revoloteaban zumbando en el aire cálido y quieto, conferian a toda la escena el aire idílico de aquella Inglaterra previa a la Primera Guerra Mundial.

Después de Relton, al llegar a la intersección con la carretera de Fortford, Banks dejó atrás la civilización. Muy pronto, el verde de las laderas cobró el tono más oscuro de los páramos cubiertos de brezos, los cuales se prolongaron unos tres kilómetros antes de volver a descender poco a poco y dar paso al siguiente valle. Resultaba algo así como montarse en una montaña rusa muy lenta donde el único obstáculo eran las ovejas extraviadas que a veces atravesaban aquel camino sin vallas, una delgada faja que apenas destacaba del paisaje que la rodeaba. Banks se cruzó con algunos senderistas que, a su paso, se situaron sobre la dura hierba y le saludaron con sonrisas y gestos.

La carretera principal, plagada de camiones y furgonetas de reparto, le impresionó. Siguiendo las indicaciones de la señora Steadman, Banks dio con la salida: una pista estrecha con una solitaria cabina telefónica en la esquina, situada a una milla del límite del condado de York. Giró a la izquierda y unos cuatrocientos metros más adelante llegó a la antigua casa de granjeros reformada. Enfiló el coche por un camino de tierra aplanada y se detuvo ante el flamante garaje.

Unos instantes después de primer timbrazo, el dueño de la casa abrió la puerta y le preguntó quién era. Banks mostró sus credenciales al hombre, que retiró la cadena y le hizo pasar.

—Hay que tener cuidado —se disculpó Ramsden—. Especialmente en un lugar tan alejado como éste.

Ramsden era alto y pálido, con ese aire melancólico de los poetas románticos. Tenía el cabello castaño y, tal como Banks notó de inmediato, la costumbre de peinarse hacia atrás un mechón rebelde, incluso antes de que éste le cayera sobre el entrecejo. Tanto los vaqueros como la camiseta pendían de su cuerpo como si fueran una talla más grande de lo que correspondía.

—Por favor, perdone el desorden —dijo mientras conducía a Banks a un salón atestado de objetos y lo invitaba a sentarse junto a la

inmensa chimenea vacía—. Como verá, estoy decorando. Acabo de dar la primera mano de pintura.

Una lámina transparente de polietileno cubría la mitad del suelo. Sobre ella, había una escalera de tijera, una lata de cuatro kilos de pintura azul claro, brochas, aguarrás y un rodillo con su correspondiente bandeja.

—¿Es por lo de aquella mujer? —preguntó Ramsden.

—¿Qué mujer?

—Una viejecita de por aquí que fue asesinada por unos gamberros hace unos meses. Un policía vino a hacerme algunas preguntas en esas fechas.

—No, señor Ramsden, no he venido por lo de esa mujer. Ese caso era jurisdicción de la Comandancia de York, y yo pertenezco a la Brigada de Investigación Criminal de Eastvale.

Ramsden frunció el ceño:

—Entonces me temo que no le entiendo. Perdone, no quiero sonar maleducado pero...

—Disculpe, señor Ramsden —dijo Banks, aceptando el whisky con soda que aquél le había servido sin preguntarle—. Lo que voy a decirle no me resulta fácil. Quizá debiera sentarse.

Ramsden se asustó.

—¿Qué ha sucedido? —quiso saber, acomodándose como pudo en un pequeño sillón.

—¿Esperaba usted que el señor Steadman lo visitara ayer por la noche?

—¿Harry? Sí... teníamos que revisar unos apuntes antes de salir hoy al campo. ¿Ha ocurrido algo?

—Me temo que sí —dijo Banks con el mayor tacto posible, pero sintió cómo se le tensaban los músculos del estómago—. El señor Steadman ha muerto.

Ramsden peinó hacia atrás su mechón fantasma:

—No le comprendo. ¿Cómo que ha muerto? Si iba a venir aquí...

—Estoy al tanto de eso, señor Ramsden, por eso he venido a informarle en persona. ¿No sé preocupó usted? ¿No le pareció extraño que no apareciera?

Ramsden negó con la cabeza.

—¿Por qué iba a resultarme extraño? No era la primera vez que no acudía. Dígame, ¿está seguro? A Harry, me refiero. ¿No habrá habido algún error?

—Me temo que no.

—¿Entonces, qué ha sucedido?

—Todavía no estamos seguros, señor Ramsden. Pero esta mañana un granjero encontró el cadáver en un campo, justo debajo de Crow Scar. Al parecer su amigo fue asesinado.

—¿Harry asesinado? Por el amor de Dios... no me lo creo.

—¿Conoce a alguien que tuviera motivos para hacerlo?

—No, a nadie en absoluto. ¿Quién iba a querer matar a Harry? —Ramsden se pasó las manos por la cara y miró fijamente a Banks—. Lo siento, inspector jefe, pero me cuesta razonar. Me resulta difícil asimilar lo que me cuenta. Conozco a Harry desde hace muchos, muchos años. Esto es un *shock* para mí.

—Comprendo lo que debe de estar sintiendo —dijo Banks, pero insistió—: Hágame el favor de concederme sólo un poco de su tiempo y contestar a un par de preguntas y no lo molestaré más.

—Sí, por supuesto. —Ramsden se puso de pie y se sirvió una copa.

—Usted dijo que esto ya había ocurrido antes, me refiero a que su amigo no acudiera a verlo.

—Así es. Nuestras citas no eran formales, sino más bien ocasionales.

—Cuando él no se presentaba, ¿a qué se debía?

—Una vez no pudo venir porque Emma no se sentía bien. En otra ocasión le dolía el estómago a él, y cosas por el estilo. Éramos muy amigos, inspector jefe. Siempre había una cama preparada para él, y hasta una llave por si yo tenía que salir.

—¿No se le ocurrió telefonear y preguntarle qué había pasado?

—En absoluto, ya le he dicho que no quedábamos formalmente. Además, no tengo teléfono, ya paso bastante tiempo hablando por el maldito aparato cuando estoy en el trabajo. La cabina más cercana está en la carretera principal. —Ramsden sacudió la cabeza, incrédulo—. No me creo que esto esté sucediendo. Es como una pesadilla. Harry muerto...

—¿Salió usted ayer por la noche?

Ramsden miró a Banks sin comprender.

—Acaba de decirme que el señor Steadman tenía una llave por si usted salía —insistió Banks—. ¿Salió usted ayer por la noche?

—No, no salí. De hecho, cuando vi que eran las once y que Harry no había llegado me sentí... no me malinterprete, pero me sentí bastante aliviado. Verá, yo estoy escribiendo mi propio libro, una novela histórica, así que me sentí encantado de poder dedicarle un poco de tiempo.

Ramsden parecía un poco avergonzado por lo que había dicho.

—¿No le gustaba trabajar con el señor Steadman?

—Por supuesto que me gustaba. Pero el libro era su proyecto, yo hacía de corrector de estilo y lo ayudaba en la investigación.

—¿Adonde habían planeado ir hoy?

—A una vieja mina de plomo en Swaledale. Está bastante alejada, la verdad, por eso queríamos salir temprano. ¡Emma...! —exclamó de pronto—. Emma debe de estar pasándolo terriblemente mal.

—Naturalmente, está afectada —dijo Banks—. Pero le está haciendo compañía su vecina, la señora Stanton.

—¿Cree que debería ir?

—Eso depende de usted, señor Ramsden. Pero yo diría que no lo hiciera hoy, Emma está en buenas manos.

—Por supuesto, por supuesto... —asintió Ramsden.

—¿Qué me dice de usted? ¿Estará bien?

—Se me pasará, sólo ha sido el *shock.* Hace más de diez años que conozco a Harry.

—¿Sería posible volver a encontrarnos y hablar de todo ello? Necesito un poco de información sobre el pasado del señor Steadman y ese tipo de cosas.

—Sí, naturalmente. ¿Cuándo?

—Cuanto antes mejor. ¿Qué le parece el martes? Es probable que para entonces ya sepamos un poco más.

—Puede encontrarme en el trabajo, en Fisher & Faulkner. Últimamente no estamos demasiado ocupados. Aunque si quiere puede pasarse por...

—De acuerdo, eso haré.

Pidió a Ramsden la dirección de la casa editorial, se despidió y

regresó a Eastvale por el camino más rápido. En comisaría lo esperaba una invitación para tomar el té en casa del comisario Gristhorpe. Banks telefoneó a Sandra, que no se sorprendió en absoluto de esa nueva ausencia y luego comprobó que no le hubieran dejado ningún recado importante mientras se encontraba en casa de Ramsden. Por segunda vez aquel día partió hacia Helmsthorpe. Eran sólo las tres y, puesto que en casa del comisario no lo esperaban hasta las cinco, Banks tuvo tiempo de sobra para ver cómo habían reaccionado los vecinos de la víctima.

La comisaría de Helmthorpe era una casa reformada ubicada en una estrecha calle de adoquines que, partiendo desde el extremo este de High Street, se bifurcaba hacia el río. Mientras hacía más fotocopias del cuestionario de información sobre el crimen, Weaver informó a Banks de que tres agentes uniformados seguían en Hill Road tomando declaración de casa en casa, y que un cuarto agente había sido enviado al camping.

Banks comprendió que eso iba a causarle un quebradero de cabeza. Tendrían que averiguar quién había pasado allí la noche del sábado. Pero a esas horas la mayoría de los campistas ya se habrían marchado y sería casi imposible obtener información fiable y completa.

Y además había que lidiar con la prensa. Hatchley le había advertido de que, además de Reg Summers, cronista del semanario local, había otros dos reporteros con libreta acechando a todo aquel que entrara o saliera de la comisaría. A Banks le interesaba mantener buenas relaciones con los periodistas, pero en esa primera etapa de la investigación era muy poco lo que podía ofrecerles. Sin embargo, para ganárselos y poder contar con su colaboración —pues sabía que con el tiempo le resultarían útiles—, les informó de cuanto sabía con la mayor amabilidad posible.

Cuando faltaban veinte minutos para las cinco, dejó a Weaver a cargo de todo y se marchó en su coche a ver a Gristhorpe. De camino, Banks decidió que esa noche visitaría The Bridge para ver qué podría averiguar sobre los amiguetes de Steadman. Y, sobre todo, deseó que fuera más de lo que había conseguido averiguar hasta entonces.

TRES

I

A las cinco menos cinco, Banks aparcó el coche en la entrada con surcos y se encaminó hacia la achaparrada vivienda de piedra. Gristhorpe vivía en una antigua casa de granjero, una vivienda aislada situada en la ladera norte del valle, por encima de Lyndgarth y a medio camino entre Eastvale y Helmthorpe. La granja ya no funcionaba como tal, pero el comisario todavía poseía varias hectáreas, donde tenía su huerta de verduras. Su esposa había fallecido unos cinco años atrás y, desde entonces, el comisario vivía solo. Una mujer del pueblo se encargaba de subir todas las mañanas y realizar los quehaceres domésticos.

Para el gusto de Banks, la vivienda era demasiado austera; pero no había duda de que se adecuaba perfectamente al entorno. En una región del país donde azota el viento y arrecia la lluvia, cualquier morada humana tenía que ser una verdadera fortaleza para poder ofrecer las comodidades hogareñas más básicas. Por dentro, sin embargo, la casa era tan acogedora como el propio Gristhorpe.

Banks golpeó la pesada puerta de roble y se sorprendió de cómo el sonido hueco reverberaba en el silencio circundante. Nadie respondió. «Hace una tarde muy agradable y lo más probable es que Gristhorpe se encuentre en el jardín», razonó Banks. Así que rodeó la casa y fue hacia la parte trasera.

Allí encontró al comisario agachado junto a una pila de piedras, aparentemente pensando en prolongar su cercado. Al oír pasos, aquel hombre mayor de tez rubicunda se puso de pie.

—¿Ya es la hora? —preguntó.

—Son casi las cinco —respondió Banks—. Me he adelantado cinco minutos.

—Hummm... Cuando estoy aquí pierdo la noción del tiempo. Anda, siéntate —propuso, señalando la tosca hierba en la que se apilaban las piedras.

El comisario llevaba la camisa remangada y a un lado, sobre la hierba, estaba su eterna americana de *tweed* de la marca Harris. Una brisa suave despeinaba su cabellera de grueso cabello plateado que enmarcaba un semblante rojizo y picado de viruela. Un bigote gris y puntiagudo sombreaba ligeramente su labio superior. Gristhorpe sonrió a Banks. Lo más extraño del aspecto de Gristhorpe —que, por cierto, desconcertaba tanto a colegas como a criminales — eran sus ojos. Hundidos bajo unas cejas pobladas, los suyos eran unos ojos de niño: grandes, azules, inocentes. Incongruentes del todo con aquel físico de luchador de un metro noventa. Todo el mundo sabía que esos mismos ojos habían arrancado confesiones de los criminales más duros, y habían hecho que muchos de sus subalternos se sonrojaran y se escondieran avergonzados por haberse pasado en un interrogatorio o por falsear una declaración. Sin embargo, en un día como aquél, cuando todo estaba en orden y el mundo brillaba claro y recién estrenado, los ojos de Gristhorpe irradiaban un dulce amor por la vida y una compasión que hubiera hecho sudar tinta al mismísimo Buda.

Banks se sentó allí durante un rato y ayudó a Gristhorpe con su cercado de piedra, un proyecto iniciado el verano anterior sin ninguna razón en particular. En el pasado, Banks había intentado añadir algún trozo de piedra pero siempre lo colocaba del revés, por lo que la lluvia se hubiera escurrido hacia el interior del muro partiéndolo en cuanto llegara la primera helada. A menudo Banks solía escoger piedras que no encajaban, sin embargo últimamente había mejorado, y había descubierto que aquellas tardes que ocasionalmente pasaba con Gristhorpe le resultaban casi tan relajantes y reconfortantes como jugar con el trenecito de Brian. Los dos hombres habían llegado a un entendimiento tácito sobre la idoneidad de la piedra escogida y quién sería el encargado de colocarla.

Al cabo de unos quince minutos, Banks rompió el silencio:

—Supongo que se ha enterado de que ayer por la noche alguien desmontó uno de estos cercados para ocultar un cuerpo.

—Ajá. Me he enterado —respondió Gristhorpe—. Ven, Alan, voy a preparar el té. Creo que todavía me queda algún *scone* de los que

hornea la señora Hawkins. —El comisario pronunciaba «scon» y no «scoun», como los ingleses del sur.

Se acomodaron en sendos sillones mullidos y gastados, y Banks posó los ojos en la biblioteca que cubría toda una pared desde el suelo hasta el techo. Allí había libros sobre todo tipo de temas —folclore local, geología, criminología, topografía, historia, botánica, viajes—, además de estanterías de volúmenes clásicos encuadernados en cuero, desde Homero, Cervantes y Rabelais hasta Dante, Wordsworth, Dickens, James Joyce, W. B. Yeats y D. H. Laurence. Sobre la mesa descansaba *Orgullo y Prejuicio* de Jane Austen. La posición del señalador indicaba que el comisario estaba a punto de acabarlo. Como ocurría cada vez que visitaba la casa de Gristhorpe, Banks se recordó a sí mismo que debía leer más.

El despacho del comisario en Eastvale mostraba un panorama bastante parecido: libros por doquier, y no todos ellos relacionados con el trabajo policial. El comisario descendía de una antigua estirpe de granjeros oriundos de aquellos valles, y su decisión de convertirse en policía tras terminar la universidad y el servicio militar, había enojado mucho a su familia. No obstante, el joven había perseverado en su tiempo libre, sin dejar de ayudar en la granja. Cuando se percató de que la aptitud y la capacidad para el trabajo duro de su hijo le procuraba ascensos, el padre dejó de quejarse y aceptó la situación. Antes de morir, se había mostrado triste al ver sus tierras reducidas a poco más que un gran jardín trasero, pero el orgullo que sentía por los logros de su hijo y el estatus que éste le confería entre los vecinos lo aplacaban, y el anciano murió sin acritud.

Gristhorpe había confiado todo aquello a Banks tras muchos encuentros, mientras compartían un buen whisky de pura malta, después de una tarde construyendo cercados. El candor y los consejos prácticos de aquel hombre mayor hacían que Banks se sintiera como un aprendiz o un protegido. Su relación se había afianzado durante el caso de Gallows View, la dramática iniciación de Banks en su puesto norteño. Mientras informaba a su superior de las averiguaciones sobre el asesinato de Steadman, Banks se mostraba atento a cualquier consejo que su jefe pudiera ofrecerle.

—No voy a mentirte diciéndote que va a resultar fácil —sentenció Gristhorpe tras un breve silencio—. Para empezar, hay que tener en cuenta a todos los turistas y campistas. Si Steadman tenía un enemigo del pasado, ésa era la manera ideal de despacharlo. Hasta donde yo sé, los campings no guardan registros. Lo único que les interesa es cobrar en metálico. —Dio unos mordisquillos a su *scone* y un sorbo a su fuerte té negro—. Aun así, el asesino podría ser alguien mucho más cercano. Al parecer no cuentas con demasiadas evidencias físicas, ¿no es cierto? Alguien pudo haber oído un coche, aunque dudo de que le prestaran mucha atención. Conozco ese camino, gira hacia el noreste y llega hasta Sattersdale. Aun así, supongo que no tengo que explicarte tu oficio. Lo primero es averiguar todo lo posible sobre Steadman: quiénes eran sus amigos, sus enemigos, su pasado... todo. Husmea en el pueblo, habla con la gente. Deja que tus hombres hagan el trabajo más pesado.

—Pero yo no soy de aquí, para esa gente siempre seré un forastero —dijo Banks—. Parezco un forastero y tengo acento de forastero, nadie va a revelarme nada.

—Tonterías, Alan. Míralo de esta forma, eres forastero en Helmthorpe, ¿cierto? —Banks asintió—. Y no pasas desapercibido, por lo que pronto sabrán quién eres. No tienes pinta de turista y ningún aldeano va a confundirte con uno. Diría que hasta eres una especie de celebridad, por lo menos para quienes leen los periódicos. Así que sentirán curiosidad e interés por «ese poli nuevo» y querrán averiguar de qué vas. Te sorprenderá ver las cosas que te dicen sólo para ver cómo reaccionas —Gristhorpe dejó escapar una risa traviesa—. Antes de que esto acabe, te sentirás como un maldito párroco en el confesionario.

—Yo fui criado como anglicano —sonrió Banks.

—Ah... Pues por aquí somos todos o metodistas o baptistas —explicó Gristhorpe—. Pero algunos somos menos practicantes que otros, y la mayoría de las sectas más bobas, los sandemanianos por ejemplo, casi han desaparecido.

—Espero no tener que guardar el secreto de confesión, como los párrocos.

—Por el amor de Dios, no. ¡Quiero enterarme de todo lo que

averigües! —exclamó Gristhorpe—. No sabes la oportunidad ponerme al día que me estás brindando con los cotilleos de Helmthorpe... Ahora hablemos en serio: ¿entiendes lo que intento decir, Alan? Pongamos por caso a Weaver. Es un chaval muy agradable, de fiar, competente y meticuloso. Pero en opinión de los lugareños, Weaver ya forma parte del paisaje, y por tanto es más aburrido que un día de lluvia, aunque no debería hacer esa comparación por estos lares... ¿Me entiendes ahora? Es probable que la mitad de las mujeres de Helmthorpe le hayan cambiado los pañales cuando era crío, y la mayoría de los hombres le habrán dado una o dos collejas. A Weaver nadie va a decirle nada, nadie va a confiarle nada, por la sencilla razón de que no van a sacar nada interesante de ello. Pero tú, el exótico recién llegado, el padre confesor...

—Espero que tenga razón —comentó Banks, dando un último sorbo a su té—. Esta noche pensaba dejarme caer por The Bridge. Weaver me dijo que Steadman solía beber allí con sus amigos.

Gristhorpe se rascó su rubicunda barbilla con hoyuelo, y sus pobladas cejas se arrebujaron en un gesto de concentración.

—Buena idea —dijo—. Imagino que esta noche el lugar parecerá un velatorio, pero será un buen momento para pillar frases dichas al pasar. Todos sabrán ya quién ha muerto y cómo. Por cierto, ¿ese tal Barker no era uno de los amiguetes de Steadman?

—Sí, Jack Barker, el escritor.

—¿Ese tipo, escritor? —exclamó Gristhorpe, a punto de atragantarse con un bocado de *scone*—. Que se gane la vida garabateando paparruchas no quiere decir que sea escritor. En cualquier caso, es una buena idea. Aunque al principio parezca una pérdida de tiempo, acabarás averiguando algo. ¿Qué hora es?

—Las seis menos diez.

—¿Cenamos?

—Cuando a usted le apetezca. —Banks casi había olvidado lo hambriento que estaba.

—Como ya te imaginarás no puedo ofrecerte nada especial —gritó Gristhorpe mientras se dirigía a la cocina—. Sólo ensalada y lo que quedó del rosbif.

II

Sally y Kevin corrieron los últimos metros y se desplomaron jadeantes junto a Ross Ghyll. Se encontraban en lo alto de Techley Fell, en la ladera sur del valle. Habían ido andando hasta el nacimiento de uno de los numerosos arroyos que desde allí serpenteaban colina abajo hasta el río Swain.

Cuando hubieron recuperado el aliento, Kevin besó a Sally hundiéndole la lengua en la boca, y juntos se tumbaron sobre la hierba mullida y pálida. Él le acarició los pechos y, a través del fino algodón, sintió cómo se endurecían los pezones de ella; lentamente fue deslizando la mano entre sus piernas. Sally llevaba puestos los vaqueros y la presión de la gruesa costura sobre su sexo le hizo sentir un cosquilleo de excitación. Pero estaba distraída, así que se despegó de los brazos de Kevin y se sentó erguida.

—Voy a contárselo a la policía, Kevin.

—Pero ¿y que vas a decir de nosotros?

Ella rió y le dio una palmada en el brazo.

—No pienso contarles nada de lo que hacemos, tonto. Pero sí lo de anoche.

—Entonces se enterarán de lo que hacemos —protestó él—. Se lo dirán a nuestros padres.

—No lo harán. ¿Por qué iban a hacerlo? No sé si lo sabías, pero a los polis se les pueden confiar ciertas cosas, como a los católicos y a los párrocos. —Y, retorciéndose un mechón entre los dedos, añadió —: Además, mis padres ya saben que salimos. Les dije que ayer estuvimos en tu casa y que se nos olvidó qué hora era.

—Creo que no deberíamos involucrarnos, y punto. Si nos convertimos en testigos, podríamos correr peligro.

—No seas bobo. A mí me parece muy emocionante.

—No me sorprende. Pero ¿qué pasaría si el asesino realmente cree que lo vimos?

—Nadie sabía que estábamos allí arriba. Nadie nos vio.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Era de noche y nosotros estábamos demasiado lejos.

—Quizá se entere de quién eres cuando vayas a la comisaría.

—Entonces me disfrazaré —rió Sally—. Te comportas como un tonto, no hay nada que temer.

Kevin no dijo nada. Una vez más tuvo la terrible sensación de haber perdido la discusión ante una simple chica, una chica más lista que él.

—Si tanto te molesta, no les diré con quién estaba —le tranquilizó ella—. Declararé que estaba con un amigo a quien prefiero no nombrar. Charlando...

—¿Charlando? —Kevin soltó una carcajada y alargó sus brazos para cogerla—. ¿Eso fue lo que hicimos ayer?

Sally soltó una risilla tonta. Kevin había vuelto a cogerle un pecho, pero ella lo alejó de un empujón. Se incorporó y se sacudió la hierba de los vaqueros.

—Venga ya, Sally —suplicó él—. Te apetece tanto como a mí, y lo sabes.

—No me digas...

—Sí te digo.

Pero cuando quiso sujetarla ella se apartó ágilmente dando un pasito de lado.

—Puede que sea cierto, pero ahora no. Y menos con alguien que tiene miedo de admitir que estaba conmigo ayer por la noche. Además, tengo que volver a casa para la cena o papá me matará —dijo Rally, y salió disparada como una ráfaga de viento.

Kevin dio un suspiro y con paso cansino la siguió como un perrito.

III

—Dime, Doc, si se le asesta a alguien un golpe en la cabeza, ¿la sangre borbotea, corre o simplemente fluye? —inquirió Jack Barker.

—¿No crees que es una pregunta de pésimo gusto después de lo que ha ocurrido? —respondió Barnes.

—Es para mi libro —dijo Barker, levantando su pinta de cerveza.

—En ese caso no necesitas ser tan preciso, ¿no crees? Limítate a usar la palabra más violenta que se te ocurra. Tus lectores se enteran menos que tú.

—En eso te equivocas, Doc. Deberías leer algunas de las cartas que recibo. Entre el público lector hay gente muy morbosa. ¿Sabe cuántas viejecitas están enganchadas a los detalles forenses más escabrosos?

—No, y no me interesa saberlo. Ya veo suficiente sangre en mi oficio. Y sigo creyendo que has escogido un tema de pésimo gusto cuando todavía no han enterrado al pobre Harry.

Era temprano, y el doctor Barnes y Barker eran los únicos de aquel grupo informal que ocupaban el reservado.

—A todos nos llega la hora, Doc —respondió Barker—. Tú has ayudado a más de uno a marcharse al mas allá, así que deberías saberlo.

Barnes le puso cara de pocos amigos:

—¿Cómo puedes ser tan puñeteramente frívolo? Muestra un poco de respeto, por el amor de Dios. Hasta alguien como tú debería admitir que su muerte fue prematura.

—No creo que le resultara prematura al asesino.

—No te entiendo, Jack, y no te entenderé ni en un millón de años... —Barnes suspiró y bajó la vista hacia su pinta de cerveza—. Tengo que recordarme una *y* otra vez que te pasas la vida escribiendo cosas como ésas.

Barker extrajo un cigarrillo.

—Reacciono así por la impresión. Lo creas o no, no he visto todos los asesinatos sobre los que he escrito. Y como bien sabes, tampoco he pisado suelo norteamericano. —Barker se mesó su engominada y negra melena—. Es un asunto de lo más triste. Aunque nos burláramos de ese pobre cabrón por andar buscando clavos oxidados y lingotes de plomo romanos, te aseguro que lo voy a echar de menos.

Barnes acusó recibo del panegírico asintiendo levemente.

—¿Ha intentado hablar contigo la policía? —preguntó Barker.

—¿Conmigo? —dijo el doctor, sorprendido—. ¿Por el amor de Dios, por qué iban a hacerlo?

—No seas iluso, Doc. Estoy de acuerdo en que eres un médico clínico eminente, un pilar de la comunidad y todas esas chorradas. Pero eso, amigo mío, no te va a librar de la Brigada de Investigación

Criminal. Y tampoco cambia el hecho de que, aunque estuviste con nosotros, anoche te marcharas bastante más temprano de lo habitual.

—No creerás que la policía va a... —empezó a decir el doctor, pero se relajó y susurró como para sí—: Pero, claro, es lógico, tendrán que comprobar cada pista... remover cielo y tierra.

—No me vengas con frases hechas —contestó Barker—. Chirrían en mis oídos.

—Pues resulta curioso —le espetó Barnes—, porque tus novelas están plagadas de ellas.

—Una cosa es dar al público lo que quiere y a los editores aquello por lo que pagan. Otra muy distinta, soltarlo ante gente educada. El caso es que te noto preocupado, Doc. ¿Cuál de tus trapos sucios crees que saldrá la luz?

—No seas ridículo —dijo el médico—. No me parece bien que bromees sobre un tema tan importante, al fin y al cabo Harry está muerto. Además, sabes de sobra adonde fui anoche: la señora Gaskell salió de cuentas hace una semana y eso, francamente, me preocupa.

—Supongo que ella verificará tu coartada...

—Naturalmente, si es que llegamos a esos extremos. Además, ¿qué motivo podía tener yo para hacerle daño a Harry?

—Cómo dice el dicho, «del agua mansa líbreme Dios...». Y hay aguas mansas que en el fondo son muy, pero que muy turbias —se burló Barrer, imitando la forma de hablar del médico.

En ese momento llegó Terry Hackett, vestido de hombre de negocios de pies a cabeza. Hackett era un hombre vanidoso y de aspecto llamativo. Siempre llevaba camisas con un monograma —o un cocodrilo— bordado en el bolsillo de la pechera, lucía un medallón de oro y unos caros vaqueros de diseño. Intentaba parecer más joven de lo que en realidad era, pero las entradas iban avanzando cada vez más sobre su cabellera oscura, y su prominente tripa cervecera colgaba tanto que casi tapaba el león rugiente de la hebilla de plata labrada a mano del cinturón.

Todo el pueblo sabía que si no estaba ganando dinero o bebiendo con sus colegas, Hackett se lo estaba pasando en grande en las

discotecas de Leeds, Darlington o Manchester, haciendo gala de su encanto ante toda mujer joven que se le cruzara en el camino. Ciertamente se había labrado una posición —era dueño de un garaje y de un par de tiendas de regalos— y siempre estaba atento a cualquier otro comercio que estuviera a la venta. Teddy Hackett era el tipo de hombre de negocios que, de tener carta blanca, compraría todo el valle y lo convertiría en un gigantesco parque de atracciones.

—Maldita sea —dijo mientras se sentaba cuidadosamente, pues sujetaba una pinta rebosante con la mano—. Vaya sorpresita, ¿eh?

Doc Barnes asintió. Barker aplastó el pitillo.

—¿Os habéis enterado de algún otro detalle? —quiso saber el triunfador.

—Supongo que de los mismos que se han enterado todos —repuso Barker—. Apuesto a que Doc averiguará un par de cosillas más después de la autopsia.

—Basta, Jack —gruñó Barnes, rojo de ira—. Ésos son asuntos confidenciales. Además, la autopsia la hará Glendenning en el Hospital General de Eastvale. Tienen mucha suerte de contar con él, dicen que es uno de los mejores patólogos del país. —Miró su reloj —. No me sorprendería que estuviera en ello ahora mismo, dicen que se muere de ganas. —Cuando, al cabo de unos segundos, reparó en la broma involuntaria, el médico titubeó—: En cualquier caso, apuesto a que los detalles no saldrán a la luz.

—Igual que la gonorrea que hace poco pilló esa jovencita, Joanie Lomax, ¿eh?

—Te estás pasando, Jack. Se que estás disgustado, como todos nosotros. Así que admítelo de una vez y no te comportes como una maldita actriz a la espera de las críticas del día del estreno.

Barker se removió en su silla, molesto.

—¿Todavía no han llamado a declarar a nadie? —preguntó Hackett.

Los otros dos negaron con la cabeza.

—Pues yo acabo de ver a ese poli. Lo reconocí por la fotografía que salió en nuestro periodicucho el otoño pasado. Está ahí, en la barra...

Los tres amigos se dieron la vuelta y vieron a Banks acodado en la

barra y con un pie en el riel. Bebía tranquilamente su pinta de cerveza y estaba solo.

—Es él —confirmó Barker—. Lo vi saliendo de casa de Emma esta mañana. ¿Pero por qué estás tan nervioso, Teddy? No tendrás nada que ocultar...

—No, nada. Pero los tres estuvimos con Harry ayer por la noche, ¿no? Quiero decir, seguramente querrán que declaremos. ¿Cómo es que todavía no nos lo han pedido?

—Si no recuerdo mal, tú te fuiste justo después de Harry —dijo Barker.

—Así es. Era sábado por la noche, ¿no? Tenía que subir a Darly porque Freddy inauguraba su discoteca nueva. Y vaya si lo pasamos de miedo. ¿Por qué no te vienes conmigo una de estas noches? Había mucha tía buena, Jack. Un soltero joven y guapo como tú debería hacer más vida social.

—¡Bah! —negó Barker con un gesto—. Tengo mejores cosas que hacer que andar persiguiendo pendones de discoteca. Así es la vida del escritor...

—¡Escritor! ¡Y una mierda! —dijo Hackett—. Yo podría escribir esa basura mientras me tomo el café.

Barker alzó una ceja y sonrió ampliamente:

—Es posible, Teddy. Pero no lo haces, ¿verdad?; ahí está la diferencia. Además, me enteré de que tuviste que contratar a una secretaria con una licenciatura en lengua para que traduzca la correspondencia comercial que tú escribes.

—Si me dedicara a lo tuyo, mis carencias lingüísticas no supondrían un impedimento. En cualquier caso, no hay lugar para filigranas en la correspondencia comercial. Tú lo sabes bien, Jack, hay que ser conciso y directo.

—Eso dijeron los críticos de mi último libro. —suspiró Barker—, aunque con menos palabras.

Hasta Doc Barnes se rió del comentario.

Tras aquel breve y tradicional intercambio de palabras, los tres se quedaron callados, como si supieran que con su charla y sus bromas sólo intentaban llenar el vacío que producía la ausencia de Harry. Como si quisieran demorar la certeza de que todo había cambiado,

de que algo tan brutal y terminante como una muerte había hecho mella en aquel grupo reducido e íntimo.

Barker se ofreció a pagar otra ronda. Fue hacia la barra y se situó junto a Banks:

—Perdone, ¿no es usted el policía que investiga la muerte de Harry Steadman?

Banks asintió con un gesto.

—Me llamo Jack Barker. Harry era amigo mío.

Banks le tendió la mano y le dio el pésame. Barker continuó:

—Oiga, nos preguntábamos si usted... Puesto que éramos sus amigos y pasamos una buena parte de la noche con él... ¿Le gustaría unirse a nosotros en el reservado? Es más cómodo, y además es más práctico que llevarnos a rastras a comisaría uno por uno y tomarnos declaración.

Banks rió y aceptó la oferta.

—Pero me reservo el derecho de arrastrarlos a comisaría si me da la gana —añadió bromeando a medias.

Desde el principio, la intención de Banks había sido aparecérseles de repente, pero había preferido imitar a los vampiros que no entran en la habitación de sus víctimas hasta que éstas les franquean el paso. Estaba contento de que la triquiñuela hubiera resultado. Quizá los consejos de Gristhorpe no estaban tan errados después de todo. A los del pueblo podía picarles la curiosidad.

Barker se mostró encantado de regresar acompañado del policía, mientras que los otros dos hombres se mostraban inquietos. Pero Banks tenía la experiencia suficiente para no dejarse influir por esa primera reacción. Sabía del malestar que siempre provoca la llegada de la policía. Cuando un poli aparece en el horizonte, hasta los más inocentes empiezan a preocuparse por alguna multa de aparcamiento olvidada o algún chanchullo con los impuestos.

Tras las presentaciones se instaló un silencio tenso. Banks se preguntó si aquellos tipos esperaban que él arrancara con un interrogatorio en toda regla, libreta en mano. En cambio, prefirió estudiarlos uno a uno mientras rellenaba su pipa. Barker era un cuarentón fino y sofisticado, cuyo aspecto recordaba a los viejos galanes de cine. Barnes era menudo, calvo, soso y con gafas,

observó Banks, con ese aspecto venido a menos de los abortistas clandestinos. Fue Hackett, el ostentoso, quien inició la conversación. Estaba inquieto.

—Hablábamos de Harry —dijo—. Es un asunto triste. No se me ocurre quién querría hacer una cosa semejante.

—¿Eso es lo que piensan todos ustedes? —preguntó Banks, sin levantar los ojos de la pipa.

Los hombres murmuraron que sí. Hackett encendió un cigarrillo americano y prosiguió:

—Las cosas como son. Puede que Harry fuera un tipo con pinta de profesor chiflado, por lo que no voy a negar que le tomáramos un poco el pelo, pero siempre era con cariño. Era un caballero, amable y de carácter bondadoso. Tenía una mente aguda y, cuando hacía falta, una lengua que le hacía juego. Pero era un buen hombre y nunca se portó mal con nadie. No sé por qué alguien querría matarlo.

—Evidentemente, alguien opina de forma distinta —dijo Banks—. He oído que heredó mucho dinero.

—Más de un cuarto de millón de libras. Su padre era inventor. Patentó un dispositivo electrónico y abrió una fábrica. Le fue muy bien. Supongo que su mujer lo heredará todo, ¿verdad?

—Así suele ocurrir. ¿Qué opina usted de la señora Steadman?

—La verdad es que no la conozco mucho —dijo Hackett—. Sólo pasaba por aquí de vez en cuando. Parece una buena mujer, Harry nunca se quejó.

—Me temo que no tengo mucho que añadir —comentó Barker, asintiendo—. Yo la conozco un poco más que ellos, a fin de cuentas todos éramos casi vecinos en Gratly. A mí me resulta una mujer normal y corriente, que no se interesa mucho por el trabajo de Harry. Por lo general se mantiene en un segundo plano. Pero no es tonta, y sabe preparar buenas cenas.

Barker miró por encima del hombro de Banks, y éste se volvió a ver qué había llamado tanto la atención del escritor. Justo entonces hacía su entrada una mujer joven de brillante cabello negro hasta la cintura. Llevaba un chal azul sobre su blusa de seda blanca, y una falda larga y suelta que se ceñía a su delgada cintura y luego se

ensanchaba siguiendo la graciosa curva de sus caderas. Banks sólo consiguió atisbar por un segundo el perfil de aquella mujer que salía del local. Lo que vio le gustó: pómulos altos y angulosos, nariz recta, un rostro de india norteamericana. Donde la mandíbula se une al cuello, medio oculta entre su melena, brillaba una media luna de plata.

—¿Quién es? —preguntó Banks.

Barker sonrió.

—Veo que no le ha pasado desapercibida. Es Olicana —dijo pronunciando pausadamente aquella palabra extranjera.

—¿Olicana?

—Sí. Así es como la llamaba Harry. Aparentemente es el nombre que le daban los romanos al espíritu de un lugar, al *genius loci.* Su verdadero nombre es Penny Cartwright. Exótica, ¿no cree?

—¿Qué sucedió anoche? —preguntó Banks tan abruptamente que sobresaltó al escritor—. ¿Para ustedes fue otra típica noche que pasaron aquí bebiendo?

—Sí —respondió Barker—. Harry se marchaba para York y pasó a tomarse un par medias pintas al vuelo.

—¿Bebió más de lo habitual?

—Menos, diría yo. Tenía que conducir.

—¿Les pareció que estaba más preocupado o entusiasmado que de costumbre?

—No —dijo Barker, asumiendo el papel de portavoz—. Lo que le entusiasmaba era su trabajo... algún clavo oxidado, una rueda de carro rota.

—¿Un clavo oxidado?

—Sí, era una de nuestras bromas. La especialidad de Harry era la arqueología industrial. Era su única pasión, la verdad, eso y la ocupación romana.

—Entiendo. Me enteré de que el señor Steadman tenía planeado visitar hoy una vieja mina de plomo en Swaildale. ¿Sabe algo de eso?

—Sí, creo que lo mencionó. Pero procurábamos que no nos diera la lata hablando de trabajo. Hablar de clavos oxidados no es un tema que interese a todo el mundo, ¿no le parece?

—¿A qué hora se fue de aquí el señor Steadman?

Barker se concentró durante unos instantes.

—Serían las nueve menos cuarto —contestó finalmente. Los demás asintieron.

—Y usted, ¿cuándo se marchó?

Antes de responder, Barker echó un vistazo a Doc Barnes y a Hackett.

—Sobre las diez y cuarto. Me había quedado solo y me estaba aburriendo.

Banks se volvió hacia los otros dos, y éstos le informaron de lo que habían hecho.

—¿Lo ve? —concluyó Barker—, cualquiera de nosotros hubiera podido hacerlo. Todas nuestras coartadas son endebles.

—¡Espera un minuto! —interrumpió Barnes.

—Sólo era una broma, Doc. Lo siento, fue de mal gusto. Los tres somos sospechosos, ¿no es cierto, inspector? Porque usted es inspector, ¿no?

—Inspector jefe —aclaró Banks—. Y no, aún no hay ningún sospechoso.

—Sé lo que eso significa: si no hay ningún sospechoso, todos somos sospechosos.

—Usted escribe novelas detectivescas, ¿no es así, señor Barker? —inquirió afablemente Banks.

—«Defectivescas», diría yo —le espetó Hackett.

—Bastante flojo —gruñó el escritor—. Pero no te desanimes, tengo fe en ti...

Ahora que los había puesto en situación, Banks aceleró el ritmo. Paseó la vista por el papel desconchado y las mesas raspadas y cubiertas de manchas y dijo:

—Me gustaría saber una cosa. Siendo ustedes gente adinerada, ¿por qué beben en un cuchitril de mala muerte como éste?

—Tiene personalidad —respondió Barker—. Créame, inspector jefe, no somos tan adinerados como usted cree. Teddy, por ejemplo, desde que compró la tienda de regalos de Hebden tira de tarjeta de crédito. El doctor le saca todo lo que puede a sus jefes de la Seguridad Social. —Barnes lo miró desafiante, sin siquiera

molestarse en interrumpirlo—. Y yo me muero de ganas de que alguien compre los derechos de una de mis novelas y haga una película. Es cierto que Harry estaba forrado, pero todo ese dinero le cayó de sopetón y no supo qué hacer con él. Así que renunció a su empleo y se dedicó a sus estudios. Aparte de eso, su vida no cambió en casi nada. No le interesaba mucho el dinero en sí.

—Usted dice que el dinero le cayó de sopetón, pero me pareció entender que lo había heredado de su padre —razonó Banks—. De ser así, seguramente estaba al tanto de que iba a recibir una herencia considerable.

—Es cierto. Pero no esperaba recibir una suma tan grande como ésa. No creo que Harry dedicara mucho tiempo a pensar en ello. Era el típico profesor chiflado y olvidadizo, igual que su padre. Por lo visto el viejo tenía patentes escondidas por todas partes, patentes que nadie conocía.

—¿Steadman era agarrado... avaro?

—No, por Dios... siempre pagaba sus rondas.

Hackett sonrió tolerante mientras Barnes suspiraba, excusando la poca seriedad del escritor.

—Lo que nuestro amigo ha intenta decir con ese encanto tan suyo —explicó el doctor—, es que ninguno de nosotros se considera de esa clase de personas que estarían a gusto en el ambientes de un club de campo. Aquí nos sentimos cómodos, y no crea que bromeo cuando digo que la cerveza de Hebén este establecimiento es la bomba.

Banks lo miró un momento, y rió.

—Lo es. Sí que lo es...

Ésa era otra cosa que había aprendido durante su primer año en el norte de Inglaterra: la pasión de la gente de Yorkshire por su cerveza. Los habitantes de Swainsdale sienten por su cerveza un orgullo muy similar al que los borgoñese sienten por su vino.

Banks pidió otra pinta, desvió la conversación del asesinato y consiguió que todos se pusieran a hablar más abiertamente de temas generales. Y así fue como acabaron tratando los temas de todos los días: la política, la economía, el panorama internacional, el deporte, los cotilleos locales, los libros y la televisión. Los tres eran

profesionales de aproximadamente la misma edad, y todos ellos —salvo Barnes, tal vez—, estaban un poco fuera de lugar en una comunidad pequeña cuyas raíces se asentaban en la agricultura y en los oficios tradicionales.

IV

Penny Cartwright cerró tras de sí la maciza puerta con llave y pasador, corrió a conciencia las gruesas cortinas y encendió la luz. Después de depositar el paquete que cargaba *y* tirar el chal sobre una silla, recorrió la habitación encendiendo velas de distintas longitudes que descansaban en platitos, botellas de vino vacías e incluso en algún candelabro. La estancia entera quedó iluminada por las titilantes llamas que conferían a las paredes el aspecto de mantequilla derretida. Entonces Penny apagó la luz eléctrica, introdujo una cinta en la pletina y se tumbó en el sofá.

Ahora la habitación producía una sensación más privada y acogedora. Era esa clase de estancia que tenía un aspecto diáfano y alegre a la luz del sol, y cálido e íntimo a la luz de las velas. Sostenidas por chinchetas, decorando las paredes había: una tarjeta postal con la reproducción de *El baile* de Henri Matisse, que una amiga le había enviado desde Nueva York; una copia enmarcada de *Recogiendo madera,* la fotografía de Sutcliffe; y una instantánea en papel brillante que le habían tomado a Penny mientras cantaba en un concierto acompañada de su banda unos años antes. Lamidas por las sombras que proyectaban las velas, las hornaciñas que flanqueaban la chimenea rebosaban de adornitos. Conchas, piedras y la clase de recuerdos personales y chucherías que se traen de tierras lejanas y que parecen revivir la atmósfera y los detalles del día en que fueron adquiridas: un llavero de plástico de Los Ángeles, un mini-visor de diapositivas de las cataratas del Niágara; una jarra de porcelana minúscula de Amsterdam, estampada con el signo zodiacal de la cantante, Libra. Y mezclada entre todo aquello, su colección de pendientes de mil formas, tamaños y colores.

Penny sacó papelillos y hachís de una vieja y abollada lata de tabaco Holborn y se lió un porro pequeño; después quitó el

envoltorio a una petaca de whisky Bell. No había ninguna razón para levantarse a buscar un vaso, así que lo bebió a morro. El whisky le quemó la lengua y la garganta y siguió su camino hasta producir un cálido resplandor en lo más profundo de su ser.

En la cinta de folk tradicional que sonaba no había instrumentos de acompañamiento, sólo la voz fuerte y clara de una mujer relatando la marcha de los hombres que iban a la guerra, hundimientos de botes salvavidas, tragedias hogareñas y amores sobrenaturales, de los de antaño. Una parte de su mente estudiaba con espíritu crítico el estilo vocal, admiraba el sutil *vibrato* y se encogía ante la falta de afinación en algunas de las notas altas. Como profesional (o ex profesional) que era, solía escuchar automáticamente de ese modo. Finalmente decidió que, a pesar de los defectos que pudiera tener, la voz de la cantante le gustaba. La calidez y la interpretación de las letras compensaban con creces los ocasionales deslices técnicos.

Penny conocía bien una de las canciones, trataba sobre un asesinato ocurrido en Staffordshire doscientos años antes. Ella misma la había cantado muchas veces con una gran aceptación tanto del público de pubs como del de salas de conciertos. El tema incluso había formado parte del primer disco que grabó con su banda; su estructura modal había soportado la adición de guitarras eléctricas y percusión. Pero la versión que ahora escuchaba sonaba nueva. Aunque la canción no tuviera nada que ver con las malas noticias que había recibido aquella tarde, un asesinato era un asesinato, tanto si lo habían cometido la noche anterior como hace doscientos años. Quizá debía ponerse a escribir una canción para que otra persona pudiera cantarla o escucharla en una habitación segura y cálida dentro de doscientos años. El whisky y el hachís estaban haciendo efecto, Penny flotaba. De repente, el recuerdo de aquel verano de años atrás surgió en su conciencia como si todo hubiera ocurrido ayer. Naturalmente, habían pasado muchos años buenos, muchos buenos momentos antes de que la locura de la fama lo arruinara todo, pero aquel verano de hace una década destacaba sobre los demás recuerdos. Mientras lo revivía, llegó a oler el cálido aroma de la hierba y a captar, en esa brisa suave como una pluma, el olor de la tierra y los animales.

Entonces el recuerdo general se cristalizó en el de un día en particular. Hacía tanto calor que Emma se había negado a salir de la sombra por miedo a que se quemase su sensible piel. Y Michael, que por alguna razón estaba enfurruñado, se quedó en la casa leyendo los poemas de Chatterton. Así fue como Penny y Harry se quedaron solos. Fueron andando hasta Wensleydale. Harry, alto *y* fuerte, marcó el paso mientras Penny se esforzaba para no rezagarse. Aquel día, se sentaron en lo alto de la ladera del valle, entre Bainbridge y Semerwater. Comieron sándwiches de salmón, bebieron un termo de zumo de naranja helado y disfrutaron del sol mientras contemplaban la aldea diminuta con su pulcro prado central y la colina del fuerte romano, y llegaron a observar el frente blanqueado del Rose and Crown, el pub local que databa del siglo quince. El río Bain danzaba y centelleaba por las cascadas hasta unirse al destellante curso del río Ure.

Pero de repente la escena se esfumó, se disolvió y se convirtió en pasado. Harry lo había recreado tan vividamente con su imaginación que ella tuvo la sensación de haber estado allí. En aquel tiempo el fondo del valle era pantanoso y estaba cubierto de una maleza impenetrable, nadie se arriesgaba a adentrarse en él. Los habitantes de las colinas construían sus chozas circulares en claros que ellos mismos habían talado en lo alto de las laderas, cerca de afloramientos de piedra caliza y arenisca. Allí donde se dedicaban a cazar, a sembrar avena y a criar algunas ovejas y vacunos. Por el camino que Penny y Harry tenían justo debajo, marchaba la patrulla romana. Pese a ser extranjeros en aquel paisaje frío y desconocido, se sentían seguros de su fuerza, con sus relucientes cascos y sus pesadas capas sujetas al pecho con prendedores esmaltados.

Las dos escenas se superpusieron: la de hace diez años y la de mil setecientos años atrás. Pero para Harry no había diferencia entre una y otra. Penny conseguía presentir el terco orgullo de los Brigantes y la confianza de los conquistadores romanos. De algún modo, incluso llegó a comprender por qué la reina Cartimandua había tomado partido por los invasores, portadores de costumbres nuevas y civilizadas hasta aquel puesto avanzado en tierras bárbaras. La tensión se propagó por los valles y el ex marido de la

reina Venutius y sus seguidores rebeldes se prepararon para la última batalla en Stanwick, al norte de Richmond. Los rebeldes perdieron.

Harry hacía que todo aquello reviviera para Penny. Y aunque algunas veces surgía entre ellos una incomodidad y una inquietud inexplicables, ésta desaparecía cuando el pasado se volvía más real que el presente. «Qué inocente era yo», pensó Penny, riéndose de sí misma: una típica joven de dieciséis años. Cuánto tiempo le había llevado crecer, qué caminos había recorrido.

Después recordó las monedas que habían visto en el Museo de York —en ellos se leía volisios, dumnoveros y cartimandua—, y los lingotes de plomo estaban estampados así: imp. caes: domitiano: avg. cos: vii por un lado, y brig por el otro. A sus dieciséis años, aquellas palabras latinas le habían parecido conjuros mágicos.

Y así siguió soñando despierta. Hacía rato que el porro se había acabado, la cinta se había terminado y había descendido el nivel de whisky en la petaca; sus recuerdos habían regresado atropellada, rápidamente. Y entonces, tan repentinamente como habían comenzado, cesaron. Y en su interior todo fue vacuidad. Sólo subsistieron ciertos sentimientos indefinidos, pero ninguna palabra, ninguna imagen. Penny pegó los labios a la botella, encendió nuevos pitillos con las colillas de los anteriores y en algún momento de la noche, las pocas lágrimas que en un principio habían rodado por sus mejillas se convirtieron en sentidos sollozos, profundos e incontrolables.

CUATRO

I

El lunes por la mañana Helmthorpe amaneció tan límpido y templado como los cinco días anteriores. Había antecedentes de periodos similares, y en verdad el fenómeno era lo suficientemente importante para prevalecer en la mayoría de conversaciones; sin embargo había surgido un tema más sensacional y más cercano.

La encorvada y anciana señora Heseltine, que había acudido a la oficina de correos para echar la carta que todos los meses enviaba al hijo que vivía en Canadá («Le va muy bien. ¡Le han dado el puesto de profesor titular!»), en aquel momento estaba soltando una perorata.

—Lo estranguló un loco aquí mismo, en este pueblo —repitió en un susurro—. Esto antes no ocurría, ¡dónde iremos a parar! Ninguno de nosotros se siente seguro ya, ésa es la verdad. Mejor echar el cerrojo y no salir después del atardecer.

—Bobadas —dijo la señora Ansley—, fue su mujer la que lo mató. Estaba desesperada por quedarse con el dinero. Es lógico. El dinero es la causa de todos los males, recuerden lo que les digo. Eso es lo que mi Albert solía decir.

—Ya —masculló la señorita Sampson por lo bajo—. Eso es porque el vago de tu marido nunca logró ganar ni un chavo.

Al haber leído las novelas más escabrosas de la Biblioteca de Helmsthorpe, además de algunas encargadas especialmente en Eastvale y en York, la señora Dent mostraba un poco más de imaginación que las demás. Ella sostenía que se trataba del comienzo de otra ola de crímenes, como la que popularmente se conocía como «Los asesinatos de los páramos».

—Es una repetición de lo de Brady y Hindley —dijo—. Ahora van a empezar a desenterrar cadáveres por todas partes. Billy Maxton desapareció sin dejar ni rastro, y lo mismo ocurrió con esa Mary

Richards... Ya lo verán, van a empezar a desenterrar cadáveres por todas partes, por todas partes...

—Yo pensaba que Billy Maxton y Mary Richards se habían escapado juntos a Swansea —intervino Letitia Stanford, la larguirucha jefa de la oficina de correos—. En cualquier caso, nos van a interrogar a todos, de eso no me cabe duda. Y seguramente lo hará ese hombre bajito de Eastvale. Ya lo vi husmeando por aquí ayer.

—Ajá —añadió la señora Heseltine—. Yo también lo vi. Me pareció muy bajito para ser policía.

—Es que es sureño —dijo la señora Anstey, como si eso zanjara de una vez para siempre la disputa sobre la altura.

En ese momento sonó la fuerte campanilla y Jack Barker entró en la oficina para enviar un cuento a una de las revistas que a duras penas contribuían a que se ganase la vida. Sonrió a la congregación de damas —que se quedaron mirándolo como ciruelas pasas asustadas— dio los buenos días, hizo lo que tenía que hacer y se marchó.

—Se supone que éste es uno de los amigos del señor Steadman —le comentó indignada la señorita Sampson—, ya me gustaría saber lo que están haciendo los enemigos del pobre hombre.

—Es un bicho raro, de eso no cabe duda —asintió Letitia Stanford —. Pero no creo que sea un asesino.

—¿Y cómo puedes saberlo? —inquirió la señora Dent bruscamente —. Deberías leer alguno de sus libros. Te sacarían los colores, te lo juro. Además están plagados de asesinatos.

Incrédula, la mujer negó con la cabeza, chasqueó la lengua y siguió con la mirada la ágil silueta que desaparecía calle abajo.

II

Con su mejor ropa interior, Sally Lumb se observaba en el espejo del tocador. Su larga melena color miel, cepillada y peinada con la raya en medio, caía pulcramente sobre sus hombros pálidos. Un flequillo corto y bien cuidado le cubría la amplia frente en la proporción justa. Mientras estudiaba su piel blanca como la leche, decidió que era hora de tomar un poco el sol. No demasiado, pues ella era tan rubia

que siempre acababa abrasada y roja como un langostino. Sólo lo haría una hora al día, así su piel adquiriría ese tono dorado profundo.

Tenía una cara bonita, y además conocía todos sus puntos débiles. Sus ojos estaban muy bien —eran grandes, azules y cautivadores— y su nariz guardaba una proporción directa con el resto, a pesar de tener la punta caída, un detalle casi imperceptible. Ahora bien, si había una parte de su cuerpo que le disgustaba ésa eran sus mejillas; eran demasiado regordetas, y por ello sus pómulos no llegaban a verse bien definidos. Pero aquello era sólo gordura de infancia y, al igual que la de sus caderas y muslos, desaparecería con el tiempo. No obstante, había maneras de disimular ese efecto, así que ¿por qué esperar? Y lo mismo ocurría con su boca. Era demasiado carnosa —la palabra más amable era «voluptuosa»—, y no tenía visos de cambiar por sí sola.

Sally estudió el despliegue de tubos, paletas, cepillos, barras de labios y frascos que tenía ante sí e hizo una diestra elección de las sombras y tonos más adecuados para resaltar los mejores rasgos de su cara y corregir los peores. Después de todo, el inspector jefe Banks era de Londres, o eso se comentaba, y lógicamente esperaría que una mujer siempre tuviese un aspecto espléndido.

Mientras se aplicaba los cosméticos, Sally proyectó la escena en su imaginación. Imaginó lo que le diría al policía y cómo éste se pondría de pie de un salto y saldría disparado a realizar una detención. El nombre de Sally aparecería en todos los periódicos, se haría famosa. ¿Qué mejor comienzo podía desear una aspirante a estrella? Lo mejor, pensó al tiempo que trazaba cuidadosamente un arco con el delineador de ojos, sería atrapar ella misma al asesino.

III

Banks se sentó en su oficina y se puso a observar la plaza del mercado, con su antigua cruz *y* sus adoquines desparejos. Sobre el cuadrante azul del reloj de la iglesia, las agujas doradas marcaban las diez y cuarto de la mañana. Un contingente de turistas tomaba fotografías del sencillo y macizo edificio, y compradores divididos en

grupos de dos o de tres se paseaban por la estrecha Market Street. De vez en cuando llegaban por la ventana abierta de Banks los gritos de la calle. Hacía dos horas que se encontraba en su despacho, dispuesto a leer y digerir toda la información sobre el caso Steadman a medida que fuera llegando.

La noche anterior, después de despedirse de Barker y compañía y marcharse de The Bridge, Banks se había ido directo a su casa, había bebido una taza de chocolate caliente y se había metido en la cama. Por tanto, y para sorpresa de Sandra y los niños, que como de costumbre habían desayunado aún medio dormidos, el lunes por la mañana él se sentía inusitadamente fresco y descansado.

Al llegar a la comisaría de Eastvale, lo primero que encontró fue un mensaje del agente Weaver, informándole de los nulos resultados de las pesquisas hechas de puerta en puerta. Una persona declaró haber oído una motocicleta alrededor de las veintitrés y dos coches entre las veinticuatro y la una menos cuarto (el testigo había cenado comida india y la acidez estomacal lo había mantenido despierto más de lo habitual). En cuanto a los demás vecinos, o se encontraban de vacaciones o profundamente dormidos. Una mujer, tras haber visto el anuncio que solicitaba información durante la misa de medianoche de la parroquia de Helmthorpe, se había personado a primera hora de la mañana en el destacamento local para quejarse del Demonio, de los Hell's Angels, de los cabezas rapadas y del exorbitante precio de los productos de granja. Entre risas, el sargento Rowe comentó a Banks que, el muy paciente Weaver pidió a la mujer que se ciñera a la información específica, y resultó que la mujer había pasado todo el sábado, incluida la noche, con su hija casada en Pocklington.

Enfadado por los pocos datos que arrojaban las pesquisas, Banks jugó con su pipa y frunció el ceño. Todo buen policía sabe que las primeras veinticuatro horas de una investigación son cruciales. Con el correr del tiempo las pistas empiezan a difuminarse. Como era de esperar, los periodistas le habían acosado con preguntas en cuanto lo vieron llegar, y él lamentó no tener nada que contar. Como norma, por cada dato que pasaba a los medios, cuatro se los guardaba en la manga.

Siempre existía la posibilidad de que los turistas del camping

hubieran visto algo, pero Banks lo dudaba. La mayoría de los interrogados el domingo por la tarde y la noche habían llegado ese mismo día o no habían oído nada. El administrador del predio explicó que muchos de los presentes el sábado se habían marchado antes de que se descubriera el cadáver; los campistas se marchaban antes de las diez de la mañana para evitar pagar un día extra de estancia. Por desgracia, el administrador no guardaba ni registros de nombres ni de direcciones, y tampoco había visto a nadie correr blandiendo un candelabro o un martillo ensangrentado.

Banks pidió al sargento Hatchley que comprobara la coartada del doctor Barnes, y que pusiera un anuncio solicitando información en el *Yorkshire Post,* pero no albergaba grandes esperanzas. Uno de los inconvenientes era que el camping se hallaba en la orilla norte del río Swain, junto a la cancha de criquet, pero su aparcamiento se encontraba en el lado sur, muy alejado de High Street, prácticamente rodeado de árboles y setos altos. Excepto entre las veintitrés y las cero treinta, hora en que los pubs cierran y la gente se marcha, aquel lugar desierto era ideal para cometer un asesinato nocturno. Según la estimación ratificada de la hora de la muerte que facilitó el doctor Glendenning, era posible que Steadman hubiese sido asesinado entre las veintiuna y las veintidós, poco después de que se marchara de The Bridge. A esa hora el aparcamiento estaba tranquilo y suficientemente oscuro. Y puesto que las horas de apertura y cierre de los pubs eran las que eran, la mayoría de la gente llegaba entre las veinte y las veintiuna y se marchaba entre las veintitrés y el cierre.

Hasta ahora, y a pesar de la búsqueda exhaustiva, no se habían hallado rastros de sangre en la superficie de macadán del aparcamiento. De hecho, los peritos no habían hallado nada en absoluto. Glendenning, sin embargo, demostró ser tan minucioso como de costumbre, y se pasó la mitad de la noche haciendo una autopsia exhaustiva. El informe correspondiente, libre de jerga, esperaba a Banks en su bandeja de entrada a las ocho de la mañana del lunes.

La herida había sido causada por un objeto metálico de por lo menos un borde afilado y, efectivamente, había causado la muerte

de la víctima. El contenido del estómago reveló los restos de una cena temprana y bajo nivel de alcohol, lo cual concordaba con lo declarado por el grupo de amigos en The Bridge. El golpe en sí pudo haber sido aplicado tanto por un hombre como por una mujer. Glendenning añadió que la fuerza necesaria para matar con un instrumento como el citado era mínima. Además, el asesino seguramente era diestro, así que a Banks no le resultaría de ninguna utilidad imitar el procedimiento de los detectives de ficción y mantenerse alerta y a la espera del sospechoso zurdo. No obstante, ese dato eliminaba de la lista a la zurda Emma Steadman, que en cualquier caso tenía una coartada firme.

Tal como Banks había sospechado, la hipóstasis demostraba que Steadman había sido asesinado en un lugar desconocido y trasladado en coche hasta el campo ya cadáver. Había sido enterrado de espaldas, pero gran parte de la lividez se había formado en su costado derecho.

Vic Manson no halló restos de sangre en el coche de la víctima, pero sí una buena cantidad de huellas dactilares. Lo lamentable fue que las pocas que no estaban emborronadas resultaron pertenecer a Steadman. Como casi siempre sucedía, las huellas del volante y el asa de la portezuela estaban emborronadas. Cuando la gente conduce o abre y cierra puertas sus huellas resbalan sobre la suave superficie de plástico o de metal, y el resultado es una impresión inservible.

Las pocas fibras que quedaron en los asientos recubiertos de vinilo eran muy corrientes. Tanto, que de haber sido tomadas en cuenta hubieran implicado a la mitad de los habitantes del valle. No revelaron nada único como un traje importado de Italia o un jersey de lana de yac, de venta en un exclusivo comercio de confección. En los neumáticos tampoco quedó resto alguno de barro, tierra o arcilla adjudicables a un lugar específico. En el dibujo de las cubiertas ni siquiera encontraron encajada una esquirla de gravilla proveniente de una entrada para coches identificable.

De todos modos, Banks tenía poca fe en la evidencia forense. Como la mayoría de los investigadores, había incriminado basándose en huellas dactilares o en el grupo sanguíneo del criminal. Pero si

éste tenía un poco de seso, las pruebas no servían de nada hasta que no fuera atrapado por otros medios, a pesar de que todo ello redujera el espectro de sospechosos; entonces quizá sí ayudarían a asegurar un veredicto de culpable. Resultaba sorprendente constatar cuántos miembros del jurado seguían fiándose de los expertos, aun cuando un abogado defensor hábil pudiera desacreditar casi cualquier testimonio científico. En todo caso, se dijo Banks, si el público se tragaba aquello que defienden los publicistas sobre los beneficios «testados científicamente» de una marca de dentífrico o de cereal para el desayuno, entonces ya nada podía sorprenderle.

Justo después de las once el sargento Hatchley asomó la cabeza. Aunque el café de comisaría había mejorado ostensiblemente desde la adquisición de la cafetera eléctrica con filtro, los dos hombres ya habían establecido la tradición de cruzar hasta el Golden Grill para el descanso de media mañana.

Esquivaron los grupos de turistas que por allí paseaban, saludaron a los pocos vecinos que conocían, y entraron en el café. La única mesa disponible era la del fondo, junto a los servicios. Al ver que la ocupaban los policías, la menuda camarera se encogió de hombros.

—¿Lo de siempre? —preguntó desde lejos.

—Sí, por favor, Gladys, cariño —vociferó Hatchley a modo de respuesta.

«Lo de siempre» significaba café y bollos tostados para ambos.

Hatchley colocó su carpeta beige sobre el mantel de cuadros rojos y blancos y se mesó el cabello:

—¿Dónde diablos se ha metido Richmond últimamente? —dijo mientras rebuscaba el tabaco en sus bolsillos.

—Está haciendo un curso. ¿No te habías enterado?

—¿Un maldito curso? ¿De qué?

—El comisario hizo circular un memorándum informando de ello.

—Nunca los leo.

—Quizá debieras.

Hatchley puso cara de pocos amigos.

—Ya. ¿Y de qué va el curso?

—Sobre algo relacionado con los ordenadores. Lo imparten en Surrey.

—Vaya suerte tiene el cabrón. Probablemente ahora esté en la playa con su cubo y su pala.

—Surrey no tiene costa.

—Ya la encontrará. ¿Cuándo regresa?

—Dentro de dos semanas.

Hatchley continuó maldiciendo, pero antes de que pudiera decir nada más les trajeron sus desayunos. Banks sabía que el sargento habría puesto dos objeciones a la ausencia de Richmond. La primera —que Hatchley repetía a menudo— era que la educación era igual de útil que un condón pinchado. La segunda, más grave todavía, era que, al ausentarse Richmond, Hatchley tendría que encargarse él solo de todo el trabajo de campo del caso Steadman.

—Esta mañana comprobé la coartada de Doc Barnes, tal como me pidió —dijo Hatchley, alargando la mano hacia su bollo.

—¿Y?

—Es sólida. Estuvo allí con esa señora Gaskell, no hay duda de ello. Parece que la mujer está teniendo un embarazo complicado.

—¿Entre qué hora y qué hora?

—Según el marido, Barnes llegó a las veintiuna treinta y se marchó a las veintidós quince.

—Es decir, que antes hubiera podido matar a Steadman perfectamente, y después echarlo en el maletero de su coche. Incluso pudo hacerlo después.

—Pero no tenía ningún motivo —dijo Hatchley.

—No uno que nosotros conozcamos. —Banks señaló la carpeta—: ¿Qué hay ahí dentro?

—Información general sobre Steadman —farfulló Hatchley, con la boca llena de bollo tostado.

Banks ojeó el informe mientras comía. Steadman había nacido en Coventry casi cuarenta y tres años antes, en la época en que su padre se afanaba en fundar su empresa de electrónica. Estudió en un buen instituto y ganó una beca para Cambridge, donde se graduó en historia con las mejores notas. Luego realizó estudios de posgrado en Birmingham y Edimburgo, y posteriormente, a la edad de veintiséis, consiguió un puesto de profesor en la Universidad de Leeds. Allí empezó a desarrollar su interés por la arqueología

industrial, una rama nueva por entonces; se dedicó a ello y a la especialidad de «historia regional». Durante su primer año como profesor sucedieron dos cosas importantes. Primero, justo antes de las Navidades, murió su madre. Segundo, y al final de aquel periodo lectivo, se casó con Emma Hartley, a quien conocía desde hacía dos años. Emma era la hija única de un tendero de Norwich, y trabajaba como bibliotecaria en Edimburgo mientras Steadman estudió allí. Emma era cinco años menor que su marido. No tenían hijos.

La pareja pasó la luna de miel en Gratly y se hospedó en la casa que luego adquiriría. Hatchley añadió un asterisco a esa última información, y cuando Banks bajó la vista a la nota a pie de página, ésta decía: «Verificarlo con Ramsden. La casa pertenecía a sus padres». Banks ya estaba enterado de ello, pero alabó la minuciosidad de Hatchley; era algo tan inusual en él que merecía ser alentado.

A medida que Steadman iba prosperando en su carrera —trabajos publicados, elogios, ascensos—, la salud de su padre empeoraba a un ritmo constante. Cuando dos años atrás el anciano murió, aquél heredó una fortuna considerable. Steadman llevó a su mujer de viaje por Europa y luego, tras acabar el periodo lectivo en la universidad, compró la casa de Gratly, renunció a su empleo y se concentró en los temas que le interesaban a título personal.

—¿Qué opinas? —preguntó Banks a Hatchley, que ahora se escarbaba los restos de comida de entre los dientes con las uñas.

—¿Usted qué haría con tanto dinero? —comentó el sargento—. Le aseguro que yo no me hubiera comprado una casa aquí, y que tampoco me habría pasado el tiempo husmeando entre ruinas. Ni loco.

—¿Crees que fue una tontería por su parte?

—No es una vida muy interesante, ¿no?

—Pero es lo que él quería: independencia para dedicarse a sus estudios.

Hatchley se encogió de hombros, como si no existiese respuesta para una afirmación tan tonta.

—Usted me preguntó que qué haría con tanto dinero...

—Pero no me has contestado.

Hatchley apuró el café ruidosamente. El poco que quedaba estaba espeso como jarabe por el azúcar sin disolver.

—Supongo que haría unas inversiones bien calculadas. Las suficientes para poder vivir cómodamente de los intereses. Después tomaría unos cuantos miles y me pegaría unas vacaciones de cojones.

—¿Dónde?

—Por todas partes. Por los antros de perdición de todo el mundo.

Banks sonrió.

—¿Y después?

—Después volvería y viviría de los intereses.

—¿Pero a qué te dedicarías?

—A no hacer nada. Quizá me iría a vivir a España o al sur de Francia. O quizá a uno de esos paraísos fiscales, como las Islas Bermudas.

—¿Entonces dejarías tu empleo?

Hatchley miró a Banks como si éste estuviera loco.

—¿Mi empleo? Por supuesto que dejaría mi empleo. ¿No es lo que haríamos todos?

—Supongo que sí.

Pero él no estaba tan seguro de poder hacerlo. Regalarse unas vacaciones, sí. Pero, ¿y después? En opinión de Banks, Steadman había tomado una decisión admirable. Se había desembarazado de los aspectos más prosaicos y sofocantes de su carrera para concentrarse en la esencia de la misma. «Si recibiera tal cantidad de dinero», pensó Banks, «quizá trabajaría por mi cuenta, como Sherlock Holmes —que, por cierto, era oriundo de los valles del norte de Inglaterra—, e investigaría únicamente los casos más importantes... llevaría gorra de cazador...»

—Regresemos —dijo, volviendo a la realidad—. Se congelará el infierno antes de que tú y yo tengamos que preocuparnos por problemas como ése.

Al llegar a su despacho, Banks se encontró con que le esperaba Emma Steadman. Acababa de identificar el cuerpo de su marido y todavía estaba consternada por el dolor. Su cara pálida no reflejaba emoción alguna, pero sus grandes ojos de búho, aumentados por los

cristales de las gafas, habían derramado lágrimas recientemente. La mujer se enderezó en su silla de respaldo duro *y* apretó las manos sobre las rodillas.

—No tardaré nada, señora —le dijo Banks mientras se situaba al otro lado del escritorio y empezaba a llenar la pipa—. Para empezar, me gustaría saber si su marido tenía enemigos, alguien que según usted pudiese querer hacerle daño.

—No —respondió ella en seguida—. No se me ocurre nadie. Harold no era la clase de persona que se crea enemigos.

Banks decidió no subrayar lo irracional de aquella afirmación; los afligidos parientes de las víctimas de asesinato solían suponer que no podía existir motivo alguno para el crimen cometido.

—¿Así pues, él nunca discutía con nadie? ¿Ni siquiera tenía pequeñas disputas?

Frunciendo el ceño, la mujer negó con la cabeza:

—No. Ya se lo he dicho, no era la clase de... Espere un momento, sí que había algo. Pero no sé si es muy importante.

—Cuéntemelo.

—Últimamente se quejaba de Teddy Hackett.

—¿De Hackett? ¿Cuándo ocurrió esto?

—Hará una semana. Sé que eran amigos, pero tenían un litigio pendiente por unos terrenos. Supongo que era una tontería, pero ya conoce a los hombres, a menudo se comportan como niños. Pero me temo que desconozco todos los detalles, tendrá que preguntárselo al señor Hackett.

—¿Tiene alguna idea de qué se trataba?

La señora Steadman volvió a fruncir el ceño, pero esa vez fue para concentrarse.

—Creo que tuvo algo que ver con el prado de Crabtree. No es más que una extensión llena de maleza que hay junto al río. Harold estaba seguro de haber localizado allí unas ruinas romanas. Tenía varias monedas y trozos de cerámica que, según él, lo probaban. Teddy Hackett quería vender la parcela.

—¿Por qué? ¿Qué pensaba hacer con ella?

—Conociendo a Hackett, lo hubiera convertido en algún proyecto vulgar que produjera dinero. No sé exactamente qué tenía en

mente: una discoteca quizá, o un parque de atracciones, una sala de juegos, un supermercado...

—Déjeme ver si la he entendido bien —dijo Banks, inclinándose hacia ella—. ¿Está diciendo que Hackett quería hacer negocios con ciertos terrenos y que su marido deseaba preservarlos como enclave histórico? ¿Es así?

—Sí. Y tampoco era la primera vez. El año pasado Harold quiso abrir un pequeño museo regional en High Street, pero Hackett compró el local inmediatamente y lo convirtió en una tienda de regalos. También discutieron sobre aquello. Harold se fiaba mucho de la gente, era demasiado confiado, demasiado... bueno. No era lo bastante agresivo.

—¿Y no tuvo problemas con ninguna otra persona? ¿Qué me dice del doctor Barnes? Le comentó su marido algo sobre él alguna vez.

—¿Cómo qué?

—Cualquier cosa.

—No.

—¿Y sobre Jack Barker?

—No. Harold pensaba que Barker era cínico y un poco frívolo, pero nada más.

—¿Invitaban ustedes a mucha gente a su casa?

—Sólo recibíamos a los amigos.

—¿A quiénes?

—Nos hemos ido alejando de nuestro círculo de Leeds, así que generalmente veíamos a gente de por aquí: Barker, Penny Cartwright, Hackett, y de vez en cuando al doctor Barnes. A veces Michael Ramsden venía desde York. Y puesto que en ocasiones solían invitar a Harold a viajes de estudio o a dar conferencias, también veíamos a varios profesores y a chicos del Instituto Eastvale. No se me ocurre nadie más.

—Habrá mucho dinero —comentó Banks con toda tranquilidad.

—¿Perdón?

—Habrá mucho dinero. El de su marido, imagino que lo heredará usted...

—Sí supongo que sí —dijo—. A decir verdad, no lo había pensado... no sé si Harold hizo testamento.

—¿Qué piensa hacer con una suma tan elevada?

Detrás de sus gafas, la mirada de la señora Steadman pareció sobresaltada y llena de desaprobación.

—No tengo ni idea, inspector. No me he parado a pensar en ello.

—¿Qué puede decirme de la relación con su marido? ¿Se llevaban bien? ¿Era el suyo un matrimonio estable?

La señora Steadman se paralizó:

—¿Qué?

—Tengo que preguntárselo.

—Pero yo no tengo por qué contestarle.

—Eso es cierto.

—No crea que me gusta lo que está insinuando, inspector jefe —continuó—. Creo que es una pregunta muy impertinente. Sobre todo en un momento como éste.

—No insinúo nada, señora Steadman. Sólo hago mi trabajo y nada más. —Banks sostuvo la mirada fría de la mujer y no dijo nada.

Emma Steadman se puso de pie.

—Y si eso es todo...

Banks la acompañó hasta el pasillo. Cuando la mujer salió, Banks cerró la puerta silenciosamente y dio un suspiro de alivio.

IV

Después de escandalizar a las viejecitas en la oficina de correos, Jack Barker se marchó calle abajo por Helmthorpe High Street. Eran sólo las diez y media, pero a esa hora los grupos de turistas ya se paseaban por las aceras con cardigans sobre los hombros para protegerse del fresco matinal. Sujetaban a sus impacientes hijos y se iban deteniendo frente a los escaparates que exhibían las artesanías de la región. Al norte asomaba la cima de Crow Scar, cuya ladera de piedra caliza quedaba oscurecida ocasionalmente por la sombra de alguna que otra nube tenue y pasajera.

Durante un instante, Barker se detuvo pensativo frente a la tienda de segunda mano del señor Thadtwistle —que a sus noventa y ocho años era el habitante más anciano del pueblo—, continuó a toda prisa y giró por la estrecha calle de casitas que daban a la iglesia. Se

detuvo en el número dieciséis y golpeó. No obtuvo respuesta. Volvió a llamar y entonces oyó movimiento en el interior. Mientras esperaba se alisó el pelo hacia atrás. La puerta se abrió unos pocos centímetros.

—Ah, eres tú —dijo Penny Cartwright, entrecerrando los ojos.

—Por el amor de Dios, tienes un aspecto horrible —dijo Barker—. No estará por aquí tu viejo, ¿eh?

Penny empezó a negar con la cabeza pero enseguida comprendió su error.

—¿Puedo entrar? —preguntó Barker.

Ella no contestó. Se hizo a un lado y lo dejó pasar:

—Pero sólo si preparas una taza de café bien fuerte.

—Trato hecho. Y lo que acabo de decir no lo decía en serio. Estás tan guapa y lozana como una rosa blanca humedecida por el rocío del amanecer.

Jenny le hizo una mueca y se dejó caer en el sofá. Su larga melena azabache estaba despeinada, y el blanco en torno a sus ojos azules estaba grisáceo y poblado de venas. Tenía ojeras oscuras e hinchadas y los labios partidos y resecos. Llevaba una bata verde botella tipo kimono, que se estrechaba en torno al cuello. Sobre su espalda, un dragón rojo encabritado lanzaba fuego.

Barker se puso manos a la obra en la cocina pequeña y desordenada. Enseguida salió con dos tazas de café humeante en las manos, y tomó asiento en un sillón maltrecho ubicado en ángulo recto respecto a Penny. Cuando ella se inclinó hacia delante para levantar su taza, él atisbo por el escote un trozo de piel levemente pecosa; y cuando ella se cruzó de piernas, los pliegues de su bata de seda dejaron entrever la deliciosa curva de un muslo. Al parecer Penny no se percataba en absoluto de hasta qué punto estaba acelerando el pulso de Jack Barker.

—Supongo que ya sabes lo de Harry —dijo él mientras encendía un pitillo.

Ella alargó el brazo para hacerse con uno.

—Sí —dijo, asintiendo con un gesto; al momento expulsó una bocanada de humo y tosió—. Me he enterado de lo sucedido. —Miró

largamente el pitillo—. Si sigo fumando estas cosas voy a arruinar mi voz.

—¿Ya ha venido a verte la policía?

—¿Por qué iban a querer verme?

—Ese inspector jefe, Banks, se presentó en The Bridge anoche —explicó Barker—. Estuvo hablando con nosotros durante un buen rato. En cualquier caso, te vio. O por lo menos me vio seguirte con la mirada y me preguntó quién eras.

—¿Se lo dijiste?

—Sí.

—¿Le dijiste que yo era amiga de Harry?

—Tuve que hacerlo. Tarde o temprano se hubiera enterado, ¿no crees? Y en ese caso habría sospechado de mí por no habérselo contado desde un principio.

—¿Qué pasa? ¿Tú no tienes nada que esconder?

Barker se encogió de hombros.

—Da igual —continuó Penny —. Ya sabes lo que opino de la policía.

—No es mal tipo. Y parece bastante amistoso, la verdad. Pero también es más listo que el hambre. No se le escapa una. Es de esa clase de tipos que se pasan la noche invitándote a copas y cuando estás mamado te sueltan la pregunta envenenada.

—Suena terrible. —Penny hizo un gesto de desagrado y aplastó su cigarrillo a medio fumar en el cenicero de cristal—. Aun así, sigo creyendo que los polis son todos iguales.

—¿Se lo vas a contar?

Ella le lanzó una mirada *y* frunció el entrecejo:

—¿Qué esperas que cuente?

—Lo de tu viejo...

Ella negó con un gesto.

—Ese tipo es listo —repitió Barker.

—Entonces averiguará todo lo que quiera saber, ¿no crees?

Ella sonrió. Barker se echó hacia delante y le tomó la mano.

—Penny...

—No, Jack —dijo rechazándolo amablemente—. Ahora no.

Ofendido, Barker se echó hacia atrás en el sillón.

—No seas así, Jack —le reprendió ella—. No te comportes como un

crío enfurruñado.

—Lo siento.

Penny se envolvió en su bata de seda y se puso de pie.

—No pasa nada, pero será mejor que te vayas. Estoy un poco mareada.

—¿Cantas esta semana? —dijo él mientras se ponía en pie. —El viernes... Si me aguanta la voz. ¿Vendrás a verme? —Cariño —repuso Barker—, no me lo perdería por nada del mundo.

Y se marchó.

V

La comisaría no se parecía en nada a lo que Sally se esperaba. Para empezar, por dentro el viejo edificio de fachada Tudor era moderno, y no estaba empapelado con Cartelés de «criminales buscados». Más bien al contrario: se parecía a una de esas oficinas agradables y diáfanas con plantas por doquier que, tras el vestíbulo de recepción, sólo tienen escritorios separados por particiones. Todo olía a limpiamuebles y a ambientador con aroma a pino.

Sally le dijo al amable joven del mostrador que deseaba ver al inspector jefe Banks, el hombre a cargo de la investigación del asesinato de Helmthorpe. No, prefería no comentarle nada a un subalterno. Quería hablar personalmente con el inspector jefe. Tenía información importante. Por supuesto que esperaría.

Al final la persistencia dio sus frutos y Sally fue conducida a la primera planta, a un laberinto de pasillos y puertas de despachos pintadas con plantilla, que anunciaban «Sala de interrogatorios», por ejemplo. Allí se le ofreció un asiento y se le preguntó si le importaría esperar unos momentos. Ella dijo que no. Luego cruzó las manos sobre las rodillas y miró hacia delante, a una puerta en la que, para su decepción, leyó «Suministros para oficina».

Los minutos pasaron lentamente. Sally deseó haber traído consigo un ejemplar de *Yogue* para ojear, como hacía cuando iba al dentista. De repente, provenientes del hueco de la escalera, oyó sonidos de refriega y unos insultos, y acto seguido tres hombres cayeron rodando justo delante de donde ella se encontraba. Dos de ellos

eran policías, eso era obvio, y forcejeaban con el tercero que se retorcía como una anguila. Finalmente, volvieron a ponerlo de pie a la fuerza y se lo llevaron a rastras pasillo abajo. El tipo trataba de librarse y no paraba de insultar, y hubo un momento en que logró zafarse y regresar corriendo por el pasillo hacia donde estaba ella. Sally se sintió aterrorizada; por lo menos una mitad de ella, pues la otra mitad pensaba lo emocionante y lo parecido que todo aquello le resultaba a la serie de televisión *Canción triste de Hill Street.* Antes de que el reo pudiera acercársele demasiado, el policía lo atrapó y lo metió en una habitación a empujones. A Sally el corazón se le salía del pecho. Quería irse a casa. Pero entonces el inspector jefe salió de su despacho y la hizo pasar.

—Siento mucho el alboroto —se disculpó—. No ocurre muy a menudo.

—¿Quién es? —inquirió ella, pálida y con los ojos desorbitados.

—Un ladrón. Creemos que la semana pasada entró a robar en Merriweather, El Emporio de los Estéreos.

De pronto Sally se encontró ante un endeble escritorio de metal cubierto de clips, bolígrafos y carpetas de aspecto importante. El aire estaba cargado de humo de pipa, lo cual le recordó a su padre. Ella tosió, Banks captó la indirecta y fue a abrir la ventana. Junto con el cálido aire de Market Street llegaban de la calle fragmentos de conversaciones.

Banks preguntó a Sally qué se le ofrecía.

—Es privado.

Sally se volvió para mirar por encima del hombro y se inclinó hacia delante. Lo que había visto la había desasosegado, y ahora arrancar se le hacía mucho más difícil de lo que imaginaba.

—Quiero decir... —continuó—, voy a confiarle algo, pero tiene que prometerme que no se lo contará a nadie.

—¿A nadie?

La sonrisa desapareció de la cara de Banks, pero ésta se perpetuó en sus vivaces ojos marrones. Cogió la pipa y tomó asiento. Sally frunció la nariz, igual que solía hacer en su casa para demostrar que le desagradaba el humo.

—Pero supongo que eso ya depende de usted, ¿verdad? Será mejor

que le diga lo que sé, ¿no?

Banks asintió inclinando la cabeza.

—Ocurrió la noche del sábado pasado. Yo estaba por la zona de Crow Scar, en el pequeño refugio para pastores. Ya sabe cuál, el que está casi derrumbado. —Banks lo conocía, la choza abandonada y en ruinas había sido registrada tras el descubrimiento del cadáver de Steadman—. Entonces oí que un coche se detuvo unos diez o quince minutos. Y después arrancó y se marchó.

—¿Lo viste?

—No, sólo lo oí. Al principio pensé que sería una pareja dándose el lote o algo por el estilo, pero una pareja se hubiera quedado más tiempo, ¿no?

Banks sonrió. Tanto el secretismo que exigía como sus conocimientos del tiempo requerido para darse el lote, eran claros indicios de lo que la chica había estado haciendo en el refugio para pastores.

—¿De qué dirección llegó el coche? —preguntó Banks.

—Del pueblo, creo. Del oeste, en cualquier caso. Supongo que pudo haber venido del otro lado del valle, desde el norte, pero ese camino sólo cruza kilómetros y kilómetros de páramos.

—¿Y hacia dónde se dirigió después?

—No lo oí dar la vuelta y regresar, así que habrá seguido por el camino.

—Es el camino que lleva a Sattersdale, ¿no es así?

—Sí, pero hay un montón de caminos pequeños que lo cruzan. Yendo por allí se puede llegar a casi cualquier parte.

—¿A qué hora ocurrió esto?

—El coche se detuvo a las cero y catorce.

—¿Cero y catorce? ¿No justo después de la medianoche, o a las doce y cuarto? La mayoría de la gente no es tan precisa.

—Era un reloj digi...

Sally se detuvo en seco. Banks le estaba mirando la muñeca. Sally lucía un reloj de pulsera pequeño y negro con correa de plástico rosa. No era uno digital.

—Será mejor que me cuentes la verdad —dijo Banks—. Y no te preocupes, tus padres no tienen por qué enterarse.

—No estaba haciendo nada malo —espetó Sally. Después se sonrojó y se sintió más tranquila—. Pero gracias, de todos modos, no creo que ellos lo entendieran. Estaba con alguien, es cierto. Con mi novio, pero sólo estábamos hablando.

Aquello no sonaba a cierto, pero Banks tampoco lo consideró asunto de su incumbencia.

—Y entonces llegó aquel coche —continuó Sally—. Nos pareció que se nos había hecho tarde, así que Kev, mi novio, miró la hora en su reloj. Es uno digital con luz incorporada, y marcaba las cero y catorce. Yo sabía que hacía horas que debería estar en casa, pero me dije «de perdidos al río». Así que nos quedamos donde estábamos, sin prestarle demasiada atención al coche. Pero después oímos que se marchaba y Kevin volvió a mirar la hora: eran las cero veintinueve. Lo recuerdo porque nos hizo gracia, Kevin dijo que ni siquiera les había dado tiempo de...

Sally se sonrojó y se quedó en silencio. Ahora que se había decido a relatar lo ocurrido, le había resultado tan fácil que se había olvidado a quién se lo estaba contando. Se dio cuenta de que le había dado a ese desconocido de la pipa no sólo el nombre de su novio, sino la impresión de estar perfectamente enterada de qué hacen por la noche hombres y mujeres cuando aparcan sus coches en las laderas deshabitadas.

Pero las actividades románticas de la joven no concernían a Banks. Más que en su vida amorosa, él se interesó mucho más en la precisión de la información que la joven le ofrecía. Además, la chica debía de tener diecinueve años como poco. Ya era lo suficientemente grandecita para cuidarse sola, independientemente de lo que pensaran sus padres.

—Supongo que Kevin, tu novio, confirmará las horas que me has dado... —dijo Banks.

—Sólo si lo obligaran a hacerlo... —dudó ella—. Le prometí que no mencionaría su nombre. No queremos meternos en líos, a mi madre y mi padre no les gustaría, ¿entiende? Les dije que estábamos en casa de Kevin mirando la televisión. Mis padres le dirían a los de él dónde estuvimos, y ya no nos dejarían vernos.

—¿Cuántos años tienes, Sally?

—Dieciséis —respondió ella, orgullosa.

—¿Y qué piensas hacer de tu vida?

—Quiero ser actriz. O por lo menos trabajar en el cine oel teatro, quiero hacer algo en ese mundo. He presentado la solicitud de ingreso para la Academia de Teatro Marion Boyars.

—Estoy impresionado —dijo Banks—. Espero que te admitan.

Era evidente que la joven tenía buena mano para el maquillaje, Banks le había echado diecinueve. La mayoría de las chicas de su edad se pintaban como puertas, pero estaba claro que Sally sabía cómo y cuánto maquillaje aplicar. Y también tenía buen gusto en el vestir. Llevaba calcetines blancos hasta las rodillas y una falda azul marino fruncida en la cintura que acababa justo sobre sus rodillas con hoyuelos; encima de la falda llevaba puesta una blusa blanca de algodón, y un lazo rojo sujetaba su melena de color rubio dorado. Era una chica hermosa, y a Banks le costó poco imaginársela sobre un escenario o en televisión.

—¿Es cierto que usted es de Londres? —inquirió ella.

—Sí.

—¿Le envió Scotland Yard?

—No. Me trasladé aquí por propia voluntad.

—Cielos, ¿por qué iba a querer venir a este sitio?

—Se me ocurren muchas razones —dijo Banks mientras se encogía de hombros—, el aire fresco, los bellos paisajes... además pensé que trabajar aquí sería más fácil.

—Pero en Londres es donde ocurre todo —prosiguió Rally, entusiasmada—. Una vez fui allí con la escuela, de excursión. Y me pareció fabulosa. —Entonces entrecerró los ojos y observó a Banks con suspicacia—. No entiendo cómo alguien puede marcharse de allí para vivir en este lugar de mala muerte olvidado de la mano de Dios.

Banks se percató de que en menos de veinte segundos, la opinión que tenía Sally de él había sufrido un cambio radical. Al principio ella había flirteado, actuado con coquetería, pero ahora se mostraba desdeñosa, como si sintiera lástima por él, además de mucho más brusca y formal en su actitud. Banks tuvo que esforzarse para no sonreír.

—¿Conocías a Harold Steadman?

—Ése es el hombre que...

—Efectivamente. ¿Lo conocías?

—Sí, un poco. Iba al instituto con frecuencia para dar conferencias sobre historia de la región o sobre geología. Era aburrido, en general hablaba de ruinas. A veces nos llevaba de viaje de estudios a Fortford, o incluso a sitios lejanos como Malham o Keld.

—Entonces los alumnos lo conocían bien...

—Todo lo bien que se puede conocer a un profesor —reflexionó Sally por unos segundos—. Pero no se parecía en nada al típico profesor. Quiero decir que, por supuesto que era aburrido y todo lo demás, pero él se lo pasaba en grande. Se le notaba el entusiasmo. Y después de algunas excursiones, hasta nos invitó a su casa a comer perritos calientes y a tomar gaseosas.

—¿«Nos invitó»?

—Sí, a los alumnos que vivíamos Helmthorpe y Gratly. Solíamos ser unos siete en total. Su esposa nos preparaba comida y nosotros charlábamos de lo que habíamos visto y encontrado. Era un hombre muy amable.

—Y qué puedes decirme de su mujer, ¿la conocíais?

—La verdad es que no. No pasaba tiempo con nosotros, solía tener otras cosas que hacer. Creo que era pura timidez. Pero el señor Steadman no era nada tímido, hablaba con todo el mundo.

—¿Entonces sólo lo veías en el instituto y en las excursiones?

Sally volvió a entrecerrar los ojos.

—Pues sí, además de cruzármelo en la calle y en las tiendas. Oiga, si lo que está pensando es que era un viejo verde, desde luego ya le digo que no.

—No quise decir eso —repuso Banks, satisfecho de que ella hubiera interpretado la pregunta de esa manera y hubiese reaccionado.

Le pidió que repitiera lo que había visto una vez más, y tomó nota de los detalles. Pero ahora la joven le facilitaba la información de mala gana, como si quisiese largarse de allí cuanto antes. Cuando la joven por fin se marchó, Banks se repantingó en su sillón a rumiar sobre cómo el traslado de Londres a Eastvale le había hecho perder

todo su atractivo y glamur. Fuera, en la plaza del mercado, el reloj dio cuatro campanadas.

CINCO

I

El lunes por la mañana, después de enviar al sargento Hatchley a supervisar los progresos hechos por el agente Weaver en Helmthorpe, de inspeccionar el estudio de Harold Steadman, y de mandar llamar a Teddy Hackett para declarar, Banks salió hacia York para visitar de nuevo a Michael Ramsden.

Atravesando pequeños barrios marginales de casas de ladrillo rojo que más bien parecían cajas, Banks entró en la antigua ciudad romana alrededor de las once. Después de perderse durante media hora en aquel entramado de calles de sentido único, dio con una plaza de aparcamiento junto al río Ouse, cruzó el puente y enfiló hacia Fischer *&* Faulkner Ltd., un edificio horrible y achaparrado, pegado a la ribera. Las aceras estaban muy transitadas por turistas *y* hombres de negocios, y el Minster —la inmensa catedral de York— dominaba la ciudad entera, la piedra blanquecina de su estructura refulgía bañada por la luz matinal.

Un elegante recepcionista le indicó qué dirección tomar y, al llegar a la tercera planta, una de las ayudantes de Ramsden llamó a su jefe.

El despacho de Ramsden daba al río, por cuyas aguas bajaba hacia el atracadero una pequeña lancha turística, su cubierta estaba coloreada con la ropa veraniega de los viajeros e iluminada por las lentes de sus cámaras destellando al sol. La lancha fue trazando una estela en forma de V que sacudió los botes de remos que iba dejando atrás.

El despacho propiamente dicho era pequeño y estaba abarrotado. Junto al escritorio y los archivadores se alzaban pilas inclinadas de manuscritos, algunas en el suelo, y dos librerías que exhibían una colección de títulos de Fischer & Faulkner. Incluso con su traje oscuro de hombre de negocios, Ramsden todavía tenía el aspecto de alguien a quien la ropa le va demasiado grande. Su porte era el de

un profesor de física nuclear distraído, que va a explicarle la fisión atómica a un neófito mientras que en su mente resuelve ecuaciones complejas. Ramsden se apartó de la frente su inexistente mechón y pidió a Banks que tomara asiento.

—Usted era un buen amigo de Harold Steadman —comenzó a decir Banks—. ¿Podría contarme cómo era él? Me refiero a su pasado, cómo se conocieron ustedes y ese tipo de cosas.

Ramsden se echó hacia atrás en el sillón giratorio y cruzó sus largas piernas.

—Sabe una cosa... —dijo mirando de reojo hacia la ventana—. Harry siempre me intimidó un poco. No sólo porque era quince años mayor que yo, pues eso nunca fue un inconveniente, sino porque nunca superamos nuestra relación maestro-alumno. Nos conocimos cuando él era profesor en Leeds *y yo* estaba a punto de empezar mis estudios en Londres, así que ni siquiera estábamos en la misma universidad. Tampoco nos dedicábamos a lo mismo, pero por alguna razón hay determinadas ideas que se nos fijan en la mente. Yo tenía dieciocho y Harry casi treinta y tres. Era muy inteligente, y un hombre totalmente consagrado a su trabajo, precisamente la clase de hombre cuya conducta yo buscaba emular por entonces.

»Como le iba diciendo, aunque estaba a punto de marcharme a Londres a estudiar en la universidad, yo seguía yendo a Gratly a pasar las Navidades y los veranos. En casa de mis padres ayudaba en lo hiciera falta; arreglaba cosas, preparaba los huevos con beicon para los huéspedes... Me encantaba estar en casa, en la campiña de Yorkshire. Y la mejor época de todas era cuando Harry y Emma venían a pasar sus vacaciones. Yo salía a dar paseos que duraban horas, a veces solo, otras veces con Harold o Penny.

—¿Penny? —interrumpió Banks—. ¿Se refiere a Penny Cartwright?

—Exacto. Hasta que me marché a Londres los dos éramos muy buenos amigos.

—Continúe.

—Solíamos salir juntos, pero de una manera muy informal. Todo era muy inocente. Ella tenía dieciséis años y nos conocíamos de toda la vida. Cuando murió su madre incluso pasó un tiempo con mi familia.

—¿Cuántos años tenía ella cuando ocurrió eso?

—Hummm... Unos diez u once. Sinceramente, fue una tragedia. La señora Cartwright se ahogó durante una inundación de primavera. Fue terrible. El padre de Penny sufrió un colapso nervioso, así que ella vino a vivir con nosotros mientras él se recuperaba. Lo que sucedió después fue lo más lógico. Ya sabe, los dos crecimos... Como le decía, Harold era un gran conocedor de la zona, un entusiasta. De inmediato quedó prendado de Swainsdale, y muy pronto me enseñó más de lo que yo sabía tras haber vivido allí toda mi vida. Así era Harry. Yo estaba a punto de comenzar mi carrera de lengua en la universidad y, como era lógico, me impresionó. Yo era un joven insoportablemente literario que no paraba de citar a Wordsworth y a autores por el estilo. Supongo que está al tanto de que cuando mi madre ya no pudo afrontar los gastos de nuestra casa, fue él quien la compró.

Banks asintió.

—Así que Harry y Emma venían año tras año —prosiguió Ramsden —, y cuando papá murió, ellos pudieron ayudarnos mucho, por la situación en que se encontraban. Y también fue bueno para Harry. El trabajo que realizaba en la facultad era demasiado abstracto, demasiado teórico. Había publicado un libro titulado *Principios de Arqueología Industrial,* pero lo que realmente deseaba era poner esos principios en práctica, y la vida de profesor universitario no le dejaba suficiente tiempo libre para hacerlo. Tenía toda la intención de volver a enseñar, ¿sabe?, pero antes quería llevar a cabo un trabajo de campo que fuera pionero. Cuando heredó todo ese dinero, su sueño se hizo realidad.

»Después de graduarme, empecé a trabajar para Fisher & Faulkner, en Londres. Más tarde abrieron la sede del norte y me ofrecieron este puesto. Yo echaba de menos el norte y siempre había querido poder ganarme la vida trabajando aquí. Publicamos el segundo libro de Harold y juntos desarrollamos un buen tándem de trabajo. Como ve, esta editorial está especializada en textos académicos.

Ramsden señaló las estanterías llenas, y Banks se percató de que la mayoría de los títulos comenzaban con las palabras *Principios de* o *Estudio sobre.*

—Sobre todo publicamos textos de crítica literaria y de historia de la zona —prosiguió Ramsden—. Después, Harry corrigió una edición de ensayos sobre esta región, y desde entonces hemos estado trabajando exhaustivamente en un libro sobre la historia industrial del valle, desde antes de la llegada de los romanos hasta la actualidad. A Harry le publicaban ensayos en revistas académicas ocasionalmente, pero ésa iba a ser su obra magna. Todos lo esperábamos con gran expectación.

—¿Qué es exactamente la arqueología industrial? —quiso saber Banks—. Últimamente he oído mucho el término, pero tengo una idea muy imprecisa de lo que significa.

—Esa idea imprecisa suya es igual de imprecisa que la de todo el mundo —respondió Ramsden—. Hasta ahora es una disciplina en estado embrionario. Básicamente, el término se utilizaba para describir el estudio de maquinarias y métodos de la revolución industrial, pero se ha ido expandiendo hasta incluir otros periodos; las minas de plomo romanas, por ejemplo. Supongo que podría decirse que trata del estudio de los artefactos y procesos industriales, pero entonces podríamos discutir durante un mes sobre la definición de «industrial». Y para complicar aún más las cosas, la línea que separa el pasatiempo de la disciplina académica es muy delgada. Por ejemplo, si alguien se interesa por la historia de las locomotoras de vapor, esa persona puede perfectamente contribuir a su estudio, aunque a diario siga trabajando a jornada completa en un banco.

—Entiendo —dijo Banks—. Es decir, que se trata de una especialidad híbrida, un campo de estudio abierto...

—Algo así. Hasta ahora nadie ha podido definirla del todo, lo cual es una de las razones por las que resulta tan emocionante.

—¿Cree que la muerte del señor Steadman está relacionada de algún modo con su trabajo?

—No creo que haya relación alguna —dijo Ramsden negando con la cabeza—. Por supuesto que en ese campo hay enemistades y contiendas como en cualquier otra disciplina, pero dudo de que alguien llegase al extremo de matar.

—¿Steadman tenía rivales?

—En lo profesional, sí. Las universidades están llenas de rivalidades.

—¿Pudo él haber descubierto algo que otra persona quisiera mantener en secreto?

Ramsden reflexionó un momento, descansando la afilada barbilla sobre su mano huesuda:

—¿Se refiere usted al pasado turbulento de una familia prominente, o algo parecido?

—Lo que sea.

—Es una teoría interesante. Pero no podría asegurar ni una cosa ni la otra. Si descubrió algo, no me lo contó. Calculo que es posible. Pero ha pasado mucho tiempo desde la revolución industrial. Habría que escarbar mucho en el pasado para encontrar al descendiente de alguien que, por ejemplo, amasó su fortuna explotando la mano de obra infantil; pero aquello tampoco era tan raro por entonces. Y no creo que haya muchos descendientes directos de los romanos que tengan algo que ocultar.

—Probablemente no —sonrió Banks—. ¿Qué me dice de enemigos, académicos o de otra clase?

—¿Harry, enemigos? Por Dios... lo dudo muchísimo. No era la clase de hombre que se crea enemigos.

Una vez más Banks se abstuvo de mencionar lo obvio:

—¿Está enterado del asunto que hubo entre él y Teddy Hackett?

—A usted no se le escapa nada, ¿verdad? —contestó Ramsden, mirándolo con acritud—. Puesto que le interesa tanto, sí... estoy enterado. En Helmthorpe hay un prado que da al río, junto a la cancha de criquet. Se le conoce como el prado de Crabtree porque así se llamaba su dueño, pero hace tiempo que el granjero murió. Hay un puente pequeño que lo conecta con el camping al otro lado del río, y Hackett quiere suministrar más «instalaciones» a los campistas, instalaciones que seguramente incluían comida basura y videojuegos. Habrá notado, inspector jefe, la creciente americanización de la campiña inglesa. Los McDonald’s surgen como setas por todas partes, incluso en lugares pequeños como Helmthorpe. Harold tenía razones de peso para suponer —y he oído sus pruebas— que allí hubo un campamento romano. Podría tratarse

de un descubrimiento muy importante. Harold intentaba persuadir a las autoridades locales de que lo protegieran para futuras excavaciones. Lógicamente, eso causó ciertas fricciones entre Harry y Teddy Hackett. Pero siguieron siendo amigos. No creo que fuera una disputa demasiado seria.

—¿No lo suficiente para desembocar en un asesinato?

—No. No en mi opinión —una vez más Ramsden se volvió y perdió la vista más allá del río, en las blancas torres del Minster—. Eran amigos muy cercanos. Aunque sabrá Dios por qué: tenían puntos de vista diametralmente opuestos en casi todo. A Harry le encantaba enfrascarse en una buena discusión, aunque ésta no llevara a nada, era por el académico que llevaba dentro. Y en cuanto a Teddy, pese a su falta de buen gusto, es un adversario bastante inteligente. Me temo que sobre la importancia de aquella rencilla va a tener que preguntar a los amigos que Harry tenía en el pueblo, yo no voy tan a menudo. Supongo que ya habrá hablado con el doctorcito y el escritorzuelo local.

Banks asintió.

—¿Los conoce?

—Un poco, pero no en profundidad —respondió Ramsden—. Como acabo de decirle, no voy a Helmthorpe tan a menudo como quisiera. Doc Barnes vive allí desde que tengo memoria, y por supuesto he participado de una o dos veladas cerveceras en The Bridge. Como es lógico, cuando Jack Barker se instaló en Gratly, hace tres o cuatro años, hubo mucho revuelo. Pero el ambiente se calmó enseguida cuando vieron que era igual que cualquier otra persona.

—¿De dónde es Barker? ¿Por qué escogió vivir en Gratly?

—Me temo que no tengo ni idea. Recuerdo vagamente que provenía de alguna parte de Chesire, pero no se lo puedo asegurar. Tendrá que preguntárselo a él.

—¿Conocía Barker al señor Steadman antes de que fuera a vivir a Gratly?

—Que yo recuerde, nunca lo mencionó.

—¿Su editorial publica sus novelas?

—No, ¿cómo se le ocurre? —exclamó Ramsden al tiempo que soltaba unos extraños resoplidos por la nariz. Banks supuso que era

una especie de risa—. Ya le he dicho cuál es nuestra especialidad. Creo que Barker escribe obra original de bolsillo.

—¿Comentó alguna vez el señor Steadman algo sobre el doctor Barnes o Jack Barker?

—Sí, varias cosas. ¿Pero a qué se refiere usted específicamente?

—A cualquier cosa extraña. ¿Alguna vez le mencionó algo que quizá Barnes o Barker preferían mantener en secreto?

—¿Está insinuando que Harry los chantajeaba?

—En absoluto. Pero si sabía algo, a ellos les hubiera resultado difícil adivinar lo que Steadman haría con esa información, ¿no le parece? Usted dice que era un hombre decente y recto, y digamos que le creo. ¿Qué opina usted que hubiera hecho Steadman de haberse enterado de que alguien había cometido un acto ilegal o inmoral?

—Entiendo lo que quiere decir —Ramsden se dio unos golpecitos en los dientes con un lápiz amarillo—. Supongo que hubiera hecho lo correcto: hubiera acudido a las autoridades. Aun así, no puedo ayudarle. Él nunca me confió que Barker o Barnes estuvieran involucrados en algo deshonesto.

—¿Qué me dice de Penny Cartwright?

—¿Qué pasa con Penny? Harry jamás habló mal de ella.

—¿Y que opinaba de la relación entre ella y usted?

Ramsden hizo una pausa:

—Me parece que no es asunto suyo.

—Usted verá...

—Ocurrió mucho hace tiempo, y ciertamente no tuvo nada de extraño. No veo cómo puede serle útil en su investigación.

Banks no dijo nada.

—Bah, al diablo con ello, ¿por qué no voy a contárselo...? —dijo Ramsden—. Ya le he dicho que éramos buenos amigos, *y* que después nos distanciamos. Los dos vivíamos en Londres, más o menos en la misma época, pero nos movíamos en círculos muy distintos. Ella cantaba, así que se juntaba con músicos, y además siempre fue bastante rebelde. Ya sabe, tenía que ser diferente, abrazaba todas las causas. Grabó un par de discos y creo que hasta anduvo de gira por el Continente y Estados Unidos. Por lo menos al principio, su grupo tocaba música folk tradicional, luego empezaron

a añadir instrumentos electrónicos. Al final se cansó de vivir a toda máquina y volvió al hogar. Su padre la perdonó y ella se instaló en una casita propia. El hecho es que el viejo a veces la sobreprotegía, y aun así ella consiguió construirse su propia vida. De vez en cuando todavía actúa en los pubs de la zona...

—¿Cómo es su padre?

—¿El comandante? Si he de ser justo con él, diría que nunca llegó a recuperarse de la muerte de su mujer. El viejo es un bicho raro. Vive por High Street, con su perro, en el apartamento que está encima de la tienda de libros del anciano Thadtwistle. Cuando Penny se marchó hubo rumores, ¿sabe? Aunque quizá no debería contárselos, no son más que habladurías de lugareños.

—No se preocupe por mí, señor Ramsden, sé diferenciar la paja del trigo.

Ramsden tragó saliva y su nuez subió y bajó un par de veces.

—La gente decía que cuando la madre murió, el padre y la hija se quedaron solos y vivían demasiado unidos. Dicen que el viejo quiso que Penny ocupara el lugar de su madre en la cama, y que ésa fue la razón de que se marchara siendo todavía tan joven. ¿Entiende lo que le digo? Es algo que sucede con bastante frecuencia por estos lares.

Banks asintió.

—¿Cree usted en esas habladurías?

—En absoluto. Como usted bien sabe, mucha gente se venga esparciendo esa clase de cotilleos.

—¿Pero qué tenían los lugareños en contra de los Cartwright?

Ramsden cogió el lápiz una vez más y lo hizo rodar entre sus dedos.

—La gente los consideraba un poco estirados, nada más. El comandante siempre ha sido un tipo distante, y su esposa no era de por aquí. Antes, la gente de los valles solía ser mucho más provinciana, ahora ya viene mucho forastero a instalarse. Incluso hoy en día sigue habiendo gente que ve a Penny como una suerte de mujer de la vida.

—Usted la conoció bien. ¿Le confió ella algo alguna vez?

—No, nunca. Y creo que si entonces hubiese ocurrido algo extraño,

me lo habría dicho.

—¿Penny mantenía una amistad con el señor Steadman?

—Sí, eran muy buenos amigos. Verá, por el tipo de música que hace Penny, sabe mucho acerca de las tradiciones folclóricas y Harold siempre estaba dispuesto a aprender. Ella incluso le enseñó a tocar un poco la guitarra. Además, cuando Penny regresó de su encontronazo con la fama y la fortuna anduvo muy desorientada durante un tiempo, y el apoyo de Harry significó mucho para ella. Él la admiraba mucho. Les encantaba salir juntos a hacer caminatas, observar los pájaros, estudiar las flores silvestres y hablar del pasado.

«Aquí hay bastante que investigar», pensó Banks. Había obtenido información de sobra para digerir y analizar, y ya no tenía más preguntas que hacer.

Dio las gracias a Ramsden, se despidió, cruzó por encima de las mansas aguas del Ouse y se dirigió hacia su coche.

Recaló en el primer pub prometedor que encontró y se propuso disfrutar de un mediodía tranquilo: una porción de pastel de patata y una refrescante pinta de clara de limón, hecha con cerveza amarga Sam Smith's Old Brewery. De regreso, mientras escuchaba los aires de Purcell, repasó mentalmente la lista de personas involucradas, intentando imaginar motivos y oportunidades.

El primero de la lista era Teddy Hackett. Quizá ese asunto del prado fuese sólo la punta del iceberg. Si Steadman había bloqueado otros proyectos similares, Hackett hubiera tenido una buena razón para quitarlo de en medio.

Después estaba Jack Barker, que no tenía ningún motivo obvio, pero él mismo había admitido el domingo por la noche que tampoco contaba con una coartada. La mirada que le había echado a Penny Cartwright en The Bridge había sido muy elocuente: si la relación entre ella y Steadman era más profunda de lo que Ramsden estaba dispuesto a admitir, entonces los celos hubieran podido convertirse en un motivo muy poderoso.

En cuanto al doctor Barnes, su coartada no era sólida en absoluto, a pesar de lo que Banks creyera. Y aunque hasta ahora no hubiera

ningún motivo que saltara a la vista, el inspector no estaba dispuesto a descartarlo de la nómina de sospechosos.

Incluir a Emma Steadman no tenía sentido. Primero, era zurda. Y segundo, había pasado la noche mirando la televisión en compañía de la señora Stanton. Es cierto que obtendría muchos beneficios de la muerte de su marido, especialmente si ya no se llevaban bien. Existía la posibilidad de que hubiese podido contratar a alguien. Era improbable, es cierto, pero no había que descartarla.

En cuanto a Ramsden, éste aparentemente no tenía ni los motivos ni la posibilidad de llevarlo a cabo. En cierto modo, Steadman le daba de comer; era un cliente importante, además de un viejo amigo. Tal vez envidiara a Steadman, pero ésa no era razón para matarlo. Banks no lograba descifrar a Ramsden. Para empezar, estaba esa novela suya. Banks tenía la sensación de que quizá Ramsden prometía mucho artísticamente, pero dicha promesa nunca se había materializado. ¿Por qué? ¿Indolencia? ¿Falta de talento? Ramsden parecía poseer una personalidad bastante ególatra. Banks supuso que quizá había sido muy consentido de niño, probablemente por su madre, *y eso* le había llevado a pensar que era especial y talentoso. Ahora tenía casi treinta años y su talento seguía sin aflorar.

Penny Cartwright se encontraba en la zona gris. Es probable que tuviera los motivos y los medios, pero había que descubrirlos. A Banks le apetecía mucho hablar con ella, por lo que decidió ir a Helmsthorpe esa misma noche. Y tarde o temprano también tendría que hablar con el comandante Cartwright.

Uno de los problemas era que había que abarcar mucho tiempo. Si Steadman se había marchado de The Bridge alrededor de las nueve menos cuarto y su cuerpo fue abandonado doce minutos después de medianoche, ¿qué fue lo que hizo? ¿Dónde estuvo durante esas tres horas y media? Alguien debió de haberlo visto.

Los pensamientos de Banks se fueron desvaneciendo poco a poco, mientras el contratenor cantaba el lúgubre «Retir'd from any Mortals's Sight» y los álamos y setos de ligustro que bordeaban el camino iban dando paso a las primeras casas de Eastvale.

II

—¿Así que se lo has contado todo?

—No fue mi intención, Kevin. Te juro que no pensaba darle tu nombre y tus señas, pero se me fue de la boca sin querer...

Kevin le lanzó una mirada lasciva. La de Sally se enturbió y le dio un codazo en las costillas:

—Tienes una mente sucia, muy sucia. Fue la hora lo que me delató. Dije «las cero y catorce», y él vio que yo no tenía un reloj digital. Además, ¿por qué tienes que llevar siempre puesto ese chisme?

—No lo sé —respondió él, y miró el reloj como si buscara defectos en su esfera.

—Además, hace «bip» cada hora —prosiguió ella en un tono más amable—, estemos haciendo lo que estemos haciendo.

Kevin se inclinó hacia delante y la besó. La aplastó contra el suelo. Ella se retorció bajo su peso y él le deslizó la mano por debajo de la blusa para apretar su pecho suave y cálido. El olor húmedo y empalagoso de la hierba flotaba en el aire, los insectos zumbaban y silbaban por todas partes. Finalmente, ella se liberó de su abrazo y dio una bocanada en busca de aire fresco. Kevin se tumbó de espaldas, entrelazando las manos por detrás de la cabeza, y dejó que su vista vagara en el intenso azul del cielo.

—¿Qué te pareció ese poli, ese listillo de Londres?

—¿Listillo? —resopló Sally—. Imagínate, se marchó de Londres para instalarse aquí. Al pobre debe de faltarle un tornillo.

Kevin se volvió hacia ella, se puso de lado, se apoyó en su codo y mordió un largo tallo de hierba:

—¿Qué te dijo?

—No pareció interesarse mucho, la verdad. Sólo me hizo un montón de preguntas tontas. No sé por qué me he molestado. La próxima vez no pienso tomarme el trabajo de dejar mis cosas de lado para ayudar a la policía, eso te lo aseguro.

—¿Por qué dices «la próxima vez»?

—Quise decir «si llego a averiguar algo más».

—¿Y por qué ibas a averiguar algo más? Oímos el coche por

casualidad, ni siquiera sabíamos quién era...

—Pero ahora sí lo sabemos. ¿No te pica la curiosidad? ¿No quieres saber quién lo hizo?

Kevin se encogió de hombros:

—No quiero involucrarme. Es asunto de la policía, para eso les pagan.

—Vaya, qué mentalidad más cerrada tienes —dijo ella con desdén.

—Cerrada pero sensata.

—Huy, ¿y qué gracia tiene ser siempre tan sensato?

—¿Qué quieres decir con eso?

—Nada. Pero quizá me dedique a husmear un poco por mi cuenta, nada más. Llevo toda la vida viviendo aquí, ya es hora de que me entere de lo que ocurre en el pueblo.

—¿Y qué vas a averiguar tú que no pueda averiguar la policía?

—No lo sé, pero te apuesto a que puedo hacerlo mejor que ellos. ¿No sería emocionante que fuera yo quien resolviera el caso?

—No seas estúpida, Sally. Ya hemos discutido este asunto y sabes lo que opino, es peligroso.

—¿Por qué?

—¿Qué pasaría si el asesino se enterase de lo que estás haciendo? ¿Qué pasaría si creyera que te estás acercando a la verdad?

A Sally le dio un escalofrío.

—Descuida, me andaré con cuidado. Además, si un poco de peligro te da miedo, nunca llegarás a nada.

Kevin se dio por vencido. Sally se alisó la falda y se tumbó de espaldas. Se encontraban en lo alto de la ladera sur del valle, frente a la cruz que formaban Gratly y Helmthorpe, cuyas diferencia cromática recordaba el patrón de un tablero de ajedrez. Sally arrancó un ranúnculo y se rozó la barbilla con él. Kevin cogió la flor y trazó con ella una línea invisible desde el cuello de Sally hasta la clavícula. Ella se estremeció. Él volvió a besarla e hizo ascender su otra mano por dentro de la falda para acariciar la tersa piel de los muslos, justo donde empezaban las braguitas.

Entonces oyeron un ruido: una ramita que se quebraba o algo que se caía. Ella se incorporó enseguida y Kevin fue a darse de cara contra el manto de hierba.

—Viene alguien... —susurró ella.

Unos instantes más tarde, por detrás del pequeño bosquecilio, junto al arroyo, apareció una silueta. Sally hizo visera con la mano para protegerse del sol e intentó ver quién era.

—Hola, señorita Cartwright —exclamó.

Penny se les acercó, se arrodilló en la hierba y echó atrás su melena:

—Hola. Qué hermoso día, ¿verdad?

—Así es —repuso Sally—. Estábamos tomándonos un descanso, llevamos toda la tarde caminando.

—A vuestra edad yo también solía caminar mucho por aquí —susurro Penny, como para sí—. No han pasado más de diez años, pero parece que fue hace siglos. Disfrutad de la vida mientras podáis, os sorprenderá ver lo rápido que pasa el tiempo.

Sally sintió vergüenza y no supo qué responder. Tras un silencio incómodo, dijo:

—Siento mucho lo de su amigo, el señor Steadman. Lo digo de veras... era un hombre agradable.

Aparentemente, Penny tuvo que regresar desde muy lejos para volver a concentrarse en la joven. En un primer momento, Sally pensó que su conmiseración había pasado desapercibida; sin embargo, Penny con una cálida sonrisa contestó:

—Sí que lo era, gracias. —Entonces se puso de pie y barrió los restos de hierba de su larga falda—. Ya es hora de que me vaya, no es justo que aburra a dos jóvenes como ustedes con mis recuerdos.

En silencio, Sally y Kevin la observaron subir la ladera dando largas y decididas zancadas. «Esta mujer da la impresión de un ser solitario y salvaje», pensó Sally, «como la Catherine de *Cumbres borrascosas*: una mujer de los páramos, un espíritu del lugar.»

En ese momento, Sally sintió una vez más la mano de Kevin contra su cálido muslo.

III

Más arriba, en la colina, Penny se detuvo sobre los escalones de una cerca y volvió la vista al amado valle que se extendía a sus pies.

Junto a su casa distinguió la iglesia, High Street y la fachada blanqueada del Dog and Gun. En la orilla opuesta del río, más allá de la cancha de criquet y el prado de Crabtree, se elevaba la ladera de los terrenos comunales, que con la distancia se iban haciendo cada vez más peñascosos hasta llegar a la cima de Crow Scar, cuya luminosidad causaba dolor al mirarla.

No conseguía fijar sus ojos en la montaña sin ponerse a pensar en Harry, pues había sido él quien le había descubierto los secretos de Swainsdale, otorgándoles una profundidad y una vida ocultas tras su superficial belleza. Entonces Penny sintió ganas de ver el cercado de Tavistock y el tramo derrumbado. Las piedras que habían sido utilizadas para cubrir el cuerpo de Harry estaban más oscuras que las demás.

Al volver la vista al camino por el que había llegado, Penny vio a los dos amantes fundiéndose en un estrecho abrazo sobre el césped. Sonrió con tristeza. Al acercárseles se había percatado de lo nerviosos y avergonzados que se sentían.

Y otra vez volvió a pensar en Harry. De repente, vino a su memoria el recuerdo de un picnic que habían organizado diez años antes. Debió de ser en el mismo lugar donde Sally y Kevin se encontraban tumbados ahora. Penny recordaba claramente la vista del pueblo, se habían situado junto a un pequeño bosquecillo y Emma se había ido a tejer bajo aquellas sombras. Y cuanto más se concentraba, más detalles recordaba. Fue por esa época cuando ella y Michael empezaban a distanciarse el uno del otro. Él leía la poesía de Shelley; Penny todavía recordaba el cuero ajado de las tapas del libro, era una edición usada que ella le había regalado para su cumpleaños. Ella y Harry desplegaron el mantel rojo de cuadros en el césped y empezaron a sacar la comida de la cesta, y sin querer se tocaron las manos. Penny recordó que se había sonrojado, y Harry prefirió disimular y hacer ver que buscaba el sacacorchos para el Chablis. Sí, aquel día habían bebido Chablis, uno de una buena cosecha. Y ahora, diez años después, ella volvió a sentir sobre su lengua el sabor fresco y silíceo del vino frío.

Y tan rápidamente como había surgido, aquella imagen se desvaneció. Qué inocente era todo, ¡qué puñeteramente inocente!

Penny se enjugó las lágrimas con el dorso de la mano, bajó de un salto los escalones y se alejó bruscamente a grandes zancadas.

IV

Cuando Banks llegó de York, Hackett llevaba esperando una hora y no estaba precisamente de buen humor:

—Oiga, no puede hacerme esto —protestó mientras Banks lo conducía a su despacho, escaleras arriba—. No puede hacerme venir sin ninguna explicación. Tengo un negocio que atender. Todo lo que sé ya se lo dije anoche.

—Usted no me dijo nada anoche. —Banks se quitó la americana y la colgó detrás de la puerta—. Tome asiento. Póngase cómodo.

El aire de la estancia estaba cargado. Banks volvió a abrir la ventana y los olores de Market Street subieron a su encuentro: humo de motores, el aroma a pan recién horneado, y el perfume de algún preparado dulce y empalagoso proveniente de la tienda de chocolates. Hackett se sentó muy tieso en su silla y se sumió en un silencio tenso y provocador.

—No tiene por qué preocuparse. —Banks sacó su pipa y tonteó con ella sobre de la papelera de mimbre.

—Entonces ¿por qué su sargento me ha secuestrado y me ha traído hasta aquí a la carrera? Quiero que venga mi abogado.

—¡Haga el favor de relajarse, señor Hackett! Realmente no hace falta ponerse melodramático. Quizá haya visto usted demasiadas películas estadounidenses por televisión. No le he traído para acusarle de nada. Y si el sargento Hatchley ha sido un poco brusco, lo siento mucho. Es su manera de ser. Por mi parte sólo quiero hacerle algunas preguntas. —Al oír aquellas palabras Banks lanzó a Hackett una mirada severa—: Son sólo una o dos cosillas que deberíamos aclarar.

—¿Y por qué la ha tomado conmigo? ¿Por qué no con Jack o con el doctor?

—¿Está al tanto de alguna razón por la que ellos querrían matar al señor Steadman?

—Pues no... no es eso lo que quise decir. Sólo me parece que...

—Alguna vez le comentó la víctima algo acerca de ellos, algo que le hiciera pensar que uno de los dos quisiera quitarlo de en medio.

—No. Y de todas formas, no es eso lo que quise decir. No estoy tratando de echarle la culpa a nadie. Sólo quiero saber por qué me hizo venir de esta forma, a la fuerza.

—Por el prado de Crabtree —dijo Banks, cogiendo su pipa y alargando la mano hacia las cerillas.

Hackett lanzó un suspiro:

—Así que es por eso. Le han ido con el cuento... Debí imaginarme que pronto lo averiguaría.

Banks encendió la pipa y dirigió la vista al techo. Un jugo rancio bajó por la boquilla y le llegó a la garganta. Banks tosió e hizo un gesto de asco.

Hackett lo miró enfadado:

—Le importa una mierda, ¿verdad? Pues no es un asunto que le incumba a nadie...

—... Pero ahora le incumbe a la policía, señor Hackett —lo interrumpió Banks. Dejó la pipa a un lado y apuró el poco café frío que quedaba en la taza—. Si a usted le da igual, entonces cuanto antes lo aclaremos, mejor.

—No tuvo importancia —dijo Hackett, removiéndose en su silla y acicalándose el bigote caído—. Sólo una pequeña desavenencia por una hectárea de terreno, nada más.

—Se han invadido países por menos que eso —señaló Banks, y pasó a darle los detalles tal como habían llegado a sus oídos.

—Así fue. Eso es más o menos lo que pasó —asintió Hackett—. Pero yo no mataría a nadie por algo así, y mucho menos a un amigo cercano como Harry, aunque estuviera empeñado en envolver para regalo todo el maldito valle y entregárselo al Patrimonio Nacional. Harry me caía bien *y yo* siempre respeté sus principios, aunque no fuesen los mismos que los míos.

—Pero es verdad que discutieron por el prado... —insistió Banks.

—Discutimos por él, pero fue medio en broma. Los demás se lo confirmarán. A Harry le encantaba enzarzarse en una buena discusión tanto como el que más. No fue nada importante.

—El dinero siempre es importante, señor Hackett. ¿Cuánto pensaba

sacarle a esos terrenos si los conseguía?

—Es imposible asegurarlo. La verdad es que no hubiera ganado nada durante un buen tiempo. De hecho, hubiera perdido dinero. Había que comprarlos, construir, darle publicidad... Hubieran pasado años antes de poder sacar un beneficio.

—¿Me está diciendo que iba a hacer todo eso sólo para pasar el rato?

—No, no sólo por eso. Entiéndame, me gusta hacer negocios. Es una forma de vida que me sienta bien. Me gusta cerrar tratos, construir cosas. Pero no invierto dinero si no estoy convencido de que a la larga habrá beneficios sustanciales.

—Entonces podríamos decir que a la larga usted esperaba obtener un beneficio considerable de su inversión?

—Sí, maldita sea. Pero a largo plazo...

—¿Y ahora?

—¿Y ahora qué? No entiendo.

—Venga ya, señor Hackett, no se haga el inocente. Ahora tiene el campo libre, ¿o no es así? Ahora el prado es suyo.

Hackett sonrió y se relajó en su silla:

—Pues me temo que en eso se equivoca. Verá, creo que Harry se salió con la suya. Todo ha quedado paralizado, al menos por ahora. Supongo que el joven Ramsden proseguirá e incluso acabará con la obra de su maestro. ¡Un maldito campamento romano! ¡No me diga que no es una locura! ¿Qué hay allí, sino algunas piedras y cacharros de cerámica? ¿Cómo no va estar la economía como está? Ya no hay lugar para la iniciativa privada.

—Hummm... —dijo Banks, haciéndose el sorprendido—. Yo creía que su gobierno conservador fomentaba las pequeñas empresas.

Hackett lo miró desafiante, pero Banks no estaba seguro de si era porque se había tomado a mal que el policía aludiera a su poca relevancia fiscal o por el comentario irónico que acababa de hacer de pasada.

—Usted sabe a qué me refiero, inspector jefe. Estamos atados de pies y manos por los consejos de turismo y esas asociaciones que preservan intereses históricos. Desde mi punto de vista son todos unos puñeteros románticos. Lo que cuentan es un mito: por el amor

de Dios, el pasado no era así, no era tan bonito y pulcro como se lo figuran. Como dice el dicho, la vida era corta, brutal y violenta. Y no crea que soy un ignorante porque no he ido a la universidad. Yo también leo. Y si quiere saber mi opinión, lo que Harry hacía era pasearse mirando el pasado a través de cristales color de rosa, igual que Penny Cartwright. Lo cierto es que la vida de entonces debió de ser una puta miseria. Imagínese a los pobres pringados de los romanos congelándose los huevos aquí en el norte, cuando podían estar tumbados al sol en las Siete Colinas, bebiendo vino y dale que te pego con las furcias de allí. Y en cuanto a la revolución industrial, no fue más que pura explotación: para la mayoría de la gente no fue más que trabajo, trabajo duro e inhumano. Créame, inspector jefe, a pesar de todos sus diplomas, Harry no tenía ni puta idea del pasado.

—Quizás debiera trasladarse a otra parte —dijo Banks—. A Wigan o a Huddersfield, por ejemplo, donde seguramente ignoran por completo la historia local.

—Pues se equivoca —dijo Hackett—. Esto se esparce por todas partes. Lo llaman orgullo cívico. El reclamo para promocionar Bradford es que es «la puerta de entrada al hogar de las hermanas Brontë». Y créame, si pueden hacer eso, pueden hacer lo que les venga en gana. Además, a mí me gusta vivir aquí. No crea que por ser un hombre de negocios carezco de la capacidad de apreciar las delicias de la naturaleza. Estoy de acuerdo con preservar el medio ambiente tanto como el que más.

—¿Dónde estaba el sábado por la noche? —le preguntó Banks, atacando una vez más la pipa con un desatascador.

—Después de marcharme de The Bridge fui a una discoteca nueva en Darlington —dijo Hackett, rascándose su rala cabellera—. Conduje hasta allí, tomé un par de copas en un local y después me fui a la disco. Conozco al dueño, hemos hecho negocios juntos.

—¿Entonces a qué hora se marchó de The Bridge?

—A las nueve y media.

—Y fue directo a Darlington en su coche...

—No exactamente. Primero pasé por casa a cambiarme.

—¿Entonces, a qué hora salió hacia Darlington?

—Alrededor de las diez menos diez.

—¿Y llegó...?

—Alrededor de las diez y media o las once menos veinte.

—¿Y a qué hora llegó a la discoteca?

—Entre las once y media y las doce menos cuarto.

—¿Cómo se llama la discoteca?

—The KitKat Klub. Lleva abierta pocas semanas. Es un local de baile, pero la música no es ensordecedora; un sitio para gente madura.

—Supongo que tiene conocidos allí, gente que pueda corroborar lo que me dice.

—Hablé con algunas personas, sí. También puede hablar con el dueño, Andy Shaw.

Banks apuntó las señas, incluyendo el nombre del pub, y se percató de lo ansioso que se había puesto Hackett.

—¿Se le ocurre algo más que decirme, señor Hackett?

Hackett se mordió el labio y frunció el ceño:

—No, nada.

—Entonces puede marcharse —dijo Banks, poniéndose en pie y dirigiéndose hacia la puerta.

En cuanto Hackett hubo abandonado el edificio, el inspector mandó llamar al sargento Hatchley y le preguntó si el registro del estudio de Steadman había dado algún fruto.

—No, nada de interés —respondió Hatchley—: Unos pocos manuscritos, cartas a asociaciones dedicadas a la preservación del patrimonio histórico... si quiere echarles un vistazo, están sobre mi escritorio.

—Más tarde.

—Y tenía uno de esos ordenadores finolis, un procesador de textos. Supongo que en algo tenía que gastarse la pasta. ¿Se acuerda de todos los tejemanejes que tuvimos que hacer para que la administración central nos pusiera uno en la planta baja?

Banks asintió. Hatchley negó con la cabeza ,y mientras salía del despacho dijo:

—Y ahora mandan al maldito Richmond a un curso en la costa para que aprenda a usar el puto cacharro.

V

Banks se detuvo en el aparcamiento principal de Helmsthorpe. Eran alrededor de las seis y media, ya había pasado lo que por esos lares se consideraba la hora punta. Había acudido a la breve rueda de prensa, facilitó a los periodistas uno o dos datos aislados e incluso consiguió cenar por los pelos con Sandra y los niños.

Penny Cartwright se estaba fregando los platos de la cena y disfrutando de las luces y sombras crepusculares que, tras rebotar en las lustrosas superficies, se reflejaban trémulas sobre las paredes. Al oír que llamaban a la puerta, se limpió las manos en el mandil y fue a abrir. De inmediato supo que el hombre enjuto y de cabello oscuro plantado frente a su puerta era el policía del que Barker le había advertido. No esperaba que fuese tan bien parecido, de inmediato se sintió hecha un espanto con su mandil y el cabello recogido en una larga coleta.

—Será mejor que pase —dijo Penny—. Así no damos tanto de qué hablar a los vecinos.

Señaló al policía un sillón gastado y desapareció en la cocina, donde rápidamente se despojó del mandil manchado, se soltó la melena y se la peinó de manera que le rodeara la cara y le cayera sobre los hombros.

Si a Banks le habían impresionado las maneras abruptas e informales de su anfitriona, también le impresionó su belleza. Tenía muy buen aspecto con aquellos vaqueros ajustados, y su impresionante cabellera delimitaba una cara orgullosa, de pómulos marcados y sin una sola mota de maquillaje. La combinación del pelo negro azabache con aquellos intensos ojos azules eran la guinda de un aspecto ya de por sí deslumbrante.

Penny se acomodó en una silla de respaldo duro, junto al escritorio, y preguntó a Banks en qué podía ayudarle. Él inició la conversación procurando transmitir un tono amistoso:

—Quizá en nada, señorita Cartwright. Sólo estoy entrevistándome con los amigos del señor Steadman para hacerme una idea de cómo era.

—¿Realmente necesita saberlo? —dijo Penny—. Quiero decir, ¿de verdad le importa?

—Quizá no del mismo modo que le importa a usted —admitió Banks—, al fin y al cabo yo no lo conocía. Pero lo que usted me diga podría ayudarme a averiguar quién lo mató, y eso sí que me importa. Obviamente alguien lo hizo, pero hasta ahora sólo me han contado lo maravilloso que era Steadman, la clase de hombre que no tiene ni un solo enemigo en todo el mundo.

—¿Y qué le hace pensar que yo voy a decirle algo distinto? —preguntó Penny. Sus labios se curvaron formando una sonrisa ligeramente socarrona.

—Sólo andaba a la caza de algún dato.

—Pues aquí no va a cazar nada, inspector. No gracias a mí. Todo lo que ha oído es cierto. No puedo imaginarme quién querría hacerle eso a Harry, por nada de este mundo.

Banks suspiró. Iba a ser una velada movida.

—Afortunadamente no es este mundo suyo el que me interesa, señorita Cartwright, sino el del señor Steadman. Y alguien puso punto final a ese mundo de una manera cruel y abrupta. ¿Sabe algo de los negocios que se traía entre manos el fallecido.

—¿Se refiere al lío que se armó a causa del prado de Crabtree? Por favor, inspector, no me diga que le ve pinta de asesino a Teddy Hackett. No tendría agallas para pisar un gusano aunque su vida dependiera de ello. Quizá sea un hombre de negocios sin escrúpulos, aunque la competencia de aquí no es nada del otro mundo... Así que si quiere saber mi opinión, le diré que ha ganado más por su buena suerte que por su habilidad como gestor.

—Han ocurrido cosas mucho más extrañas.

—Ya lo sé. «Hay más cosas en los cielos y en la tierra, Horacio, que las que sueña tu filosofía» —citó ella.

—Puede que no sea una pista seria, pero hasta ahora es la única que tengo.

—Típico pensamiento de poli: crucificar al pobre pringado que no tenga un pasado transparente —se burló Penny—. Aun así, la sociedad no va a llorar a Hackett. Pero el caso de Harry es todo lo contrario.

—¿Desde cuando conocía usted al señor Steadman? —preguntó Banks.

—Depende de lo que entienda por «conocer». —Penny encendió un largo cigarrillo con filtro y continuó—. La primera vez que lo vi fue hace diez años, cuando yo todavía era una adolescente y él y Emma venían a Gratly a pasar sus vacaciones. Ya habían estado aquí dos o tres veces antes de que me los presentara Michael, me refiero a Michael Ramsden. Sus padres eran los dueños del *bed & breakfast* que ahora es la casa de los Steadman. Por aquel entonces yo tenía unos dieciséis y, puesto que Michael y yo estábamos enamorados, lógicamente veía a Harry y a Emma bastante a menudo.

Banks asintió y dio una calada a su pipa. En los labios de Penny, esa palabra tan anticuada, «enamorados», sonaba fantásticamente erótica. Y la había dicho con naturalidad, algo que no concordaba con su actitud tensa y agresiva.

—Salíamos a caminar juntos —continuó ella—. Harry sabía mucho de la campiña y de su historia, ése era su verdadero amor. Y después, pues... Fue un verano hermoso pero pasó, como pasan todos los veranos.

—Es verdad: «¿Pero dónde están las nieves de antaño?» —recitó Banks, acabando la cita.

—No había mucha nieve, era verano.

Una vez más, Banks se percató de la sonrisa que se insinuaba en las comisuras de los pálidos labios de Penny.

—De eso hará unos diez años, ¿verdad? —preguntó él.

—Diez años, así es. Han pasado casi diez años exactos. Pero las cosas cambiaron: Michael tenía dieciocho y se marchó a la universidad, y yo también me marché. Y pasaron los años. Harry heredó un dinero y compró la casa. Para entonces yo ya llevaba aquí unos ocho meses, fue una especie de retorno de la hija pródiga, de la oveja negra. La mayoría de la gente no tenía tiempo para mí, pero Harry siempre me lo dedicaba.

—¿Qué quiere decir con que no tenían tiempo para usted? ¿Dónde había estado? ¿Por qué regresó?

—Es una historia muy larga, inspector —dijo Penny—. Y no estoy muy segura de que tal información entre dentro de lo relevante. Se

lo resumiré: pasé ocho o nueve años en la industria de la música. A pesar de lo que me divertí y de un éxito aceptable, sentía añoranza. Al final me había vuelto muy cínica, y decidí que era hora de volver a casa. Los de aquí fueron desagradables conmigo porque no pueden aceptar que por estos pagos exista nada moderno, y porque ya no sabían cómo relacionarse conmigo. Estoy segura de que inventaron historias acordes con sus opiniones. Como no sabían ni quién ni cómo era yo, supongo que sacaron muchas conclusiones basándose en lo que leían en los suplementos dominicales acerca del mundo de la música: cuidado, que no me refiero a *The Sunday Times.* Y me convertí en una degenerada, una mujer de la vida. El hecho es que para ellos siempre lo había sido, pero no querían aceptar que se habían equivocado conmigo desde el principio. ¿Contesta eso a sus preguntas?

Hizo una pausa, pero no se detuvo a esperar la respuesta de Banks.

—Para mi padre fue muy duro, pero me acogió. ¿Por qué no vivo con él? ¿Es eso lo que iba a preguntarme a continuación? Para resguardar mi cordura, inspector, mi salud mental. Digamos que está muy pendiente de mi bienestar, y creo que ya estoy crecidita. Lo mejor para los dos era que yo alquilara esta pequeña casa. Usted lo entenderá, seguramente.

—Por supuesto. Y también estaban los rumores, ¿no es cierto?

—Ah, ¿también está enterado de eso? —rió Penny—. ¿Ha visto que comunidad más bonita y unida es nuestra aldea? No se corte, pregúntemelo inspector. Venga, pregúntemelo...

Sus claros ojos azules destellaron con furia. Pero Banks no abrió la boca. Al final, Penny le lanzó una mirada llena de desdén y se volvió para sacar otro pitillo del paquete.

—¿Entonces, los únicos que fueron amables con usted fueron su padre y Harold Steadman?

—Así es... —Penny dudó— y también Jack Barker. Él llevaba aquí un año, más o menos, pero no estaba enterado de lo que había pasado. Aun así no le hubiera importado, Jack también es un buen amigo.

—¿Y ahora?

—¿Ahora? —Penny rió—. Pues ahora la gente está empezando a saludarme de nuevo.

—¿Sigue viendo a Michael Ramsden?

—No mucho. Sólo cuando se deja caer por The Bridge o por casa de Harry. A veces cuando uno se distancia ya no vuelve a acercarse.

—¿Y no se le ocurre ninguna razón por la que alguien quisiera lastimar al señor Steadman?

—Ninguna en absoluto, ya se lo he dicho. —Penny reflexionó, y mientras negaba con la cabeza su delicado entrecejo dibujó unas arrugas—. No era codicioso ni intrigante. Nunca mentía ni hacía trampas.

—¿Qué opinaba su mujer de la relación entre ustedes?

—¿Emma? Pues no mucho, supongo. Seguramente estaba encantada de poder quitárselo de encima.

—¿Por qué lo dice? ¿No era un matrimonio feliz?

Penny liberó una agresiva bocanada de humo y miró al policía como a un insecto que acabara de salir de debajo de una piedra.

—¿Cómo quiere que lo sepa? Pregúnteselo a ella.

—Se lo estoy preguntando a usted.

La conversación estaba tomando la clase de giro que Banks había procurado evitar. Pero con alguien tan anticonvencional como Penny Cartwright, reflexionó Banks, eso tenía que suceder tarde o temprano. Ella había estado jugando con él desde el principio.

—¿No va a contestarme? —presionó él.

—Ya le he dicho que no lo sé —dijo ella—. Por el amor de Dios, ¿qué espera que le diga?

—¿Era un matrimonio normal?

—¿Normal? ¡Ja! ¿Qué coño significa normal? Nunca he estado casada, así que no soy la persona más indicada para responder a esa pregunta. Pero sí, supongo que sí.

—¿Eran felices?

—Creo que sí, pero ya le he dicho que no puedo saberlo con certeza. Nunca fui su confidente ni su paño de lágrimas.

—¿Él lo necesitaba?

Penny dejó escapar un suspiro y apoyó la cabeza en sus manos.

—Oiga, esto no tiene sentido —protestó con aire cansado—. ¿Qué

es lo que quiere de mí?

Banks ignoró la pregunta y siguió presionando:

—¿Qué era usted para el señor Steadman?

—Harry y yo éramos amigos. Amigos y nada más. Y compartíamos intereses, ya se lo he dicho.

—¿La esposa de él no se oponía?

—A mí nunca me dijo nada, ¿por qué iba a hacerlo? Harry nunca comentó nada tampoco.

—¿Entonces, usted la conoce?

—¡Joder, claro que la conozco! Pese a lo que usted cree, Harry y yo no manteníamos una relación clandestina. Fui a cenar a casa de los Steadman montones de veces. Ella siempre se comportó de forma amable y encantadora conmigo. Y además era buena cocinera.

—¿De qué hablaban?

—¿Cuando Emma estaba presente?

—Sí.

—De nada en particular, de las cosas habituales. No compartía las pasiones de Harry. Le gusta la música, pero sólo la clásica. ¿Usted de qué habla cuando cena en casa de alguien?

—¿Estaba teniendo un romance con Harold Steadman?

Finalmente Banks había hecho la pregunta inevitable, y al soltarla se sintió como un imbécil. Pero, aunque esperaba una explosión de ira reprimida o un aullido de risa burlona por respuesta, nada le sorprendió más que lo que ocurrió a continuación. La pregunta enfrió los ánimos, que se habían ido caldeando durante la entrevista. Penny lo miraba fijamente y en sus ojos color zafiro brilló una chispa de regocijo, como si de hecho ella le hubiera obligado a tener que expresarse con franqueza.

—No, inspector —le dijo—. No estaba teniendo un romance con Harry Steadman, ni con ningún otro. Y es más, no estoy teniendo un romance con Emma Steadman, ni con mi padre tampoco. Las cosas son exactamente como se las he contado. Nunca albergué esos sentimientos hacia Harry ni él hacia mí, al menos hasta donde yo sé.

«Ese Steadman debía de ser un demente», pensó Banks.

—El no me atraía físicamente —continuó ella, al tiempo que encendía otro cigarrillo y se paseaba por la estancia mientras

fumaba—. Me caía muy bien, pero sólo estimulaba mi mente, mi imaginación. Creo que era un buen hombre, una persona dulce y brillante. Quizá lo quise de una manera platónica, pero nunca pasó de eso.

Penny se echó la melena hacia atrás y se sentó delante de Banks, con la barbilla bien alta. En sus ojos brillaron unas lágrimas que nunca llegarían a brotar.

—Ahora ya lo sabe todo de mí, inspector —continuó con gran dignidad—. Le he desnudado mi alma. ¿Está satisfecho?

A Banks le emocionó la intensidad de esos sentimientos, pero no dejó traslucir esa debilidad.

—¿Cuándo lo vio por última vez?

Los ojos de ella reflejaron la lista de opciones que se desplegaba en su mente. Aquél era un fenómeno que Banks había observado a menudo en quienes debían decidir a toda velocidad si mentir o decir la verdad.

Penny abrió la boca, pero al instante volvió a cerrarla. Dio una última calada a su pitillo, lo aplastó a medio acabar y suspiró:

—El sábado, el sábado por la noche.

—¿A qué hora?

—Alrededor de las nueve.

—¿Después de que él se marchara de The Bridge?

—Sí, pasó por aquí.

—¿Y por qué diablos no me lo dijo antes? Sabe perfectamente que estaba reteniendo información valiosa.

—Usted no me lo preguntó —dijo ella encogiéndose de hombros—. No quería involucrarme.

—¿No quería involucrarse? —repitió Banks despectivamente—. Me dice que el hombre le caía bien y que la había ayudado, ¿pero usted no pensaba molestarse en ayudarnos a encontrar al asesino?

Penny suspiró y empezó a enroscar un mechón de pelo en su dedo índice.

—Oiga, inspector, sé que suena mal, pero es la verdad. No veo cómo la visita que Harry me hizo podría ayudarle a usted en su investigación —y entonces explotó—. Y creo que no le debo ningún favor a la policía, maldita sea.

—No se trata de eso. No me interesan sus sentimientos con respecto a la policía. Lo que me importa es la hora. Cuando menos, esa información podría ayudarnos a determinar la hora del asesinato. ¿A qué hora se marchó?

—A las diez, más o menos.

—¿Le dijo adonde iba?

—Supongo que iría a York. Fue lo que me contó.

—Pero no mencionó si antes tenía que hacer otra visita o algún otro recado...

—No.

En cualquier caso, Banks ya había conseguido dar cuenta de otra hora. Su sesión con Penny lo había agotado, y ya no tenía nada más que decir. Ella parecía irritada, y entre ambos empezó a crecer nuevamente la tensión, tirante como la hoja de una sierra de arco. Finalmente Penny la distendió:

—Oiga, lo siento. De veras —comenzó—. Me afecta lo de Harry. Lo que ocurre es que a lo largo de mi vida los encuentros que he tenido con la policía siempre han acabado en problemas. Nunca me había visto involucrada en una investigación de homicidio, así que no sé qué importa y qué no. Cuando eres músico, joven y estás rodeado de cierto tipo de gente, te haces una idea bastante retorcida de la autoridad: la policía, las aduanas, los agentes de inmigración, los guardias de seguridad... Tienes la sensación de que todos están en tu contra, de que son un verdadero coñazo.

Banks no pudo evitar sonreír:

—¿Problemas con las drogas?

Ella asintió.

—Aunque de hecho yo no los tuve. Nunca me interesaron, no de esa manera tan brutal. Pero usted ya sabe cómo es Londres: hay drogas por todas partes, le interesen a uno o no. Seguro, fumé un par de canutos y tomé anfetaminas para mantenerme despierta durante las giras, pero nunca probé las drogas duras. Ahora bien, intente convencer de eso a los de narcóticos.

Banks quería discutir, defender a la policía, pero estaba demasiado cansado, y de todos modos sabía que no serviría de nada. Además, le constaba que en la policía ocurría lo mismo que en cualquier otra

profesión: había una mayoría de hijos de puta y una minoría que no lo eran. Él había conocido a un oficial de narcóticos de alto rango que solía colocar sustancias ilegales para inculpar a sospechosos que deseaba quitar de en medio; un comportamiento que, por cierto, no era ni extraño o inusual. Banks también había olido un aroma conocido flotando en la casa, pero continuar con el tema le interesaba tanto como explicarle a Penny que su rango completo era el de inspector jefe. La gente solía equivocarse.

Banks se puso de pie y ella lo acompaño hasta la puerta. Y tuvo la sensación de que ella esperaba alguna palabra tranquilizadora, una suerte de perdón por haber actuado en contra de los sentimientos que ella albergaba hacia Steadman. Pero él no supo concedérselo.

—Me han comentado que usted canta, señorita Cartwright —dijo al llegar a la puerta.

—Lo de señorita sobra, si no le importa —corrigió ella, dejando escapar una sonrisa juguetona que le iluminaba la mirada—. Canto, sí.

—¿Por esta zona?

—A veces. Este viernes y sábado canto en el Dog and Gun. Allí organizan conciertos para competir con la pista de baile del Hare and Hounds.

—Si no ocurre nada que me lo impida, me pasaré —comentó Banks.

—Como guste.

En la voz de Penny se oyó un deje de duda, como si le costara creer que un policía pudiera interesarse por la música folk tradicional, o por cualquier otro tipo de música.

Banks bajó por la estrecha calle empedrada que bordeaba el muro de la iglesia, pero tan pronto como llegó a la esquina oyó un siseo a sus espaldas. Se dio la vuelta. En la puerta de la casa contigua a la de Penny había una anciana que le pedía que se acercara con un gesto. Cuando Banks estuvo lo bastante cerca, ella le susurró:

—Usted debe de ser ese policía del que habla todo el mundo.

—Soy el inspector jefe Banks —dijo, buscando una tarjeta—. A sus órdenes.

—No, no, no hace falta que me muestre nada, jovencito —comentó

la anciana, rechazando la tarjeta con la mano—. Le creo. Veo que ha estado hablando con la damisela de al lado.

La anciana agitó su arrugado pulgar en dirección a la casa de Penny. Intrigado, Banks asintió.

—¿Le ha contado lo que ocurrió el sábado por la noche? —dijo la anciana.

—¿Qué ocurrió el sábado?

—Ya me figuraba que no se lo había contado —respondió la mujer en tono triunfal, cruzando los brazos con aire de satisfacción—. Hubo un revuelo de mil pares de demonios. El comandante casi lo lanza volando hasta el jardín.

—¿A quién?

—Pues a ése que se hizo matar —anunció con indisimulada alegría —. No me parece bien que los hombres casados anden husmeando a las jovencitas. Y ésta de aquí es una de las veleidosas, se lo digo yo. Y por si eso fuera poco, el comandante está como una cabra...

La anciana se rió.

—A qué se refiere, señora...

—Señorita... —corrigió orgullosa la mujer—. Llevo setenta y un años en este mundo y todavía no les he encontrado la utilidad a los maridos. Señorita Bamford, así me llamo, jovencito. Y me refería al sábado por la noche, cuando el comandante Cartwright visitó a su hija y la pescó con ese muchacho que acabó muerto. Sería sobre las diez, le digo. Pero no me pregunte qué era lo que estaban haciendo porque no sabría decirle. En cualquier caso, el viejo perdió los estribos, se lo aseguro. Le advirtió a ése de que no volviera por aquí.

—Me está diciendo que el mayor echó literalmente por la fuerza al señor Steadman de la casa de Penny Cartwright? —preguntó Banks, esforzándose por aclarar los hechos, pues estaba seguro de que se había perdido algún detalle del relato.

—Pues no exactamente —se retractó la señorita Bamford. La barbilla se le hundió entre los pliegues del cuello—. No pude verlo claramente, pero sé que empujó a ese muchacho, tan pálido y débil de estar encerrado día y noche leyendo libros. Apuesto a que esa Marquesa de Carabás no le contó nada de lo que le estoy diciendo.

Banks tuvo que admitir que Penny no había dicho nada al respecto.

De hecho, tras de haberlo retado a hablar sin pelos en la lengua, a la hora de hablar de su padre se había echado atrás.

—¿Salió ella de la casa después de lo ocurrido?

—¿Quién, su Alteza Real? No. Oí un portazo alrededor de las once, pero no era el comandante.

—Seguramente la casa tendrá una puerta trasera...

—Claro que la tiene —repuso la señorita Bamford. La insinuación no se le había escapado.

Banks le dio las gracias. Y la anciana, con una sonrisa de suficiencia en su arrugada cara, cerró la puerta. Después de lanzar una mirada rápida y perpleja hacia la casa de Penny, Banks fue andando hasta el coche y se marchó.

SEIS

I

—Así que según tu amigo de Darlington...

—... el sargento Balfour, jefe, un buen hombre.

—Así que según tu amigo, el sargento Balfour —prosiguió Banks—, Hackett no llegó al KitKat Klub hasta después de la una de la madrugada, y nadie en el pub recuerda haberlo visto...

—Efectivamente. El dueño del local dijo que Hackett solía pasarse por allí, pero que la semana pasada no acudió el viernes, sino el sábado.

—Entonces el cabrón nos ha estado mintiendo —suspiró Banks, cada vez más enfadado con los habitantes de Helmthorpe. Y cuanto más enfadado estaba Banks, más difícil se volvía la situación para todos los involucrados. Muchos delincuentes de Londres podían dar fe de ello—. Supongo que tendremos que mandarlo a buscar de nuevo. No, espera... —miró su reloj y se puso de pie—. Hagamos algo más útil, acerquémonos en coche hasta Helmthorpe. Hay un par de cosas que quiero hacer allí.

Sandra estaba usando el Ford Cortina, así que los hombres firmaron el registro y sacaron un coche del garaje policial. Banks dejó que Hatchley condujera. Los setos que bordeaban el río estaban salpicados de flores silvestres blancas, amarillas y violetas; Banks no sabía el nombre de ninguna de ellas. Por el cielo vagaban unas pocas nubes negras. Aquí y allá el sol las atravesaba con brillantes rayos, iluminando zonas verdes en las sombrías laderas de los valles. A Banks, aquel efecto le recordó ciertas pinturas que había visto en una galería londinense que Sandra le había obligado a visitar. Pero no conseguía recordar el nombre del artista: ¿Turner, Gainsborough, Constable? Sandra seguramente lo sabría. Él anotó mentalmente que debería interesarse un poco más por la pintura de paisajes.

—Así pues, ¿qué opina usted? —preguntó Hatchley, que conducía

con una mano mientras con la otra encendía un cigarrillo utilizando el rojo incandescente del mechero del salpicadero—. Sobre Hackett, quiero decir.

—Puede que sea el tipo que buscamos. Está claro que oculta algo.

—¿Y qué me dice de los demás que estuvieron con Steadman esa noche?

—Sencillamente, que no podemos saberlo, ¿no es así? Cualquiera de ellos pudo haberlo hecho. Ninguno tiene una buena coartada, ni siquiera Barnes.

—¿Pero qué motivo podría tener él para matar a Steadman? Tiene una buena reputación en la zona, siempre la ha tenido.

—Podría tratarse de chantaje —comentó Banks, sin dejar de jugar con su pipa—. Quizá Barnes sabía algo de Steadman, o al revés. Quizá Steadman se enteró de algo que podía arruinar la reputación del médico.

—Supongo que es posible —dijo Hatchley—. Pero Steadman era rico, ¿qué necesidad tenía de chantajear a nadie? Y si era él quien pagaba a Barnes, sería de tontos matar a la gallina de los huevos de oro, ¿no cree?

—De acuerdo. Pero no tenía por qué tratarse de dinero. Quizá Steadman se sentía moralmente obligado a decir lo que sabía. Por lo que dicen todos, era la clase de persona que haría algo así. Sé que ahora mismo estamos especulando, pero aun así creo que deberíamos investigar las finanzas y el pasado del doctor, y averiguar si últimamente Steadman ha retirado sumas importantes de dinero.

—Nunca está de más, supongo. ¡Maldita sea...! —Hatchley dio un golpe de volante para evitar a un ciclista atolondrado, y gritó desde la ventanilla—: ¡Mira por dónde vas, bestia de los cojones!

Banks se ajustó el cinturón de seguridad, y recordó una de las razones por las que prefería conducir su propio coche en horas de trabajo.

Llegaron a su destino sin ningún percance, aparcaron junto al río, donde Steadman dejaba su vehículo, y subieron andando por el callejón hasta High Street. Era casi mediodía. Los turistas se agolpaban en la pequeña heladería y los lugareños hacían sus

compras o cotilleaban delante de sus casas, en las estrechas calles empedradas laterales. A esas alturas todos en el pueblo reconocían perfectamente a los dos policías, y las voces se silenciaban a su paso. Banks rió para sus adentros, disfrutaba del efecto que su presencia causaba en los lugareños. En Londres, únicamente los criminales a quienes había encerrado repetidamente sabían quién era.

Se detuvieron al llegar a un quiosco de prensa, donde unos expositores de postales, mapas y guías turísticas locales ondeaban con la brisa.

—Llevémonos a Hackett entre los dos después de comer —sugirió Banks.

—De acuerdo —Hatchley miró la hora en su reloj—. ¿Le apetece comer ahora?

—Todavía no. ¿Por qué no vas a ver a Weaver y averiguas si hay alguna novedad? Quiero conversar con el comandante Cartwright. Después nos tomamos un pastel de carne y una pinta en The Bridge y discutimos de qué manera lidiar con Hackett.

Hatchley asintió y se alejó en dirección al pequeño destacamento de la aldea.

Nadie podía tener más aspecto de comandante retirado que este hombre que abrió la puerta aledaña a la librería de Thadtwistle, se dijo Banks. Era mayor pero esbelto, de cabello blanco, cutis rojo-ladrillo y bigote puntiagudo y ligeramente levantado en los extremos. Banks se identificó. El comandante emitió un gruñido y al momento lo condujo por unas escaleras estrechas hasta la planta superior. El apartamento estaba situado justo encima de la librería de Thadtwistle. Banks lo siguió hasta un salón dominado por el cuadro de una mujer con los pechos al descubierto que llevaba una bandera. Estaba en medio de un campo de batalla sembrado de soldados muertos y heridos, la acompañaba un niño con una pistola en cada mano.

—Es *La Libertad guiando al pueblo* —dijo el mayor al pescar a Banks observando—. Es de Delacroix. Es por eso por lo que luchamos, ¿no es cierto?

Afortunadamente, Banks era capaz de reconocer una pregunta

retórica a la primera. Acto seguido, dirigió su atención al terrier que le olisqueaba los tobillos e intentó sacudir un pie para que el chucho se largara. A Banks no le gustaban los perros —en caso de tener que escoger, prefería los gatos—, pero lo que aún le gustaba menos eran los dueños orgullosos que esperaban que sus invitados se prodigaran en cumplidos sobre los malditos bichos como si fueran bebés recién nacidos. Con una patada un poco más fuerte, Banks persuadió al perro de regresar con el rabo entre las piernas al canasto, desde donde lo miró con una expresión a medio camino entre el resentimiento y la arrogancia. Afortunadamente, el comandante estaba de espaldas preparando las bebidas.

El humo rancio hacía que el cálido ambiente de la estancia resultara cargado sobre la chimenea. Banks descubrió un pie para pipas antiguo y, con la intención de establecer alguna afinidad, se sentó en una silla de respaldo duro y encendió pacientemente su pipa de madera de brezo.

El comandante le entregó un whisky corto con soda, se quedó el largo para él y se acomodó en un sillón de cuero que obviamente era suyo desde tiempos inmemoriales.

Según la experiencia de Banks, ciertos militares trataban a los policías profesionales como a iguales, casi como a colegas de armas; otros, sin embargo, los trataban con desdén, como si fueran advenedizos, diletantes sin importancia que no se habían ganado del todo los galones. El comandante Cartwright parecía pertenecer al segundo grupo. Miraba a Banks con abierta hostilidad. Las venas violáceas de su nariz denotaban una marcada propensión a los traguitos matinales.

—Diga de una vez lo que se le ofrece —le espetó, como si le hubiera interrumpido en medio de la planificación de un nuevo ataque a los Boers.

Banks le detalló el asesinato al comandante, pero sólo obtuvo gruñidos y breves movimientos de barbilla por toda reacción. Luego, con la mayor delicadeza posible, mencionó que quizá había sido él, el comandante, quien había visto por última vez con vida a Steadman, además del asesino.

—¿Y a qué hora se supone que lo vi?

—El sábado, alrededor de las veintidós horas.

El mayor lo miró fijamente con sus gélidos ojos azules y dio un sorbo a su whisky.

—¿Quién le dijo eso?

—No importa quién me lo dijo, comandante. ¿Es cierto o no?

—Seguro que fue esa vecina entrometida, ¿no? Esa vieja tonta...

—¿Vio usted a Steadman y tuvo un altercado con él?

—No estará sugiriendo que...

—No sugiero nada, sólo le he hecho una pregunta muy sencilla.

Durante unos instantes el mayor agitó el whisky en su vaso; por fin dijo:

—De acuerdo, lo hice. ¿Y qué?

—Dígamelo usted a mí.

—No hay mucho que decir. Lo encontré en casa de mi hija otra vez y le dije que levantara el campamento.

—¿Por qué reaccionó usted tan violentamente?

—Era impropio... —Cartwright se incorporó—. Era un hombre casado y mayor. ¿Qué hubiera hecho usted? No es natural.

Cartwright volvió a hundirse en su sillón.

—¿Creyó usted que estaban teniendo un romance?

—Espere un minuto, muchacho. Pare el carro. Nunca dije semejante cosa.

—Oiga, no le estoy acusando de nada ni presentando ningún cargo —presionó Banks—. Sólo le pregunté qué era lo que pensaba. ¿Si usted no creía que su hija estaba envuelta en una relación inconveniente, por qué echó a Steadman a la calle casi a patadas?

—La vieja exageró —resopló Cartwright mientras apuraba el resto del whisky. Luego se puso de pie, cogió una vieja pipa de brezo del estante y pellizcó un poco de tabaco de la petaca—. Tuvimos un intercambio de palabras, es cierto. Pero no le puse un dedo encima, ni de la mano ni del pie. En cualquier caso es un asunto de principios, ¿no le parece? Un hombre casado... la gente habla...

Banks no comprendió muy bien la conexión entre los principios y el miedo a las habladurías. Ignoró el comentario y prefirió preguntar:

—Es por eso por lo que usted se oponía a una relación inofensiva

de la que disfrutaban las dos partes. ¿También se comportó así con todas las otras amistades de su hija?

—¡Maldita sea, era un hombre casado! —repitió el comandante.

—Estaba casado hace diez años, cuando su hija y él se conocieron. Pero usted no se opuso entonces, ¿verdad?

—Todo el mundo estaba al corriente de aquello, además siempre había otras personas presentes: el joven Michael... En cualquier caso, mi hija era sólo una niña. Oiga, si se querían ver podían hacerlo en público, ¿no le parece? En un pub, por ejemplo, en compañía de otra gente. No había razón para andar encerrándose así, en privado. Este pueblo está lleno de lenguas viperinas, muchacho. Usted no tiene ni idea.

—¿Le preocupaba que empezaran a rumorear como habían hecho a propósito de la relación entre usted y su hija?

El comandante se puso pálido y se hundió en su sillón. De repente toda su beligerancia le abandonó y recobró su aspecto de anciano. Se puso de pie y se sirvió otro whisky.

—Así que ya se lo han contado, ¿eh?

Banks asintió.

—Usted no tuvo que pasar por eso —dijo el comandante en tono triste y amargado—. No puede saber cuánto sufrimos tras la muerte de mi esposa. Yo no pude ocuparme ni de mí mismo. Tuvieron que ingresarme en el hospital por un tiempo y me vi obligado a enviar a Penny a casa de los Ramsden. Pero ella volvió para ocuparse de mí. Fue por generosidad, Dios la bendiga. Ella era apenas una jovencita, por eso empezaron a correr esos rumores horribles. Basta con que alguien lo diga una vez, basta un solo maldito bastardo y el rumor se extiende como una plaga hasta que todos se hartan y aparece un rumor más fresco. Ni siquiera les importa que sea cierto o no, les sirve para estimular la imaginación. Los culpo de haberla alejado de mí. Decían que no era natural que viviéramos los dos solos. Después de que Penny se marchara, vendí la casa y me trasladé aquí.

—Pensé que ella se había marchado para hacer carrera con su música.

—Bah, se hubiera marchado de todos modos, pero era demasiado

joven. Era muy pronto para irse, por eso las cosas le salieron como le salieron.

—A mí me apreció muy bien adaptada. Un poco dura en sus modales, quizá.

—Usted no la conocía. Desde entonces perdió mucho de su buen humor, y de su alegría. Se volvió cínica siendo muy joven. En cualquier caso, no toleró que la mirasen de esa forma. Hace falta coraje para que alguien como ella vuelva aquí.

—Entonces ¿usted la perdonó?

—No tenía que perdonarle nada. Ella creyó que me había decepcionado al dejarme de esa manera. Habíamos peleado y discutido, es cierto, pero nunca dejé de quererla. Steadman no era un mal tipo. Un poco timorato para mi gusto, pero no era mal tipo. Yo sólo quería evitar que Penny pasara de nuevo por todo eso. Ya está bastante amargada. Pero tampoco fue la primera vez que tuvimos unas palabras con Steadman. Pregúnteselo a cualquiera. Mi animadversión hacia él venía de largo.

—¿Qué ocurrió la noche del sábado?

—La verdad es que no pasó nada. Le dije que no volviera solo a visitar a mi hija por la noche. Ya se lo había advertido. Supongo que empeoré las cosas al atraer la atención sobre el asunto.

—¿Qué hizo usted después?

—¿Cuando él se fue?

—Sí.

—Me quedé hablando con Penny durante una hora más o menos. Estaba un poco enfadada conmigo, pero arreglamos las cosas lo más amistosamente posible.

—¿Sabe a qué hora se marchó usted?

—Recuerdo que el campanario de la iglesia dio las once.

Me fui poco después.

—¿Y Steadman se marchó a las diez?

—Sí, a esa hora llegué yo.

—¿Notó si alguien andaba merodeando por los alrededores?

—No, estaba todo tranquilo. Siempre está tranquilo allá arriba. Vi a algunas personas en High Street, pero nada que me llamara la atención.

—¿Le dijo Steadman adonde se dirigía? ¿Le dio alguna pista sobre lo que pensaba hacer a continuación?

El comandante Cartwright negó con la cabeza:

—No, simplemente se largó. Lamento no poder ayudarle más, inspector.

—Descuide. Gracias por su tiempo, comandante.

Cartwright volvió sobre sus talones y se dirigió al mueble bar. Banks tuvo que llegar a la puerta solo.

II

Sally estaba tumbada en el jardín trasero, bronceándose con su bikini azul claro y la cabeza apoyada en unos cojines. Aquel era un lujo que creía haberse ganado al haber hecho las paces con sus padres: la noche anterior había cancelado una cita con Kevin para poder ir a visitar a la pesada de la tía Madge, a Skipton. Allí tomó el té en unas frágiles y minúsculas tazas de porcelana con bordes dorados y contestó educadamente a todas las preguntas aburridas y predecibles sobre sus quehaceres escolares. Por lo menos estaba encendida la tele —la tía Madge no la apagaba jamás—, y pudo ver fragmentos de una vieja película de Elizabeth Taylor mientras simulaba prestar atención a la conversación, que abarcó desde el espantoso estado del jardín del vecino a la primicia sobre la histerectomía de una prima lejana. Lo más curioso de todo era que sus padres tampoco lo habían pasado bien, su padre no había dicho ni una sola palabra. Pero la familia volvió a relajarse cuando llegó la hora de las despedidas y todos subieron al coche en tropel.

Sally suspiró, dejó el ejemplar de *Cumbres borrascosas* y se tumbó boca abajo. Ya sentía el agradable ardor en la piel; incluso con la loción debía tener cuidado con cuánto tiempo pasaba al sol.

Se sentía perpleja y frustrada a causa del libro que estaba leyendo. En la película —la antigua versión en blanco y negro con Laurence Olivier—, Heathcliff resultaba muy sexy y trágico. Al verla por televisión, la joven recordaba haber compartido pañuelos de papel con su madre mientras su padre se reía. Sin embargo, el libro era diferente. No en cuanto a la historia —que fundamentalmente era la

misma—, sino en lo tocante a Heathcliff. Es cierto que él amaba apasionadamente a Catherine, pero en el libro él resultaba mucho más violento y cruel, como si quisiera destruir a todos los que le rodeaban. Y, peor aún, se mostraba más interesado en adueñarse de la casa y las propiedades. Ésa era la verdadera razón de que se hubiera casado con Isabella —aunque quisiera dar la impresión de estar vengándose por la boda entre Catherine y Edgar—, y obsesionarse por una propiedad no resulta romántico en absoluto. Heathcliff actuaba más como un Teddy Hackett demente (y bastante más guapo) que como una figura verdaderamente heroica.

Sally alargó la mano hacia su vaso de Perrier. Estaba tibio. Todo el hielo se había derretido y el chisporroteo del gas había desaparecido. Puso cara larga, se tumbó de espaldas una vez más y empezó a pensar de forma bastante desalentadora en su actividad de sabueso. No había mucho en qué pensar. No tenía ni idea de quiénes eran los sospechosos, con qué pistas contaba la policía ni cuánto sabía ésta de los motivos y oportunidades. Además, cualquier aldeano tenía las mismas pistas que ella sobre el muerto: que Steadman, para disgusto del comandante, sentía debilidad por Penny Cartwright; que trabajaba mucho con Michael Ramsden; que había podido ayudar a la familia Ramsden cuando murió el padre; que en general caía bien a la gente; y que bebía en The Bridge junto con Jack Barker, Teddy Hackett y el doctor Barnes. Steadman no era para nada la clase de hombre que desataba pasiones a su paso, no era ningún Heathcliff. Pero había desatado la pasión de alguien, o no estaría muerto.

Tuvo que haberlo hecho un hombre, de eso Sally estaba segura. Steadman era bastante alto y debía de pesar lo suyo, ninguna mujer hubiera podido cargar con el cadáver hasta lo alto del terreno y arrojarlo por encima del muro. Pero incluso contando con ese dato, seguía habiendo muchos sospechosos. Ojalá aquella noche hubiese tenido la previsión de observar más atentamente desde el refugio. Sally empezó a utilizar la imaginación para buscarle algún sentido a los hechos. Todo el mundo sabía que Michael Ramsden había cortejado a Penny Cartwright. ¿Y si todavía estaba perdidamente enamorado de ella, como Heathcliff de Catherine? ¿Y si sentía celos

del interés que mostraba Steadman por ella? Pero Sally recordaba haber visto a Ramsden —de hecho, recordaba haberlo evitado— aquella noche, cuando fue a Leeds a tomar algo con Kevin. Ramsden iba acompañado de una mujer guapa. Sally tironeaba de Kevin para sacarlo por la puerta de atrás antes de que les descubrieran, y por eso sólo había conseguido atisbarla brevemente. Pero estaba segura de que la mujer no era Penny. Y si Ramsden seguía enamorado de Penny no hubiera estado viendo a otra.

Y, por supuesto, también estaba Jack Barker. Al principio Sally no sospechó de él, pero ahora podía imaginárselo reaccionando exaltado por la pasión. Ella había reparado en las muchas veces que había visto a Penny y a Steadman paseando por el pueblo, y se preguntaba si Barker pudo haberlo considerado un estorbo. Escribía historias de detectives, así que debía de saberlo todo sobre cómo cometer un asesinato. Y aunque fuera un caballero, no se iba a quedar plantado ahí con el arma humeante en la mano, esperando a que llegara la policía. Seguramente procuraría deshacerse del cuerpo para ser detenido, y así ganarse el amor de Penny. Sally se preguntó si Barker tendría una coartada, y si había alguna forma de conocerla.

Después estaba Hackett. Por supuesto en ese caso no había ningún interés amoroso, pero Sally había oído rumores de discusiones a causa de una propiedad. Una cosa era segura, en *Cumbres borrascosas* los ánimos de la gente se caldeaban por asuntos como ésos.

La joven cogió su loción bronceadora. Se aplicaría otra capa, se quedaría otra hora más, y después volvería a entrar en casa. En cuanto a pescar al asesino, todo lo que podía hacer era intentar recordar lo que había visto y oído en el pueblo desde que los Steadman llegaran de Gratly dieciocho meses atrás. Quizá se le había pasado algo por alto: una palabra o un gesto sin importancia en aquel momento, pero que ahora, tras el asesinato, había cobrado significado. Sally tenía buena memoria visual —seguramente producto de ver tantas películas—, así que podía repasar mentalmente las expresiones faciales y el lenguaje no verbal. Tal vez si se esforzaba caería en la cuenta de algún detalle.

Sally se masajeó el estómago y los muslos. Disfrutaba de la

sensación del aceite sobre su cuerpo, pero hubiera deseado que fueran las manos de Kevin las que lo esparcieran por su piel colorada. Sally volvió a coger el libro y dejó sobre sus páginas sus aceitosas huellas dactilares.

III

Los dos hombres avanzaban lentamente por High Street, la calle principal de Helmthorpe, enfrascados en su conversación. Banks tenía una mano metida en el bolsillo del pantalón, y con la otra sujetaba la ligera americana que pendía sobre su hombro. Llevaba las camisa blanca arremangada por encima de los codos y la corbata lo bastante floja para poder desabrocharse el botón superior. Banks odiaba las corbatas, así que llevarlas aflojadas constituía su solución de compromiso. Caminaba con la cabeza gacha mientras escuchaba a Hatchley, cuya imponente altura destacaba a su lado. El sargento llevaba las manos cogidas por detrás de la espalda y la cabeza echada hacia atrás sobre su ancho cuello, como si estuviera examinando los tejados, y por encima de su cinturón ajustado se desparramaba su bien atendida barriga cervecera. El tiempo seguía sin decidirse: el sol salía y volvía a desaparecer entre las nubes negras que pasaban a toda velocidad empujadas por el viento, proyectando sus sombras sobre la luminosa ladera de Crow Scar.

—Me dijo que lo vio bastante alterado, como si hubiera sufrido una impresión —continuó Hatchley—. Y que se bebió un scotch doble de un trago y luego siguió su camino.

Ése era el fragmento de información que el agente Weaver estaba tan ansioso por comunicar: el barman del Dog and Gun había dicho que Steadman había pasado por el pub el sábado por la noche, después de las veintidós, y añadió que no había informado de ello antes porque estaba de pesca en Escocia y ni siquiera se había enterado del asesinato.

—Puedo explicarte por qué —dijo Banks, y pasó a relatarle a Hatchley su encuentro con el comandante Cartwright. La noticia desinfló un poco al sargento, y cuando Banks le preguntó si había

habido alguna otra novedad, aquél masculló un «no» bastante hosco.

Pero apenas hubo entrado en The Bridge y olió el aroma a cerveza y a humo de cigarrillo que flotaba en el aire, Hatchley volvió a sonreír. Tomaron asiento en la misma mesa que habían ocupado durante la visita anterior, y pronto tuvieron delante dos pintas de cerveza amarga Theakston mientras esperaban los pasteles de carne y champiñones que habían pedido.

—Aunque Steadman pudo haber regresado a la casa, ¿no? —dijo Hatchley—. Quizá enloqueció al recapacitar y darse cuenta de que había permitido que el comandante le pasase por encima... y regresó a poner las cosas en su sitio. Todavía no podemos descartarlos ni a él ni a la chica.

—No, no podemos. Steadman pudo haber esperado a que no hubiese moros en la costa y haber regresado para terminar lo que Penny y él habían comenzado antes de la interrupción. No hay duda de que el comandante es muy protector con su hija.

—Por lo que he oído, ella siempre fue un poco salvaje —dijo Hatchley, entusiasmado—. Huyó a Londres y frecuentó a «friáis» y a músicos. Seguramente consumió drogas, y dudo de que prestara mucha atención a quien la acompañaba a la hora de meterse en la cama. Después de todo eso, si fuera hija mía, la tendría a raya.

—Pero tiene veintiséis años. Además, Steadman era un amigo inofensivo, ¿no crees?

—Lo era hasta donde sabemos —apuntó Hatchley mientras se encogía de hombros—. Pero podría haber mucho más detrás de todo esto.

—Por supuesto que hay mucho más, siempre lo hay en asuntos como éste. Primero, la anciana no oyó que nadie volviera a golpear la puerta más tarde, y afirma que no vio salir a Penny. Y segundo, dudo de que ella tenga la fuerza necesaria para arrastrar el cuerpo hasta aquel escondrijo.

Banks estuvo a punto de añadir que también le había convencido el sincero afecto que la mujer demostró por Steadman, pero sabía que no era el tipo de evidencia que Hatchley apreciaría. Además, el

encantamiento había empezado a desvanecerse y Banks comenzó a preguntarse si Penny no sería simplemente una actriz consumada.

—Aun así, ella hubiera podido ayudar a trasladar el cuerpo —prosiguió Banks—. Y tampoco hay que olvidar la puerta trasera. La anciana pudo no haber oído nada porque se encontraba en la estancia delantera.

—¿Entonces, cree que Penny Cartwright estaba liada con Steadman? —dijo Hatchley.

—No lo sé, en este tipo de asuntos uno nunca sabe. Se ha dado el caso de parejas que llevaban viéndose durante años sin que nadie lo supiera.

—¿Entonces, por qué pasaba tanto tiempo con ella?

—Quizá no lo sepas, pero eso que llaman amistad, existe...

—Y un cuerno —murmuró Hatchley.

Trajeron los pasteles y los dos hombres comieron en silencio hasta vaciar sus platos.

—Steadman tenía mucho dinero y la heredera es su mujer —dijo Banks, dada cuenta de su segunda pinta—. Yo diría que es un motivo bastante bueno, ¿no crees?

—Pero sabemos que ella no pudo haberlo hecho —objetó Hatchley —. Quiero decir: ¿por qué complicar algo que ya es de por sí difícil?

—Pudo haber contratado a alguien.

—Pero Helmthorpe no es Nueva York ni Londres.

—Eso es lo de menos —dijo Banks—. Una vez conocí a un tipo en Blackpool que me mostró una lista de precios: brazos rotos, cincuenta libras... piernas rotas, setenta y cinco... Y la lista seguía, aunque con la inflación sus precios seguramente habrán subido un poco. Sería una ingenuidad creer que eso sólo ocurre en el sur, y tú deberías saberlo mejor que nadie, maldita sea. ¿Me vas a decir que en Eastvale no hay nadie que pueda encargarse de un trabajo como ése? ¿Qué me dices de Eddie Cockley, por ejemplo? ¿Y Jimmy Spinks?, ése le rebanaría el pescuezo a su madre por una pinta de cerveza.

—De acuerdo, ¿pero cómo iba a conocer la señora Steadman a unos quinquis como Cockley y Spinks?

—Admito que es improbable, pero no más que el resto de las cosas

que vemos en este maldito oficio nuestro. Míralo de este modo: sabemos poco acerca del matrimonio de los Steadman. Parecía normal y corriente en la superficie pero, por ejemplo, ¿qué pensaba ella de la relación de él con Penny Cartwright? Quizá se moría de celos. No lo sabemos a ciencia cierta, y si se lo preguntásemos las dos nos mentirían. Por alguna razón, se están protegiendo.

—¿Quizá sospechan la una de la otra?

—No me sorprendería.

Hatchley se acabó la cerveza de un trago.

—¿Sabes lo que me molesta de este caso, sargento? —continuó Banks—. Todo el mundo excepto el comandante tiene la certeza de que la mierda de Steadman olía a rosas.

Hatchley desplegó una sonrisa inmensa. Los dos hombres vaciaron sus vasos y se marcharon a hacerle una visita a Hackett.

IV

Teddy Hackett estaba sentado en su oficina, situada en un viejo molino por detrás de cuyo garaje bajaba el río Swaine. La ventana estaba abierta y el aroma de las flores entraba flotando junto con el borboteo del agua que corría sobre los guijarros. De vez en cuando, una de las abejas que merodeaban en torno a la clemátide adherida al muro de piedra, se extraviaba, entraba zumbando en la habitación y, al no encontrar interesantes los asuntos humanos, volvía a salir torpemente.

Desde el principio Hackett no pudo evitar los nervios y el sudor. Se ocultó tras la defensa que le ofrecía su escritorio atestado, de espaldas a la ventana, y jugó con un abrecartas, mientras Banks lo observaba desde su silla. Hatchley se apoyó contra la pared, detrás de Hackett. Banks rellenó su pipa, la encendió y en ese preciso instante sacó el tema de la falsa coartada del hombre de negocios.

—Por lo que hemos averiguado, usted llegó al KitKat Klub solo, pasada la una. Un poco más tarde de lo que nos dijo.

Hackett no sabía dónde meterse.

—No soy muy bueno con los horarios. Siempre llego tarde a todas partes, así soy yo.

—No es una costumbre muy apropiada para un hombre de negocios, ¿no cree? —sonrió Banks—. Aun así, eso no es asunto mío. Lo que quiero saber es qué estuvo haciendo hasta esa hora.

—Ya se lo dije —respondió Hackett, sin dejar de golpearse sonoramente la palma con el abrecartas—. Fui a un pub y tomé un par de copas.

—Pero la hora de cierre los sábados es a las veintitrés. Incluso en los locales más flexibles sólo le permitirían quedarse hasta las once y media. ¿Qué fue lo que hizo entre las veintitrés treinta y la una?

Hackett apoyó la cara sobre una mejilla, después sobre la otra y al final se frotó la barbilla.

—Oiga, no quiero causarle problemas a nadie, ¿entiende lo que le digo? Cuando uno se hace amigo de la plantilla a veces puede sacarles un par de copas después del cierre. Especialmente cuando el poli local también está presente. —Y guiñó un ojo—. Quiero decir... imagine que al joven Weaver le apeteciera una...

—No quiero que me cuente las andanzas del agente Weaver —le interrumpió Banks—. Quiero que me cuente lo que hizo usted, y me estoy impacientando. ¿Me está diciendo que el encargado incumplió la ley y le sirvió después de la hora de cierre, a la una de la mañana? ¿Es eso lo que me está diciendo?

—No exactamente. Más bien nos tomamos un par de tragos juntos. Como si fuera en la intimidad de su propia casa. Espero que no haya una ley que prohíba a un hombre invitar a su amigo a tomar una copa cuándo y dónde le apetezca.

—No, no la hay. Así que podríamos decir que usted no infringió ninguna ley —repuso Banks—. Pero si era tan amigo del encargado seguramente recordara el nombre del pub, ¿no es así?

—Pensé que se lo había dado. ¿No se lo dije?

Banks negó con la cabeza.

—Pues pensé que sí, al menos ésa fue mi intención. Era el Cock and Bull, en Arthur Street, cerca de la discoteca.

Hackett dejó el abrecartas en la mesa y encendió un cigarrillo. Daba caladas largas y sonoras.

—No lo era —dijo Banks—. No era el Cock and Bull de Arthur Street. El encargado dice que es cierto que lo conoce, pero que

usted estuvo allí el viernes, no el sábado. ¿Dónde estuvo el sábado, señor Hackett?

Lo que acababa de oír abatió al hombre de negocios.

—El viejo Joey se habrá equivocado, tiene una memoria pésima. Estoy seguro de que si se lo vuelve a preguntar, si le refresca la memoria un poco, se acordará de todo. Le dirá la verdad: que estuve allí.

—¡Déjese de chorradas, hombre, y díganos dónde estaba! —tronó la poderosa voz de Hatchley desde la ventana, desconcertando a Hackett por completo.

Durante la parte preliminar del interrogatorio, el sargento se había mantenido tan silencioso que Hackett debió de olvidarse de que aquél seguía en el despacho. Hackett se volvió a medias y se mostró aterrorizado al tener que vérselas con un adversario nuevo y más agresivo, que lo miraba desde lo alto. Hackett se puso de pie pero Hatchley seguía aventajándole en altura.

—No sé qué es lo que insinúan...

—No insinuamos nada —dijo Hatchley—. Se lo estamos diciendo bien clarito. Usted no estuvo en el Cock and Bull, ¿verdad? Sólo fue una trola, ¿no es cierto? Usted no estuvo en ningún pub de Darlington. Esperó a Steadman fuera de The Bridge, lo siguió hasta la casa de Penny Cartwright, aguardó allí y después siguió sus pasos hasta el Dog and Gun, y de allí de nuevo hasta el aparcamiento. En ese lugar, oscuro y tranquilo, lo golpeó en la cabeza y lo metió en el maletero de su propio coche. Más tarde, cuando toda la aldea se había ido a dormir, usted abandonó el cadáver en ese campo y siguió su camino a través del valle, en dirección a Darlington; ¿no es eso lo que sucedió? Las horas coinciden perfectamente, Hackett, lo hemos comprobado. Basta con que juntemos las trolas que nos has contado y las pruebas que encontraremos en el maletero de tu coche y te tendremos pillado por los huevos, colega.

Hackett se volvió hacia Banks en busca de comprensión y apoyo.

—No deje que me intimide y me acuse de este modo —farfulló lleno de rabia—. No es...

—... no, no es como en el criquet —dijo Banks—. Pero tiene que

admitir, señor Hackett, que es una posibilidad, ¿no es cierto? Una posibilidad muy factible.

Hackett se dejó caer en su silla de nuevo. El sargento se aproximó y se le plantó enfrente.

—Oiga —le dijo amablemente—, sabemos que usted no llegó a la discoteca hasta después de la una, por lo cual hubiera tenido tiempo de abandonar el cuerpo de Steadman y después conducir hasta Darlington. ¿No le parece que sería más fácil para todos que nos dijera lo que ocurrió? Puede que haya sido un homicidio involuntario. Quizá usted no quiso matarlo, pero discutieron y llegaron a las manos y... ¿Es eso lo que ocurrió?

Hackett miró fijamente al sargento, sin fiarse de su aparente amistad. Banks se puso de pie y caminó hasta la ventana. Daba la impresión de estar contemplando el río.

—Caminé sin rumbo, eso es todo —dijo Hackett—. Salí hacia Darlington en cuanto me fui de The Bridge. Me cambié y después me detuve a medio camino. Era una noche preciosa. No me apetecía beber nada en ese momento, así que fui a dar un paseo. Quería estar solo.

Banks se encontraba de espaldas a Hackett, pero se volvió a toda prisa y dio unos golpes con su pipa en el grueso cenicero de cristal:

—¿Solo? ¿Igual que la maldita Greta Garbo? —Banks gruñó—. Estoy empezando a perder la paciencia...

Una buena manera de medir el terror y la confusión de Hackett era que éste se había vuelto hacia el gigantesco Hatchley en busca de su presencia bondadosa.

—Pero yo...

—¡Cierre el pico! —le espetó Banks—. No quiero oír más mentiras, Hackett, ¿me ha entendido? Si no llego a creerme la próxima versión que me cuente, antes de que sepa lo que ocurrió estará encerrado en una celda de Eastvale. ¿Le ha quedado claro?

Hatchley, que se lo estaba pasando en grande, interpretó el papel de tío cariñoso:

—Oiga, será mejor que haga lo que le dice el inspector jefe —le aconsejó a un Hackett pálido—. Si no tiene nada que ocultar, no le ocurrirá nada malo.

Hackett miró fijamente al sargento durante no menos de treinta segundos, y entonces llegó ese relajamiento de la tensión tan perceptible: el momento que señala la llegada de la verdad. Banks la sintió en las venas, tras años de experiencia era una sensación que conocía muy bien. El hombre de negocios todavía se encontraba tan confundido que fulminaba con la mirada a Hatchley mientras ofrecía su declaración a Banks, que sonrió y asintió varias veces, haciendo gala de una comprensión benevolente.

En términos generales, la confesión fue muy decepcionante, pero al menos quitó de en medio una gran pista falsa. Tras marcharse de The Bridge, Hackett fue a su casa a ducharse y a cambiarse, después condujo hasta Darlington, donde pasó unas dos horas de desinhibición y dicha carnal con una joven cuyo marido trabajaba en una de las minas locales. Más tarde, acudió solo al KitKat Klub. No quería ser visto con la joven en público, pues la gente hablaría. Finalmente, Banks consiguió sacarle a Hackett el nombre de la mujer, acompañado de ruegos y advertencias de que no se enterase el marido.

—Por favor —suplicó Hackett—, si tiene que hablar con Betty hágalo después de las diez de la noche. Le diré que se acerque ella a verle. Sería mejor así, ¿no...?

—Si no le importa, señor Hackett, lo haremos a nuestro modo —respondió Banks.

—Tenga compasión, inspector jefe. ¿O es que nunca ha echado una canita al aire?

Los músculos de la mandíbula de Banks se tensaron:

—No —contestó secamente—. Y aunque lo hubiese hecho, eso no cambiaría ni un ápice de su situación.

Entonces se apoyó en el escritorio y se inclinó hacia delante, hasta quedar a unos pocos centímetros de la cara de Hackett.

—Oiga, galán, aparentemente no se ha dado cuenta de que estamos investigando un homicidio. Han asesinado a su amigo, ¿o ya se le ha olvidado? Sin embargo, a usted lo único que le preocupa es esa zorra de Darlington a la que se ha estado beneficiando.

—No es una zorra. Además, ¿qué razón hay para arruinar un

matrimonio bien avenido, eh? Porque eso es lo que va a ocurrir, por si no lo sabe.

—El que ha arruinado ese matrimonio ha sido usted, y ella. Si por un instante pensara que le importa más ese matrimonio que su propio pellejo, quizá me plantearía hacer las cosas de otra manera.

Banks hizo una seña a Hatchley y se marcharon. Hackett se quedó solo en su despacho, mordiéndose las uñas y maldiciendo el día que conoció a la núbil Betty Fields en el Cock and Bull.

—¿Te apetece ir de excursión a Darlington, sargento? —preguntó Banks al llegar a High Street—. Será mejor que lo compruebes tú.

—A la orden, jefe —repuso Hatchley con una amplia sonrisa.

—Y si puedes, que sea después de las diez de la noche.

—¿Cómo? ¿Pero y...?

—Si no te importa.

—No me importa en absoluto. Tengo un par de amigos allí que hace tiempo que no veo. ¿Pero qué me dice de Hackett?

—Muy sencillo. Hackett tiene razón. No veo ninguna razón para crear discordia en un matrimonio, aunque sea tan frágil como el de Betty Fields. Hackett no se va a enterar, ¿verdad? Así la próxima vez que la joven lo llame, él no sabrá qué decir. He oído que algunos de estos mineros son grandullones —y sonrió al ver que Hatchley iba comprendiendo—. Hay que aplicar dosis iguales de crueldad y de compasión, sargento. Vamos, una visita más y podremos marcharnos a casa. Y por cierto...

—Diga, jefe.

—Eso de las trolas estuvo de más.

—¿De veras? A mí me pareció que le añadía un no se qué a mi discurso.

Aprovechando el buen tiempo, Banks y Hatchley fueron andando hasta Gratly. Atajaron a través del cementerio y tomaron una senda estrecha que cruzaba un prado. Los antiguos bancales descendían hasta el arroyo como un ancho tramo de escaleras de terciopelo verde. Las ovejas pacían junto al río, al amparo de un bosquecillo de fresnos, en medio de la frondosa hierba.

Esta vez, Banks quedó prendado de la tranquilidad y el aislamiento de Gratly. Un puente de piedra cruzaba el centro de la aldea. Y, por

debajo, corría sobre el lecho de terrazas abruptas un riachuelo que descendía por una serie de pequeñas cascadas y proseguía más allá del molino abandonado hasta la ladera del valle, para acabar uniéndose a las aguas del gran Swain.

Tomando ese punto como referencia, la aldea misma se extendía como una cruz. Por aquí y por allí pasadizos y angostillos conducían a callejones serpenteantes y cobertizos escondidos. Las viviendas eran todas antiguas, construidas con la piedra local, aunque los diseños variaban. Algunas casas que originalmente pertenecieron a tejedores tenían muchas ventanas en la planta superior, mientras que otras recordaban antiguas granjas y galpones de jornaleros. El reflejo del sol sobre la piedra clara y el continuo rumor del agua relajó a Banks, quien se encontró reflexionando acerca de que aquél no era en absoluto el momento *y* el lugar para hacer lo que mandaba su deber. No había señal ninguna de actividad. La aldea estaba sumida en la paz y el silencio.

Ataviada con un mandil marrón encima de su camisa y su pantalón, Emma Steadman les abrió la puerta tras el segundo timbrazo. Los invitó a pasar, disculpándose antes por el desorden. Se detuvo ante la puerta de entrada al salón, se secó el entrecejo sudoroso con la mano e indicó a los dos hombres que pasaran. Banks comprendió de inmediato lo que la mujer había querido decir: había quitado todos los libros de su marido de los estantes y los había colocado en el suelo, en pilas torcidas y de precario equilibrio.

Sin mucho entusiasmo, la viuda caminó hasta el centro de la estancia e hizo un gesto amplio:

—Son todos de él. No soporto tenerlos por toda la casa, no sé qué hacer con ellos.

El lunes por la mañana al despedirse, Emma Steadman se había mostrado menos fría y más vulnerable entre aquellos restos de una vida compartida.

—Hay un librero en Eastvale —comentó Banks—. Estoy seguro de que si usted lo telefonea se acercará a darle un presupuesto. Se los pagará bien. También está la librería de Thadtwistle, en Helmthorpe.

—Gracias, no es mala idea —dijo Emma Steadman, y tomó asiento —. Pero me temo que tendré que hacerlo más adelante. Todavía no

puedo lidiar con eso. No sé qué hacer con todas sus cosas. Nunca pensé que coleccionaba tantas porquerías. Ojalá pudiese irme de Gratly de la noche a la mañana y largarme a otro sitio.

—¿No va a quedarse aquí? —preguntó Hatchley.

Ella negó con un gesto.

—No, sargento, no lo creo. Aquí no hay nada que me interese. La verdad es que ésta era la vida de Harold. Éste era su hogar.

—¿Adonde piensa irse?

—No lo he pensado todavía. A una ciudad, supongo. A Londres, quizá —y miró a Banks.

—Yo en su lugar no me preocuparía por eso todavía —comentó el policía—. Necesitará algún tiempo, pero todo se arreglará.

Se hizo un silencio. La señora Steadman se ofreció a prepararles té pero, para disgusto del sargento, Banks rehusó en nombre de ambos.

—No, muchas gracias. Estamos de paso.

Ella arqueó las cejas, insinuando que era hora de ir al grano.

—Se trata de Penny Cartwright —comenzó a decir Banks, y observó que la expresión de ella no se alteró ni un ápice cuando mencionó aquel nombre—. Tengo entendido que ella y su marido tenían una buena relación. ¿A usted no le molestaba?

—¿Qué quiere decir con «si me molestaba»?

—Pues... —apuntó Banks con cautela— ella es atractiva y la gente murmura. Y habían cotilleado sobre ella antes. ¿No le preocupaba a usted que su marido pudiera estar teniendo un romance con ella?

De inmediato quedó claro que la teoría sorprendió más que enfadó a Emma Steadman, como si nunca antes se le hubiera ocurrido semejante cosa.

—Pero si eran amigos desde hace años —contestó—. Desde que ella era una adolescente, desde que vinimos aquí las primeras veces a pasar las vacaciones. No creo que... lo que quiero decir es que siempre la vi como una adolescente y nada más. La consideraba una hija más que una rival.

Banks pesó que considerar a una mujer doce o trece años más joven una niña demostraba cierta estrechez de miras, especialmente si esa niña había superado los dieciséis.

—¿Entonces, a usted esa relación no le molestaba en absoluto? —prosiguió Banks—. ¿Nunca provocó discordia ni celos?

—No por mi parte. Como ya le he comentado, inspector jefe, Penny es amiga de la familia desde hace años. Supongo que está al tanto de que por aquel entonces ella y Michael Ramsden fueron novios. Él la traía aquí a menudo; al fin y al cabo, ésta era su casa y nosotros sólo unos veraneantes. Creo que ella y Harry tenían mucho en común. Ella admiraba a mi marido como maestro y como fuente de conocimiento. Y de hecho Michael sentía lo mismo por él. Así que lo siento, no veo qué es lo que intenta decirme.

—Sólo me preguntaba si usted sospechaba que su marido pudiera estar teniendo un romance con Penny Cartwright.

—Nunca sospeché semejante cosa. ¿Qué ocurre? ¿A qué viene todo esto? ¿Primero pone en tela de juicio mi matrimonio y ahora acusa a mi marido de adúltero?

Banks alzó la mano.

—Espere un minuto. Yo no he acusado a nadie de nada, sólo le he hecho un par de preguntas. Estoy cumpliendo con mi deber.

—Eso fue lo que dijo la última vez —exclamó ella—. Y no crea que por decirlo me hizo sentir mejor. ¿No se da cuenta de que mañana entierran a mi marido?

—Lo sé, y lo siento. Pero si usted quiere que llevemos a cabo una investigación exhaustiva del asesinato, tiene que estar dispuesta a escuchar preguntas incómodas. La verdad no se descubre rozando la superficie de las cosas o esquivando los temas delicados.

Emma Steadman dejó escapar un suspiro:

—Entiendo... Pero todo esto es tan reciente...

—¿Siguió viendo a Penny después de que ella se marchara de Helmthorpe?

—No muy a menudo. Si coincidíamos en el mismo lugar, digamos que en Londres, pues cenábamos juntas. Pero podría contar esas ocasiones con los dedos de una mano.

—¿Cómo se comportaba ella por aquella época?

—Como siempre.

—¿Nunca la vio deprimida, drogada, o nerviosa?

—No cuando nos veíamos.

—¿Hasta qué punto su esposo conocía bien a Jack Barker?

—¿A Jack? Yo diría que eran íntimos. Bueno, todo lo íntimo que se podía ser con Harry si uno no compartía sus intereses.

—¿Cuánto hace que Jack Barker vive en Gratly?

—No lo sé... Desde antes que nosotros, unos tres o cuatro años.

—¿Cuánto hacía que su esposo lo conocía?

—Se hicieron amigos en los últimos dieciocho meses. Nos habíamos visto antes, durante nuestras vacaciones, pero Harold no pasó tiempo con los lugareños hasta que nos mudamos aquí.

—¿De donde es oriundo Barker?

—De Cheadle, en Chesire. Pero creo que vivió un tiempo en Londres.

—¿Y ni usted ni su marido lo conocían cuando llegaron a Gratly?

—No. Creo que no lo conocía nadie ni en Helmthorpe ni en Gratly. ¿A qué viene esta fascinación suya por el pasado, inspector jefe?

Banks frunció el entrecejo.

—A decir verdad, no lo sé, señora Steadman. Sólo intento hacerme una idea de cómo se han ido formando las amistades, de las llegadas y las partidas.

—¿Por eso me preguntaba acerca de Harry y Penny?

—En parte. El comandante Cartwright no parecía muy contento con esa relación.

La señora Steadman emitió un sonido a medio camino entre un estornudo y una carcajada.

—¡El comandante! Todo el mundo sabe que está chalado, como una cabra. Lo único que tiene es su hija, pero durante un tiempo incluso ella le abandonó.

—¿Está enterada de los rumores?

—¿Y quién no? Pero no creo que vaya a encontrar a nadie que, en la actualidad, se los tome en serio.

—¿Me está diciendo que aquello se considera agua pasada?

—Algo así. La gente se aburre con facilidad. Usted no creerá que el comandante...

Banks no contestó.

—Ustedes los policías tienen una imaginación tan fértil... —prosiguió Emma Steadman—. ¿Qué cree que pasó en realidad?

¿Cree que el comandante se enteró de este amorío mítico y mató a Harry para proteger la virtud de su hija? ¿O cree que lo hice yo en un ataque de celos?

—Usted no hubiera podido hacerlo porque a esa hora estaba mirando la televisión con su vecina, ¿no es cierto? Y no nos basamos únicamente en la imaginación, señora Steadman. Sé que este es un momento difícil para usted, y le pido disculpas si la he acosado con mis preguntas. Pero sólo intento hacerme una composición lo más completa posible tanto de su esposo como de su círculo. Este periodo también resulta crucial para nosotros, las historias cambian con el paso de las horas. A estas alturas todavía no puedo distinguir entre lo que es importante y lo que no lo es.

—Discúlpeme por haberme burlado de usted —dijo la señora Steadman—. Sé que tiene un deber que cumplir, pero me disgustó que viniera insinuando que Harold andaba por ahí teniendo romances y que nuestro matrimonio hacía aguas. Intente verlo desde mi punto de vista. Es casi como acusarme a mí. —Hizo una pausa y sonrió tímidamente—. Mi marido no era esa clase de hombre. Si lo hubiera conocido, entendería lo que quiero decir. Si Harry tenía un romance, era con su trabajo. De hecho, a veces llegué a pensar que estaba casado con su trabajo y que era conmigo con quien tenía el romance.

Emma Steadman hablaba con humor, sin amargura. Banks sonrió cortésmente.

—Estoy seguro de que mi mujer piensa de la misma manera.

Banks llamó a Hatchley, que se había vuelto para otear entre las diezmadas estanterías.

—No quiero molestarla más —dijo el inspector al llegar a la puerta —. Pero hay cierta información con la que quizá pueda ayudarnos.

—Le escucho.

—Su esposo enseñaba en la facultad de Historia de la Universidad de Leeds, ¿es eso correcto?

—Sí, ése era su campo —asintió ella:

—¿Podría decirme quiénes eran los colegas de profesión de su marido? ¿Con quiénes pasó más tiempo durante su estancia allí?

La viuda pensó durante unos instantes antes de responder.

—No teníamos mucha vida social. Harry estaba obcecado con su carrera. Pero déjeme ver... estaba Tom Darnley, un amigo muy cercano, y Godfrey Talbot. Talbot conocía a Harry porque ambos habían estudiado en Cambridge. Y creo que no hay nadie más... Ah, además de Geoffrey Baynes, que se marchó a enseñar a Canadá antes de que Harry renunciara. No se me ocurre nadie más.

—Gracias, señora Steadman —dijo Banks al tiempo que la puerta se cerraba lentamente—. Con eso nos basta por ahora. Hasta mañana.

Los dos hombres hicieron el mismo camino de regreso y se marcharon a Eastvale. El interior del coche estaba caldeado, pues había pasado casi todo el día al sol. Banks lamentó no tener su Ford Cortina, el paisaje le incitaba a escuchar música. Hatchley, en cambio, lo llevó a toda velocidad repitiendo la cantinela de que, excepto en el despacho de Gristhorpe, nunca había visto tantos malditos libros.

—Vaya mujer más curiosa esa Emma Steadman, ¿no cree? —dijo finalmente el sargento.

—Sí —respondió Banks, al tiempo que observaba una hilera de seis árboles sobre un montículo lejano, todos ellos inclinados hacia el mismo lado—. Admito que me hace sentir incómodo. Aún no la comprendo del todo.

SIETE

I

De haberse encontrado en la cima de Crow Scar a las once de la mañana de aquel jueves, un escalador de altos páramos con espíritu aventurero hubiera divisado al sur algo semejante a dos lustrosos escarabajos negros —seguidos de afididos verdes y rojos— que descendían lentamente por Gratly Hill y luego, al llegar a la aldea de Helmthorpe, giraban a la derecha.

Los transeúntes de High Street, tanto los lugareños como los turistas, se detuvieron al ver a aquel cortejo fúnebre transitando a paso de hombre. Algunos apartaron la mirada, otros se quitaron las gorras y uno o dos, evidentemente llegados de tierras lejanas, se santiguaron.

Harold Steadman era creyente porque para él la fe era algo inseparable de los hombres y los hechos que habían dado forma al lugar que amaba, y por lo tanto, el funeral iba a ser una ceremonia tradicional a pie de tumba, poco habitual en la actualidad, oficiada por un párroco de la cercana aldea de Lyndgarth.

El variopinto grupo se congregó en torno a la tumba el que fue el día más cálido del año hasta el momento. Visiblemente incómodo, el reverendo Sidney Caxton recitó las palabras de rigor:

—En medio de esta vida nuestra nos encontramos muertos. ¿A quién pedir socorro sino a ti, Señor?... Tú conoces los secretos de nuestros corazones... Señor, lleno de gracia, no hagas oídos sordos a nuestras plegarias... Danos la salvación, Señor...

A petición de la señora Steadman, el reverendo continuó con el Salmo XXIII.

—El Señor es mi pastor, nada me falta. En prados de hierba fresca me hace reposar, me conduce junto a fuentes tranquilas... Aunque pase por un valle tenebroso, ningún mal temeré, porque Tú estás conmigo. Tu vara y tu cayado me dan seguridad... Tu amor y tu

bondad me acompañan todos los días de mi vida; y habitaré en la casa del Señor por años sin término.

Fue una pastoral lúgubre, una despedida insólitamente apropiada para Harold Steadman.

Para Sally Lumb, que había acudido en representación del Instituto Eastvale acompañada de Hazel, Kathy, Anne *y* el señor Buxton, aquello era sin duda un asunto sombrío e incómodo. Por un lado, el sobrio traje azul marino que su madre le había obligado a llevar abrigaba demasiado, tenía la blusa completamente pegada a la espalda y las gotas de sudor que por allí se escurrían le producían cosquillas, como si le caminasen arañas por la piel.

El reverendo Caxton cogió un puñado de tierra y lo dejó caer sobre el ataúd:

—...pues en su gran bondad el Señor Todopoderoso se alegra de recibir en su seno el alma de nuestro hermano que acaba de partir; por ello encomendamos a la tierra su cuerpo...

Para matar el tiempo, Sally se puso a estudiar con disimulo a los demás. La más despampanante de todas las presentes era Penny Cartwright, de negro de pies a cabeza. Su rostro pálido contrastaba marcadamente con su atuendo. Se había maquillado lo estrictamente necesario para ocultar sus ojeras y para realzar sus trágicos y románticos pómulos, pero ello no engañaba a las observadoras más avezadas. La verdad era que estaba extraordinariamente bella, pero de una manera intensa, temible y sobrecogedora. Por otra parte, allí también se encontraba la desabrida de Emma Steadman con su traje gris marengo, conservador y sin gracia. Aunque sólo fuese para el funeral, hubiera debido de arreglarse un poco, pensó Sally, y mentalmente fue añadiéndole unos toques de colorete, delineador y un poco de barra de labios. Pero inmediatamente se avergonzó de tener unos pensamientos tan mundanos en un momento como aquél, al fin y al cabo la señora Steadman siempre había sido amable con ella.

—...polvo eres y en polvo te convertirás. Y a la espera de la resurrección y la vida eterna que te brindará nuestro Señor Jesucristo, quien convertirá tu cuerpo mortal en...

Entre ambas mujeres dolientes se encontraba Michael Ramsden,

que para Sally tenía el aspecto de uno de esos jóvenes tuberculosos, condenados, de las películas góticas en blanco y negro que su madre solía mirar en la Cuarta Cadena. Al otro lado de Penny se encontraba Jack Barker, con traje y brazalete negro. Tenía un porte realmente gallardo incluso peligroso, con ese bigotito a lo Errol Flynn y ese brillo en los ojos. Por unos momentos Sally se dejó llevar por una fantasía de capa y espada.

En el policía ni siquiera se detuvo. Era verdad que, a su enjuta y huesuda manera, Banks era bien parecido, y que tenía esa cicatriz misteriosa. Pero ella lo había conocido tal cual era y le había parecido soso, un blando. Había vivido en Londres rodeado de aventuras e incontables oportunidades para el heroísmo por los cuatro costados, y lo había dejado todo para retirarse a esa región olvidada de la mano de Dios. Sin duda el pobre había envejecido prematuramente. También estaba allí el doctor Barnes, gris e insignificante como siempre, y Teddy Hackett, exhibiendo un ostentoso medallón de oro que cada vez que cambiaba el peso de un pie a otro centelleaba al sol, destacando sobre su camisa negra.

—...para que pase a formar parte de nuestro Señor, de acuerdo con sus designios, pues Él acoge a todos los seres en su gloria.

Cuando Sally por fin volvió su atención de nuevo a la ceremonia, ésta ya había terminado. Parsimoniosamente, como si fueran reacios a abandonar al fallecido para siempre, los dolientes se fueron alejando. Penny y Emma sacaron sendos pañuelos y cada una se aferró al hombre que tenía más cerca. Quien estaba más cerca de Penny era Jack Barker, y Sally notó que hacían una pareja muy atractiva. Los demás se alejaron en grupos de dos y de tres. El policía se marchó solo.

Y así, en su tumba, Harold Steadman finalmente se convirtió en el valle que tanto amó en vida.

II

Tras haber pasado una hora en la comisaría de Helmthorpe comentando con el agente Weaver la falta de progresos de la investigación, Banks ahora se encontraba solo, sorbiendo una pinta

de clara en una mesa blanca, en la terraza trasera del Dog and Gun. Era la una de la tarde y las demás mesas estaban ocupadas. Los turistas hablaban de sus vacaciones, del clima, de sus empleos (o de la falta de ellos), mientras los niños pasaban zumbando, desatados, igual que las avispas que revoloteaban desde el vaso hasta los restos del pastel, y de allí a los pegajosos bollos que aún quedaban en los platos de papel.

A Banks no le molestaban los berreos ni las charlas, siempre había sido capaz de desconectarse a voluntad de los ruidos de fondo que le distraían. Allí estaba, en mangas de camisa, jugando con su pipa; la americana oscura del traje colgaba del respaldo de la silla. Esa pipa era un maldito incordio. Cuando no se apagaba se tapaba constantemente, y si no, el jugo de tabaco amargo bajaba por la caña y acababa en su lengua. Sin embargo la pipa le iba bien, era un detalle necesario para establecer el tipo de identidad e imagen que quería reforzar y proyectar.

Zumbando, una avispa aterrizó en su manga, y Banks la espantó con un movimiento de la mano. Al otro lado del río resplandeciente con sus orillas pobladas de vegetación, el equipo local de criquet jugaba en un campo de césped recién cortado. El lento ritmo del juego le recordó aquella danza renacentista, la *pavanne.* La armonía del blanco contra el verde, el límpido crujido del bate contra la bola de cuero y la ocasional andanada de aplausos se mezclaban de maravilla con el olor de la hierba, intensificando la sensación de paz. Rara era la vez que Banks acudía a partidos como aquél, y si lo hacía solía aburrirse después de un par de series de seis lanzamientos. Aun así recordaba a los famosos jugadores de sus años de escolar: Ted Dexter, «Fiery» Fred Trueman, Ken Barrington, Colin Cowdrey, e incluso los juegos que practicaba en clase con dados y papelillos, con los que organizaba su propio campeonato nacional y sus propios torneos internacionales. «Los clichés sobre el criquet son ciertos», reflexionaba Banks, «hay algo en el juego que es profundamente inglés. Además hace que uno se sienta tranquilo como si en el cielo reinara Dios y todo marchara bien en el Imperio.»

Pero un sobresalto le hizo comprender que la realidad no era ésa. Más allá del campo de criquet, la ladera del valle se elevaba

suavemente, surcada por cercos de piedra, para luego ascender vertiginosamente hasta formar en lo alto una larga curva de piedra caliza: Crow Scar, sobre la cual Banks creyó distinguir algunos cuervos revoloteando. Y a mitad de camino entre la cancha y el monte, hasta donde llegaba la imperfecta perspectiva del ojo humano, se encontraba el lugar donde habían hallado el cadáver de Steadman.

A Banks no le gustaban los entierros, y le resultaba una costumbre insensata acudir a los funerales de desconocidos. Nunca había atrapado a un asesino de ese modo: nadie confesaba su crimen junto a la tumba, ni tampoco aparecían desconocidos misteriosos asomándose por detrás de los tejos. Pero aun así acudía, y cuando rebuscaba entre los motivos para hacerlo descubría que se debía a ese extraño pero único vínculo que, tal como Banks lo sentía, le unía a la víctima; un vínculo más íntimo incluso que el que le hubiese unido a un conocido. En cierto sentido el policía se veía a sí mismo como el vengador que, de un modo extraño, trabaja junto con la víctima para volver a restablecer el equilibrio de la naturaleza. Él y la víctima eran socios de la luz enfrentados a las fuerzas de las tinieblas. En esta investigación, Steadman oficiaría de guía desde el mundo espiritual: un guía silencioso y quizá sin forma, pero presente de todos modos.

Banks volvió la atención al juego en el instante preciso en que el bateador golpeaba una bola, lenta y casi sin efecto, hacia la línea que delimitaba el fuera de campo. Pero el lanzador consiguió concentrarse en los dos lanzamientos siguientes y el partido se ralentizó, pues el bateador se vio obligado a utilizar tácticas defensivas. Con la ayuda de la cálida brisa, Banks se dejó llevar por las evocaciones de su primer año en Yorkshire.

El paisaje, huelga decirlo, le parecía hermoso. Era salvaje y austero, todo lo contrario que las colinas del sur de Inglaterra, pero sus proporciones le inspiraban asombro. Y también le gustaba la gente de Yorkshire. Todo lo que había oído acerca de la obcecada intransigencia del carácter, su brusquedad, su lentitud para relacionarse con los de fuera, eran verdad hasta cierto punto. Pero, como toda generalización, no reflejaba toda la realidad. Banks había

llegado a apreciar el humor estoico, los chispazos de ingenio, el sentido común instintivo y la amabilidad que había debajo de esa superficie áspera.

Además, a Banks le gustaba la sensación de ser forastero; forastero y nada más, no el desconocido que era entre las anónimas e internacionales multitudes de Londres. Además, sabía que siempre lo sería, independientemente de lo mucho que hundiera allí sus raíces.

Mientras, exasperado, daba golpecitos a su pipa, intentó volver a concentrarse en el caso. Tenía los mismos elementos sórdidos que cualquier otro asesinato, pero visto en aquel entorno idílico resultaba casi una blasfemia. La forma de vida de aquel pequeño valle —sus habitantes, sus prioridades, sus creencias y preocupaciones— lo diferenciaban de Londres, e incluso de Eastvale. Gristhorpe le había dicho que ser forastero jugaría a su favor y le daría una perspectiva más clara, pero Banks no estaba tan seguro. De hecho, tenía la sensación de estar totalmente estancado.

Banks se volvió y captó el movimiento de una sombra larga junto a una mesa blanca. Era Michael Ramsden escurriéndose hacia el interior del pub.

—¡Señor Ramsden! —lo llamó, al tiempo que se ponía en pie para seguirlo—. Querría hablar un poco con usted, si no tiene mucha prisa.

Ramsden se volvió:

—Inspector jefe... no lo había visto.

Banks supuso que era una mentira, pero no significaba nada. Como policía, estaba acostumbrado a que quisieran evitarlo. Ramsden se sentó en el borde mismo de la silla, indicando por medio de su lenguaje no verbal que no tenía intención de quedarse allí más de un par de minutos.

—Creí que después del funeral iría a la comida —dijo Banks.

—Iba a hacerlo, pero ya sabe cómo son esas cosas: todo humor falso y cordialidad para ocultar la realidad de lo que acaba de ocurrir. Además, alguno siempre bebe de más y hace tonterías. Así que me fui.

Ramsden se encogió de hombros.

—Había algo que quería preguntarme...

—Efectivamente. ¿Está usted seguro de que no salió el sábado por la noche?

—Por supuesto, ya se lo he dicho.

—Lo sé, pero necesitaba confirmarlo. ¿Ni siquiera salió media hora...?

—Usted ha visto donde vivo. ¿Adonde iba a ir?

Banks sonrió.

—¿No salió a caminar o a correr? He oído que los escritores a veces se bloquean.

Ramsden rió:

—Eso es muy cierto. Pero yo no, o por lo menos no ese sábado, estuve en casa toda la noche. Harry tenía un juego de llaves, así que hubiera entrado y me hubiera esperado.

—¿Ya lo había hecho alguna vez?

—Sí, una vez, cuando tuve que quedarme hasta tarde en la oficina.

—¿Y no hubiera podido, por ejemplo, ir a visitar a otro amigo en la zona y regresar después para quedarse con usted?

—No creo que Harry conociera a nadie más en la zona de York. Al menos no tanto como para visitarle sin avisar. Disculpe, ¿pero podría decirme por qué quiere saber todo esto?

—Porque necesitamos saber dónde estuvo el señor Steadman entre las veintidós y quince y la hora de su muerte. Y hay algo más —se apresuró a decir Banks, captando la impaciencia de Ramsden—. Querría hablar con usted sobre el pasado, sobre su relación con Penny Cartwright.

Ramsden suspiró y se puso cómodo. Un camarero de chaqueta blanca pasó por su lado.

—¿Quiere beber algo? —dijo Banks.

—¿Por qué no?, veo que me va a retener durante un rato. Mire, ha pasado mucho tiempo desde entonces, no sé cómo espera que lo recuerde. Además, no veo qué tiene que ver todo esto con la muerte de Harry.

Banks pidió dos pintas de cerveza rubia.

—Tenga paciencia conmigo, es lo único que le pido. Hace diez años usted estaba en una etapa importante de su vida —prosiguió—. Era

verano, tenía dieciocho años, iba a marcharse a la universidad y era el novio de la chica más guapa de Swainsdale. Y como de costumbre, Harold y Emma Steadman se instalaron en la casa de huéspedes de sus padres. Fue un verano memorable en todos los aspectos: largas caminatas, expediciones a los lugares de interés de la zona. ¿Cómo podría olvidársele?

Ramsden sonrió.

—Por supuesto que lo recuerdo —dijo finalmente con nostalgia—. Además, visto de ese modo... No había caído en la cuenta de que fue hace tanto tiempo

—El tiempo pasa a toda prisa, o eso parece —Banks asintió—. Especialmente cuando uno pierde la sensación de continuidad y, de repente, vuelve la mirada hacia atrás. En cualquier caso, el verano acabó y las cosas cambiaron. ¿Qué fue lo que ocurrió entre usted y Penny?

Ramsden dio un sorbo a su Lager y espantó una avispa molesta.

—Ya se lo dije antes. Nos fuimos alejando, como la mayor parte de las parejas adolescentes.

—¿Alguna vez lo lamentó?

—¿Perdone?

—Me refiero al modo en que sucedieron las cosas. Quizá hoy estaría felizmente casado con Penny, y nada de esto sería como es.

—¿Nada de qué? No veo qué tiene que ver una cosa con la otra.

—Todo: las aventuras de Penny en el mundo de la música, o que usted se haya quedado soltero...

Ramsden soltó una carcajada.

—Inspector jefe, usted lo hace sonar como si fuera una enfermedad. Soy soltero, pero eso no significa que lleve una vida monástica. Tengo amantes, una vida social. Me lo paso bien. En cuanto a Penny... pues ella tiene su vida. ¿Quién dice que las cosas no han salido como ella quería?

Con gran esfuerzo, Banks intentaba encender su pipa. A dos mesas de distancia, un bebé en una silla alta rompió a llorar. Tenía las mejillas manchadas de jalea de fresa.

—Quizá si Steadman no hubiera llegado y se la hubiese llevado...

—¿Insinúa que Harry y Penny estaban liados?

—Él era mayor y más maduro, tiene que admitir que es factible. Y está claro que ella pasaba mucho tiempo con él. ¿No fue por eso por lo que se separaron? ¿No discutían a causa de Steadman?

Ramsden volvió a sentarse en el borde de la silla:

—No, nunca lo hicimos —dijo enfadado—. Oiga, no sé quién le ha estado contando todo eso, pero no son más que patrañas.

—¿Rompió usted porque Penny no le daba lo que usted quería? Quizá no lo complacía a usted porque se lo estaba dando todo a Steadman...

Esta vez Ramsden estuvo a punto de levantarse y golpear a Banks, pero respiró hondo, se rascó detrás de la oreja y sonrió:

—Usted puede llegar a ser un tipo muy molesto, ¿lo sabía? —dijo —. Supongo que la gente confiesa sólo para que usted la deje en paz.

—A veces —dijo Banks—. Continúe.

—Quizá haya algo de cierto en la primera parte de lo que dijo. Como usted sabrá, los hombres tenemos una paciencia limitada. Sin duda yo estaba dispuesto y Penny era una muchacha hermosa. Era natural que sucediera, ¿no? Los dos éramos un poco inocentes y temerosos del sexo, pero que ella se negara constantemente no ayudó.

—Ya lo creo —rió Banks, con conocimiento de causa—. Admito que yo me hubiera subido por las paredes, ¿pero por qué cree que ella se negaba y se negaba? ¿Sería por Steadman o porque tenía otro novio?

Ramsden reflexionó con el ceño fruncido antes de contestar:

—No, no había otro novio. De eso estoy seguro. Creo que sólo fue por el tema moral. A Penny la educaron para ser una buena chica, y las buenas chicas no se dejan. En cuanto a Harry, no creo que hiciese lo que usted sugiere. Estoy seguro de que me hubiera enterado. Supongo que de vez en cuando me fastidiaba un poco que fueran tan amigos. Pero no porque creyera que hubiese algo entre ellos, sino porque pasaban mucho tiempo juntos, tiempo que ella hubiera podido pasar conmigo. Harry era mucho más seguro de sí mismo que yo. Yo era tímido y torpe. Así que lo admito, quizá sentía un poco de envidia; pero nunca la clase de celos que se figura.

—¿Ah no? ¿Y qué clase de celos me figuro yo?

—Ya sabe, de la clase que carcomen y acaban en asesinato —dijo, poniendo la voz grave para añadirle un tono dramático.

Banks rió. Ramsden casi había acabado su cerveza y mostraba prisa por marcharse. Pero el inspector quería sondear un par de cosas más.

—¿Qué me dice del padre de ella, del comandante? ¿Cree que él tuvo algo que ver en que usted y Penny se distanciasen?

—No, no lo creo. Hasta dónde yo sé, me había dado su visto bueno. Está un poco majara, pero nunca se interpuso entre nosotros.

—¿Alguna vez volvieron a estar juntos usted y Penny? ¿Coincidieron en Londres los dos, no es cierto?

—Supongo que sí, pero nunca volví a verla. Una vez que se acabó, eso fue todo.

—¿Qué hacía usted cuando ella se largaba con Steadman?

—Su relación no tenía las connotaciones que usted le añade, inspector jefe. A veces salíamos todos juntos, otras, simplemente, yo prefería quedarme. Yo leía mucho. Acababa de descubrir los placeres de la literatura. Mi profesor de lengua de sexto año era un hombre brillante e inspirador, en un año consiguió deshacer todo el daño que habían causado los otros profesores. Por primera vez empezaba a disfrutar de Shapeare, Eliot, Lawrence, Keats y los demás, con una alegría que hasta entonces me era desconocida. Lo que estoy diciendo es que yo era un joven muy romántico e introspectivo, y estaba encantado de sentarme junto a un «arroyo susurrante» y leer a Wordsworth.

—Al menos cuando no estaba intentando llevarse a Penny al huerto —dijo Banks, que en una ocasión había intentado leer a ese autor y le había parecido un aburrimiento insufrible.

Ramsden se sonrojó.

—De acuerdo, lo admito... era un adolescente normal; no lo niego. —Miró su reloj—. Oiga, no quiero parecer maleducado, pero tengo que regresar a la oficina. Pero antes de irme, haga el favor de contarme por qué está tan interesado en los acontecimientos del pasado.

—No estoy muy seguro —dijo Banks mientras levantaba su vaso—. Sólo hago caso de mis instintos.

—¿Y qué es lo que le dicen?

—Que la muerte de Harold Steadman no fue algo que sucedió de improviso; fue premeditada, y probablemente tiene su origen en un hecho del pasado. Verá, hace diez años, todos ustedes estaban unidos: usted, Penny Cartwright, el comandante, los Steadman. Y ahora se han vuelto a reunir más o menos en el mismo sitio. Pero dieciocho meses después de que Steadman se establezca en Gratly, alguien lo asesina. ¿No le resulta extraño?

Ramsden se apartó el rizo de la frente, que esta vez sí le había caído encima de los ojos, apuró su cerveza y se puso de pie.

—Visto de esa forma, supongo que sí —dijo—. Pero creo que su instinto se equivoca. Las cosas no son como eran entonces. Para empezar, y por si no lo sabía, por aquí hay gente nueva. Si usted cree que la muerte de Harry está relacionada con Penny, le sugiero que siga su instinto hasta Jack Barker. Según he oído, está pasando mucho tiempo con ella últimamente. Le deseo un buen día, inspector jefe. Y gracias por la cerveza.

Banks observó a Ramsden abrirse camino entre las mesas blancas. Luego centró su atención nuevamente en el partido de criquet, en el preciso momento en que eliminaban dramáticamente a un bateador. El pequeño travesaño voló por los aires, y el lanzador levantó los brazos y gritó «¡Toma!».

Banks reflexionó sobre su charla con Ramsden y se preguntó si habría algo de cierto en aquel comentario sobre Barker. «De vez en cuando los hombres mueren y los gusanos se los comen, pero no es por amor.» Eso había dicho Tracy, la hija del inspector, en su papel de la bella Rosalind en *Como Gustéis,* la obra del Instituto Eastvale de ese trimestre. Pero la afirmación no era cierta. Muchos habían matado y muerto por amor. Y Penny Cartwright, ciertamente, era la clase de mujer que podía inspirar unos sentimientos tan intensos.

De repente, el aire tembló y por encima pasaron rugiendo dos F-iii de la cercana base estadounidense. Su trayectoria fue tan rasante que Banks casi les vio la cara a los pilotos. Aquello era algo bastante habitual en los *dales,* los valles del norte de Inglaterra, donde los

bombarderos de reacción solían surcabar el paisaje a todo gas, rompiendo la barrera del sonido al tiempo que hacían añicos aquella idílica tranquilidad. En la ladera que se extendía al pie de Crow Scar, las ovejas asustadas se apiñaron y corrieron hacia el cercado de piedra más cercano para ponerse a cubierto. Las personas de las mesas se taparon los oídos e hicieron muecas.

Los aviones rompieron el hechizo en que se encontraba sumido el policía. De repente tenía papeleo que terminar por la tarde. Cogió la americana, acabó la cerveza con la otra mano y dejó que los jugadores de criquet terminasen su partido.

III

Aquella noche la cena en casa de Banks estuvo animada. Hacía mucho tiempo que la familia al completo no se juntaba para disfrutar de uno de los exquisitos platos de Sandra: pollo al estragón con salsa de vino blanco. Ella tenía una capacidad maravillosa para conseguir que los cortes de carne más económicos supieran a una creación de gourmet. Banks creía que era la típica habilidad que desarrollaba alguien con buen gusto que había nacido en un hogar de clase obrera. «Lo único que hay que tener en cuenta», dijo Sandra animada por los cumplidos, «es la forma de cocción y cuidado al elegir la salsa.»

La conversación la monopolizaron los niños, quienes relataron los pormenores de su excursión a York.

—La visita al Minster fue increíble —dijo Tracy, entusiasmada. La hija de Banks era muy lista, tenía catorce años y sentía pasión por la historia—. ¿Sabías que el Minster tiene más vitrales que ninguna otra catedral de Europa, papá?

Banks expresó interés y sorpresa. Hasta ahora, la arquitectura no estaba en su lista de aficiones, pero cada vez le producía más curiosidad. En esos días estaba leyendo con la intención de informarse sobre la geología de los *dales.*

—Y las Cinco Hermanas son sensacionales —continuó Tracy.

—¿Cinco hermanas en una catedral? —dijo Banks.

—Ay, papá, no entiendes nada —rió Tracy—. Las Cinco Hermanas

son las cinco ventanas ojivales del crucero norte. Están hechas de cristal *grisaille,* creo que del siglo XIII. Y la Ventana de la Rosa...

—...fue aburrido —interrumpió Brian, que desde el comienzo de la conversación se había sentido desplazado—. Un montón de estatuas viejas de reyes muertos y cosas de ésas. Puras chorradas. Un tostón.

—Eres un filisteo —contraatacó Tracy, pronunciando la palabra con tanta dificultad como autoridad. Apuesto a que ni siquiera has visto ese monumento al Arzobispo Scrope.

—¿Scrope? ¿Quién es ese? —preguntó Banks.

A pesar de estar del lado de Brian, Banks no quería menguar el entusiasmo de Tracy. Su hija estaba en esa edad en que la mayor emoción era educar a sus padres, a quienes consideraba terriblemente ignorantes del pasado que les rodeaba. «Muy pronto», rumió tristemente Banks, «ella lo olvidará todo y, al menos durante un par de años, Tracy pasará a hablar únicamente de ropa, música pop, maquillaje, peinados y chicos.»

—Era un rebelde —le informó su hija—. Enrique IV lo hizo ejecutar en 1405.

—Deja de hacerte la interesante con todos esos datos, empollona —estalló Brian—. Te crees una sabelotodo...

Y, sin esperar la respuesta, se lanzó a contarle a su padre su versión de la excursión.

—...Bajamos por el río en barco, y a Tracy le dieron mareos —dijo, mirando a su hermana con desdén—. Después pasamos por una gran fábrica de chocolate. Algunos de los chicos y yo quisimos hacer la visita guiada pero la maestra no nos dio permiso. Ella sólo quería que viéramos las chorradas históricas y todas esas calles viejas y estrechas...

—Se llaman The Shambles —interrumpió Tracy—. Y Stonegate, y Petergáte. De todos modos, con tanto chocolate te hubieras puesto malo.

—Tú no comiste chocolate y también te pusiste mala, ¿no? —¡Basta ya, Brian! —intervino Sandra—. ¡Dejadlo ya! ¡Os hablo a los dos!

Brian se enfurruñaba y Tracy le devolvía una cara de pocos amigos, y así continuaron hasta que ambos se marcharon a la planta de arriba a mirar la televisión. Sandra se puso a recoger la mesa y

Banks fregó los platos. Los niños siguieron discutiendo y fueron castigados y enviados a la cama. Banks sugirió una copita antes de acostarse.

—Tengo un nuevo empleo —dijo Sandra, mientras servía el *scotch* —. No es exactamente nuevo, pero es distinto.

Banks preguntó de qué se trataba. Sandra trabajaba de recepcionista en Eastvale tres mañanas a la semana en la consulta de un dentista.

—El doctor Maxwell se va de vacaciones y cierra durante tres semanas, y Peggy Matthews, la recepcionista del doctor Smedley, se va en las mismas fechas.

—No se irán juntos...

Sandra rió.

—No, no pegan ni con cola. Maxwell se marcha a las islas griegas, y Peggy a Weymouth. El caso es que el doctor Smedley le preguntó a mi jefe si podía contratarme para reemplazar a Peggy. Maxwell me preguntó si me apetecía y le dije que sí. Está bien, ¿no? No tenemos otros planes, ¿verdad?

—No. Si tú quieres, me parece estupendo. Yo no puedo planear nada hasta que se resuelva este asunto de Steadman.

—Muy bien, entonces. Dicen que a la hora de colocar fundas y coronas Smedley es un verdadero perfeccionista, especialmente cuando hay que combinar los colores y todo lo demás. Se comenta que es uno de los mejores dentistas de Yorkshire.

—Quién sabe, quizá hasta llegues a conocer a la alta burguesía local...

Sandra rió.

—Pues Peggy dice que la señora Steadman se visita allí, y que se está haciendo un tratamiento corrector. Esa mujer se ha convertido en una celebridad por aquí.

—Es increíble, ¿no te parece? —dijo él—. El marido muere asesinado y la gente empieza a mirarla a ella como si perteneciera a la maldita nobleza.

—Pero es perfectamente comprensible, todos tenemos la misma curiosidad morbosa.

—Yo no —dijo Banks—. Oye, hace mucho tiempo que no salimos, y

mañana va a actuar una buena cantante de folk en Helmthorpe. ¿Te apetece ir?

—Así que me cambias de tema, ¿eh? ¿No es Helmthorpe el pueblo donde viven los Steadman?

—Sí.

—Alan, ¿no querrás ir por asuntos de trabajo? No tendrá nada que ver con el caso, ¿verdad?

—No, te lo juro. Sólo vamos a escuchar buena música folk como otras veces. Diles a Harriet y a David que se apunten.

—Si es que pueden. No les estamos dando mucho tiempo para conseguir una canguro. ¿Qué me dices de Jenny Fuller, le apetecería venir?

—Está en Francia —dijo Banks—. ¿Recuerdas que iba a hacer un tour de catas de vino? Se marchó apenas acabó el trimestre.

—Qué suerte tienen algunas... De acuerdo, entonces telefonearé a Harriet. Pero prométeme que no vas por temas de trabajo. No me apetece nada quedarme ahí sola como un florero mientras tu acribillas a preguntas a un sospechoso.

—«Palabra de Boy Scout». Y no sé si me gusta lo que insinúas, yo no acribillo a preguntas a nadie.

Sandra sonrió. Banks se le acercó y la rodeó con el brazo:

—Sabes que...

—Chsss... chsss... —dijo ella, y le cerró los labios con el dedo—. Vamos a la cama.

Él la atrajo gentilmente contra su cuerpo.

—¿Por qué? ¿Qué tiene de malo el sofá?

IV

A Sally Lumb le estaba resultando difícil dormir. Había dejado de leer *Cumbres borrascosas* porque se le cansaban los ojos, pero el sueño tardaba en llegar.

Primero se puso a pensar en Kevin. Iba a tener que ceder, y pronto, o él se buscaría una chica más experimentada. A él se le estaba agotando la paciencia, y ella ya no podía seguir dándole largas. No era porque no quisiera hacerlo. La última vez que

estuvieron juntos, el día que vieron a Penny Cartwright, ella había dejado que él se le apoyara. Había sentido el calor y la dureza de él en las puertas mismas de su sexo, y eso la había hecho estremecerse y mojarse toda. Igual que en los libros. Había sido una crueldad tener que decirle que no y ella lo sabía, pero no tenían con qué protegerse. No quería quedar embarazada. Pero había otras formas de resolverlo. Ya lo harían la próxima vez...

Sally se dio la vuelta y rezó para que le entrara el sueño, pero empezó a reflexionar sobre las implicaciones de lo que había recordado aquella la tarde. No se trataba del coche del sábado por la noche —eso era lo de menos—, sino algo de lo que ella no se había percatado en su momento y que ahora sugería posibilidades más trascendentales y siniestras. Era la primera pista verdadera que había hallado y tenía que decidir qué hacer al respecto. No iría a la policía, de eso ni hablar. ¡Si se equivocaba quedaría como una verdadera estúpida! Además, ya se había decidido a resolver el asunto por su propia cuenta. Quizás hasta se convirtiera en una heroína.

De todos modos la policía era tonta; ella podía adelantárseles sin ningún esfuerzo. Ese tipo de Londres la había tratado como a una niña tonta. ¿Y que había hecho él para sentirse tan magnífico? ¿Abandonar la excitante vida de la metrópolis por el aburrimiento de Swainsdale? ¿Eso había hecho? Por el amor de Dios, ¡si hasta hubiese podido trabajar en Scotland Yard!

Y de ese modo, mientras su mente daba vueltas y más vueltas a la espera del sueño, a Sally le quedó claro cuál era el primer paso que debía dar. Si estaba en lo cierto, entoncesalguien corría peligro, y había que advertirlo. Ella arreglaría una reunión secreta y quizá después, si sus sospechas se confirmaban, ya se encargaría de tenderle una trampa. Aquel pensamiento la intranquilizó, pues sabía que se pondría en una posición vulnerable. Pero siempre podía liar a Kevin para que la ayudara, era un muchacho fuerte y grandullón, y haría cualquier cosa que ella le pidiera.

Cuando Sally finalmente se deslizó hacia el mundo de ensueño que habitualmente la desconcertaba e irritaba, pudo ver las luces de Londres extenderse ante sus ojos como un collar de diamantes.

«¿Por qué conformarme con eso *y* nada más?» El sueño prosiguió, y las situaciones creadas partiendo de fotografías de revistas y programas de televisión que había visto, se sucedieron: modelos de *Vogue se* pavoneaban por los Campos Elíseos, actrices famosas descendían de limusinas bajo los neones de Sunset Strip, y todas las personalidades conocidas de la televisión de las que Sally había oído hablar compartían cócteles en una fiesta en Manhattan... Pero de repente todo se esfumó, y lo que por la mañana recordó era la imagen absurda de encontrarse en Leeds, donde había estado varias veces en salidas de compras con su madre. Pero en el sueño Leeds parecía una ciudad extrajera. Había policías uniformados por todas partes y Sally tenía que empujar su bicicleta porque no tenía carné, al menos no uno que fuera válido en esa ciudad. Y recordó vagamente que estaba allí porque buscaba un pájaro blanco que se había escapado volando de su jardín, un terreno vasto y oscuro como un campo labrado después de la lluvia. Ella no sabía si el pájaro había sido su mascota, un animal a su cargo o simplemente una criatura salvaje a la que le había tomado cariño, pero era importante, y allí estaba ella, en una ciudad extranjera y a la vez conocida, empujando su bicicleta, rodeada de policías, buscando aquel pájaro...

V

Banks introdujo en el estéreo la versión coral de «Las intimaciones de la inmortalidad», de Finzi, tomó la salida de la A1 en la rotonda de Wetherby y, a continuación, la A58 hacia Leeds. Eran las once y media de la mañana del viernes, sólo habían pasado cinco días desde el hallazgo del cadáver de Steadman. Hatchley, que no se encontraba muy bien desde que visitaron Darlington el jueves por la mañana, había comprobado la coartada de Hackett rigurosamente y había descubierto que era cierta. Barnes también había quedado fuera de la lista de sospechosos; aunque no estaba casado y no había quien confirmara que regresó a casa directamente después de visitar a la señora Gaskell, sus finanzas estaban en orden y durante sus veinte años ejerciendo de doctor en Helmthorpe nunca había

habido sobre él ni la menor duda en relación con negligencias profesionales o fechorías.

Aquella misma mañana temprano, en su oficina, Banks había completado la mole de papeleo que había acometido el día anterior: transcripciones de declaraciones, mapas y horarios de los movimientos de los sospechosos, listas de preguntas no hechas o no contestadas; luego había repasado todas las pruebas forenses sin encontrar nada nuevo. Weaver y sus agentes de refuerzo continuaban haciendo preguntas por el pueblo, el camping y las granjas de las afueras, pero la probabilidad de que de esas personas pudieran suministrar pruebas nuevas después de tanto tiempo disminuían rápidamente.

Repitiendo el verso inicial, el coro susurrante hizo su entrada, superponiéndose a la voz del barítono: «Hubo un tiempo en que el prado, el soto y el arrollo...», y por unos segundos Banks olvidó lo desagradable que era su trabajo. La música de Finzi incluso hacía soportable el poema de Wordsworth.

Banks se tomó con calma el trayecto que —una vez que hubo dejado atrás la Gran Autopista del Norte y su interminable tráfico de camiones— resultó ser bastante agradable. Era el camino más rápido, el mismo que había tomado en su último viaje a Leeds para entrevistar a un prestamista al que investigaba debido a una serie de robos. Aquel día de finales de octubre había sido gris y lluvioso, pero ahora era verano y en su trayecto atravesó aquellos paisajes verdes y pacíficos que uno encuentra tan a menudo a las afueras de las ciudades inglesas.

Finzi siguió tocando y Banks dio una chupadas a su pipa, pero después de la segunda vez que se apagó no se molestó en encenderla. Pronto se dio cuenta que había llegado a la zona de Seacroft. Allí tuvo que concentrarse, los edificios de apartamentos eran todos similares y había pocos puntos de referencia con los que guiarse. Finalmente salió por la boca de un túnel al centro de la ciudad y aparcó cerca del ayuntamiento. Desde allí pudo divisar la alta y blanca torre del edificio de la biblioteca, sobre la que Gristhorpe le había hablado aquella mañana en su resumen de la historia y la arquitectura de la ciudad.

Banks no tenía un plan para acercarse a los profesores, iba a tener que tocar de oído. Había llamado previamente y convino que comería con Darnley y Talbot en un pub próximo a la universidad. Aunque oficialmente el trimestre hubiera acabado, los profesores seguían acudiendo a sus despachos a diario para continuar sus investigaciones o, simplemente, para no estorbar a sus esposas. Banks había hablado con Darnley y éste parecía estar bastante entusiasmado con la perspectiva de tener que hablar con un policía. Pero lo dijo en un tono bastante indiferente, como si hubiesen estado conversando sobre los hábitos reproductivos del lémur.

A Banks todavía le quedaba una hora libre antes de acudir a la cita, así que hizo caso del consejo de Gristhorpe y fue a echar un vistazo al ayuntamiento. Era un edificio victoriano impresionante, con sus columnas estriadas y su inmensa cúpula, su reloj, y junto al amplio tramo de escalones de piedra, un par de leones a ambos lados de la entrada. La piedra del edificio, arenisca por su aspecto, estaba clara y limpia. Gristhorpe le había comentado que el edificio había sido limpiado con chorro de arena unos años antes, ya que casi ninguna construcción de ese tipo podía soportar cien o más años de industrialización sin cubrirse de hollín.

Banks admiró el tamaño del edificio y la marcada línea clásica de su diseño. Sintió que sólo con mirarlo podía tocar el orgullo cívico puesto en su construcción. La reina Victoria en persona había acudido a la gran inauguración. «La reina Victoria debió de pasar mucho tiempo inaugurando edificios», reflexionó Banks.

Se aventuró al interior, más allá de las estatuas de Victoria y Alberto que presidían la entrada, hasta el vestíbulo principal que, al parecer, había sido restaurado recientemente. Enormes pilares de una especie de mármol veteado de rosa, verde y azul flanqueaban las paredes; el techo estaba dividido en paneles cuadrados de colores vibrantes, rematados por marcos dorados. Los lemas y proverbios, a los que tan aficionados eran los Victorianos, adornaban las alturas: se esfuerzan en vano quienes ignoran que quien erige su casa es el señor; el vigilante vela por la ciudad, pero es el señor quien la protege; la verdad se teje con el hilo de la confianza; labor

omnia vincit. Detrás del foso de la orquesta se alzaba un majestuoso órgano de tubos.

Banks miró el reloj y salió con paso lento, sus pasos resonaban en aquel silencio. Sí, era impresionante, incluso empezaba a ver por qué Steadman encontraba tan fascinante la historia del norte de Inglaterra.

Pero también recordó el exabrupto de Hackett acerca de la mirada falsa y romántica que muchos tenían del pasado. Los acaudalados funcionarios y comerciantes de la ciudad se habían tomado el trabajo de que la ruta de la reina Victoria no pasara por las zonas más deprimidas de la ciudad, donde hilera tras hilera de modestas casas adosadas con paredes húmedas y techos con goteras, albergaban a las masas, cuyos nombres nadie recuerda. Fue por su trabajo y en su nombre, en nombre del orgullo cívico, que se construyeron edificios gloriosos como el del ayuntamiento. Sin embargo, ellos estaban condenados a vivir en la miseria, y después se les acusaba de convertirse en animales. Incluso hubo un hombre —un farmacéutico, según Gristhorpe— que al ver que se acercaba la comitiva real perfumó el aire delante de su tienda. «Todo depende de qué lado se encuentre uno», se dijo Banks, «todo depende del punto de vista.»

Consultó su mapa de bolsillo y pasó entre el edificio del ayuntamiento y la biblioteca, luego siguió por Caverley Street y pasó el Civic Hall, un edificio blanco con dos torres en punta y coloridos jardines. Dejó atrás el Hospital General y la Escuela Politécnica de Leeds y llegó a los límites externos del campus de la universidad. Finalmente, llegó a un cuadrángulo rodeado de modernos edificios al estilo de bloques de oficinas. Aquello distaba mucho de los soñadores campanarios de Oxford y Cambridge, pero Leeds era considerada una universidad tradicional, aunque sus edificios no fueran de ladrillo rojo.

Con la ayuda de una huesuda secretaria con gafas, Banks encontró a Darnley en el departamento de Historia. Tras un apretón de manos firme pero breve, Darnley se dispuso rápidamente a disfrutar de una comida de pub.

—Talbot acudirá directamente allí —explicó—. Ahora mismo está

reunido con uno de sus estudiantes de doctorado.

El profesor condujo a Banks a través de un camino de tierra que había detrás del edificio y por una estrecha calle empedrada. El pub era en realidad parte de un hotel cuya parte trasero daba a la calle, a una pequeña entrada para coches. Era un día cálido y soleado, y los hombres se sentaron en una de las mesas de afuera.

Darnley era un tipo alto de unos cuarenta años, en buena forma y de porte agradable. Tenía un deje de acento norteño y no respondía en absoluto al estereotipo del profesor distraído que Banks esperaba. Darnley llevaba su cabello marrón corto *y* bien peinado, y la americana era de buena calidad aunque le viniera media talla grande. «Seguramente, cuando se la compró le quedaba perfecta», pensó Banks, pero, como muchos hombres de su edad, temerosos de los ataques de corazón y otras plagas de la vida sedentaria, había comenzado a hacer ejercicio.

Entrecerrando los ojos por el fuerte sol, los dos hombres dieron unos sorbos a sus Guinness de presión. Banks dejó su pipa, el tabaco y el mechero sobre la mesa.

—Ajá, un fumador de pipa. Ya entiendo —apuntó Darnley—. Un detalle a lo Maigret, ¿verdad? Yo también pensé en empezar con la pipa, pero es demasiado lío. He desperdiciado años intentado dejar de fumar. Disminuí el número de pitillos, luego cambié a marcas más suaves, pero al final me di cuenta de que la única manera de dejarlo de una maldita vez era pasar el mono.

—Usted lo hace sonar fácil, pero no creo que lo fuera —dijo Banks mientras llenaba la pipa con tabaco desmenuzado y lo apisonaba cuidadosamente.

—No, no lo fue —rió Darnley—. Tuve un par de recaídas. Pero he estado jugando mucho al squash y al tenis, y corro unos tres kilómetros diarios. Se sorprendería de cómo actividades como éstas quitan las ganas de fumar. No se lo creerá, pero hace un año yo estaba excedido de peso, bebía mucho... ¡Uf!

—¿Fue por orden del doctor?

—Me lo soltó a bocajarro: «Sigue así, chaval, y te doy diez años, a lo sumo». No sabía qué iba a fallarme antes: el corazón, el hígado o los pulmones. El caso es que me aseguró que si me lo tomaba en

serio me iría de maravilla. Vale, no lo dijo con tantas palabras, pero me llegó el mensaje. —Observó a Banks encender la pipa—. Supongo que su oficio necesita atrezos, ¿verdad? Para aparentar esa sensación de seguridad que no tiene y todo eso...

Banks se rió, pero al reflexionar sobre ello vio que era cierto. Le gustaba la mirada de curiosidad e inteligencia que irradiaban los ojos del profesor.

—Espero que no sienta que conmigo necesita utilerías. Quiero decir, ¿no soy sospechoso, verdad? —Darnley sonreía, pero en sus labios apretados se dibujaba la tensión.

—Todavía no —respondió Banks devolviéndole la mirada.

—Tiene razón. ¿Quiere decir que si me empiezo a postular como tal, usted aceptará la oferta?

—Yo no me preocuparía por eso —dijo Banks.

Todavía estaba intentando figurarse el modo de lidiar con un tipo tan nervioso e inteligente como Darnley, cuyo rápido y juguetón exterior ocultaba una mente similar a una trampa de acero y una personalidad compleja e incluso artera.

Banks decidió jugar un poco más, pues tenía la certeza de que al llegar Talbot se modificaría el actual ambiente desenfadado.

—Podría empezar por contarme qué hizo el pasado sábado por la noche... —dijo Banks.

Darnley dirigió sus ojos chispeantes hacia Banks, pero esta vez su mirada era dura.

—¿Sabe una cosa, inspector jefe?, no tengo coartada parael fin de semana pasado. Ninguna en absoluto. Tenía mucho trabajo que hacer, así que durante todo el sábado por la noche permanecí en casa corrigiendo exámenes y leyendo un nuevo relato de la masacre de Peterloo. Desde luego, mi esposa estaba en casa. Pero no creo que ella cuente, ¿verdad?

—No lo sabré hasta hablar con ella, ¿no cree? —rió Banks.

—Usted es un hombre ladino, como dicen los escoceses. Estoy de acuerdo, no podría saberlo hasta conocerla.

—¿Por qué no acudió ayer al funeral?

—Habrá notado que no me invitaron, ni mí ni a ninguno de los

profesores. La verdad es que ni siquiera me había enterado. Sólo supe lo de Harry porque lo leí en el *Yorkshire Evening Post.*

—¿Habían perdido el contacto?

—Sí, algo así.

Tras algunas bromas más y otra pinta de cerveza negra, Darnley se relajó un poco. Intentando plantear la charla como una conversación entre profesionales, Banks preguntó al profesor sobre su trabajo.

—¿Supongo que usted también necesita utilería? No debe de ser fácil plantarse delante de cien o más estudiantes y hablar durante una hora seguida.

—Visto así parece una tarea horrible. Pero uno se acostumbra, como a todo —admitió Darnley—. Sin embargo, hay algo de cierto en lo que usted dice: hasta que uno arranca siempre siente un poco de miedo escénico. Ningún maestro que se precie se queda mudo delante de una clase, yo siempre puedo echar mano de mis notas. Además, siempre existe la posibilidad de soltar palabrería, y no crea que los estudiantes notarían la diferencia. A veces creo que hasta podría decirles que Adolf Hitler fue uno de los héroes de la política del siglo xx, y ellos tomarían nota sin dudarlo. En cuanto al atrezo, pues... uno tiende a hallar una posición con la que se siente cómodo. Es curioso, algunos caminan de un lado a otro, otros se inclinan sobre el atril y otros se sientan encima de un pupitre y se cruzan de brazos. Conocí a un tipo que mientras daba clase jugaba con las llaves que llevaba en el bolsillo; el problema es que las llevaba en el bolsillo delantero del pantalón y todos los estudiantes pensaban que se toqueteaba la pilila.

Los dos rieron.

—¿Y Harry Steadman? —preguntó Banks como de pasada.

Darnley entrecerró los ojos.

—Harry era muy bueno —contestó—. Es cierto que habíamos perdido el contacto, y que desde que se marchó casi no lo veía, pero en una época tuvimos una relación muy estrecha. Lamenté su muerte. Diría que más que amigos éramos colegas, si es que hay alguna diferencia. Era un tipo excepcionalmente brillante, pero supongo que eso ya lo sabe. ¿Quiere saber si era ambicioso? Pues lo era, pero sólo en su campo. Creía en lo que hacía: quería enseñar,

investigar y darle nuevos rumbos a su especialidad. Él creía que lo que hacía tenía verdadero valor para la sociedad. Hay mucho cinismo en el ambiente de la educación, especialmente porque al gobierno le importamos poco.

Banks asintió.

—Lo mismo pasa con el crimen. Nosotros libramos una batalla perdida, o al menos eso parece casi siempre, lo cual no le hace ningún bien al orgullo profesional de nadie. Pero al menos el gobierno les concede cierto valor: equipamiento moderno, les concede aumentos de sueldo, recluta más efectivos.

—Es cierto —admitió Banks—. Aunque esas medidas debieron ser adoptadas mucho antes.

Pero el policía no quería que se desviasen hacia una discusión,especialmente porque tenía una cuantas opiniones negativas sobre el modo en que el gobierno percibía a los cuerpos de seguridad: un ejército particular de bravucones bien pagados cuyo trabajo era a enfrentarse a ciudadanos con genuinos motivos para quejarse y con el derecho constitucional a hacerlo. Banks pensó que a Darnley iba a resultarle difícil soportar a un poli con inclinaciones humanistas, socialistas. Además, él era investigador —de la BIC, un pensador a sueldo—, no era él quien debía ir a controlar multitudes y a machacar los rebotes del proletariado.

—Siento envidia, simplemente —dijo Darnley—. A mí también me gustaría recibir una porción más grande del pastel. Créame, los académicos también tenemos nuestro orgullo. Harry era un buen profesor y siempre conseguía estimular el interés de sus estudiantes; en la actualidad es difícil, sobre todo cuando hay que competir con la televisión, los videojuegos y Dios sabe qué más. Hágame callar si sueno como una referencia demasiado buena para Harry, pero lo que digo es cierto. Lo que más le gustaba era la investigación, el verdadero trabajo de campo, por eso se marchó. Y cuando tuvo el dinero suficiente para hacer lo que le apetecía, lo que hizo fue exactamente eso. Algunos colegas lo hubieran dejado todo y se hubieran largado al sur de Francia a vivir una vida de ocio, pecado y lujo. Pero Harry no, era un tipo consagrado a su trabajo.

En ese momento se les unió un hombre bajo, regordete y calvo,

excepto por un par de mechones grises detrás de las orejas. Tenía un amplio entrecejo surcado por profundas arrugas, y una boca ínfima y apretada que le daba un aspecto hosco y mezquino. Su voz resultó ser sorprendentemente culta y suave; Banks se preguntó cómo conseguía hacerse oír en una sala repleta de estudiantes. Talbot demostró ser bastante taciturno, y después de que hubieran pedido sándwichesde rosbif y otra ronda de cerveza negra, simplemente se limitó a escuchar la conversación entre Darnley y Banks.

—Creo que ya tengo una idea bastante clara de la vida profesional del señor Steadman —dijo Banks—. Es algo en lo que todos están de acuerdo: era brillante, consagrado a su trabajo... obsesivo incluso.

Al oír eso, Talbot chasqueó la lengua, y cuando por fin habló su voz evocó los patios interiores de Cambridge, los profesores afeminados y las copas vespertinas de amontillado.

—Humm... seguramente una obsesión es, por definición, algo definible como intrínsecamente «insano», ¿no cree, inspector jefe? Ciertamente no me gustaría rizar el rizo semántico, pero hay que admitir que el término tiene connotaciones de desequilibrio mental. Harold Steadman no estaba desequilibrado en absoluto, y por tanto no estaba obsesionado.

Durante todo el tiempo que habló, Talbot mantuvo fruncido el entrecejo, como si el uso de aquel vocablo le molestara realmente.

—Disculpe, profesor Talbot —se excusó Banks—. No quise ser tan drástico. Comprendo que existe una diferencia entre la dedicación y la obsesión. Lo que me gustaría saber es si a Steadman le quedaba tiempo para otros intereses: la vida social, por ejemplo. ¿Se relacionaba socialmente con la gente? ¿Iba a fiestas? ¿Bebía?

Talbot volvió a su silencio taciturno, acaso para contemplar la definición exacta que daba el Diccionario Oxford de «obsesionado», como si excentricidades tales como «la vida social» sólo merecieran el interés de las clases más bajas.

—Sabes, Godfrey, puede que el inspector jefe no esté mal encaminado —comentó Darnley ignorando el desdén de su colega. A continuación le guiñó un ojo a Banks—: A Harry le gustaba tomarse unas copas de vez en cuando y también acudía a alguna que otra

fiesta de la facultad. Pero nunca se relajaba en situaciones sociales; especialmente cuando estaba fuera de su elemento, cuando no tenía con quien hablar de su especialidad. No le interesaban mucho los deportes, nunca miraba la televisión y le aseguro que no iba por ahí persiguiendo mujeres.

—¿Quiere decir que se sentía incómodo en presencia de gente ajena a la facultad?

—No, no, en absoluto. No fue eso lo que quise decir. Harry no era un esnob académico en absoluto. De hecho, una vez me invitó a Gratly. Fue al poco de trasladarse allí. Pasamos una velada muy agradable en un local de mala muerte con un escritor de novelas de suspense y otros amigos suyos. Harry hablaba con todo el mundo. Ésa era una de sus quejas con relación a la vida académica, ese rampante esnobismo intelectual. Lo que quise decir es que su vida era su trabajo, y su trabajo tenía que ver con la gente, así que él disfrutaba de esa clase de compañía. No sé si lo sabe, pero el campo de Harry depende mucho del elemento humano; no tiene nada de abstracto. Él se interesaba por la gente corriente, por su entorno y su forma de vida. Supongo que está enterado de que sus especialidades eran la arqueología industrial y la ocupación romana. Pero también le gustaba la música folk, las tradiciones locales y cosas por el estilo. Le fascinaba la historia de los sindicatos y de los primeros radicales de la clase obrera. Así que podría decirse que Harry se sentía perfectamente cómodo entre gente corriente, no tenía tiempo para las conversaciones vanas que a menudo surgen en las fiestas. Siempre intentaba llevar las conversaciones al terreno de sus intereses.

Talbot asintió a regañadientes para mostrar que estaba de acuerdo y encendió un cigarrillo.

—Deje que se lo explique de esta manera, inspector jefe Banks —dijo, en el mismo tono que emplea un profesor para hablar con su estudiante—. Si ahora mismo usted se sentara a hablar con Harold Steadman, él probablemente empezaría preguntándole por su trabajo y cómo se siente usted haciéndolo, sólo para romper el hielo. Averiguaría su origen y su entorno familiar. Entonces, dependiendo de lo interesante que eso le pareciera —si su padre había sido

sindicalista o trabajador agrícola en los valles— le haría más preguntas o quizá empezara a contarle la historia del lugar donde usted nació, la relación de esa región con el resto del país, lo que hicieron allí los romanos, y así sucesivamente. A la gente le agradaba su compañía. Y sabía darse cuenta cuando se estaba volviendo aburrido: entonces se callaba durante un rato y escuchaba respetuosamente. Por supuesto, si usted le resultaba aburrido, entonces no le sacaba ni una palabra —añadió Talbot tirando la ceniza con un rápido movimiento de muñeca—. ¿No es cierto, Darnley?

Darnley asintió con un gesto.

—¿Qué me dice de la señora Stedman? —preguntó Banks a Talbot, ahora que se había vuelto parlanchín—. ¿La veía mucho cuando ella y su marido vivían en Leeds?

Pero fue Darnley quien contestó:

—Al principio la veíamos bastante. Era un bomboncito, la verdad. Lógicamente, estaban en un lugar nuevo y querían conocer gente, hacerse una vida. Pero como tantas otras esposas de profesor, Emma no tardó en retirarse. Es muy común, créame. Mi esposa, por ejemplo, no iría ni loca a una reunión de académicos. Se aburren, ¿me comprende? Y con el tiempo deja de importarles su apariencia. Ya sabe, se abandonan.

Banks no supo si Darnley se refería a su propia esposa o a Emma Steadman.

La conversación viró una vez más hacia las generalidades, con Darnley llevando la voz cantante. Banks comprendió que ya no conseguiría averiguar nada de interés.

Al marcharse, Banks se llevó consigo la imagen de una parejajoven y recién casada —no muy distinta de la suya con Sandra en los viejos tiempos—, y un hombre que se embarcaba en lo que iba a ser una carrera académica sobresaliente. Pensó en las largas vacaciones de verano en Gratly, en casa de los Ramsden; en el joven y ambicioso Michael cortejando a Penny, la flor del valle. Pensó en toda esa paz y en esa inocencia en la que todos tenían asegurado un futuro brillante.

Para Steadman las cosas fueron cada vez mejor; Emma se retiró

del tedioso mundo académico y se sumió en el aburrimiento del mundo doméstico; Penny, tras su salvaje y excitante idilio con la fama, se convirtió en una mujer excluida, cínica y sin raíces; Michael Ramsden ascendió lenta pero constantemente en el mundo de la edición y regresó al norte. Todo sonaba muy idílico, pero uno de ellos había sido asesinado. ¿Qué se había torcido, y por qué?

Una hora más tarde Banks seguía tan alejado como antes de hallar una solución y, a pesar de las nubes, mejor de ánimos. Se internó en el paisaje de los valles tarareando viejos clásicos de la música folk inglesa versionadas por Britten.

VI

Las chicas bebían sus coca-colas y hablaban de chicos bajo la mirada desdeñosa del viejo griego, el dueño del local. La noche anterior, Hazel Kirk había tenido su primera cita con Terry Presion y estaba despertando el apetito de sus amigas al relatar cómo hizo para retirar de sus partes íntimas las manos viajeras del hijo del dueño de los ultramarinos. De vez en cuando, al describir las sensaciones indefinibles que tenía cuando fallaba en sus quites, la joven se sonrojaba.

Sin embargo, Sally Lumb, que solía mostrarse muy interesada —y condescendiente— durante esos relatos, parecía preocupada. Sus amigas lo notaron, pero Hazel no iba a permitir que le quitaran su momento de gloria simplemente porque la señorita estaba en la luna.

Anne Downs, quizá la más sensible a los ánimos de los demás, y la menos interesada en los varones y sus inexplicables deseos, esperó a que Kathy Chambers dejara de reír como una tonta y cambió de tema.

—Aún no lo han pillado, ¿sabes? —anunció Anne, acomodándose las gafas en el caballete de la nariz.

—¿A quién? —le preguntó Hazel abruptamente, molesta porque la habían distraído de pensamientos más importantes.

—Al asesino, ¿a quién si no? Al tipo que mató al señor Steadman.

—¿Y cómo sabes que es un hombre? —preguntó Hazel, repitiendo

lo que había oído en innumerables programas de televisión.

—Es lógico, ¿no crees? —le espetó Anne—. Para darle semejante mamporro y subirlo hasta ese campo en la ladera de Crow Scar, hubiera tenido que ser una mujer bastante fuerte.

—La señora Butterworth hubiera podido hacerlo —terció Kathy.

Todas rieron. La señora Butterworth era la mujer del carnicero, una hembra enorme y rubicunda mucho más alta que su dócil y encorvado marido.

—No digas tonterías —respondió Anne, permitiéndose una sonrisa —. ¿Por qué iba a hacerlo? Además, el esfuerzo seguramente le provocaría un ataque al corazón.

—Jimmy Collins me dijo que la policía ha hablado con Penny Cartwright y con el comandante —apuntó Kathy—. Dijo que el viejo lo despachó enseguida.

—¿Y cómo se ha enterado Jimmy Collins? —le preguntó Anne.

—Porque estaba en la tienda de abajo. «Si uno quiere, puede», eso dice siempre mi madre. Yo creo que Penny lo mató. Creo que ella y el señor Steadman estaban viviendo un romance apasionado, y cuando Penny le exigió que dejara a su esposa y se casara con ella, él se negó y Penny lo mató.

—No seas tan tonta —dijo Anne—. Si eso es cierto, Penny hubiera matado a la señora Steadman, no a él.

Tal reflexión hizo callar a Kathy, pero Hazel recogió el testigo.

—Aunque si no fuese por eso podía tener muchas otras razones —dijo—. Todo el mundo sabe que estuvo mucho tiempo fuera, que se drogó y que fue pro... pro...

—... ¿promiscua?

—Sí, Estilla. Es lo que iba a decir: promiscua. Quizá estaba embarazada de él, o quizá él sabía algo de ese pasado turbulento. Se conocían desde hace mucho tiempo, ¿sabes?

Las demás chicas se quedaron calladas, asimilando toda aquella información.

—Quizá tengas razón en eso último que has dicho —reconoció Anne—. Pero si estaba embarazada de él no iba a matar al padre, ¿no? Yo creo que fue Jack Barker.

—¿Y por qué? —preguntó Kathy.

—Quizá está investigando para su próximo libro —bromeó Hazel.

—O quizá está enamorado de Penny Cartwright y quiso quitar de en medio al señor Steadman a fin de tenerla para él solito —dijo Anne—. Y hay más: he oído que el otro día la policía se lo hizo pasar muy mal a Teddy Hackett.

—Estaba bastante pálido cuando lo vi, eso seguro —añadió Hazel.

—Un par de semanas atrás mi papá vio a Hackett y al señor Steadman discutiendo —dijo Anne.

—Dudo de que la policía sospeche de él, si no, ya lo huhierancogido detenido —razonó Hazel—. Te apuesto a que tiene una coartada a todo probador.

—Se dice «a toda prueba», boba. Y no pueden «cogerlo detenido», o lo cogen o lo detienen.

—De acuerdo, sabelotodo. ¿Y qué?

—Me pregunto quién es la que sirvió de coartada a Teddy Hackett —dijo Kathy.

Todas rompieron a reír. Para el grupo de chicas, Hacket —con su bigote caído, su calva incipiente, sus colgantes de oro y esa tripa cervecera sobresaliendo por encima de la elegante hebilla de su cinturón— era la viva imagen del ridículo. El equivalente masculino de la mujer mayor disfrazada de jovencita.

—¿Tú qué opinas, Sally? —preguntó Anne—. Me sorprende que estés tan callada.

—Se me han ocurrido un par de cosas —dijo Sally midiendo sus palabras con toda tranquilidad —. Pero antes tengo que comprobarlas.

Y, tras decir eso, salió del local. Sus amigas se quedaron boquiabiertas, sin saber si hablaba en serio o no.

OCHO

I

Cuando dieron las siete y media de la tarde, el bar del Dog and Gun estaba casi lleno. Era una estancia larga y estrecha con un pasillo apenas demarcado que corría por el centro. El público se encontraba apiñado en torno a pequeñas mesas, atendidas por un camarero de americana blanca para que la gente no tuviera que ir y venir en busca de sus copas. Éste se movía con dificultad entre el público, con una bandeja llena de bebidas oscuras y ambarinas que se tambaleaban peligrosamente a la altura de su hombro. Esa noche el tocadiscos había sido desconectado para que sólo se oyese música folk a través del hilo musical, aunque lo suficientemente baja para facilitar la conversación. Tenues luces de pared teñían la sala de un resplandor naranja oscuro; en el bar resplandecían el riel de la barra, los surtidores de cerveza y, junto a los espejos, las botellas de colores. En el extremo más alejado de la sala había una plataforma de madera baja, demasiado provisional para llamarla escenario. Encima de ella, un par de micrófonos con sus correspondientes pies, dos bailes grandes, tres taburetes y un amplificador con su lucecilla roja encendida.

Sandra y Banks tomaron asiento hacia la mitad de la sala, en el lado derecho, acompañados de Harriet y David. Harriet,con su aspecto de elfo y su carácter divertido e inteligente, trabajaba conduciendo una biblioteca móvil por las aldeas más remotas de los valles. Su esposo, David, era el subdirector de un banco en Eastvale. A Banks aquel hombre le resultaba muy aburrido.

David estaba diciendo algo que exigía más que una inclinación de barbilla, pero Banks estaba observando a un joven campista. Probablemente un menor de edad que, por la manera en que presumía delante de su novia, ya había bebido más de la cuenta.

—Perdona... —dijo Banks, llevándose la mano a la oreja para oír mejor.

—Decía que seguramente sabrás mucho de ordenadores si estás en la fuerza, ¿no? —repitió David—. Lo siento, me temo que te estaba aburriendo...

—En absoluto, en absoluto... —mintió Banks, mientras aplastaba el tabaco en la cazoleta de su pipa—. Pues sí, conozco algunos lenguajes de programación...

Lo anticuado de la expresión «en la fuerza», obligó a Banks a esbozar una sonrisa. «Vaya una extraña forma de referirse al trabajo policial», reflexionó Banks. ¿A qué fuerza se referiría David? A la de la Ley y el Orden, sin duda. ¿O a la fuerza del Bien contra el Mal? o a «que la Fuerza te acompañe»? Esa expresión acartonada y carente de matices no hacía justicia al trabajo de policía.

Mientras comentaba con David lo que había aprendido de informática, Banks se percató de la llegada de Penny Cartwright y Jack Barker. Los dos se abrieron camino hasta la parte delantera de la sala, donde le habían reservado una par de asientos. Poco después, un joven nervioso y lleno de granos dio unos golpecitos a los micrófonos. Dijo «probando» tres o cuatro veces en cada uno, y finalmente dio la bienvenida a todos a la noche de música folk del Dog and Gun. Una a una, las conversaciones se fueron acallando hasta que lo único que se oyó fue al barman accionando la caja registradora y el zumbido constante del amplificador. El joven se acercó demasiado al micrófono y éste chirrió; el técnico dio un respingo y puso cara de susto.

Banks no llegó a oír los nombres de todos los artistas, pero supuso que Penny haría dos entradas de cuarenta minutos, la primera empezaría a las ocho y media, la segunda a las diez y cuarto.

Tras más anuncios y presentaciones, un dúo subió con dificultad al escenario. El muchacho llevaba sólo una guitarra, pero la chica tenía en torno a sí varios instrumentos de cuerda poco habituales apoyados en el suelo. Se lanzaron a cantar una canción de Bob Dylan. Y lo que les faltaba de talento, se dijo Banks, les sobraba de entusiasmo. Después de los aplausos, el muchacho bromeó acerca de todas la notas que había desafinado y se disculpó por la crudeza de su técnica. Su sinceridad funcionó. A partir de entonces, el

público se mostró dispuesto a ignorar los fallos del intérprete y quiso que el joven tuviera éxito.

La chica no dijo nada, y se concentró en afinar lo que, en opinión de Banks, era una mandolina. Tocó el siguiente tema, un popurrí de viejas danzas inglesas, de maravilla. En general el público estuvo respetuoso y prestó atención, pero cuando el camarero pasaba ocasionalmente y recogía los pedidos de más bebidas, las interrupciones se hacían inevitables. Y alguien mandó callar al joven campista ebrio.

Banks y David empezaron a pedir rondas de bebidas para los cuatro: para ellos, pintas de cerveza amarga; para ellas, claras de limón. Banks debía controlar cuánto bebía, pues no quería que lo vieran ebrio precisamente en la aldea donde estaba llevando a cabo la investigación de un asesinato. «Dos pintas en una hora y media no está nada mal», se dijo. Pero hacia las ocho y pico, fue muy consciente de que solía beber más aprisa conforme se acercaba la hora del cierre.

Llegó el primer intervalo y la gente empezó a abrirse camino hacia los lavabos y la barra. Jack Barker, que recorría el estrecho pasillo, se percató de la presencia del grupo de Banks. El escritor se acercó y extendió la mano.

—Buenas noches. Qué sorpresa encontrarlo aquí. No tenía ni idea de que le gustaba la música folk —el brillo en sus ojos fue suficiente para que la ironía no pasara desapercibida—. ¿Les molesta si me siento un minuto? —Y antes de que el policía pudiera objetar algo, Barker cogió una silla—. ¿Sólo habéis venido a escuchar a la señorita Cartwright?

—Lo de señorita sobra —corrigió Banks—. Sí, he oído que es muy buena.

Su tono fue brusco. Quería que Barker se largara.

—Pues se lo van a pasar en grande, inspector jefe. No sé si lo sabe, pero la gente viene desde kilómetros a la redonda para oírla cantar. Penny tiene una reputación muy sólida en esta región, especialmente desde que abandonó fama y fortuna para volver a sus raíces. La gente aprecia esas cosas.

Por lo que Banks había oído, «apreciación» no era exactamente la

mejor palabra describir los chismorreos sobre el regreso de Penny a sus raíces. Estaba claro que Barker quería presumir, y no habría forma de quitárselo de encima sin un poco de mala educación. Sandra regresó del lavabo de señoras y miró al desconocido con curiosidad. Banks maldijo para sus adentros, comprendiendo que no había escapatoria. Ahora tendría que presentarlos.

Barker regaló a las mujeres una sonrisa a lo Clark Gable, un gesto que Banks sospechaba más que ensayado.

—Encantado —dijo Barker con tono impostado y tomó la mano de Sandra—. Nunca imaginé que la mujer de un policía fuera tan encantadora y bella.

David simplemente se quedó mirando a Barker con una sonrisa vacía. Banks estaba cabreado.

Y no era sólo el encanto y el refinamiento de Barker lo que le molestaba, no había inconveniente en hacer vida social con la comunidad. Pero lo que originaba una rebelión en sus instintos más básicos era que lo vieran a él y a su esposa confraternizando abiertamente con un sospechoso. Para empezar, lo hacía sobresalir, y eso era algo que Banks detestaba. El consejo de Gristhorpe —mézclate y deja que te cuenten— estaba muy bien, pero todo tenía un límite. Ahora estaba fuera de servicio, pero aquello era demasiado íntimo para el gusto del policía. Así que siguió chupando su pipa apagada, fulminando a Barker con la mirada y contribuyendo con algún monosílabo cuando resultaba indispensable.

—¿Cómo consigue encajar aquí? —preguntó Sandra una vez que Barker la informó de su oficio—. ¿La gente no sospecha de los escritores?

Barker asintió.

—Es cierto. En un principio no les gustó que me trasladara aquí. Ni pizca —respondió—. En las comunidades pequeñas la gente no suele fiarse de los escritores, y tienen razones fundadas para ello. Algunas comunidades han tenido malas experiencias con tipos que llegan para vivir entre ellos, se integran, *y* después van y escriben unas críticas devastadoras sin apenas molestarse en disfrazar nombres e identidades. Se parece mucho a lo que los indios piensan de los fotógrafos: que les roban el alma. Y opino que, además, tienen

bastante razón. Esa clase de escritores son inescrupulosos y nos hacen quedar mal a todos.

—¿Pero no cree usted que los escritores deben ser un poco despiadados? —preguntó Harriet—. Especialmente si van a contar la verdad...

—Quizá. Pero los escritores de los que hablo aceptarían su hospitalidad y luego la desnudarían sobre el papel. Algunos incluso se van ganando la confianza de la gente astutamente, y hasta crean situaciones, manipulando los acontecimientos sólo para ver cómo reaccionarán sus personajes. Conocí a uno, por ejemplo, que solía dar fiestas de forma regular. Esto ocurrió en Londres. Eran fiestas realmente espléndidas, él no reparaba en gastos —champaña, whisky de malta, caviar Beluga, codornices—, mucho más de lo que uno podía devorar en una velada. Y entonces, cuando la gente ya estaba mamada y empezaba a discutir, o a llorar, o a meterle mano al cónyuge del prójimo, allí estaba él, sobrio a más no poder, plantado en un rincón tomando nota de todo mentalmente. La gente tardó en darse cuenta de lo que ocurría, a fin de cuentas estaban pasándoselo bomba. Pero al final empezaron a aparecer en revistas encarnando personajes de cuentos, y sus amigos y colegas los reconocían, ya apenas estaban disimulados. Un par de matrimonios se fueron al traste, se destruyeron reputaciones. Y todo en nombre del «arte». Al cabo de un tiempo, la asistencia a sus fiestas cayó en picado.

—¿Y qué fue de el escritor? —preguntó Harriet, sentada en el borde de su silla.

—Siguió con su vida, supongo. Buscó nuevos horizontes —dijo Barker encogiéndose de hombros—. Y por supuesto sigue publicando con regularidad.

—¿Es eso lo que hace usted, señor Barker? —preguntó Sandra—. ¿Mezclarse con la gente y robarle el alma?

Barker rió.

—Por favor, llámeme Jack —comentó. La boca de Banks se convirtió en una mueca de desprecio—. No, no es eso lo que hago en absoluto. En un principio todo el mundo sospechó de mí, pero al fin y al cabo eso es lo que le ocurre a cualquier recién llegado (pues

así nos llaman). Pasado un tiempo, por curiosidad, supongo, alguien leyó un par de mis libros, y después algún otro, y así empezaron a circular los comentarios. Cuando todos se enteraron de que yo escribía truculentas historias de detectives ambientadas en el sur de California, en los años treinta, comprendieron que yo no suponía ninguna amenaza. Y lo crean o no, tengo algunos seguidores de por aquí.

—Lo sé —dijo Harriet—. He repartido muchos de sus libros en la biblioteca móvil.

Barker le agradeció el comentario con una sonrisa:

—Tan pronto como la gente averigua que uno no supone una amenaza, lo acepta automáticamente. Lo mismo le ocurrió a Harry.

—¿Qué le ocurrió a Harry? —preguntó Banks, procurando sonar desinteresado y fracasando estruendosamente en su empeño. Sandra le puso cara de pocos amigos por ser tan aguafiestas.

—Lo que quise decir es que, a su manera, Harry también era escritor —explicó Barker—. Pero nadie le hacía caso porque escribía sobre los romanos y las minas de plomo. Entiéndame, sólo gente como Penny y Michael Ramsden se interesaban por esas cosas, a la mayor parte de la gente ese tema no le va ni le viene.

Barker se volvió entonces hacia las damas y, con la esperanza de poder desviarse hacia otro tema, volvió a sonreír.

—¿Conoce usted bien a Ramsden? —preguntó Banks, sin tener en cuenta ni la incomodidad de Barker ni las miradas fulminantes de su esposa.

Harriet y Sandra empezaron a hablar entre ellas. David seguía mirando a los dos hombres, perdido.

—Lo he conocido —respondió Barker secamente.

—¿Qué opina de él?

—Parece un tipo agradable —dijo, mirando a las mujeres para que lo auxiliaran y así proseguir con sus levedades—. Pero no esperará que un escritor diga nada bueno de un editor, ¿verdad? A veces paso dos días trabajando un maravilloso párrafo descriptivo y mi editor me lo corta porque frena la acción.

—Pero Ramsden no es su editor, ¿o sí?

—Por el amor de Dios, no. Él sólo se dedica a los tochos

académicos.

—¿Estaba usted al tanto de la relación entre Ramsden y Penny Cartwright?

—Eso fue hace años. ¿Qué insinúa?

—Sólo intento desenrollar la maraña de relaciones —respondió Banks con una sonrisa—. Sólo eso.

—Mire, ya han vuelto al escenario —exclamó Barker poniéndose de pie—. Perdonen.

Hizo una corta reverencia a Harriet y a Sandra y se alejó hacia el frente de la sala. Eran casi las ocho y media. Cuando las luces palidecieron, Banks vio al escritor charlando con Penny y vigilando por encima de su hombro. Lo último que el policía notó antes de que la sala se oscureciera del todo fue a Barker susurrando al oído de Penny, y a ella volviéndose hacia ellos y riendo.

Banks masculló una disculpa bastante huraña y se concentró en su pipa. No era en absoluto novedoso que el trabajo policial interfiriese en su vida personal, y aun así nunca dejaba de causar fricciones. Quizá Sandra esperaba que al haber cambiado de ciudad ese aspecto también habría cambiado: lugar nuevo, vida nueva... «Gilipolleces», pensó Banks, sólo somos las mismas personas con los mismos defectos en sitios distintos. A tomar por el culo, que condujese otro. Banks hizo señas al camarero para que sirviera otra ronda. Después de todo, se recordó a sí mismo, habían salido a pasárselo bien.

Penny Cartwright subió al escenario entre aplausos y un par de fuertes silbidos provenientes del fondo de la sala. Banks seguía furioso con Barker por ser tan puñeteramente encantador e ingenioso, con Sandra por animarlo y consigo mismo por arruinar la salida nocturna. Así que se abalanzó sobre la nueva pinta de cerveza amarga y contempló la pipa como si aquel instrumento fuera el origen de todos sus problemas. Se había apagado otra vez más y Banks ya estaba harto de apisonar, vaciar, limpiar, raspar y volver a encender.

Penny arrancó con una balada *a cappella* llamada «Still Growing». Era la triste historia de una boda concertada entre una mujer y un muchacho todavía adolescente. El marido había muerto joven y la

viuda se lamentaba: «Antaño tuve un enamorado, pero ya no / La muerte le impidió seguir creciendo». La historia era sencilla y estaba contada con gran economía. Banks prefirió dejarse arrastrar por la música, como hacía con la ópera, y a continuación envolvió lo que tanto le había irritado momentos antes y lo escondió en un oscuro rincón de su mente. La voz de Penny tenía tanta pasión como control, pues ella misma era una superviviente, que cantaba con honestidad y conocimiento sobre los perdidos y los menos afortunados. Era contralto, pero su tono sonaba más bajo de lo que Banks se esperaba: ronco en las notas bajas pero puro y claro en las notas altas.

Cuando terminó la canción, Banks aplaudió con ganas. Sandra se volvió con las cejas arqueadas y una sonrisa de agradecimiento. Luego siguieron otras canciones en la misma vena de folk tradicional. Unas veces Penny se acompañaba con la guitarra y otras una mujer joven la acompañaba con la flauta travesera o el violín. Entremezcladas con las historias de amantes perversos y amores prohibidos tocaron gigas ligeras, bailes escoceses y arremetieron con sensacionales baladas como «El asesinato de Maria Marten».

Pese a estar disfrutando de la música, la mente de Banks se distrajo de nuevo y volvió a ocuparse de Barker y su reacción ante la mención de Michael Ramsden. Al parecer, allí había una aversión que iba más allá de la enemistad entre escritores y editores. Ramsden había sido un buen amigo de Steadman y conocía a Penny Cartwright desde la niñez. ¿Seguirían viéndose a pesar de declarar lo contrario? ¿O sólo eran los celos de Barker? Y si estaba celoso de Ramsden, ¿no era posible que también lo hubiera estado de Steadman?

Banks miró hacia donde se encontraba la cantante y se detuvo en el apuesto y bien delineado perfil del escritor. No había ninguna duda, Barker estaba enamorado de Penny, ¿y quién podía culparlo? Penny irradiaba belleza y su talento era conmovedor. Pero ella y Ramsden se habían distanciado. Había ocurrido años antes, por supuesto, antes de que ella floreciera como mujer, un simple amor adolescente. Pero en las pequeñas comunidades esos sentimientos perduran. Quizá para los cotillas más maliciosos Penny seguía siendo

la chica que había perdido a Michael Ramsden, la díscola que se marchó e hizo algo con su vida. ¿Qué pensaría Ramsden de aquella separación?

Banks descansó la pipa en el cenicero al tiempo que Penny anunciaba «Como Musgrave y Lady Barnard», la última canción del primer pase.

II

Sally Lumb dejó su casa de Hill Road alrededor de las cinco. Como era viernes, su madre estaba en Eastvale jugando al bingo con la señora Crawford, y su padre se encontraba en el pub The Bridge, participando de un torneo local de dardos. Ninguno de los dos regresaría hasta las once Sally tendría tiempo de sobra. Y además no debería responder a ninguna pregunta incómoda.

A pesar de las nubes que se iban formando en las alturas era una noche cálida. Demasiado cálida y pegajosa, de hecho. Sally sabía por experiencia que esas señales auguraban tormenta. Bajó la colina y giró a la izquierda, pasó junto a The Bridge y torció por High Street. Helmthorpe estaba tranquila, la mayor parte de sus habitantes estaban o en los pubs o en los salones de sus casas, pegados a la caja tonta. A no ser que en el Hare and Hounds un grupo de campistas se pusiera demasiado bullicioso y Big Cyrill tuviera que echarlo, no iba a ocurrir nada de particular hasta la hora de cierre.

Sally continuó calle abajo y se detuvo frente al Dog and Gun. La puerta estaba abierta, y pudo oír las canciones que llegaban del interior. Por cómo sonaba tenía que ser Penny Cartwright. Sally la había oído antes, pero no se había enterado de que esa noche tocaba en la aldea. Miró su reloj: le sobraba tiempo. La letra de la canción salió flotando hacia el aire húmedo del exterior:

«Una tumba, una tumba», clamó Lord Barnard, «para enterrar a estos amantes; pero que mi dama yazca encima pues era de noble estirpe».

III

Al encaminarse a la puerta de salida durante el intervalo, Penny Cartwright pasó junto a Banks y esbozó una fría y breve sonrisa. A unos pocos pasos la seguía Barker, que saludó a Sandra y a Harriet con un gesto de cabeza y una leve inclinación.

—Es tan talentosa y tan guapa —dijo Sandra cuando la pareja se hubo ido—. No sospecharás de ella también...

Banks respondió que Penny había sido amiga de la víctimay Sandra no volvió a preguntar. Los cuatro hablaron de música, placer en el que todos coincidían, pidieron más bebidas, sufrieron una actuación piadosamente corta de folk «de protesta» y esperaron. Penny regresó quince minutos después y se encaminó directamente al escenario.

Pero su interpretación fue ligeramente distante. Es cierto que seguía implicada en lo que hacía, pero ya no transitaba el filo de la emoción. Banks escuchó las baladas y se sorprendió de las similitudes entre lo que estaba viviendo y los sentimientos y acontecimientos con que aquellas viejas canciones habían sido creadas. Y entonces el policía se preguntó cómo acabaría «La balada de Harry Steadman». Nadie acabaría «colgado de una soga», por supuesto. Ya no. ¿Pero quién sería el asesino? ¿Cuál era su motivo? ¿Y qué parte de la canción correspondía a la labor de Banks? Súbitamente, el policía se sintió transportado a otro siglo y de pronto vio a aquella hermosa mujer —marcada por desilusiones y crueldades, e iluminada por unos focos que intensificaban aún más su belleza— entonar una trágica balada sobre el asesinato de Harry Steadman.

Un cambio brusco a un tema en el que el público debía hacer coros sacó a Banks de su ensoñación. Acabó su cerveza y de inmediato sintió impaciencia por beberse otra. Estaba ebrio, o por lo menos achispado, y se acercaba la hora de cierre. Si Barker estaba enamorado de la chica... y si había habido algo entre ella y Steadman... y si Ramsden todavía seguía enamorado... y si la señora Steadman estaba al tanto... y si Steadman y su mujer no estaban tan bien avenidos como la gente suponía... Todos aquellos pensamientos caóticos se elevaron como una voluta de humo de pipa y se evaporaron en el aire.

La actuación acabó con un aplauso fuerte y prolongado. Banks llamó al camarero y pidió una pinta para él y media para David. Sandra lo miró; en sus ojos hubo un deje de reproche. Él se encogió de hombros y sonrió como un tonto. Nunca había tenido problemas con el alcohol, pero sabía que a veces podía ser muy adolescente en su manera irreflexiva de beber pinta tras pinta. Sandra tenía miedo de que acabara haciendo el imbécil, y él se dio cuenta. Pero aun estando ebrio podía controlarse. En cualquier caso, tampoco había bebido tanto. Si le daba tiempo quizá pudiera beberse la última.

IV

Iba a haber tormenta, Sally estaba segura de ello. Sentada en el estrecho puente de piedra, con las piernas colgando sobre las piedras tibias, observó la puesta de sol. Cuando éste hubo desaparecido detrás de las colinas dejando atrás un oscuro halo rojo-dorado, su luz brilló como si surgiera de las profundidades de la tierra, haciendo resaltar el contorno inferior de las pesadas nubes negras que se estaban congregando en las alturas. Los insectos no paraban de zumbar en aquel aire quieto y húmedo.

Aquel lugar aislado era ideal para un asunto como ése. Apenas si se podía llegar en coche. Durante su caminata, Sally había disfrutado de la paz y las extrañas alteraciones que la tormenta inminente provocaba en el paisaje. Los colores parecían más intensos, y volvían más vibrantes los tonos de las flores salvajes y la hierba dura. Y en la lejana ladera del valle, las sombras de las nubes se recortaban como si fuesen objetos tangibles.

Pero ahora Sally estaba nerviosa y no sabía por qué. «Será la tormenta que se avecina», se dijo, «o la electricidad que hay en el aire, el aislamiento, la oscuridad creciente.» Muy pronto el viento agitaría la dura hierba de los páramos *y* la lluvia azotaría el valle. Era el lugar perfecto para un encuentro secreto, Sally lo sabía. Si llegasen a verlos juntos, alguien podría informar de ello al inspector jefe y habría que contestar preguntas incómodas. Ella prefería resolver el asunto por su cuenta, y quizá salvar una vida y pescar a

un asesino. No obstante, supo que sus temblores no se debían únicamente al clima.

Despreocupadamente, lanzó una piedra desde el puente a las aguas tranquilas y poco profundas del arroyo. «Cuando acabe de llover», se dijo, «correrán rápidas, cristalinas y borboteantes, y descenderán en cascada por la ladera del valle, justo por debajo de High Street, la calle principal de Helmthorpe.»

Miró su reloj. Eran las diez menos veinte y estaba cansada de esperar. Deseó que todo hubiese acabado ya. Los colores de la puesta de sol se desvanecían rápidamente y al mismo tiempo las nubes se oscurecían por encima de su cabeza. A lo lejos, un zarapito entonaba un canto lastimero. Aquel paraje empezaba a parecerse a un paisaje de novela gótica. Aunque hubiese estado allí muchas veces, ahora el lugar le daba miedo. Como trapos negros ondeando al viento, una bandada de grajos cruzó el cielo. En el silencio Sally advirtió un traqueteo. Aguzó el oído, era un coche. Lanzó otra piedra al agua y se plantó de cara al camino. Ya vislumbraba los destellos de los faros que aparecían y desaparecían al tomar las curvas del camino.

Faltaba poco.

V

Finalmente, alrededor de las cinco de la madrugada, se desató la tormenta. El seco estampido de los truenos arrancó a Banks de un sueño impreciso y desagradable. Tenía la boca seca y le dolía la cabeza. De poco le había servido su autocontrol. Al menos no se había comportado como un imbécil, eso sí lo recordaba.

Con cuidado de no despertar a Sandra fue hasta la ventana y echó un vistazo al jardín trasero, justo a tiempo para ver un relámpago rasgando el cielo de norte a sur. Las primeras gotas de lluvia, grandes y pesadas, caían lentamente: reventaban contra el cristal de la ventana y golpeaban ruidosamente el tejado de pizarra del cobertizo, alternativamente. Después empezaron a caer más deprisa y a romperse contra las hojas de los árboles que flanqueaban el callejón trasero, tras la cancela del jardín. Muy pronto la lluvia se

escurría por la ventana, por encima de las piedras de la entrada, por el sumidero, para luego desaparecer borboteando por el tubo del desagüe.

Banks llegó como pudo al baño, tomó dos tabletas de Panadol y volvió a la cama. Sandra seguía dormida; los niños no se habían despertado. Recordó cuando Tracy todavía se asustaba de las tormentas y corría a refugiarse en la cama con ellos, y se acurrucaba allí entre los dos para sentirse segura. Pero ahora que ya conocía las causas del fenómeno eléctrico —más que su padre, de hecho— había perdido el miedo. Salvo en las ocasiones en que le desenchufaban la televisión a mitad de su programa favorito, a Brian nunca le había importado ni una cosa ni la otra. Era algo que Banks padre había hecho siempre, y Banks hijo continuaba la tradición sin saber muy bien por qué.

El ritmo constante de la lluvia y la repentina liberación de tensión que trajo consigo la tormenta, ayudó a Banks a dormirse de nuevo, aunque con cierta dificultad. Unos segundos más tarde, o eso le pareció, sonó el despertador. Y ya fue hora de prepararse para ir a trabajar.

Al llegar a comisaría, se sorprendió de toparse con tanto trajín. El comisario Gristhorpe le esperaba:

—¿Qué ocurre? —preguntó Banks mientras colgaba el impermeable en su pequeño ropero.

—Han denunciado la desaparición de una joven —dijo Gristhorpe con el ceño fruncido.

—¿Es de Eastvale?

—Sírvete un café, muchacho. Luego te cuento los pormenores.

Banks se llevó la taza al comedor y se sirvió café recién hecho. De vuelta en la oficina, se acomodó detrás del escritorio y fue dando sorbos al líquido caliente, esperando a que Gristhorpe comenzara a hablar. Sabía que era inútil meterle prisa al comisario.

—Es de Helmthorpe —comentó Gristhorpe por fin—. El agente de allí, un tal Weaver, recibió la llamada de unos padres consternados. Lo sacaron de la cama. Fue justo después de que se desatara la tormenta. Al parecer estaban preocupados porque la jovencita no regresó a casa. La madre dijo que a veces la chica salía hasta tarde

—estaba en esa edad, tiene unos dieciséis—, y que por eso no habían llamado antes. Pero cuando la tormenta los sobresaltó y descubrieron que aún no había llegado, pues... Parece que nunca ha hecho algo así.

—¿Cómo se llama la chica?

—Sally Lumb. —El acento de Yorkshire de Gristhorpe hizo que las vocales sonaran secas y terminantes.

Banks se frotó la cara y bebió un poco más de café:

—Hablé con ella hace un par de días aquí mismo —dijo finalmente —. Fue ella quien vino a verme.

—Lo sé —asintió Gristhorpe—. Leí el informe, por eso quería hablar contigo.

—Es una chica atractiva —dijo Banks, como para sí—. Tenía dieciséis y quería ser actriz. Quería largarse a la gran ciudad. Parecía mayor.

De pronto le vino a la mente Penny Cartwright, quien después de haber conocido tantas grandes ciudades había decidido regresar a Helmthorpe.

—Hemos tomado en consideración esa posibilidad, Alan. Sabes tan bien como yo cómo suelen terminar estos casos: lo más probable es que se haya largado a Manchester o a Londres. Su madre le contó a Weaver que la familia discutía últimamente. La chica no se lleva bien con el padre. Seguramente se ha largado.

—Es lo más probable. —Banks asintió con un gesto.

—Pero no es lo que tú crees...

—No es eso lo que he dicho, jefe.

—Pues así ha sonado.

—Es el *shock,* supongo. Ella sale con un chico, pudieron haber tenido un accidente. Ya sabe, buscan un lugar aislado donde darse el lote... Pero esa zona está llena de viejas minas de plomo y barrancos.

—Ajá. Es posible. Por ahora supondremos que ha sido eso o que se ha largado. Hemos enviado su descripción por cable a todas las grandes ciudades. Sólo espero que no tengamos entre manos a un maniático sexual. —Gristhorpe hizo una pausa y dejó que su vista vagara a través de la ventana, donde el chaparrón constante casi

había vaciado de transeúntes Market Street y la plaza del mercado. Sólo un par de compradores seguían adelante bajo sus paraguas. El comisario continuó—: El problema es que con este clima no podemos organizar partidas de búsqueda. Los altos de los páramos y las laderas del valle se vuelven demasiado peligrosos con este tiempo.

—¿Qué cree que ha ocurrido? —preguntó Banks.

—¿Yo? —Gristhorpe negó con la cabeza—. No lo sé, Alan. Como te dije, he leído de nuevo todo el informe de vuestra conversación y no veo que nos haya aportado ninguna información valiosa. Sólo ayudó a precisar la hora en que abandonaron el cadáver, nada más. En realidad no vio nada.

—Usted quiere decir que no representaba un peligro para nadie... ni para el asesino.

—Efectivamente. Cuando sucede algo así uno empieza a relacionarlo todo, es natural. Seríamos unos polis pésimos si no lo hiciéramos. Pero no podemos dejarnos confundir. Tal como están las cosas, aún tenemos que resolver un asesinato, además de lidiar con una chica desaparecida.

—¿Pero usted cree que puede haber relación entre ambos hechos?

—Espero que no, maldita sea. Espero que no. Es bastante duro saber que alguien que ha matado sigue suelto, pero mucho peor es empezar a pensar que también mataría a una jovencita.

—Aún no sabemos si ha muerto, jefe.

Gristhorpe miró a Banks fijamente durante unos momentos. Luego se volvió hacia la ventana.

—No... —dijo—. ¿Había alguna otra cosa que pudiera conectarla con el caso de Steadman?

—No que yo sepa. La única vez que la vi fue cuando vino a contarme que había oído aquel coche. Me dio la impresión de que se marchó muy enfadada conmigo por haber dejado atrás las luces de la gran ciudad. Aquel día también teníamos en custodia a Billy Fischer, que le armó la gresca a un par de chavales uniformados. Creo que eso la puso nerviosa.

—¿Qué quieres decir, Alan?

—La verdad es que no lo sé. Pero tengo la impresión de que si

averiguó algo, probablemente no viniera a contármelo a mí.

—No te vayas a culpar por eso —dijo Gristhorpe poniéndose de pie, deseoso de marcharse—. Roguemos por que se haya largado a alguna parte. Aun así habrá que investigar la conexión con lo de Steadman. ¿Pensabas acercarte a Helmthorpe hoy?

—No. Hace un día tan horrible que hasta me entraron ganas de releer los informes. ¿Por qué?

—Porque los informes pueden esperar. Me quedaría más tranquilo si te acercaras hasta allí.

—Desde luego. ¿Qué quiere que haga?

—Para empezar, habla con el novio. Averigua si la vio anoche; y si no, averigua por qué. Weaver me dijo que solía juntarse con otras tres chicas en la cafetería. Quizá debas hablar con ellas. Weaver te dará sus nombres y señas. Compórtate todo lo relajadamente que puedas. Si Sally Lumb sabía algo o tenía alguna teoría, es mucho más probable que se lo comentara a sus amigas o a sus padres. No hace falta inquietarles.

Banks se sintió aliviado. En otras dos oportunidades había tenido que pasar tiempo con los padres de jóvenes desaparecidos, y no podía imaginarse una tarea peor.

—Del resto me encargo yo —añadió Gristhorpe—. En cuanto escampe la tormenta organizaremos las partidas de búsqueda.

—¿Quiere que salga ahora mismo?

—No hay prisa. De hecho, sería mejor que lo dejaras para media mañana. No sé mucho sobre adolescentes, pero no creo que vayan a estar levantadas a estas horas. Lo mejor será que acudas a la cafetería. Es un ambiente más relajado para esa clase de charla, y estarán todas juntas.

Banks asintió.

—¿Me mantendrá al tanto, jefe?

—Por supuesto. Tú ve a ver a Weaver. Luego te mandaré a Hatchley. Ahora mismo está ocupado haciendo circular por el condado la descripción de la chica.

—Sólo un detalle más —dijo Banks—. Quizá sería una buena idea enviar a alguien para que contacte con las compañías de teatro,

escuelas de actuación y sitios de ese tipo. Si ha huido, lo más probable es que esté pensando en dedicarse a las tablas.

—Tienes razón, lo haré —dijo el comisario. Y con aspecto cansado y preocupado abandonó el despacho.

Seguía lloviendo a cántaros sobre Market Street, daba la impresión de que aquello no iba a parar jamás. Banks bajó la mirada hacia aquel estampado en movimiento, paraguas y transeúntes que se esquivaban unos a otros mientras cruzaban la plaza camino del trabajo. Se rascó la barbilla y descubrió un trozo áspero donde la maquinilla eléctrica no había rasurado. Gristhorpe tenía razón, tenían que considerar si la desaparición podía estar relacionada con el caso de Steadman. Y además, tenían que averiguarlo pronto. Lo irónico era que deseaban estar equivocados.

Banks revisó la transcripción de la entrevista con Sally Lumb e intentó visualizar a la joven sentada delante de él. ¿Le había ocultado algo? Mientras leía las palabras impresas que él mismo había transcrito de sus notas, intentó imaginar su cara, recordar sus pausas y cambios de expresión. No. Si había algo más, debió de ocurrírsele después de la entrevista; y quizá entonces, armada con su información o sus ideas, la joven acudió a la persona equivocada. Banks procuró apartar de su mente la imagen del cuerpo magullado de la joven, tirado en la una bocamina abandonada, pero le fue difícil. Puede que Sally deseara marcharse a la ciudad, pero a él le había parecido una chica sensata, calculadora incluso, la clase de persona que daría un salto bien pensado sólo cuando llegase el momento oportuno. Según su madre, en su casa no había ocurrido nada ni tan espectacular ni tan dramático para que ella huyera. Las discusiones con sus padres eran cosa de todos los días, y lo cierto era que los padres de la chica no parecían ogros, sino más bien demasiado liberales. Banks recordó los toques de queda que le impusieran en su adolescencia (y que él ignoraba en muchos casos) e intentó encender su pipa por enésima vez. El maldito chisme seguía igual de renuente. Y de pronto, en un repentino ataque de ira y frustración, lanzó el chisme al otro extremo de la estancia.

La boquilla se partió en dos.

VI

Aquel mismo sábado a media mañana, Banks se acercó a Helmthorpe. Al otro lado del río, el viento tensaba los tiros de las tiendas de campaña, era como si fuesen las velas de colores de barcos semihundidos. Sobre las aguas oscuras, las ondas danzaban enloquecidas. En semejante clima las casas no se asemejaban en nada a los grises afloramientos de piedra con cuyos bloques fueron construidas. Una bruma vaporosa cubría los valles como un velo. Un par de pobres vecinos y turistas pateaban las calles.

Banks se detuvo en la pequeña plaza de aparcamiento junto al destacamento de policía, y al primero que vio al entrar en el destacamento fue al agente Weaver. Estaba pálido y tenía unas ojeras inmensas.

—Ni siquiera podemos organizar una búsqueda —dijo señalando hacia la ventana—. La visibilidad es nula, y nuestros hombres acabarían empantanados en los páramos.

—Lo sé —dijo Banks—. ¿Ha habido suerte?

Weaver negó con la cabeza.

—Los padres vieron a Sally por última vez antes de salir a pasar la velada fuera de casa, alrededor de las siete y media de la tarde. Antes de eso, sus amigas la habían visto en la cafetería después del mediodía. Pero aún no hemos tenido tiempo de hacer preguntas, inspector jefe. Algunos de mis muchachos siguen ahí fuera haciendo pesquisas. Así que pronto nos llegará alguna información.

Banks asintió.

—¿La chica no dijo a nadie adonde iba?

—No, inspector. Su madre cree que pudo haber quedado en algún sitio con el novio.

—¿Eso cree?

—Pero él dice que no. —Weaver señaló a un joven con la camiseta y los vaqueros empapados, y una melena lamida por la lluvia—. Es ése de ahí, inspector. Está bastante alterado y no veo ninguna razón para dudar de su palabra.

—¿Lo has interrogado?

—Sólo he hablado con él. No lo he interrogado como Dios manda, pensé que eso le correspondía a usted...

—Entiendo, agente —sonrió Banks aprobando la decisión—. Has hecho bien.

Se encaminó hacia Kevin. El joven se mordía las uñas mientras miraba fijamente un cartel publicitario de la policía que advertía: «El crimen es un mal negocio». Banks se presentó y tomó asiento en el banco.

—¿Desde cuándo conoces a Sally?

Kevin se frotó los ojos:

—Desde hace años... Pero empezamos a salir este verano.

—¿Qué opinas de Swainsdale?

—¿Eh?

—¿Te gusta vivir en estos valles? ¿Consideras que éste es tu hogar? Por que a Sally no le gusta mucho, ¿no es cierto? ¿No habla siempre de marcharse de aquí?

—Claro que habla —dijo Kevin con desdén—. Sally se llena la boca con ese tipo de cosas. Le sobran las ideas geniales.

—¿Entonces no crees que pudo habarse marchado a Londres o a algún otro sitio?

Kevin negó con la cabeza.

—No la veo largándose de esa manera, por eso me preocupa. Me lo hubiera dicho.

—Quizá también haya huido de ti...

—No diga tonterías. Acabamos de empezar a salir, estamos enamorados —dijo, y hundió la cabeza entre las manos—. La amo. Vamos a casarnos y a comprar una pequeña granja... Conozco a Sally, sé que no se largaría sin decirme nada. No lo haría.

Banks se contuvo para no asentir. Independientemente de lo que creyera Kevin, aún había esperanza. Aunque a Banks le costaba imaginarse a Sally Lumb desempeñando el papel de esposa y llevando una vida rural en los *dales.* Kevin tenía que aprender mucho acerca de las mujeres y sus sueños; aun así, a simple vista, parecía un chaval decente y honesto. Banks estuvo de acuerdo con Weaver en que debían creerle, pero tenía que seguir interrogándolo.

—¿Hablaste ayer con Sally?

Kevin negó con un gesto.

—¿No la viste en ningún momento ni ayer por la tarde ni por la noche?

—No. Estaba jugando al criquet con unos amigos en Aykbridge.

—¿Lo sabía Sally? ¿O esperaba verte?

—Claro que lo sabía. Pero no está bien verse todas las noches —exclamó—. Si no, pronto nos cansaríamos el uno del otro, ¿no cree? A veces hay que hacer otras cosas, ¿no?

El muchacho se estaba culpando y Banks quiso ayudarle a quitarse esa culpa de encima. Quería preguntarle sobre la noche en que él y Sally oyeron el coche; quería saber si ella le había vuelto a hablar de ello, o si alguno de los dos había notado algo y no lo había comentado. Pero comprendió que si lo hacía le metería a Kevin ideas en la cabeza, le haría creer que la desaparición de su chica estaba relacionada con la muerte de Steadman. Tarde o temprano tendría que decírselo, pero podía esperar. Si hubiese algo, Kevin se encargaría de soltarlo sólo para ayudar a encontrar a Sally.

Era casi mediodía. Si las chicas se reunían en la cafetería como de costumbre, le había dicho Weaver, seguramente ya habrían llegado. Banks salió disparado hacia su coche. Con buen tiempo, hubiera recorrido la corta distancia a pie. Pero tras la breve salida a la intemperie, las pesadas gotas ya se le escurrían por el cuello de la camisa y espalda abajo.

Las tres jóvenes estaban sentadas en silencio, jugando con los canutillos de sus latas de coca-cola. Banks les explicó quién era y arrimó una silla a la mesa de formica rajada y sucia. Los dos videojuegos y el *flipper* no emitían sonido. Lo primero que Banks preguntó fue:

—¿Creen que Sally es el tipo de chica que se escaparía sin decir nada a nadie?

Las tres negaron lentamente con la cabeza. La chica de gafas gruesas y aspecto corriente que dijo llamarse Anne Downes contestó:

—Sally tiene muchos pájaros en la cabeza, pero son sólo pájaros. No tiene a donde ir. No conoce a nadie fuera de Swainsdale.

—¿Le iba bien en la escuela?

—Normal —dijo Kathy Chalmers, la del pelo color caoba—. Es lista, pero tampoco la típica empollona. Siempre saca buenas notas sin tener que estudiar mucho. Seguramente pasará todos sus exámenes.

—¿Dirías que es una joven sensata?

—Todo lo sensata que somos las adolescentes —dijo Anne Downes. Banks captó perfectamente el comentario—. Eso ya depende del punto de vista de cada uno.

Kathy soltó una risita tonta y se sonrojó.

—Perdone —dijo cubriéndose la boca con la mano—. Pero es probable que sus padres no crean que es una chica sensata.

Banks comprendió. Él también era padre.

—Pero Sally no es la clase de chica que... —inmediatamente hizo una pausa para evitar la frase «que se mete en líos» y todas sus connotaciones—. No es una chica que arme líos, ¿no es cierto?

—No, en absoluto —negó Kathy con la cabeza—. Se comporta correctamente y se lleva bien con la mayoría de los profesores. Sólo es un poco soñadora. Y como acaba de decir Anne, tiene pájaros en la cabeza. Pero no le haría daño a nadie.

Banks se preguntó si aquellas muchachas relacionaban la desaparición de Sally con el caso Steadman. La visita a comisaría era justamente el tipo de cosa que Sally hubiera ido corriendo a contar a sus amigas, y Banks quería saber si eso era lo que había ocurrido. Una vez más el problema era evitar ponerlas en guardia, alarmarlas.

—Supongo que sabéis que unos días atrás vino a verme —dijo él como quien no quiere la cosa—. Y estoy de acuerdo con vosotras, a mí me dio exactamente la misma impresión: lista, llena de proyectos y de buenos modales. Sin embargo no tuve la oportunidad de enterarme de lo que pensaba.

Kathy Chalmers volvió a sonrojarse. Y la otra chica, Hazel Kirk, que hasta ese momento había escuchado la conversación sin decir palabra, se puso incómoda. De nuevo fue Anne Downes la que contestó con una franqueza perfectamente a tono con su inteligencia.

—Supongo que fue a verle por el asesinato, ¿no? —dijo.

Banks asintió.

—Pues fíjese, a Sally le parecía glamuroso y emocionante, como si fuera algo que estuviera viendo en la tele. No digo que no lamentase lo que le pasó al pobre señor Steadman, todas lo sentimos mucho, pero Sally no lo veía de ese modo. Para ella era una aventura, ¿entiende?, como un juego en el que ella era la heroína.

Eso era exactamente lo que Banks quería oír, y asintió en reconocimiento a la agudeza de la observación.

—¿Hablaba Sally de ello?

—Sí, pero de una manera misteriosa —repuso Anne.

—¿Como si supiera algo que nadie más sabía?

—Así exactamente. Creo que el hecho de haber sido testigo de aquello y de haber ido a comisaría la hacía sentirse importante. Pensaba que usted estaba muy bueno —lo dijo sin mover un músculo de la cara, como si ignorara el significado de la expresión—, pero le desilusionó el modo en que usted reaccionó. No sé por qué exactamente, pero a medida que pasaba la semana empezó a comportarse de forma más y más misteriosa.

—¿Mencionó algo en especial?

—Intentó convencernos de que estaba siguiendo una pista importante —dijo Anne, acomodándose las gafas—, de que tenía una idea de quién lo había hecho. Pero eso fue todo, sólo hizo insinuaciones. Hasta donde yo sé, no hizo nada al respecto.

Banks no quiso ni pensar en el momento en que Anne comprendiera el porqué de aquel interrogatorio, y ese momento iba a llegar de un instante a otro. Afortunadamente no ocurrió nada. Banks agradeció a las jóvenes su tiempo y, cuando se iba, percibió una vez más lo distraída que parecía Hazel Kirk. Pero en vez de insistir prefirió no interrogarla y ver cómo se desarrollaban los acontecimientos.

NUEVE

I

Había llegado la hora de volver a concentrarse en el caso de Steadman. Por muy turbadora que fuera la desaparición de Sally Lumb, reflexionó Banks, era probable que en cualquier momento la joven apareciera en Birmingham o en Bristol. Sin embargo, Steadman estaba muerto y su asesino seguía libre.

Informó a Weaver de cuál sería su destino y subió la colina con su coche, hasta Gratly. Al llegar al puente bajo que atravesaba el centro de la aldea giró a la derecha y se detuvo frente a la casa de Jack Barker, una vivienda de granjero reformada ubicada junto al ancho arroyo. El agua corría en cascadas por una sucesión de terrazas, más aprisa y sonoramente que de costumbre. En un día o dos, cuando la lluvia se filtrara a través de los páramos y las altas laderas, aquel arroyo se convertiría en un torrente ensordecedor.

Al pulsar el timbre, Banks cayó en la cuenta de que nunca antes había visitado al escritor, y se preguntó qué le revelaría su casa.

—Ah, es usted, inspector jefe. Pase. —dijo perplejo Barker, después de haber hecho esperar a Banks en la puerta durante un tiempo inusualmente largo—. Perdone que me sorprenda, pero no suelo recibir muchas vistas.

Banks se quitó el impermeable y los zapatos en el vestíbulo y siguió a Barker al interior. Aunque no hacía frío, la lluvia había enfriado la piedra, por lo que Banks decidió no quitarse la cazadora.

—¿Le importa que hablemos en el estudio? —dijo Barker—. Está más templado. Estaba trabajando, y además allí tengo la cafetera. Por su cara no le vendría mal una taza.

—Buena idea —repuso Banks.

Siguió a su anfitrión a través de un salón escasamente amueblado y un estrecho tramo de escaleras, hasta una acogedora habitación en la parte posterior, con vistas a las laderas de los páramos altos. Dos de las paredes estaban cubiertas de libros, y contra la tercera, la

de la puerta, se alzaba un archivador y un escritorio pequeño cubierto de papeles. Debajo de la ventana se encontraba la mesa de trabajo de Barker, encima de ella zumbaba una máquina de escribir eléctrica. A través de la lluvia, que caía a raudales, la empinada ladera exterior recordaba una pintura impresionista. Una mesa baja ocupaba el centro de la estancia. La máquina de café de filtro tenía la lucecilla roja encendida y la jarra Pirex estaba medio llena de un brebaje oscuro y espeso. Los hombres se sentaron en sendas sillas pequeñas pero cómodas y tomaron sus cafés, los dos sin azúcar.

—Lamento mucho molestarle en horas de trabajo —dijo Banks mientras daba un sorbo a aquel líquido vivificante.

—No se preocupe. Es un riesgo de la profesión.

Banks arqueó una ceja.

—Si uno trabaja en casa, pues está en casa, ¿no es cierto? —explicó Barker—. Y se convierte en presa de vendedores y cobradores. Por alguna razón, nuestra vieja ética puritana hace que la mayoría de la gente no acepte que escribir libros es un trabajo serio, probablemente porque los escritores lo realizamos en el confort del propio hogar. ¿Entiende lo que le digo? Antes de la revolución industrial era muy habitual que tejedores y operadores de telares trabajaran en sus casas. Pero ahora, el trabajo tiene que ser algo que uno debe odiar, algo obligado, algo que debemos hacer en una fábrica sucia y ruidosa o en una oficina antiséptica y fluorescente. Sin ánimo de ofender. —Pero por el brillo que destellaba en los ojos de su interlocutor, el policía supo que aquél lo estaba azuzando discretamente.

—No me ofende en absoluto —repuso Banks—. De hecho, preferiría pasar más tiempo en mi despacho en vez de tener que patearme estos páramos bajo la lluvia.

Barker rió y cogió un pitillo del paquete que había en la mesa:

—En cualquier caso tampoco recibo tantas visitas, excepto las de los vendedores. Y también desconecto el teléfono. Estaba trabajando bien. Acababa de llegar a un buen punto y tengo la costumbre de parar cuando la historia se pone interesante. Así me produce entusiasmo volver a trabajar.

—Es un hábito interesante —subrayó Banks, procurando ignorar las

ansias que sintió cuando Barker encendió su pitillo e inhaló el humo profundamente.

—Perdone —dijo Barker ofreciéndole un pitillo como si le hubiera leído el pensamiento.

Banks negó con un gesto:

—Intento dejarlo.

—Por supuesto. Usted es de los que fuma en pipa, ¿verdad? Enciéndala si le apetece. El humo de pipa no me molesta en absoluto.

—Se me rompió.

Después de reír acerca de la forma absurda en que se había roto la pipa, Banks cedió.

—Me parece que voy a aceptarle el pitillo.

Y cuando fue a cogerlo notó que el escritor se tensaba, preparándose para las preguntas inevitables. A Banks el cigarrillo le supo bien; igual que como lo recordaba. Y no tosió ni se mareó. De hecho sintió que nunca lo había dejado. Fue como un reencuentro con un amigo al que le había perdido la pista.

—Bien, ¿en qué puedo ayudarle esta vez? —quiso saber Barker, enfatizando innecesariamente las dos últimas palabras.

—Supongo que sabe lo de esa jovencita del pueblo... Sally Lumb —dijo.

—No, ¿qué le pasa?

—¿Me está diciendo que no se ha enterado? Imaginaba que la noticia correría a toda velocidad en una comunidad de este tamaño. La gente supo enseguida de lo de Harold Steadman.

—No he vuelto a salir desde que acompañé a Penny a su casa tras el concierto.

—La joven ha desaparecido —le informó Banks—. Ayer por la noche no regresó a casa.

—¡Dios bendito! —exclamó Barker, mirando hacia la ventana—. Si ha salido al campo y se ha perdido con este tiempo... ¿Qué cree usted?

—Es muy pronto para saberlo. Es cierto que pudo haberse perdido. Pero parece una chica sensata y se ha criado aquí.

—¿Creen que ha huido de casa?

—Es una posibilidad. Lo estamos comprobando.
—Pero usted no lo cree...
—No lo sabemos.
—¿Han salido ya las partidas de búsqueda?
—No, por culpa del tiempo.
—Pero aun así algo tendrá que hacer la polici...
—Estamos haciendo todo lo que está en nuestras manos —le aseguró Banks—. ¿La conocía usted?
Los ojos de Barker se convirtieron en dos rajas.
—No exactamente, la he visto por aquí y por allá, y nos saludábamos, por supuesto. Una vez vino a verme por algo relacionado con un trabajo del instituto. Es una chica guapa.
—Muy guapa —asintió Banks.
—Supongo que no ha venido a hablar de eso, ¿verdad?
—No. —Banks aplastó el cigarrillo—. Quería hacerle algunas preguntas sobre Penny Cartwright.
—¿Qué hay de Penny?
—¿Está enamorado de ella?
Barker se rió, pero Banks notó la tensión en sus ojos.
—Vaya pregunta. No sé si decirle que no es asunto suyo o si aplaudir su perspicacia.
—Entonces lo está...
—Estoy loco por Penny, lo admito. ¿Qué soltero con sangre en las venas no lo estaría? Sin embargo, no veo qué tienen que ver mis sentimientos por ella con todo lo demás.
—¿Cree usted que ella estaba teniendo una aventura con Harold Steadman?
Barker miró largamente a Banks.
—No que yo sepa —respondió pausadamente—. Pero no puedo asegurarlo.
—Usted los conocía bastante bien a ambos.
—Es cierto. Pero la vida privada de un hombre... y la de una mujer... Si hubieran querido ocultárselo a los demás, no les habría costado mucho, ¿no cree? Incluso en esta aldea hubieran podido hacerlo. Oiga, si quiere que le responda la pregunta, tendrá que comprender que sólo será una opinión como cualquier otra. Estoy

seguro de que ninguno de los dos me lo hubiera confesado, ni nada que se le parezca. Pero no creo que tuvieran una aventura. Tal y como usted ha adivinado, Penny me gusta mucho y por ello, naturalmente, sus relaciones son un tema que me interesa. Tal como yo lo veo, sin embargo, la amistad entre Harry y ella se basaba en el respeto mutuo y la admiración, no en el deseo sexual.

Eso era exactamente lo que Banks había oído de la propia Penny y de Emma Steadman. De hecho, la única persona que no opinaba lo mismo de la relación entre el profesor y Penny era el comandante, y él era una víctima de sus propias obsesiones. Pero ¿y si estaba en lo cierto?

—Usted fue bastante cortante ayer cuando le mencioné a Michael Ramsden —dijo Banks, cambiando el enfoque—. ¿Hay alguna razón en particular por la que él le desagrada?

—No me desagrada, si apenas lo conozco. Estuvo un par de veces con Harry en The Bridge, y fue muy agradable. Pero supongo que percibí algo ladino en su carácter y me alejé; aunque ésa es una reacción personal de poca importancia, no tiene por qué significar nada.

—Supongo que usted sabe de la antigua relación entre Penny y Ramsden.

—Sí, y no voy a negarle que sentí el ligero ataque de celos que siente todo amante. Y ya que tocamos el tema, es posible que también envidiara su relación con Harry, parecía muy fluida, muy íntima. Pero no soy dueño de las emociones de Penny. Y en cuanto a Ramsden, pues... eso fue hace años, cuando eran dos adolescentes.

—¿Dónde estaba usted entonces?

—¿Cuándo? ¿La noche del 12 de febrero de 1963, entre las...?

—... usted sabe a lo que me refiero.

—¿Hace diez años?

—Sí.

—Por entonces vivía en Londres, en un tugurio de Notting Hill escribiendo novelas verdaderas que nadie compraba. Pero Penny no estaba aquí cuando llegué por primera vez a Gratly, nos conocimos cuando ella regresó. Aunque una vez la vi tocar en el sur...

—¿Por qué cree que rompieron Ramsden y Penny?

—¿Cómo puedo saberlo? No es algo que me haya planteado, ¿pero por qué rompe cualquier pareja de jóvenes? Habrá sido porque sentían que tomaban direcciones distintas. Por el amor de Dios, si sólo eran unos crios.

—Era la época en que Michael aún vivía en casa de sus padres, ¿no es cierto? La misma casa que Steadman y su mujer solían visitar durante sus vacaciones.

—Así es —contestó Barker—. Hace diez años, Ramsden estaba a punto de ir a la universidad. Por entonces Penny empezaba a reconocer su propio talento. Harry me contó que le enseñó algunas canciones folclóricas que él mismo había ido recopilando.

—Y los crios se alejaron...

—Michael se marchó a la universidad y Penny empezó a viajar por todas partes con su grupo. En esa época, ese tipo de folk todavía tenía su público. En realidad todavía lo tiene, hay un público numeroso al que esa música le interesa.

—¿Cómo fue descubierta Penny?

—Hasta donde yo sé, fue de la manera habitual. Un representante de una discográfica andaba por las provincias buscando músicos de folk con talento. El tipo le ofreció la oportunidad de grabar una maqueta, y Penny empezó su andanza. Y como suele decirse, lo demás ya es historia.

—¿Le ha contado ella algo sobre su pasado, sobre la época que pasó lejos de aquí?

—No mucho, la verdad. —A pesar de sí mismo, Barker se estaba interesando en la conversación. Se sirvió más café y Banks gorroneó otro pitillo—. Inspector jefe, estoy seguro de que usted sabe que hay etapas en nuestras vidas de las que no estamos orgullosos precisamente. A menudo las circunstancias nos ofrecen la oportunidad de comportarnos de forma negligente e irresponsable y la mayoría de nosotros lo hacemos. Me apena admitir que alguna vez fui un muy joven «teddy boy» y que arranqué más de una butaca del teatrucho local. —Barker sonrió—. No va a detenerme, ¿verdad?

—Creo que según la ley su delito de «arrancar butacas» ha

prescrito ya —repuso Banks con una sonrisa—. Además, sería bastante difícil de probar.

—Usted me hace sentir muy viejo —suspiró Barker—. Pero entiende lo que intento decir, ¿verdad? Penny no sólo era joven e inexperta, sino que, y además, por primera vez en su vida tenía una posición económica desahogada, era popular y admirada por sus «amigos artistas». No dudo de que haya probado las drogas y de que haya disfrutado del sexo sin darle mayor importancia. «Haz el amor y no la guerra», como solía decirse. Pero lo importante es que creció, que dejó atrás todo aquello y tomó las riendas de su vida. Mucha gente no sobrevive en ese mundillo de la música, ¿sabe? Pero Penny lo logró. Lo que me gustaría saber es por qué le obsesiona tanto lo que ocurrió hace diez años.

—No lo sé —dijo Banks, rascándose la cicatriz que le bordeaba el ojo—. Todos hablan demasiado bien de Steadman. Da la impresión de que no tenía ni un enemigo en el mundo, y sin embargo alguien lo asesinó. ¿No le resulta raro? No le habían robado, y cargaron con su cadáver hasta un alto en la ladera de Crow Scar. Tampoco sabemos dónde murió. Supongo que lo que quiero decir, señor Barker, es que si la respuesta no está en el presente, y al parecer no lo está, entonces debe de estar en el pasado, por más improbable que le resulte.

—Y con tanta información de fondo, ¿ha obtenido ya alguna pista?

—No hasta el momento. Ninguna. Pero hay una cosa más que no deja de darme vueltas en la cabeza. ¿Es posible que Harold Steadman fuese homosexual?

Barker casi escupió el café.

—Esa sí que se lleva la palma —barbotó Barker, limpiándose el líquido que se había derramado sobre sus rodillas—. ¿De dónde diablos sacó esa idea?

Banks no vio razón para explicarle que la había obtenido del sargento Hatchley, quien en el Queens Arms y con su elegancia habitual había comentado: «Volviendo a Steadman y a sus viajes de fin de semana a casa de Ramsden, ¿no sería marica el profe?».

Banks admitió que nunca había contemplado esa posibilidad. Había creído a pie juntillas lo de la dedicación de Steadman a su trabajo,

que sus visitas para pasar la noche en casa de Ramsden tenían su razón de ser en lo que le editor y la señora Steadman le habían contado.

—Suponiendo que estuvieras en lo cierto —le había dicho Banks a Hatchley—, tampoco eso nos ayuda mucho, ¿no crees? Su mujer no pudo haberlo matado por despecho, tiene coartada. Y Ramsden no iba a matar a su amante, aunque hubiese tenido tiempo de hacerlo.

—Pero pudieron haberlo chantajeado —había sugerido Hatchley—. Steadman era rico.

—Es una posibilidad. ¿Pero quién lo haría?

—Cualquiera que lo conociese: Barker, la chica, Barnes, uno de sus viejos colegas de Leeds.

—De acuerdo, lo comprobaremos —había dicho Banks—. Investiga en Ramsden y yo preguntaré un poco más en Helmsthorpe. Pero yo no me haría ilusiones, mi intuición me dice que los tiros no van por ahí.

«¿Cómo se le pregunta a alguien si su amigo es homosexual?», pensó Banks. ¿A bocajarro? ¿Cómo iban a saberlo? Lógicamente, Penny supondría que Ramsden era heterosexual si lo había sido diez años antes. Pero también existía la posibilidad de que ella supiera más sobre los hábitos sexuales de Steadman de lo que había revelado.

Ahora Banks se encontraba en el estudio de Barker, esperando a que éste se repusiera del *shock* y respondiera su pregunta. Cuando finalmente lo hizo fue una desilusión. El escritor simplemente negó esa posibilidad y sólo admitió que, por más descabellado que sonara, todo era posible, pero que eso no significaba que fuera cierto.

—Oiga —dijo Barker inclinándose hacia Banks—. Me hago cargo de que debo de ser uno de los sospechosos en este asunto. No tengo coartada y soy incapaz de convencerle de que no tenía nada en contra de Harry. Y para que conste, tampoco soy gay. Pero le aseguro que no lo maté. Estoy completamente dispuesto a ayudar en todo lo que pueda, pero no sé cómo. Ahora bien, si me permite una opinión, le diré que creo que algunas de las direcciones que está tomando me parecen bastante tontas.

—Entiendo que lo vea así —dijo Banks—. Pero la última palabra

sobre qué es relevante y qué no, la tengo yo.

—Seguramente usted recogerá información aquí y allá y armará el puzzle. Sí... supongo que tiene razón. Todos nosotros somos ciegos que tocan sólo una parte del elefante, ¿verdad? Pero usted consigue ver la bestia entera.

—Al final, sí. AI menos eso espero —dijo Banks, sonriendo por la analogía—. ¿En qué está trabajando, o no le gusta hablar de una obra inacabada?

—No me molesta. De hecho, acaba de darme una idea, creo que puedo usar lo de armar el puzzle. Estoy escribiendo otro libro de la serie de Kenny Gibson. ¿Ha leído alguno?

Banks negó con la cabeza.

—Claro que no —dijo Barker—. A estas alturas ya debería de saber que muy pocos policías leen historias de detectives. Como le iba diciendo, Kenny Gibson en un detective privado de Los Ángeles. Son historias de género, situadas en los años treinta. La mayor parte de la información de contexto la obtengo de Raymond Chandler y de las viejas revistas *Black Mask)* ¡pero no se lo diga a nadie! En esta ocasión, Kenny trabaja para una mujer de alta sociedad cuyo marido ha desaparecido. La trama ya está resuelta; lo realmente difícil es crear los personajes y la atmósfera.

—¿Todo sexo y violencia?

—Lo bastante para vender un par de millares de ejemplares.

—Sólo por curiosidad —preguntó Banks mientras se ponía de pie para marcharse—, ¿ya tiene resuelta por adelantado toda la trama *y* la resolución?

—Dios bendito, no —explicó Barker mientras bajaban las escaleras —. La trama se va resolviendo por sí sola mientras escribo. Eso espero, al menos. Y si va bien, con cada giro de la historia, van quedando cada vez menos opciones hasta que ya no quedan dudas de quién es el criminal. Nunca estoy seguro de lo que va a ocurrir al día siguiente. Si no fuera así, resultaría aburrido, ¿no cree?

—Es posible que sea así en los libros, en la ficción —respondió Banks—. Pero en la vida real... pues no estoy tan seguro. Sería muchísimo más fácil saber quién es el criminal sin tener que escribir

todo el libro y cometer tantos errores por el camino. Gracias por recibirme, de todos modos.

—Ha sido un placer —dijo Barker.

Y Banks llegó hasta su coche encogiéndose bajo la lluvia.

II

En High Street, Banks avistó a Penny Cartwright entrando a toda prisa en The Bridge. Tras consultar su reloj y su estómago, decidió que su hora de comer había pasado hacía ya tiempo. Pero si al encargado aún le quedaba algo, un pastel y una pinta no le vendrían nada mal.

Penny se encontraba junto a la barra sacudiendo el paraguas cuando por encima del hombro se percató de la entrada de Banks.

—¿Acaso una dama no puede dar rienda suelta a sus necesidades alcohólicas sin que aparezca la policía? —dijo secamente.

—Desde luego —le repuso Banks—. De hecho, sería un honor que aceptara comer conmigo, aunque sea quizá un poco tarde.

Penny lo miró a través de unos ojos como rendijas.

—¿Por negocios o por placer, inspector?

—Por charlar un poco.

—En su idioma, «charla» debe de significar «interrogatorio», pero acepto. Debo de ser una idiota. Usted invita.

Tuvieron suerte y les sirvieron dos pasteles de carne y champiñones. Penny pidió un whisky doble.

—¿Por qué no arreglarán este sitio? —preguntó él frunciendo la nariz y mirando alrededor.

—¿Por qué iban a hacerlo? Nunca pensé que usted fuera uno de esos que esperan que todo esté cubierto de adornos de caballerizas y orinales de bronce.

Penny apoyó el paraguas junto a la chimenea, se sentó y se sacudió el pelo.

—Siempre pensé que esos chismes eran calientacamas... —bromeó Banks—. Pero no, no soy así en absoluto. Prefiero que en suelo haya escupideras y serrín. Sólo pensaba que el dueño debería considerar que a la larga una reforma se traduciría en más clientes.

—¡Por favor, inspector Banks! Veo que usted todavía no se ha convertido en un verdadero hombre de Yorkshire. A los de aquí no nos molesta un poco de polvo, lo que cuenta para nosotros es la buena compañía y la cerveza. Y aquí uno tiene la certeza de encontrar ambas cosas.

Banks sonrió y aceptó la crítica con un suspiro de humildad.

—Dígame, ¿qué es lo que necesita saber esta vez? —preguntó Penny, al tiempo que encendía un cigarrillo y se reclinaba en su silla.

—Anoche disfruté de su actuación, me gustaron las canciones. Tiene usted una voz preciosa.

¿Era rubor lo que había visto? Banks no podía asegurarlo, pues la luz de la sala era demasiado tenue. Pero ella titubeó al aceptar el cumplido, y sin duda estaba avergonzada.

Llegaron los pasteles y ambos dieron un par de mordiscos sin decir palabra. Banks reinició la conversación.

—Estoy atascado, no he adelantado nada. Y ahora ha desaparecido una jovencita.

Penny frunció el entrecejo.

—Sí, me he enterado.

—¿La conoce? ¿Qué cree que pudo haber pasado?

—Conozco un poco a Sally, sí. Ella siempre ha estado interesada en el gran mundo que hay ahí fuera. Creo que el hecho de que yo haya abandonado ese mundo y haya regresado aquí la decepcionó. Pero no me la imagino huyendo de esa manera, siempre me pareció una chica sensata. Como yo, ha nacido y se ha criado en esta zona y conoce estos campos como la palma de su mano. Así que dudo de que se haya extraviado.

—¿Y eso significa...?

—Mire, prefiero no pensarlo. En las ciudades una oye hablar de chicas que desaparecen a menudo. Pero aquí... —Penny se estremeció—. Supongo que podría significar que hay un maníaco entre nosotros. Dígame, además de invitarme a comer, ¿qué está haciendo la policía al respecto?

Era la segunda vez que le hacían la misma pregunta y a Banks le deprimía tener tan poco que contestar. Pero Penny conocía aquel clima, sabía que Swainsdale se convertía en un sitio peligroso, y

entonces se mostró sorprendentemente comprensiva con la frustración de Banks.

Permanecieron en silencio unos instantes, y una vez más volvieron la atención hacia la comida. Cuando hubieron terminado, Banks dejó cuchillo y tenedor y miró a Penny:

—Háble me de su padre.

—Usted suena como un maldito psiquiatra. ¿Qué pasa con mi padre?

—Usted debe saber mejor que nadie hasta qué punto puede exaltarse.

—Quizá yo le diera motivos.

—¿Se refiere a la ciudad, a la vida loca?

Penny asintió.

—Sinceramente, usted lo hace sonar mucho peor de lo que fue. ¿Qué hubiera hecho usted en mi lugar? Todo era nuevo, tenía dinero y estaba rodeada de gente que yo creía que eran mis amigos. Fue una época emocionante, todos intentaban hacer cosas nuevas sólo por divertirse. Cuando me marché, mi padre dejó de hablarme. Yo no podía explicárselo, en casa todo resultaba demasiado claustrofóbico. Sin embargo, cuando regresé él fue amable conmigo y me ayudó a establecerme en mi nueva casa de campo. Y se ha erigido en mi protector, eso también es cierto. Y también es cierto que tiene muy mal carácter, pero es inofensivo. Hablando en serio, usted no sospechará realmente que él le hizo eso a Harry, ¿o sí?

Banks negó con la cabeza.

—Ya no. Fue muy bien planeado para considerarlo un crimen de ese tipo. Sólo quería saber cómo veía usted todo este asunto. Cuénteme más acerca de Michael Ramsden.

Aturullada, Penny alargó la mano y cogió otro cigarrillo.

—¿Qué quiere que le diga?

—Usted solía salir con él, ¿no? ¿Puedo coger uno de los suyos?

—Por supuesto —Penny le ofreció un Silk Cut—. Usted ya sabe que salí con él. ¿Qué importancia tiene? Hace años de eso. Fue en una vida anterior.

—¿Estaba enamorada?

—¿Enamorada? Es fácil enamorarse a los dieciséis, especialmente

cuando todos quieren que así sea. Michael era el chico más inteligente del pueblo y yo la niña talentosa. Fue la única pareja a la que mi padre no se opuso. De hecho, sigue echándome en cara que no nos hayamos casado.

—¿Pensó usted en casarse?

—Hablamos de comprometernos como lo hacen todos los jóvenes, pero no pasó de ahí. Oiga, yo era joven e inocente, y Michael era un crío. Eso es todo.

Penny se removió en su silla y echó la melena hacia atrás, por encima de los hombros.

—¿Fue una relación muy sexual?

—No es de su puta incumbencia.

—¿Fue él quien la dejó?

—Nos fuimos alejando.

—¿Y nada más?

—Eso es todo lo que va a averiguar.

Penny se puso en pie para marcharse, pero Banks estiró la mano y la cogió del brazo. Ella lo miró furiosa; y él la soltó como si hubiese recibido una descarga eléctrica. Ella se frotó el músculo.

—Lo siento —dijo él—. Por favor, siéntese, todavía no he acabado. Entiendo que piense que sólo husmeo en su vida privada porque me divierte, pero no es así. Me importa un pimiento con quién se ha acostado y con quién no, qué drogas ha tomado y cuáles no... a no ser que algo de eso esté relacionado con el asesinato de Harold Steadman. ¿Le ha quedado claro? Ni siquiera me importa cuánto hachís está fumando en la actualidad.

Penny lanzó a Banks una mirada sagaz. Finalmente asintió.

—Entonces, por qué rompieron? —preguntó Banks.

—Invíteme a otra y se lo cuento.

—¿De lo mismo? —preguntó Banks

Penny asintió, y mientras él alejaba hacia la barra, exclamó:

—¡Pero no le prometo que vaya a ser interesante!

—Nuestra relación no tenía nada de madura —empezó contando ella cuando Banks hubo regresado con una pinta y un whisky doble —. Ninguno de los dos iba a darse cuenta de cómo era lo nuestro hasta que apareciera otra cosa.

—¿Otro hombre?

—No. Faltaba mucho tiempo para eso, mucho tiempo.

—¿Se refiere a cuando Michael se marchó a la universidad y usted emprendió su carrera de cantante?

—En parte, sí. Pero no fue tan sencillo.

—No la entiendo.

Penny frunció el ceño, como si acabara de pensar en algo o intentara atrapar la sombra fugaz de un recuerdo.

—No sé qué más decirle, nos fuimos alejando. Ocurrió hace diez años, en verano, un verano tan tórrido como éste. Le advertí de que no sería interesante.

—Pero tuvo que haber una razón.

—¿Por qué quiere saberla?

—Porque creo que el secreto de la muerte de Steadman está enterrado en el pasado, y quiero averiguar cuanto me sea posible sobre aquella época.

—¿Por qué está tan convencido?

—Las preguntas las hago yo. ¿La dejó porque usted no quería tener relaciones con él?

Penny soltó un hilo de humo.

—Así es, no me dejé follar. —La palabra pretendía escandalizar a Banks—. ¿Eso quería oír?

—Dígamelo usted.

—Maldita sea, qué insufrible se pone esto. Coja —y le lanzó otro pitillo—. Quizá el sexo tuvo algo que ver, Michael se estaba poniendo muy pesado. Quizá debí dejarme, no lo sé... estoy segura de que estaba preparada. Pero entonces él empezó a volverse más retraído y distante, y yo también empecé a cambiar. Comencé a cantar en los pubs del pueblo y él a estudiar para irse a la universidad. Harry y Emma se quedaron bastante tiempo, hacía calor, mucho calor. Tanto que Emma apenas salía, porque se le quemaba la piel con mucha facilidad. Harry y yo pasábamos bastante tiempo en el campamento romano que hay cerca de Fortford. Por entonces, acababan de empezar a excavarlo. Y también salíamos a dar paseos, largos paseos bajo el sol.

—¿Michael los acompañaba?

—A veces. A él no le interesaban mucho esos temas. Acababa de descubrir los placeres de la literatura inglesa. Para él sólo existían Shelley, Keats, Wordsworth y D. H. Laurence. Estuviera con nosotros o no, se pasaba la mayor parte del tiempo con las narices metidas en un libro. Al menos cuando no intentaba meterme mano por debajo de la falda.

—Debió de ser la influencia de Laurence.

Los labios de Penny temblaron hasta convertirse en una breve sonrisa. Se llevó la mano a la frente y se echó el pelo hacia atrás.

—¿Y la señora Steadman?

—Ya le he dicho que a ella no le gustaba el sol. Si salíamos en coche, a veces venía y se sentaba a un lado de la carretera bajo una sombrilla improvisada mientras nosotros hacíamos un picnic como los de los personajes de Jane Austen. Pero a ella tampoco le interesaban los romanos ni las tradiciones foldóricas. Quizá no era el más feliz de los matrimonios, no lo sé. No tenían demasiado en común, pero se soportaban y no creo que se faltasen el respeto. Lo cierto es que Harry no hubiera debido casarse, estaba demasiado consagrado a su trabajo. Casi todos mis recuerdos son de él y de mí escalando los páramos y nombrando las flores silvestres.

Banks calculó que por entonces Steadman debía de tener unos treinta y tantos y Penny dieciséis. No era una diferencia de edad tan grande para impedir que se sintiesen atraídos. Más bien todo lo contrario: él tenía la edad perfecta para atraer a una chica de dieciséis. Además, Steadman, en su estilo de académico, había sido un hombre bien parecido hasta el final.

—¿Sentía usted un enamoramiento adolescente por Harry? —le preguntó Banks—. Hubiera sido perfectamente normal...

—Puede ser. Pero ante todo, y esto es algo que a usted le cuesta mucho entender, Harry no era de esa clase de hombres. No era un tipo sexy, sino una especie de tío mayor. Supongo que le costará creerlo, pero es la verdad.

«Si no doy crédito, no es porque no hayan intentado convencerme de ello», pensó Banks.

—¿No cree que Michael podría haber visto la relación entre Steadman y usted de forma distinta? —sugirió—. Como una

amenaza, digamos. Al fin y al cabo, Steadman era un hombre mayor y con más experiencia. ¿No habrá sido por ello por lo que Michael se mostraba esquivo?

—No podría decirle si Michael lo veía así.

Banks no sabía si creerla o no. Penny mentía y evitaba ciertos temas con tanta frecuencia que Banks empezaba a convencerse de que, además de cantante, aquella mujer era actriz.

—Pero es posible, ¿no?

Ella asintió.

—Supongo que sí. Pero Michael nunca me comentó nada. Lo normal hubiera sido que lo dijera, ¿no cree?

—¿No discutían? ¿Nunca le recriminó las salidas con Harry? ¿No insistía siempre en acompañarles?

Penny contestó a cada pregunta con un gesto negativo de su cabeza.

—Era muy tímido y muy torpe —dijo ella—. Le costaba mucho expresarse emocionalmente. Si alguna vez pensó algo así, se lo tragó y sufrió en silencio.

Banks dio un trago a su cerveza Theakston, rumiando sobre cómo plantear la siguiente pregunta. Penny le ofreció otro Silk Cut.

—Si no me equivoco en mi juicio, inspector, lo que usted sugiere es que Michael Ramsden pudo haber matado a Harry.

—¿De veras?

—Déjese de tonterías. ¿A qué vienen todas esas preguntas sobre sus celos?

Banks no contestó.

—Se hicieron grandes amigos, ¿sabe? —prosiguió Penny—. Harry ayudó mucho a Michael cuando éste se graduó y se interesó por la historia de la región. Y a su vez Michael persuadió a su editorial para que publicara los libros de Harry. Era mucho más que una simple relación entre autor y editor.

—Eso me preguntaba yo —interrumpió Banks—. ¿Hay alguna posibilidad de que existiese una relación homosexual entre ambos? Sé que le resultará extraño, pero piénselo.

Al contrario que Barker, Penny se tomó muy en serio la pregunta antes de concluir que lo dudaba mucho.

—Será mejor que no se trate de un truco —dijo ella—. Espero que no esté intentando tenderme una trampa para que admita un conocimiento íntimo de las preferencias sexuales de Harry.

Banks se rió.

—No soy ni la mitad de artero de lo que usted se figura. Penny entrecerró los ojos.

—No estoy tan segura. Sea como fuere, no podría ayudarle. Una puede creer saberlo todo sobre un amigo al que conoce desde hace años, pero la realidad no es así. Es posible que Harry haya sido gay, no tengo forma de saberlo. Michael, por otra parte, parecía un adolescente normal, aunque no hay razón para que no fuera bisexual. ¿Quién puede asegurarlo en estos tiempos?

Penny tenía razón. Banks había conocido a un sargento de la Policía Metropolitana de Londres durante seis años —un hombre casado y con dos niños—, y durante la investigación de su suicidio se enteró de que el hombre había sido homosexual.

—Parece que usted todavía cree que Michael lo hizo —dijo ella—. De hecho, nos sigue acosando a todos los amigos de Harry. ¿Por qué nos hostiga? ¿Qué me dice de sus enemigos? ¿No hubiera podido matarlo alguien que simplemente pasaba por aquí?

Banks negó con la cabeza.

—Contrariamente a lo que la gente cree, son muy pocos los crímenes que ocurren de ese modo —dijo—. Creo que el mito del «asesino viajero» lo inventó la aristocracia para mantener alejadas las sospechas de ellos mismos. La mayoría de las veces, la gente muere a manos de familiares o amigos, y los motivos suelen ser el dinero, el sexo, la venganza o la necesidad de ocultar hechos perjudiciales. En el caso de Harold Steadman, no encontramos ninguna evidencia de que le hubiesen robado, y hasta ahora no hemos tenido éxito a la hora de desenterrar a ningún enemigo del pasado. Y créame, señorita Cartwright, solemos cavar hondo. Hemos estado comprobando las coartadas de todas las personas fuera del círculo inmediato de Harold que pudieran tener una razón para asesinarlo, por remota que fuera. Lo cierto es que no hay tanta gente que vaya a campo traviesa reventándole la cabeza a un desconocido sin ninguna razón. Hasta ahora, las estadísticas y las

pruebas señalan a alguien mucho más cercano. Según ustedes, sin embargo, Steadman era demasiado puñeteramente perfecto para tener enemigos, así que dónde se supone que debo buscar. Es obvio que era un hombre mucho más complicado de lo que la mayoría se atreve a admitir, y su entorno de relaciones tampoco era nada sencillo. Su asesinato no fue algo improvisado. O por lo menos el asesino tuvo tanto miedo, o tanta sangre fría, para mover de lugar el cadáver con la intención de despistarnos.

—Y no va a dejar de acosarnos hasta que averigüe quien lo hizo...

—No.

—¿Está cerca de averiguarlo?

—No puedo saberlo. En cualquier caso, no es así como funcionan mis pesquisas. No se trata de llegar cada vez más cerca, como una lente de aproximación, sino de reunir las suficientes pistas, por aquí y por allá, para transformar el caos en un patrón reconocible.

—¿Y sabe cuándo ha acabado?

—Sí. Pero la llegada de ese momento no se puede predecir. Podría ocurrir en los próximos diez segundos o en los próximos diez años. No se sabe qué aspecto tendrá el patrón hasta que aparece, así que en un principio quizá ni llegue a reconocerlo. Pero tarde o temprano uno ve que lo que tiene delante es un patrón y no un archivador lleno de datos sueltos.

—¿Qué me dice del motivo económico? —preguntó Penny—. Harry tenía mucho dinero.

—No hizo testamento, lo cual fue una tontería por su parte. Lógicamente todo irá a parar a manos de la señora Steadman. A nosotros nos hubiera convenido que se lo dejara todo al Patrimonio Nacional, así hubiéramos podido detener al primer conservacionista que encontráramos, pero la vida no es tan sencilla como la ficción. Parece ser que en este caso el motivo y la oportunidad no van juntos.

—Pues ése es su problema, ¿no?

—Efectivamente. ¿Ya ha entendido por qué les doy tanto la lata?

—Con toda claridad, gracias —contestó Penny, ofreciéndole a Banks una reverencia de mentirijillas.

—Parece que no ve mucho a Michael últimamente...

—No, no muy a menudo, sólo a veces en The Bridge. Siempre se portó de forma extraña desde que lo dejamos. Usted no sugerirá que Michael sigue enamorado de mí, ¿verdad? A ver si lo he pillado: él creía que Harry y yo estábamos teniendo una aventura, y por eso nos dejó el campo libre, pero desde entonces nos ha guardado rencor. Y con los años fue ganándose la confianza de Harry a la espera de poder librarse de él. Y finalmente logró vengarse. ¿Es algo así o me equivoco?

Banks rió, pero su risa sonó hueca. Quizá Ramsden tenía un motivo importante, pero se hubiera visto impulsado a crear una oportunidad. Antes que nada, difícilmente hubiera venido hasta Helmthorpe a merodear toda la noche por el aparcamiento esperando a Steadman, aunque tuviera la certeza de que aparecería por allí. Y si Steadman había ido a York, ¿cómo regresó su coche hasta Helmthorpe? Ramsden hubiera tenido que conducir dos vehículos, pues hubiera necesitado el suyo para regresar a la ciudad. Los autobuses no circulan a esas horas de la noche y él no se hubiera arriesgado a pedir un taxi.

—Es ridículo —dijo Penny, como si hubiese estado escuchando los pensamientos de Banks—. Comprendo lo que quiere decir cuando dice que está atascado.

Ella acabó la bebida, apoyó el vaso y se incorporó para marcharse.

Banks se quedó solo, viéndolo todo negro y desesperado por fumarse otro pitillo. En ese momento llegó Hatchley. Venía con dos cervezas y se acomodó en la silla que Penny había ocupado.

—¿Alguna novedad? —dijo Banks.

—Los hombres de Weaver han hablado con alguien que vio a Sally Lumb en la cabina telefónica de Hill Road el viernes a las cuatro de la tarde —informó Hatchley—. Y alguien más dice haberla visto andando por la calle principal de Helmsthorpe alrededor de las nueve de la noche.

—¿En qué dirección?

—Hacia el este.

—Podía dirigirse a cualquier sitio.

—Excepto al oeste —apostilló Hatchley—. Por cierto, he estado hablando con un amigo mío que vive en York. Suele estar informado

de todo los que hacen los maricones y pervertidos de la ciudad, pero no ha oído nada en absoluto sobre Ramsden. Nada de nada.

—No creí que fuera a averiguar nada —dijo Banks en tono lúgubre—. Estamos errando el tiro, sargento.

—Puede que sí. Pero entonces ¿quién nos va a ayudar a dar en el blanco?

Banks se quedó observando cómo la lluvia chorreaba por el cristal de la ventana.

—¿Crees que ambas cosas están vinculadas? —suspiró—. ¿Lo de Steadman y lo de Sally Lumb?

Hatchley se secó la boca con el dorso de la mano y eructó.

—Es una coincidencia muy grande, ¿no cree? La chica tiene la única información certera de cuando se deshicieron del cuerpo de Steadman y entonces desaparece de repente.

—Pero ya nos había dicho lo que sabía...

—¿Pero el asesino lo sabía? —preguntó Hatchley.

—No tiene mucha importancia, ¿no crees? Ni siquiera sabía que alguien lo había oído enterrar a Steadman debajo de Crow Scar, a no ser que...

—...a no ser que la chica se lo dijera.

—Efectivamente. Ya fuese de modo intencional o de cualquier otra manera. Pero eso significa que ella sabía más de lo que nos dijo. Sabía de quién se trataba.

—No si lo hizo con otra intención —señaló Hatchley—. Una chica así se lo cuenta a todas sus amigas y quizá les da a entender que sabe más de lo que ha dicho... Recuerde que estamos en una aldea muy pequeña. Esto no es Londres, es fácil que por aquí alguien lo oiga a uno. Los cotilleos corren como un reguero de pólvora.

—La cafetería.

—¿Eh?

—Ella y sus amigas se encontraban en la cafetería. Acompáñeme, tengo que volver a interrogar a esas chicas. Si están enteradas de lo que sabía Sally, ellas también corren peligro. Yo no quise que creyeran que Sally también había sido asesinada, que su desaparición estaba relacionada con la muerte de Steadman, pero ya no hay tiempo para andarse con sutilezas.

Hatchley se acabó el resto de la cerveza de un trago. Se incorporó como pudo, y lenta y pesadamente salió detrás de Banks.

DIEZ

I

Anne Downes estaba tan nerviosa como entusiasmada de encontrarse en comisaría. No es que fuera nada del otro mundo, pero bullía de actividad importante: la gente iba y venía, sonaban teléfonos, el télex prehistórico repiqueteaba. Las otras dos chicas prestaban menos atención al entorno, parecían más preocupadas por su propia incomodidad. Hazel era la que más lo acusaba: se mordía las uñas y se movía sin cesar, como si tuviera el mal de san Vito. Kathy, repantingada, simulaba que aquello ni le iba ni le venía, pero se estaba mordiendo el labio inferior con tanta insistencia que se le había puesto rojo.

La agente había sido muy amable al recogerlas en la cafetería y trasladarlas en coche durante el corto recorrido que las separaba de comisaría, y aquel inspector jefe bajo y atractivo les había sonreído asegurándoles que no las retendría demasiado. Sin embargo, todas sabían que algo raro ocurría.

La primera a la que llamaron al interior de la mínima sala de interrogatorios fue Anne. Las paredes estaban vacías y las dos sillas y la mesa hacían que la estancia pareciera demasiado amueblada. Era el tipo de espacio que producía claustrofobia.

Banks se ubicó al otro lado de la mesa y en el rincón, junto a una ventana estrecha y con barrotes, se plantó una agente libreta en mano.

—Sólo quiero hacerte un par de preguntas, Anne —empezó diciendo Banks.

Desde detrás de los gruesos cristales de sus gafas, ella lo miró perpleja y asintió.

—Antes de empezar, supongo que sabes por qué he querido veros de nuevo...

—Sí —respondió Anne—. Porque cree que han asesinado a Sally por algo que sabía.

A Banks le desconcertó la franqueza de la joven, y le preguntó cuál era su opinión.

—Yo diría que es posible, sí —contestó Anne con su joven ceño fruncido por la reflexión—. Ya le dije que no creo que haya huido ni que se haya extraviado, así que no quedan muchas opciones donde escoger, ¿no cree? Especialmente con todo lo que ha pasado.

«Esta chica podría ser una buena detective», pensó Banks: «Rápida, intuitiva, lógica.»

—¿Tienes alguna otra idea? —preguntó él.

—Quizá me equivoqué —dijo Anne, empezando a titubear.

—¿En qué?

—Cuando dije que Sally era una bocazas, que tenía pájaros en la cabeza. Quizá sí sabía algo, quizá creyó que podía hacerse famosa si investigaba el asunto por su cuenta.

—¿Por qué iba a hacer eso?

Anne se acomodó las gafas y negó con la cabeza. Los gruesos cristales magnificaron las lágrimas que empezaban a formarse en sus ojos.

—No lo sé —dijo.

—¿Te dijo algo? ¿Cualquier cosa que sugiriera que sabía de quién se trataba? Piénsalo bien, puede ser cualquier cosa.

Anne pensó y repensó, aguantándose para no llorar:

—No, sólo insinuó que sabía cosas, que había resuelto un misterio o algo así. Quiero decir, sí que dio a entender que sabía de quién se trataba, pero no nos dio nombres ni nada por el estilo. Dijo que quería asegurarse, que no quería causar problemas.

—¿Los padres de Sally tienen teléfono?

—Sí, hace años que se lo pusieron. ¿Por qué?

—¿Se te ocurre alguna razón por la que Sally llamaría desde una cabina pública el viernes por la noche?

—No.

—¿Ni siquiera si hubiese querido llamar a Kevin o a algún otro novio? Sé que los padres a veces no son muy comprensivos.

—Sally sólo salía con Kevin y sus padres lo sabían. No les gustaba del todo, pero es un chico muy bueno, así que no le montaban el numerito.

—¿Os comentó Sally adonde iría el viernes por la noche?

—Yo no sabía que fuese a ir a ningún lado.

—Muchas gracias, Anne —dijo Banks.

La agente la acompañó fuera y regresó con la siguiente: Kathy Chalmers. A esas alturas Kathy estaba preocupada, pero no lloraba. Y aunque parecía comprender vagamente la razón de todo aquello, no tenía nada que añadir.

Sin embargo, la última de las jóvenes, se comportó de modo muy distinto. Al igual que las otras, Hazel Kirk sabía lo que ocurría pero fingía ignorancia. Dijo que ni siquiera podía recordar si Sally había mencionado algún conocimiento sobre la identidad del asesino. Cuanto más la interrogaba Banks, más inquieta y nerviosa se ponía ella. Al final rompió a llorar y le dijo a Banks que la dejara en paz. El inspector hizo señas a la agente, que se acercó para consolarla, y ambas abandonaron la habitación.

El sargento Hatchley estaba sentado al borde del escritorio de Weaver, revisando los informes de la policía provincial y las autoridades ferroviarias. Al ver aproximarse a Banks levantó la vista:

—¿Hubo suerte?

Banks negó con un gesto.

—La más inteligente era la primera, y ni siquiera ella pudo decirme nada. Pero confirmó mis sospechas. Si Sally creía conocer la identidad del asesino y organizó una cita, podemos estar casi seguros de lo que le pasó. Debía de ser alguien conocido, alguien que no le daba miedo. Tiene que haber un motivo, maldita sea, y debemos tenerlo delante de nuestras narices.

Banks dio un puñetazo en el escritorio, sorprendiendo a Hatchley con aquella repentina explosión de violencia. Aquello recordó al sargento que su superior provenía de una estirpe dura. No era un intelectual, estaba acostumbrado a la acción.

—¿Tienes un cigarrillo?

—Creí que lo había dejado porque prefería chupar esa pipa —dijo Hatchley, entregándole su paquete de Senior Service.

—He dejado la pipa. Nunca me acostumbré al maldito chisme.

Hatchley sonrió y le dio fuego.

—Entonces, jefe, sugiero que empiece a comprarse su propio

tabaco.

La puerta de la sala de interrogatorios se abrió y salió Hazel Kirk. Más tranquila ya, se reunió con sus amigas, que la esperaban cuchicheando y preguntándose qué sucedía. La agente, algo preocupada, se plantó en el quicio de la puerta e hizo una seña a Banks para que se acercara.

—¿Qué pasa? —preguntó, cerrando la puerta tras de sí.

—Es la chica, inspector —dijo la agente—. La razón de que se pusiera así, pues... puede significar algo.

—No me deje en ascuas, continúe.

—Perdone, jefe. Se alteró porque Sally le había comentado que creía saber quién era el asesino. Cuando Hazel llegó a casa se lo comentó a sus padres. —La agente hizo una pausa. Banks dio una calada a su pitillo esperando que la mujer prosiguiera—. Sus padres se lo tomaron a broma y comentaron que Sally Lumb siempre había tenido una imaginación frondosa. Pero sucede que el padre de la chica había tenido un roce con Steadman unas semanas atrás, y Hazel creyó que quizá...

—Puedo imaginarme perfectamente lo que creyó —dijo Banks—. Pese a todas sus virtudes, Steadman era una molestia para más de un vecino. ¿Por qué fue esa vez? ¿Discusiones sobre terrenos, acusaciones de inmoralidad?

—¿Perdone?

—Disculpe, agente, no tiene importancia —dijo Banks—. Continúe. Déme los antecedentes.

—No mencionó nada, inspector. No quiso. Me han destinado aquí pero soy de Wensleydale, quizá Weaver pueda decirle algo más.

—Claro, claro. Muchas gracias, agente...

—... Smithies, inspector.

—Muchas gracias, agente Smithies —dijo Banks—. Ha hecho un buen trabajo tranquilizándola y logrando que nos confiara esa información.

Banks dejó a la agente sonrojándose en la sala de interrogatorios y se dirigió al escritorio de Weaver, que estaba al teléfono. Al ver a su superior, dio por terminada la llamada a toda prisa.

—Eran los meteorólogos de Reckston Moor, inspector —le aclaró—.

Dicen que durante las siguientes veinticuatro horas sería una locura enviar partidas de búsqueda a los páramos.

—Maldito clima norteño —gruñó Banks.

Hatchley, que escuchaba a espaldas de Banks, guiñó un ojo a Weaver, pero el agente lo ignoró.

—Dicen que el terreno está empantanado y que la lluvia tardará en escampar —dijo Weaver—. En las laderas de los valles la visibilidad es la peor posible. Allá arriba son todo páramos, inspector, en ambas direcciones, kilómetros y kilómetros de páramos.

—Lo sé —dijo Banks—. Y no hay nada que podamos hacer al respecto, ¿verdad? Sólo asegurarnos de estar preparados para salir en cuanto el tiempo mejore. ¿Has pedido helicópteros?

—Sí, el comisario Gristhorpe se está encargando de ello. Pero con este clima no pueden despegar.

—Claro que no. Oye, ¿conoces a la chica que salió de aquí hace unos minutos?

—Sí, Hazel Kirk —asintió Weaver.

—¿Sabes algo de su padre?

—Se llama Robert Kirk. Su familia esta aquí desde hace generaciones. Originalmente llegaron de Escocia.

—¿A qué se dedica?

—Trabaja en Noble's, en Eastvale. Ya sabe, la gran tienda de zapatos del centro comercial, el que está cerca de la estación de autobuses.

—Conozco la tienda. ¿Algo más?

—Es un tipo muy activo en la comunidad religiosa local, inspector —continuó Weaver—. Alguna gente cree que es un fanático. Habla de arder en el infierno y ese tipo de cosas, no sé si me entiende. Tiene una fuerte veta presbiteriana, y si quiere saber mi opinión, creo que la trajeron desde Escocia sus antepasados. El caso es que siempre anda escribiendo cartas a los periódicos oponiéndose a tanto sexo en la televisión. Su última manía es la campaña para prohibir los videoclips y para que apliquen la censura a la industria discográfica. No crea que tiene mucho apoyo por aquí, inspector. A nadie le importa ni una cosa ni la otra.

—¿Qué opinas de él?

—Que es un chiflado inofensivo.

—¿Seguro?

Weaver asintió.

—Nunca nos ha causado problemas, inspector. Y es muy religioso, no mataría ni a una mosca.

—La gente religiosa suele ser la más violenta. Los iraníes también son muy religiosos. De todos modos vete a hablar con él y pregúntale sobre qué discutió con Steadman.

—No hubo ninguna discusión, inspector —repuso Weaver—. Kirk se quejó al director del Instituto Eastvale de que las adolescentes pasaran tanto tiempo con alguien con unos principios morales tan relajados como los que tenía Harold Steadman.

—¿Qué?

—Es cierto —continuó Weaver sonriendo—. Alguna que otra vez Kirk había visto a Steadman con Penny Cartwright. Kirk, como poco, la consideraba la Ramera de Babilonia. No olvide que él ya vivía en Helmthorpe cuando Penny se largó la primera vez. Además de todos los rumores de incesto, para él trabajar en el mundo de la música es como Sodoma y Gomorra. De vez en cuando, Steadman acercaba a Hazel y a las otras chicas del instituto a sus casas en coche, las llevaba de excursión, las invitaba a su casa... Kirk protestó. Como es lógico, nadie se lo tomó en serio. Una noche en The Bridge, incluso los propios amigos de Steadman le estaban tomando el pelo a causa de ello.

—¿Por qué no me has contado esto antes? —preguntó Banks. Había algo gélido en su tono de voz que envió señales de peligro a Weaver.

—Pues... pues no me pareció importante, inspector.

—¿No te pareció importante? —repitió Banks—. Estamos investigando un asesinato, muchacho. ¿No te has enterado? Todo es importante. Y aunque no lo sea, está relacionado con la víctima y su entorno. ¿Lo has entendido?

—Sí, inspector —respondió Weaver con voz temblorosa—. ¿Es todo, inspector?

—¿No se te ocurre nada más?

—¿Cómo, inspector?

—¿No se te ocurre nada más de lo que debas informarme?

—No, inspector... me parece que no, inspector.

—Entonces, retírate. Vámonos, sargento Hatchley. Regresemos a la civilización.

—No cree que se ha pasado un poco, ¿jefe? —dijo Hatchley mientras ambos se subían los cuellos de los abrigos de camino al coche.

—No se va a morir.

—¿Cree que puede haber algo en este asunto de Kirk?

—No más de lo que había en el caso del comandante. A no ser que Kirk esté completamente loco, pero Weaver asegura que no lo está. Igual que en el resto de este caso, hay demasiados malditos rumores por sopesar; por eso es tan difícil diferenciar la verdad de las mentiras. Todo lo que sabemos de Kirk *y* del comandante Cartwright es puro chismorreo. Lo mejor será comprobar los antecedentes de Kirk, sólo por asegurarnos. Supongo que creería que Steadman intentaba corromper a su angelical Hazel.

—No le culpo —dijo Hatchley—. Con los vaqueros que usan las chavalas hoy en día... deben de ponérselos con calzadores.

Banks rió.

—Basta de pensamientos lascivos sobre las adolescentes, sargento.

—Ya —Hatchley—. Es una suerte que en nuestro oficio no nos detengan por lo que pensamos. Mire, jefe, ahí hay un estanco y está abierto.

II

El domingo por la tarde la lluvia escampó por completo; sin embargo las primeras partidas de búsqueda ya habían salido a media mañana. A esas horas apenas chispeaba, la visibilidad era buena y las nubes se habían dispersado augurando un día soleado. A pesar de las condiciones climáticas, muchos de los vecinos se habían mostrado dispuestos a salir el sábado, pero se les advirtió de que no lo hicieran.

La búsqueda del domingo fue coordinada por el comisario Gristhorpe, que había demarcado las zonas usando mapas

topográficos municipales y había designado una partida reducida a cada una de ellas. El comisario dirigía las operaciones desde la Jefatura Regional de Eastvale: a medida que iban llegando los informes, él iba sombreando el terreno inspeccionado.

Entretanto, continuaban las pesquisas en las grandes ciudades. En Newcastle, Leeds, Londres, Liverpool, Manchester, Birmingham y otras urbes, los agentes de a pie tanto como los de las patrullas, estaban atentos a cualquiera adolescente que respondiera a la descripción de la joven rubia, al margen de sus actividades de rutina. Se visitaron concienzudamente las compañías teatrales y escuelas de arte dramático. Hubo casos de personas que creían haber visto a la joven, pero se investigaron y resultaron ser falsos. En la zona de Banks, mientras tanto, se investigó a Robert Kirk, fue interrogado y lo dejaron marcharse. Para empezar, no sabía conducir y estaba claro que nadie había cargado con Harold Steadman desde Helmthorpe hasta Crow Scar.

El padre de Sally, encolerizado por el dolor había salido por su cuenta a buscar a su hija el sábado bajo la lluvia. Había recibido una carta de la Academia de Artes Escénicas Marion Boyars en la que decían estar encantados de aceptar a su hija como alumna. El correr de las horas y el clima empeoraron el reumatismo y el ánimo del hombre, que al día siguiente tuvo que guardar cama por orden del doctor Barnes. A pesar de las diferencias que existían entre él y su hija, Charles Lumb sabía que ella no había huido de casa; su ansiedad *y* su ira fueron convirtiéndose en resignación. Aunque las partidas dieran con ella, ¿en qué estado iban a encontrarla después de más de tres noches a la intemperie?

La primera zona en la que se buscó el domingo fue el ancho tramo de páramo al norte de Helmthorpe, por encima de Crow Scar. La decisión de Gristhorpe estuvo influenciada por el hecho de que el cadáver de Steadman había sido encontrado en las laderas del norte; pero además había concluido que, al fin y al cabo, aquélla era la zona más agreste de la campiña —más de diez kilómetros de páramos escarpados que la separaban del valle más cercano— y la que contaba con la mayor cantidad de escondrijos: minas abandonadas, canteras, cuevas subterráneas.

El único resultado de los esfuerzos de aquel domingo fue el accidente que sufrió un agente oriundo de Askrigg. El efectivo reclutado cayó en una carbonera de seis metros de profundidad.

Afortunadamente, su caída fue amortiguada por el agua y el barro, pero les llevó dos valiosas horas improvisar un aparejo con cuerdas y rescatarlo. En lo alto de los páramos, dos pequeñas partidas se empantanaron tanto que les fue imposible continuar. En todos los casos los grupos avanzaban con lentitud.

El lunes, las condiciones habían mejorado y el sol se había instalado en el cielo. Gristhorpe, que tenía los ojos rojos por estar despierto desde las cinco de la mañana, se encontraba sentado en la sala de comunicaciones registrando las llamadas que regularmente hacían las partidas para informar de novedades. El mapa que tenía ante sí se parecía cada vez más a un tablero de ajedrez. Aquélla era la única tarea que el comisario se negó a delegar.

Alrededor de las tres de la tarde, Gristhorpe aceptó el consejo del sargento Rowe y acudió al despacho de Banks con la intención de que dieran un paseo.

Salieron a una Market Street rebosante de turistas llegados de las ciudades cercanas. Éstos, al comprobar el fin del temporal, habían decidido pasar la tarde al aire libre. También era día de mercado y en la plaza adoquinada que había frente a la iglesia se apiñaban coloridos puestos que vendían desde productos defectuosos de Marks and Spencer's y juegos de vajilla hasta cepillos para inodoros. Otros puestos vendían ediciones de bolsillo de segunda mano, retazos de tejidos lisos y estampados que se derramaban hasta el suelo —algodón, lino, muselina, rayón, lona, estopilla—, o incluso pilas de vajillas y cubertería. Vendedores veteranos atraían a la multitud gritando las virtudes de sus productos al tiempo que hacían malabares con platos grandes y pequeños. La gente se aglomeraba para escuchar, tomar alguna fotografía y, de vez en cuando, comprarles algo. En las estrechas calles laterales que serpenteaban en torno a la plaza del mercado —antiguos callejones donde nunca daba el sol y donde podías estrechar la mano del vecino de la acera de enfrente sin salir de tu casa— hacían su agosto pequeñas tiendas de *souvenirs* y —con sus ventanas de gruesos cristales de lupa.

Independientemente de dónde hubiesen sido fabricados, todos los productos que estaban a la venta, desde el *toffe* y el té hasta las cucharillas y los peluches, llevaban la correspondiente etiqueta de «Yorkshire».

Gristhorpe condujo a Banks a una pequeña tetería y ambos se sentaron a tomar un té con tarta.

El comisario se mesó su gruesa y despeinada mata de pelo canoso y sonrió tristemente:

—Tenía que salir un poco —dijo mientras echaba azúcar en su taza —. El aire se carga en ese maldito cuartucho.

—Parece hecho polvo —dijo Banks, encendiendo un Benson & Hedges Special Mild—. Quizá debiera irse a casa y dormir un poco.

Gristhorpe gruñó y apartó el humo con un gesto.

—Pensé que ya habías dejado este hábito asqueroso —refunfuñó—. Sí... supongo que estoy cansado. Pero no es sólo cansancio, Alan. ¿Alguna vez has participado en una operación como ésta?

—No en una búsqueda en campo abierto. He rastreado a adolescentes desaparecidos en el Soho, pero no tenía nada que ver con esto, ni lo hicimos con semejante clima. ¿Cree que la encontraremos?

Gristhorpe negó con un gesto:

—No. Creo que la han matado. Maldita niñata estúpida. ¿Por qué no habrá acudido a nosotros?

Banks no supo qué contestar. En cambio preguntó:

—¿Ha participado antes en este tipo de búsquedas, comisario?

—Sí, hará unos veinte años —dijo el comisario, añadiendo una cucharada extra de azúcar a su té—. Pero lo de esta chica hace que parezca que ocurrió ayer.

—¿Quiénes habían desaparecido?

—Una jovencita llamada Lesley Ann Downey, de diez años. Y un chico de doce, John Kilbride. Seguramente habrás oído hablar de ello, los mataron Brady y Hindley, «los asesinos de los páramos».

—¿Usted tomó parte en aquello?

—La policía de Manchester nos reclutó para la búsqueda. No está tan lejos, ¿sabes? Pero aquello era diferente.

—¿En qué aspecto, comisario?

—Brady y Hindley estaban metidos en el nazismo, la tortura, el fetichismo, y cualquier otra cosa que se te ocurra. Puede que me equivoque, pero tengo la impresión de que en este caso todo ha sido muy calculado. No sé cuál de los dos casos es peor.

—El resultado es idéntico.

—Ajá —Gristhorpe dio un trago a su té y un mordisco a su tarta—. ¿Habéis averiguado algo?

Banks negó con la cabeza:

—Nada nuevo. Hackett ha quedado libre de sospechas. Y hasta donde sabemos, Barnes también. Estamos atascados.

—Siempre sucede lo mismo cuando se enfría la pista, lo sabes tan bien como yo. Si no surge la respuesta en las primeras veinticuatro horas, toda la investigación se vicia. Y si te atascas tienes que insistir todavía más, eso es lo que hay que hacer. A veces la suerte está de nuestro lado.

—He estado pensando sobre la hora en que desapareció Sally Lumb —dijo Banks, procurando no echarle el humo a Gristhorpe—. La última vez que la vieron fue el viernes a las nueve de la noche, caminaba hacia el este por High Street.

—¿Y?

—A esa hora yo estaba en Helmthorpe, en el Dog and Gun, acompañado de Sandra y un par de amigos. Fuimos a oír cantar a Penny Cartwright. Jack Barker estaba allí también.

—Entonces eso lo libra de sospechas a él.

—No, comisario. Precisamente lo contrario. Ella acabó su primera serie de canciones después de las nueve. Luego, ella y Barker desaparecieron del pub durante una hora.

—¿Justo después de que avistaran a Sally en el pueblo?

—Efectivamente.

—Entonces será mejor que investigues el asunto. ¿Qué piensas?

—He hablado con ambos un par de veces. Son difíciles, perspicaces. Si me dejara llevar por la intuición diría que no han sido ellos. Penny Cartwright parece sincera. Barker es un cabrón muy listo, y bastante agradable si uno dedica tiempo a conocerle. Jura que no tuvo nada que ver con la muerte de Steadman, pero a lo largo de mi vida he conocido algunos mentirosos condenadamente

buenos. Barker no tiene coartada, y es posible que sintiera celos de la relación entre Steadman y Penny Cartwright.

Gristhorpe acabó con las migajas de tarta que quedaban en el plato y sugirió continuar el paseo. Enfilaron hacia el este y serpentearon por la ribera del Swain y los jardines dispuestos en terrazas.

—El río se está creciendo —dijo Gristhorpe—. Espero que encima no tengamos que lidiar con una inundación.

—¿Ocurre a menudo?

—Bastante, generalmente tras los inviernos con mucha nieve. Pero si el agua caída empieza a filtrase por los páramos puede acabar haciendo crecer las aguas aquí en valle.

Regresaron a la ciudad por un callejón húmedo que corría paralelo al río, donde el musgo y el liquen crecían sobre las rocas ásperas. Bordearon el pie de Castle Hill y volvieron a salir por la plaza del mercado. Gristhorpe se dirigió directamente a la sala de comunicaciones, Banks lo acompañó.

No había novedades.

III

Banks entró con su coche en Helmthorpe, pero ni siquiera el «Hail Bright Cecilia» de Purcell había conseguido alegrarlo. En su trayecto por High Street, pasó delante de la tienda de regalos, de sus expositores giratorios de postales, *y* del quiosco de prensa, donde una ligera brisa hacía ondear los periódicos. Mientras caminaba percibía el ambiente reinante en el pueblo. No era algo obvio, todos seguían con sus rutinas: cerraban las tiendas al acabar la jornada y regresaban del trabajo a casa. Pero daba la impresión de que la aldea se hubiese cerrado sobre sí misma. Incluso el aire resultaba opresivo y lúgubre, a pesar de la brisa que corría. En medio de las verdes laderas de las colinas, bajo la inmensa cima de Crow Scar, reluciente a la luz del atardecer, los pequeños ruidos —pasos, puertas que se abrían, la campanilla de algún teléfono lejano— sonaban extraños, solitarios.

Gristhorpe había dicho que había que insistir, y eso era lo que Banks iba a hacer. Presionaría cuanto hiciera falta en los puntos

adecuados, y algo acabaría por ceder. Presionaría a aquellos más cercanos a Steadman —Penny, Ramsden, Emma, Barker— porque aunque ninguno había asesinado a Steadman, Banks tenía la certeza de que sabían quién lo había hecho. Probablemente tendría que regresar a hacerle una visita a Darnley y a Talbot. Uno de los profesores había dicho algo —un comentario casual, una frase de pasada— que a Banks le había parecido importante. Estaba seguro de que con el tiempo lo recordaría, pero no podía sentarse a esperar. Tenía que insistir.

¿Con cuál de ellos había confrontado Sally Lumb las pruebas que había descubierto?, se preguntaba Banks. Atajó por el cementerio y torció a la derecha por la senda hacia Gratly. No resultaba probable, la chica no era tonta. Sin embargo había llamado a esa persona desde una cabina telefónica para asegurarse privacidad. Por tanto, esa persona debía de ser conocida, alguien que no le infundía temor.

Al ver a Banks, unas ovejas que pacían a su derecha huyeron y se encararon contra el cercado de piedra, dándole la espalda. Las de su izquierda corretearon por aquellos bancales cubiertos de hierba hasta llegar al arroyo, y allí se pusieron a balar debajo de los sauces. «Vaya bichos más raros», pensó Banks, «cuando sienten miedo corren un trecho y dan la espalda a lo que las ha asustado.» Quizá fuera efectivo contra quienes no deseaban hacerles daño, pero probablemente no disuadiría a un lobo hambriento.

Emma Steadman estaba mirando la televisión, pero bajó el volumen cuando Banks entró en la sala. La estancia estaba mucho más diáfana ahora que la viuda se había deshecho de la mayoría de libros y discos. Más que un hogar parecía a un cascarón vacío.

Banks esperó a que Emma preparara un poco de té y luego se sentó frente a ella, delante de la mesa de centro.

—Hace tiempo que quería venir y preguntarle algunas cosas, en general relacionadas con el pasado —comentó el policía.

—¿El pasado?

—Efectivamente. Esos veranos maravillosos que usted y su marido solían pasar aquí, cuando los Ramsden llevaban la casa de huéspedes.

—¿Qué tienen que ver los Ramsden? —dijo, y cogió agujas y lana

—. No le importa que teja, ¿verdad? Me ayuda a relajarme, me distrae. ¿Qué me decía...?

—Nada, sólo que en la mente me ronda una imagen: la de su marido dando paseos por los valles con Penny Cartwright mientras Michael Ramsden pasaba el tiempo leyendo.

Emma sonrió pero no dijo palabra.

—A usted nunca se le pasó ninguna idea rara por la cabeza...

—Si usted hubiera conocido a mi marido, inspector jefe, probablemente tampoco se le hubiera pasado por la cabeza ninguna idea rara.

—Pero hay algo que no encaja.

—¿Qué?

—¿Y usted qué hacía?

Emma suspiró y apoyó el tejido en las rodillas.

—Contrariamente a lo que usted parece creer, soy algo más que una simple ama de casa. Tenía, y todavía tengo, intereses propios. Cuando vivía en Leeds, hice teatro vocacional durante un tiempo. Durante nuestras vacaciones en Gratly solía tejer y leer. Incluso intenté escribir un par de cuentos, pero me temo que nunca los terminé; lamentablemente no puedo probarlo porque los tiré a la basura. También salía a dar paseos.

—¿Sola?

—Sí, sola. ¿Qué tiene de raro?

Banks se encogió de hombros.

—Lo que a usted parece olvidársele es que veníamos aquí todos los veranos a pasar alrededor de un mes, no más. Durante ese periodo yo pasaba con mi esposo mucho más tiempo del que usted cree. A veces los acompañaba a él y a Penny en sus paseos, especialmente si iban en coche. Pero tengo una piel muy sensible y, a no ser que hubiese un sitio con sombra, nunca me arriesgaba a salir los días soleados. Pero todavía no comprendo por qué todo esto le resulta tan fascinante.

—A veces los hechos del presente tienen raíces en el pasado. ¿Disfrutaba usted de sus estancias aquí?

—Resultaban una buena alternativa. Leeds no es la ciudad más limpia del mundo, así que yo disfrutaba del aire limpio y el paisaje.

—Ah, una cosa más. Me han hecho creer que su marido era un ser querido universalmente. Incluso Teddy Hackett, que tenía una buena razón para discrepar de él, lo consideraba un buen amigo. Pero desde que investigo su asesinato he encontrado por lo menos a dos personas que no le tenían el mismo aprecio: el comandante Cartwright y Robert Kirk. Podría suponer que están locos, pero me pregunto si hay otros, alguna persona que yo no conozca. Por aquellos años ustedes eran un grupo muy unido. De hecho, hasta su muerte su esposo siguió en contacto con Michael Ramsden y Penny Cartwright. ¿Había alguna otra persona cercana? ¿Alguien que pudiera guardarle rencor?

Emma Steadman apretó los labios y negó con la cabeza.

—Piénselo —dijo Banks.

—Es lo que estoy haciendo. Por supuesto que había otra gente en el grupo, pero no me imagino quién podría tener motivos para hacerle daño a Harold.

—La realidad, señora Steadman es que alguien los tenía. Y si ninguno de ustedes me ayuda a averiguar quién es, no sé quién lo hará. ¿Por qué razón lo han matado justamente ahora y no un año o cinco años atrás?

—No tengo ni idea.

—Algo sabrá usted de sus actividades. ¿Estaba planeando su marido hacer algo con su dinero? ¿Hacer testamento, legar sus bienes al Patrimonio Nacional o algo así? ¿Quería comprar alguna otra tierra? ¿Había ofendido a alguien?

—A todas esas preguntas le contesto que no, porque lo cierto es que me hubiese enterado.

—Eso no nos deja muchas opciones, ¿no cree?

—Está convencido que fue uno de nosotros, ¿no es cierto? Banks permaneció en silencio.

—Cree que fui yo? ¿Qué lo hice por quedarme con su dinero?

—Usted no pudo hacerlo, según recuerdo.

—Quizá usted crea que la señora Stanton mintió para facilitarme una coartada.

—No.

—Hace sólo un par de días que enterré a mi marido. Entonces,

¿por qué sigue hostigándome?

Puesto que a Banks no se le ocurrió una respuesta a esa pregunta, suspiró y se incorporó para marcharse. Pero antes de que Emma cerrase la puerta, se volvió y dijo:

—Sólo tenga en cuenta lo que le he dicho, ¿lo hará? Intente recordar a algún enemigo que su marido pudo haberse hecho, por más insignificante que le haya parecido en su momento. Píenselo. Volveré pronto.

Penny Cartwright estaba oyendo música y no se molestó en bajarla. Hizo pasar a Banks de mala gana, con una mirada que decía «¿Usted otra vez?».

—No voy a tardar mucho. —Banks ocupó una silla de respaldo duro junto a la ventana y encendió un cigarrillo—. Vengo por lo de la otra noche.

—Ha habido muchas últimamente, ¿a qué noche se refiere? —contestó Penny mientras se servía una copa.

—A la del viernes.

—¿Qué pasa con la noche del viernes?

—Usted cantó en el Dog and Gun, ¿lo recuerda?

Penny le puso cara de pocos amigos.

—Naturalmente que la recuerdo. Usted también estaba allí. ¿A qué viene todo esto?

—Era por refrescarle la memoria. En el descanso de su actuación usted se marchó con Jack Barker durante aproximadamente una hora. ¿Dónde estuvo?

—¿Y eso qué tiene que ver con nada?

—Oiga, me parece que es hora de que se entere de que el que hace las preguntas soy yo. Usted las contesta. ¿Entendido?

—Ay, pobre inspector Banks, ¿no habré puesto en tela de juicio su autoridad? —susurró Penny, desafiándolo con la mirada—. ¿Cuál era la pregunta?

—¿Dónde estuvo la noche del viernes, durante el descanso de su actuación?

—Salimos a caminar.

—¿Adonde?

—Por aquí, por allá...

—¿Podría ser un poco más concisa?

—La verdad es que no, salgo mucho a caminar. Hay muchos sitios para hacerlo en los alrededores de Helmthorpe, por eso en verano vienen tantos turistas.

—Déjese de jueguecitos y dígame adonde fue.

—Y si no lo hago, ¿qué?

Después de mantenerse las miradas durante treinta segundos, Penny bajó la suya y cogió un pitillo.

—De acuerdo —dijo—. Vinimos aquí.

—¿A qué?

—¿Qué cree usted?

—¿Sexo?

—Una dama no contesta esa clase de preguntas. Además, eso no tiene nada que ver con su investigación.

Banks se inclinó hacia delante y dijo suavemente:

—Por si le interesa saberlo, sé puñeteramente bien por qué vinieron aquí. Y tengo unos colegas en Eastvale que estarían encantados de hacerle una visita y comprobarlo. Ayúdeme a mí y se ayudará a usted.

—Que conste que no admito nada.

—¿Dónde estaba usted el viernes a las cuatro de la tarde?

—Ensayando, ¿por qué?

—¿La acompañaba alguien?

—No. Generalmente no hay nadie en mis ensayos.

—¿Recibió alguna llamada?

Penny se mostró confundida:

—¿Llamadas? No, ninguna. ¿Qué insinúa?

—¿Se niega a decirme dónde estuvo y lo que hizo en el descanso del viernes por la noche?

—No es asunto suyo —dijo, suspicaz—. Espere un minuto, ¿no desapareció Sally... Sally Lumb ese viernes? Por Dios, ¡qué cabrón es usted! —exclamó, y miró con furia a Banks. La ira le arrancó lágrimas, sus ojos cobraron brillo—. ¿Está insinuando que tuve algo que ver con eso?

—¿Dónde estaba?

—Si ya lo sabe, ¿para qué quiere que se lo diga?

—Necesito oírselo decir a usted.

Penny se hundió en su silla y desvió la mirada.

—Vale. Vinimos aquí y fumamos un par de porros. Qué terrible, ¿eh? Es eso lo que quería oír. ¿Qué piensa hacer ahora, traer los perros para que destrocen mi casa?

Banks se puso en pie para marcharse.

—No pienso hacer nada. Recuerdo la diferencia entre la primera y la segunda parte del espectáculo. En la segunda, me resultó más remota, más distante. Si le sirve de consuelo, sepa que la creo —dijo mientras abría la puerta—. Y que me alegro de no haberme equivocado.

Penny no se movió ni hizo nada para facilitarle a Banks la partida.

IV

Más tarde, esa misma noche, Penny se encontraba en la cama sin poder dormir y empezó a recordar imágenes. Eran las mismas que se repetían en su mente desde la muerte de Harold Steadman: los inocentes e idílicos veranos de antaño. O al menos eso creía ella.

Era una época sobre la que nunca había tenido ni tiempo ni propensión a reflexionar. Como la niñez idealizada, era uno de esos periodos que evocamos sólo al volvernos mayores, cuando la vida ya ha perdido su ímpetu. La vida de Penny había sido muy ajetreada, muy emocionante, *y* cuando finalmente se estrelló, su mente había dejado atrás aquellos veranos idílicos, mucho más de lo que nadie hubiera deseado. En esa época ella tuvo la sensación de que su vida anterior la había vivida otra persona. Después regresó a casa, a Helmthorpe, donde ella y sus antiguos amigos volvieron a estar juntos. Ahora Harold había sido asesinado y ese detective desgraciado andaba sondeando, haciendo preguntas y revolviendo entre los recuerdos como la marea remueve la arena.

Así que Penny se dispuso a reexaminarlos. Como si fueran películas, repitió en su memoria las caminatas a Wensleydale por Pennine Way, y los viajes a Richmond o al Lake District en el viejo Morris II 00 de Harold. Y empezó a notar cosas de las que en su momento no se había percatado, detalles ínfimos, vagos, borrosos,

pero aun así inquietantes. Y cuanto más pensaba en los viejos tiempos, menos le gustaban las cosas que se le iban ocurriendo.

Dio vueltas una y otra vez para intentar borrar de su mente aquellas imágenes. «Son como sueños», pensó, «he tomado la verdad con toda su pureza y la he deformado en mi imaginación.» Seguramente era eso lo que había ocurrido. Sin embargo, el problema radicaba en que eran los sueños los que ahora resultaban más reales, y ya no podía sacudírselos de encima. No iba a descansar hasta saber con certeza cuántos de aquellos recuerdos eran fantasía y cuáles pertenecían a la realidad. ¿Cómo podía el pasado, algo que había ocurrido realmente, llegar a alterarse tanto y volverse tan turbio? Y cuando finalmente empezó a dejarse llevar por el sueño, Penny se preguntó qué iba a hacer al respecto.

ONCE

I

Los numerosos arroyos que descendían hasta el río por las laderas de Swainsdale fluían abundantemente, trayendo el agua de lluvia de las tierras altas. Una bruma fina como el cabello de un bebé se elevó de las faldas del valle al tiempo que el sol empezaba a calentar la tierra anegada. Los colores también tenían un aspecto nuevo, purificado; verdes frescos y vibrantes se extendían ladera arriba desde el camino y, difuminados por el delgado velo de bruma, brillantes casquetes de brezos de color violeta orlaban los picos.

Penny paseaba con Jack Barker por High Street, y fue la primera en percibir el pequeño gentío congregado en el puente. Debajo de éste un puñado de arroyos, crecidos y convertidos en ríos, caían en cascada sobre el río Swain desde los altos del sur.

Una mujer con un vestido amarillo sin mangas señalaba algo en lo alto de la ladera, y los demás seguían su mirada inclinándose por encima del parapeto de piedra. Con indiferencia, Penny y Barker llegaron al lugar y se detuvieron a ver qué era lo que causaba tanto revuelo. Desde allí podían observar sin obstrucciones todo el curso del arroyo, a cuyas orillas daban algunos jardines rebosantes de flores multicolores. A cierta distancia, y empujada por las rápidas aguas del arroyo crecido, divisaron lo que parecía ser una muñeca de trapo dando tumbos. Qué sensación hipnótica, pensó Penny, ver aquella cosa dar volteretas, agitarse, engancharse en las piedras y liberarse mientras el agua continuaba empujando y arrastrándola.

De repente, la mujer del vestido amarillo se tapó la boca y profirió un grito ahogado. Los presentes se asomaron todavía más y entornaron los ojos para inspeccionar más de cerca; Penny también, pues nunca había visto bien de lejos. Fue inmediatamente después de que el *shock* hubiera reverberado en todos los demás cuando Penny cayó en la cuenta de lo que ocurría. Aquello que bajaba dando tumbos por el arroyo no era una muñeca de trapo, sino un

cuerpo. De la carne desgarrada todavía pendían algunos trozos de ropa. Estaba despellejada, como una media res expuesta en el escaparate del carnicero. Le faltaban trozos enteros de piel y cabellera, como si hubiesen sido arrancados; a través de los codos y las espinillas asomaban los huesos astillados.

Penny no pudo reconocerle la cara porque ya no la tenía. Pero al igual que todos los vecinos congregados sobre el puente, supo que aquél era el cuerpo de Sally Lumb regresando a la aldea que la había visto nacer.

Mientras Barker y los demás seguían observando incrédulos, Penny se volvió para no ver. Alguien mencionó una ambulancia, otro a la policía, y el grupo se disgregó en medio del caos.

Aturdidos, Penny y Barker anduvieron un trecho y finalmente recalaron en el Hare and Hounds. Entraron y pidieron sendos whiskys dobles.

—¿Qué pasa? ¿Habéis visto un fantasma? —dijo el camarero.

—Algo así —dijo Barker.

Y relató confusamente lo que acababa de suceder. Muy pronto los clientes salieron en bandada a echar un vistazo, dejando las bebidas sobre las mesas y los cardigans y bolsos colgando de las sillas.

El camarero les invitó a otros dos whiskys dobles, cortesía de la casa, y se apresuró a presenciar él mismo el espectáculo. El pub se quedó vacío. Cualquiera hubiera podido entrar y robar hasta el último céntimo, pero nadie lo hizo. Penny se terminó aquel whisky ardiente, y entonces se dio cuenta de que estaba apretando fuertemente la mano de Barker; tanto que le había hundido las uñas en la piel.

II

—Esto una putada, Alan —dijo Gristhorpe frotándose unos ojos que habían perdido su inocencia infantil por falta de sueño. Su aspecto era el de un hombre cansado, pálido y herido, como si aquel asunto, ocurrido ante de sus propias narices, fuese una afrenta personal—. Es una putada...

Se encontraban frente a comisaría, en el Queen’s Arms. Era casi la

hora de cierre vespertina. Desperdigados por la sala, sólo había unos pocos bebedores habituales y varios turistas, necesitados de un sándwich y una clara a media tarde.

—Y todavía no hemos averiguado nada —continuó diciendo el comisario mientras olisqueaba cuando Banks encendió un pitillo—. El cuerpo estaba tan empapado de agua y tan condenadamente magullado que Glendenning ni siquiera pudo darnos una idea de qué la había matado. Según él, la chica pudo haberse caído y golpeado la cabeza o simplemente se había ahogado. La autopsia completa va a llevar tiempo, y ni siquiera eso nos asegura que averigüemos algo.

—¿Qué está haciendo Glendenning?

—Ya lo conoces, Alan. Le faltó tiempo para ponerse manos a la obra: revisar el contenido del estómago y los órganos, tomar muestras de tejidos. Dios bien sabe que hay que seguir buscando. Es posible que hasta la hayan envenenado.

—¿Usted qué cree? —dijo Banks, dando un sorbo a su cerveza amarga Theakston.

Gristhorpe negó con la cabeza.

—No lo sé. Los peritos tienen que hacer su trabajo. Ahora mismo, realmente no importa cómo murió la chica. Pero si estamos en lo cierto, si su muerte es consecuencia de lo que suponemos, seguramente le dieron un golpe en la cabeza. Igual que a Steadman. Y lo más probable es que Glendenning ni siquiera pueda verificarlo.

—Ojalá tuviéramos una idea más completa de por qué ocurrió —dijo Banks—. Estoy seguro de que está relacionado con el caso de Steadman. Tiene que estarlo, pero no sé de qué forma. La chica sabía algo, pero en vez de acudir a mí se encaró con el asesino. Supongo que no estaba segura y quiso confirmarlo por su cuenta. Y lo peor es que si sumamos todo eso nos sigue dando cero. De acuerdo, ella sabía algo. ¿Pero qué era? Luego llamó a alguien, ¿pero a quién? Y entonces se encontraron, ¿pero dónde?

—Puede que lo averigüemos muy pronto —dijo Gristhorpe—. He enviado a varios hombres arroyo arriba, a rastrear hasta lo alto de la ladera en busca de evidencias físicas. Tarde o temprano llegarán al sitio donde empieza el engañoso rastro del cuerpo.

III

—Pues yo prefiero que me ha arrastre un arroyo de whisky —bromeó sin ganas Jack Barker mientras Penny le llenaba el tercer vaso.

Sólo habían pasado dos horas desde que vieron los despojos de Sally Lumb bajando atropelladamente por la ladera del valle. Penny dejó de beber tras el segundo vaso, pero Barker continuaba.

—Quizá deberías parar... —le previno Penny.

—Bah, ya es demasiado tarde. Pero gracias por preocuparte.

Penny miró a Barker y en su interior sintió una agitación parecida al amor. Fuera lo que fuera, la emoción la desorientó y se enojó consigo misma por no saber qué hacer. Cuando regresaron a casa de ella él la abrazó, y ella se había sentido bien, y al mismo tiempo no soportaba la sensación de fragilidad que ese afecto conllevaba. Sabía que lo que sentía por Jack no era algo platónico; sin embargo, en vez de acercarse a él Penny se replegó en su interior y fortaleció su coraza.

«Es probable que él intuya mi caos emocional», pensó ella. Él alargó la mano y Penny permitió que le apretara la suya.

—Supongo que siempre he sido impresionable —comentó Jack—. Qué patético, ¿no crees? Me gano la vida escribiendo historias llenas de sangre y tripas, y cuando las veo...

Sus palabras se fueron apagando y empezó a temblar. Dejó su vaso en la mesa, y al hacerlo derramó un poco de whisky. Penny se situó a su lado y lo abrazó, le pareció que el abrazo se prolongaba eternamente y que ninguno de los dos quería romperlo; ambos esperaban que fuera el otro quien se desprendiera primero.

—Deberías dormir un poco, Jack —comentó Penny dulcemente.

—¿Qué ocurre, Penny? —preguntó él—. ¿Qué diablos está ocurriendo en este pueblo?

—No lo sé —repuso ella, al tiempo que le acariciaba el pelo—. Al menos, yo he estado...

—¿Qué?

—Nada —se interrumpió ella—. Probablemente no sea nada, pero

esto no tiene visos de acabar.

IV

—La mataron debajo de un puente de piedra, en la ladera sur —informó Banks—. Me lo ha dicho el comisario.

—¿Y eso qué significa? —preguntó Sandra.

Estaban tomando un aperitivo en el Queen's Arms. Sandra acababa de terminar la compra y Banks sugirió que se encontrasen para charlar, pues en los últimos días apenas se habían visto. Brian y Tracy ya eran mayores y podían arreglárselas solos durante un par de horas.

—Significa que se equivocó al escoger el lugar donde buscar primero, y se culpa por ello.

—Pero no hubiera podido saberlo —dijo Sandra—. Era perfectamente lógico que primero quisiera buscar en la ladera norte.

—Eso dicen todos, pero ya sabes como es él.

—Pues igual que tú, un cabezota que carga con todas las responsabilidades.

—Lo superará —dijo Banks—. El hecho es que en las piedras que había debajo del puente encontraron fibras de las prendas. Debieron de cubrirla con piedras para ocultarla. Las lluvias torrenciales movieron el cuerpo sacándolo de debajo de las piedras y lo arrastraron hasta el valle. Encima del puente no han hallado ningún indicio. A primera vista parece el lugar ideal para un asesinato, está aislado pero se puede acceder en coche.

—¿Sirve de algo que hayan encontrado el cuerpo?

—La verdad es que no, no en ese estado. Además, ha pasado mucho tiempo. Preguntaremos todo lo que haga falta, si alguien vio ir o venir a alguien sospechoso... pero no nos hacemos ilusiones. Quienquiera que sea el asesino, es un tipo listo y no es probable que vaya a cometer errores tontos.

—Pero esto tuvo que haberlo hecho con prisas —le recordó Sandra —. No creo que haya tenido tiempo de planearlo.

—Aun así, no creo que vaya a ser sencillo.

—¿Alguna vez lo es?

Banks se encogió de hombros y encendió un cigarrillo.

—Por cierto —dijo Sandra—No había tenido tiempo de decírtelo, pero me alegro de que te hayas deshecho de esa maldita pipa.

—No me pegaba.

—Pues no.

—¿Te recordaba a los estirados que salen en la revista *Country Life?*

—Sí, es probable —rió Sandra—. Aunque con tu aspecto no engañarías a nadie, y mucho menos a ti mismo.

—No mucha gente admitiría estar contenta de ver a otro fumar —dijo Banks ofreciendo el paquete a Sandra, que cogió uno, pues fumaba ocasionalmente—. Pero a partir de ahora voy fumar menos y me limitaré a estos cigarrillos suaves.

—Promesas...

—¿Sabes? —dijo Banks tras una breve pausa—, según los exámenes forenses la chica todavía era virgen. No le había disparado, ni apuñalado, ni envenenado, ni había abusado de ella sexualmente. Era virgen.

—No sé si eso es tan bueno —dijo Sandra.

—¿Qué? ¿Qué no haya sido violentada?

—No, que haya muerto virgen.

—Dudo que sea la clase de frase que vayan a tallar en su lápida. Pero ahora ya da igual, pobre chica —dijo Banks—. Por lo menos sabemos que no la hicieron sufrir ni la torturaron. Probablemente murió de repente, sin enterarse de lo que ocurría.

—¿Vais a coger pronto al asesino, Alan? —preguntó Sandra, agitando los trozos de hielo que quedaban en el fondo de su vaso—. Y dime la verdad, no me trates como a los periodistas.

—Me gustaría decirte que sí pero, maldita sea, casi no tenemos ninguna pista. Pudimos averiguar lo que hizo el viernes hasta alrededor de las nueve de la noche. Pero ya no sabemos que hizo después.

—¿Era la misma hora en que nosotros estábamos en el concierto de música folk...?

—Efectivamente.

Sandra se estremeció:

—Estábamos tan cerca...

—Eso no significa nada.

—Pero de todos modos es una sensación rara. ¿Qué pasó con el escritor y la cantante?

—Puede que ella lo esté encubriendo, o puede que sean cómplices. Es difícil saberlo cuando los cotilleos lo enturbian todo. Y en cuanto a los demás, también se conocen desde hace años. Sabrá Dios la maraña de sentimientos que se crean entre gente que se conoce de toda la vida. Tengo la sensación de que en un lugar como Helmthorpe, las emociones calan más hondo y duran más que en la gran ciudad.

—Bobadas. Piensa en todo el odio y las rivalidades que hay entre las pandillas criminales de Londres.

—En el fondo, son asuntos de negocios. Me refiero a las cosas de todos los días, las que ocurren entre las personas.

—¿Quién tiene el mejor motivo? —preguntó Sandra.

—El que menos oportunidades tuvo. —Banks sonrió por lo irónico del planteamiento—. Pero sólo si crees que un montón de dinero vale la pena. También pudieron haberse mezclado muchos tipos de celos. Por eso no puedo eliminar del todo mis sospechas sobre Barker y Penny Cartwright.

—¿La esposa lo heredará todo?

—Sí.

—Ayer vino a la consulta a hacerse un puente.

—¿Y qué te pareció?

—La verdad, no tuve oportunidad de verla bien. Sólo cuando se acercó un instante a la ventanilla a confirmar su cita. Es una mujer muy atractiva.

—A mí no me pareció gran cosa.

—Típico —dijo Sandra—. Pero tú eres un hombre, y los hombres sólo veis la superficie.

—Pero admitirás que se ha abandonado...

—Es cierto que eso parece —Sandra midiendo sus palabras—. Pero no lo creo. Sus encantos siguen allí... debajo de toda esa ropa horrible, está en forma. Y tiene bonitos huesos. Claro que si la

hubieses conocido de joven o hace tiempo que no la veías, supongo que pensarías que se ha venido abajo.

— «Un bomboncito».

—¿Eh?

—Nada, nada —dijo Banks—. Acabo de recordar algo... ¿Qué decías...?

—Que Emma Steadman tiene todo lo necesario para ser atractiva. Y no creo que sea mucho mayor que yo.

—Tiene unos treinta y muchos.

—Entonces tiene ese aspecto soso porque le apetece o porque no le interesa cambiarlo. No todas las mujeres están obsesionadas con su aspecto, ¿sabes? Quizá haya cosas que le importan mucho más.

—Puede ser. —Banks continuó pausadamente—: O sea que con un peinado adecuado, ropa bonita y un poco de maquillaje...

—... podría ser una mujer despampanante, naturalmente.

V

Barker bajó por las estrechas escaleras y encontró a Penny en la cocina tostando especias para un curry.

—Se despertó el dormilón —fue su saludo.

—¿Qué hora es?

—La siete.

—¿De la tarde?

—Sí, aunque el día sigue siendo el mismo. ¿Tienes hambre? No, ¿verdad? Con una resaca como la tuya, yo no querría nada. Estoy preparando un curry, tú verás si comes.

—Tu generosidad y tu gracia me anonadan —dijo Barker—. De hecho, no me siento tan mal. Sólo tengo una jaqueca endiablada.

—En el botiquín del baño hay aspirinas.

—¿Cómo llegué hasta aquí?

—No me digas que no lo recuerdas.

—Después del tercer whisky, o del cuarto, ya no recuerdo nada —dijo, frotándose los ojos con los nudillos.

—¿De veras no recuerdas nada? —repitió Penny, fingiendo estar escandalizada—. Vaya manera de piropearme.

—No me digas que nos hemos...

Penny soltó una risa.

—No seas bobo, Jack, te estoy tomando el pelo. Estabas cansado y te ayudé a subir para que durmieras la mona. Eso es todo.

—¿Todo?

—Así es. No creerás que iba a meterme en la cama contigo en el estado en que estabas.

—Voy a tomarme esas aspirinas —dijo Jack, y con gran dolor volvió a subir las escaleras hacia el cuarto de baño.

—Esto tiene que sofreírse un poco —dijo ella cuando Jack hubo regresado—. Siéntate. ¿Te apetece beber algo?

—¡No, por Dios! —gruñó Barker—. Por otra parte, dicen que beber un poco de alcohol te quita la resaca... pero no me sirvas whisky.

—¿Una cerveza entonces?

—Eso sí.

—¿Una Sam Smith's?

—Perfecto.

—Me alegro, porque es la única que tengo. Está helada.

Ella le alcanzó la botella. Él tomo asiento en el sofá y se puso a beber sin vaso.

—Oye Penny —comenzó a decir—. Eso que dijiste acerca de no acostarte conmigo en el estado en que me encontraba...

—Dudo de que se te pusiera dura, ¿tú no? —se burló ella, y una sonrisa picara le arrugó las comisuras de los labios.

—Me hubiera llevado un poco más de tiempo —contestó Barker—. Pero eso sugiere que si hubiese estado sobrio... Es decir, ¿te hubieras...? Tú me entiendes...

Penny le tapó la boca con un dedo y lo hizo callar.

—Eso es algo que yo sé y que a ti te toca averiguar —dijo ella.

—Maldita sea, Penny —se quejó él—. Me ignoras la mitad del tiempo y durante la otra mitad me tomas el pelo. No es justo. Ya me perturbó bastante ver a esa chica rodando arroyo abajo *y todo* lo demás.

—Lo siento, Jack. Parece que las cosas nunca salen como deberían. Estoy jugando a un juego y de repente empiezo otro, ¿no es así?

—Ésa es la impresión que tengo. ¿Por qué no me das una

respuesta clara?

—¿A qué pregunta?

—A la que te hice antes.

—Ah, eso... Pues me alegro de que estuvieras borracho, Jack, porque no creo que me acostara contigo. ¿Te parece una respuesta suficientemente clara?

—Sí, creo que sí —dijo Barker, en un tono desilusionado.

Penny no quiso perder el hilo:

—Pero no es tan clara como parece. Verás, lo que quise decir es que me alegro de no haber tenido que tomar una decisión de sí o no en ese momento. Soy débil, probablemente hubiera accedido y después me hubiera sentido culpable. Hubiese sido muy fácil, muy natural hacer el amor después de verle la cara a la muerte, pero no hubiera podido sacarme de la cabeza el cuerpo horriblemente destrozado de Sally...

—Eso lo comprendo. ¿Pero por qué ibas a lamentarlo?

Penny se encogió de hombros:

—Por varias razones. Han ocurrido muchas cosas. Es muy pronto y necesito tiempo. Eres un hombre atractivo y sería muy fácil meterme en la cama contigo. Pero ando buscando algo más que eso. No quiero ser otra de las tontitas con las que te acuestas cuando bajas a Londres a promocionar tus libros.

—Nunca lo hago, y nunca te visto de ese modo.

—Lo que tú digas. Yo ya he tenido bastantes desilusiones en mi vida, y ahora quiero un poco de estabilidad. Sé que suena convencional y cursi, pero quiero sentar cabeza y creo que me irá mejor si lo hago sola. No soy de esas mujeres que dependen de un hombre.

—Eso no tiene por qué preocuparte, nadie querría depender de un tipo como yo. —Barker encendió un cigarrillo y tosió—. Mira, no me importa que éste no sea el lugar ni el momento ideal... no sé cuál lo sería. Pero el hecho es que te amo, Penny. A eso quería llegar, no a si ibas o no ibas a acostarte conmigo. Ahí está, lo he dicho. He quedado como un reverendo idiota.

Penny observó a Barker durante un rato, cuidadosamente.

—No sé si puedo soportar estar enamorada.

—Inténtalo —dijo él, acercándose y acariciándole el pelo—. ¿Quién sabe?, quizá hasta acabe gustándote.

Penny miró hacia otro lado. Barker la cogió. Ella se puso tensa pero no se desembarazó del abrazo. Finalmente logró desasirse y lo fulminó con una mirada muy seria.

—No esperes mucho de mí —dijo—. Estoy acostumbrada a cuidar de mí misma, y así me gusta.

—Tú y yo vivimos solos desde hace tanto tiempo que nos da miedo el cambio que nos sobrevendría —dijo Jack—. Así que tomémoslo con calma, sin prisas.

En la cocina sonó una campanilla.

—Me avisa de que el curry está listo.

Penny se puso en pie y Barker la siguió a la cocina. Se apoyó en la entrada mientras miraba cómo ella removía la salsa acre.

—¿Sabes una cosa? —dijo él—. Hizo falta que apareciera ese maldito policía, como lo llamas tú, para hacer que me diera cuenta de los celos que me produce tu relación con Harry. Me pregunté por qué diablos le dedicabas tanto tiempo a él y tan poco a mí.

—Estás siendo injusto, Jack. —Al volverse hacia él, el rostro de Penny se había ensombrecido—. No hables así, suenas igualito a Banks.

—Lo siento, no era mi intención hacerte enfadar.

—Olvídalo.

—El pasado no va a desaparecer, Penny. Hay muchas cosas por aclarar.

—¿Como cuáles? —preguntó ella con recelo al tiempo que retiraba el cazo del fuego.

—De eso sabes tú más que yo.

—¿Sobre qué crees que sé más?

—Sobre todo lo ocurrido. Venga, Penny, no me digas que no se te ha ocurrido nada. Tú sabes mucho más de lo que está pasando de lo que quieres admitir.

—¿Por qué piensas eso?

—No lo sé muy bien —repuso él—. Será porque en los últimos días has estado muy misteriosa y susceptible cada vez que sale el tema.

Penny volvió su atención hacia el curry una vez más.

—¿Y? —insistió él.
— ¿«Y» qué?
—¿Hay algo?
—¿Qué crees que puede haber?
—Vamos, sabes lo que quiero decir. ¿Hay algo que tú sepas y que yo desconozca?
—¿Cómo puedo saber lo que sabes tú?
—Pues yo no sé nada. ¿Y tú?
—Por supuesto que no —dijo Penny mientras servía el curry en dos platos—. Debe de ser tu imaginación, Jack. ¡Vosotros los escritores! ¿No crees que si supiera algo te lo diría?
—Ya que me lo preguntas, te digo que no. Sally Lumb tampoco le dijo nada a nadie, o lo dijo a la persona equivocada.
—¿Y tú crees que esa persona era yo?
—No seas ridicula.
—Anda, date el gusto y dilo. —chilló Penny, levantando el cucharón como si se tratara de un garrote—. Haz como Banks. ¡Anda, suéltalo de una vez!
—No sé de qué me hablas.
—Del viernes, cuando ella desapareció.
—Pero si estuvimos en el Dog and Gun...
—No todo el tiempo.
—¿Y? Tú viniste a tu casa a descansar y yo me fui a dar un paseo. ¿Qué tiene de raro?
—¿Entonces no lo sabes?
—¿Qué es lo que debería saber?
—¿Banks no ha ido a darte la lata?
—¿Con qué?
—Ésa fue la última vez que vieron a Sally, a la misma hora en que salimos nosotros. Alguien la vio en High Street alrededor de las nueve.
—¿Y Banks cree que...?
Penny se encogió de hombros:
—Vino a interrogarme. ¿A ti no?
—No. Hace varios días que no lo veo.
—Pronto lo verás. Se está poniendo muy insistente.

—Claro, debe de estar desesperado. No creerás que yo estaba insinuando que tuviste algo que ver con eso...

—¿No era eso lo que tenías en mente?

—Difícilmente le declararía mi amor incondicional a alguien que considerase una asesina, ¿no crees?

Penny sonrió.

—¿Y tú, qué? —prosiguió él—. ¿Me crees?

—¿Qué debo creer?

—Que fui a dar un paseo.

—Pues claro, claro que te creo. Si ni siquiera sé cómo hemos comenzado a discutir...

—Sólo te pregunté si sabías algo, algo que no me hubieses dicho. Nada más.

—Y yo creí habértelo contestado —dijo ella, entrecerrando los ojos —. No he estado más misteriosa de lo que lo has estado tú.

—No te hagas la tonta, Penny, no te vas a librar tan fácilmente. Has estado aquí mucho más tiempo que yo. Es lógico que estés más enterada de lo que ocurre.

—Jack, estás tratándome como si fuera una criminal. ¿Para ti eso es amor? Maldita sea, si así es como te comportas, dime: ¿cómo de intensos eran esos celos tuyos?

—Olvídalo —suspiró Barker—. Haz como si nunca hubiera abierto la boca.

—Me encantaría, Jack. Te juro que me encantaría.

Ambos se miraron con recelo, pero Penny se puso en marcha y llevó los cuencos a la mesa de la sala. Empujó uno de ellos hacia Barker, que se sentó a comer.

—La verdad es que me has puesto de un humor ideal para una cena con luz de velas —se quejó Penny—. Ni siquiera tengo hambre ya.

—Come —dijo él ofreciéndole una cucharada—. Está muy bueno.

—He perdido el apetito.

Penny fue a coger un cigarrillo, pero cambió de parecer y cogió su cazadora de entretiempo.

—Ahora vuelvo.

—No te vayas... —protestó Barker—. Tenemos mucho de qué

hablar. Y has puesto velas y has hecho la cena...

—Cómetela tú —le contestó ella mientras abría la puerta—. Y de paso cómete las velas también. A mí me da igual.

Barker se incorporó:

—¿Adonde vas?

—A ver a un tipo que vende un perro —dijo, y cerró de un portazo.

VI

El sol aún no se había ocultado tras el horizonte, pero a la sombra de los edificios del lado oeste Market Street ya estaba oscura, y la plaza adoquinada, desierta. Sandra se había marchado para asegurar a Brian y a Tracy que no habían sido abandonados por sus padres trabajadores. Tras revisar sus notas, Banks ni siquiera se había molestado en encender la lámpara de su despacho. La puerta estaba cerrada y la estancia llena de humo. De vez en cuando Banks oía pasos en el pasillo, pero nadie cayó en la cuenta de que él se encontraba allí.

Cuando sentía que un caso estaba a punto de resolverse, Banks tenía por costumbre sentarse junto a la ventana, fumar y ordenar mentalmente los detalles unas cinco o seis veces seguidas. Al cabo de una hora, tuvo la sensación de que todos aquellos detalles seguían dando el mismo resultado. El patrón, el panorama, estaba completo. Pero por más increíble que fuera, tenía que ser cierto. Si se elimina lo imposible, lo que queda, por más improbable que resulte, tiene que ser la verdad. Al menos eso decía Sherlock Holmes.

Había llegado la hora de entrar en acción.

Mientras conducía en paralelo al valle del río Swain, de camino hacia el atardecer rojo-violáceo que se dibujaba por el oeste, Banks no puso ninguna cinta en el estéreo del coche. En su mente había demasiada actividad para poder asimilar nada más. Finalmente ascendió la curva de la colina en dirección a Gratly, describió un giro cerrado a la izquierda, pasado el puente, y se detuvo en la casa de los Steadman. Las luces estaban apagadas. Banks soltó una maldición y bajó la senda hasta la casa de la señora Stanton.

—¿Cómo le va, inspector? —preguntó la mujer a modo de saludo—. Pensé que ya no volvería a verle. Pase, por favor.

—Muchas gracias, pero no va a ser posible. Voy un poco corto de tiempo. ¿Quería saber si usted podría contestar a un par de preguntas?

La señora Stanton frunció el ceño y asintió.

—Antes que nada —dijo Banks—. ¿Sabe dónde se encuentra la señora Steadman?

—No, no lo sé. Creo que salió en su coche hace una hora más o menos, pero no tengo idea de adonde se dirigía.

—¿La vio usted?

—No miré. Y si lo hubiera hecho tampoco hubiera importado, porque en la cocina hay una puerta que comunica directamente con el garaje. Cosas de los que tienen dinero —dijo—. Si hasta tienen una de esas puertas de garaje automáticas que se abren pulsando un botón.

—¿En que dirección conducía?

—Pues por aquí no pasó.

—Entonces fue hacia el este...

—Ajá.

—¿Recuerda usted la noche del sábado que ustedes pasaron juntas viendo la televisión? —la vecina asintió cautelosa—. ¿Sabe usted si la señora Steadman volvió a salir después de marcharse de aquí?

La señora Stanton negó con la cabeza.

—Si lo hizo no la oí. Y eso que durante más de una hora anduve haciendo esto y aquello por la casa.

—¿Sabe si salió el viernes pasado por la noche?

—No sabría decirle, inspector, los viernes juego al bingo.

—¿Y dónde estaba su marido?

—En el pub, como de costumbre.

—¿Es la actividad de todos los viernes?

—¡Ja! Para él es la actividad de todos los días.

—¿Y usted qué hace?

—Pues yo voy al bingo todos los viernes. Igual que la mitad de Swainsdale.

—¿También acude la señora Steadman?

—No, ella nunca, y no es porque sea una esnob. Lo que a unos les gusta a otros les resulta indiferente. Para gustos los colores, digo yo.

—Muchas gracias, señora Stanton.

La mujer se quedó perpleja. Banks se subió a su Ford Cortina y se marchó a Helmthorpe.

Banks aparcó en un sitio prohibido de High Street, junto a la iglesia, justamente al final de la calle donde vivía Penny. La luz de su salón estaba encendida. Banks subió el camino que llevaba hasta la puerta y golpeó.

Se sorprendió de que fuera Barker quien abriera la puerta.

—Pase inspector jefe —le dijo el escritor—. Me temo que Penny no está. ¿Ha venido a preguntarme dónde estuve el viernes por la noche?

Banks ignoró la provocación, no tenía tiempo para bromas.

—¿Ha dicho Penny algo extraño sobre el asunto de Steadman?

—No —dijo Barker, negando con un gesto—. ¿Por qué?

—Porque tengo la impresión de que me está ocultando algo. Algo de lo que ni siquiera ella estaba del todo segura. Esperaba poder persuadirla de que me lo dijera.

Barker encendió un cigarrillo:

—Es curioso que lo mencione. Ultimamente, las pocas veces que la he visto, Penny se ha estado comportando de forma extraña. Está misteriosa y susceptible, pero no me ha dicho nada.

Banks se sentó y empezó a dar golpecitos en el apoyabrazos raído del sillón.

—¿Ustedes dos están...?

—¿...jugando a las casitas? La verdad es que no, no he tenido suerte. Penny se largó y estoy esperando que regrese. Vine a cenar, pero discutimos. Discutimos precisamente sobre lo que usted acaba de mencionar.

—¿De veras?

—Insinué que sabía más de lo que me contaba y ella me acusó de tratarla como a una criminal, del mismo modo que lo había hecho usted.

—¿Eso piensa ella?

—No irá a negar que ha estado haciéndoselo pasar mal.

Banks miró su reloj:

—¿Sabe si regresará pronto?

—No tengo ni idea.

—¿Cómo que ni idea? ¿Dónde ha ido?

—Ya se lo he dicho —replicó Barker—. Discutimos y salió hecha una furia.

—¿Hacia adonde?

—No lo sé.

—¿No le dijo nada?

—Dijo que iba a ver a un hombre que quería vender un perro.

—Pues no es precisamente un dato clave.

—Eso digo yo.

—Y usted la ha estado presionando porque cree que ella sabe algo...

—Así es.

—¿Se marchó en coche?

—Sí.

—Entiendo —dijo Banks; se puso en pie—. Vamos.

Sin pensárselo dos veces, Barker obedeció la orden y se incorporó de un salto. El policía sólo le dio tiempo suficiente para que apagase las velas y echara el cerrojo.

—Eh, ¿qué es lo que ocurre? —quiso saber Barker mientras se adentraban en un valle cada vez más en penumbra—. Está conduciendo como un maldito lunático. ¿Qué es lo que pasa? ¿Penny está en peligro?

—¿Por qué iba a estar en peligro?

—Cómo voy a saberlo, por el amor de Dios. Pero si quiere que le diga lo que pienso, se está comportando de una manera condenadamente extraña. ¿Qué es lo que ocurre?

Banks no contestó. Concentró toda su atención en la carretera. A medida que el silencio iba creciendo la oscuridad se intensificaba. Al llegar a las afueras de Eastvale, por el norte, tomaron por York Road.

—¿Adonde nos dirigimos? —preguntó el escritor unos minutos después.

—Ya casi hemos llegado —repuso Banks—. Oiga, quiero que haga

exactamente lo que le digo. Recuerde: sólo lo he traído porque sé que le tiene cariño a Penny y porque casualmente usted se encontraba en su casa. No tengo tiempo que perder. Usted puede serme útil, pero tendrá que hacer lo que yo le diga.

Guardó silencio mientras adelantaba un camión. Barker se sujetó al salpicadero.

—¿Entonces no me trajo con usted por el placer de mi compañía?

—Déjese de tonterías.

—Se lo pregunto en serio, inspector jefe, ¿está Penny en peligro?

—No lo sé. No sé lo que nos vamos a encontrar. Pero deje de preocuparse, no nos falta mucho —dijo Banks, girando a la izquierda con tal brusquedad que los neumáticos chirriaron. Después de recorrer aquel camino secundario lleno de baches unos cuatrocientos metros, se abrió ante ellos un camino de entrada. Barker señaló y dijo:

—Ése es su coche... ése es el coche de Penny.

En el momento en que descendían del vehículo, una cara asomó por una abertura entre las cortinas. Banks y Barker se encaminaron hacia la puerta a toda prisa.

—No hay tiempo para los buenos modales —dijo Banks tras intentar girar el pomo de la puerta sin obtener resultados. Retrocedió un paso, lanzó una patada que astilló la madera en torno al cerrojo y abrió la puerta de par en par. Irrumpió en el salón con Barker pisándole los talones, y pronto captó todos los detalles de la escena.

Había tres personas. Frente a Banks se encontraba Michael Ramsden, pálido y con la boca abierta. En el sofá estaba Penny, tumbada e inerte. Y de pie, dando la espalda a todos los presentes, se hallaba una segunda mujer. En una fracción de segundo, la escena cobró vida. Barker dejó escapar un grito ahogado y corrió hacia Penny. Ramsden empezó a temblar.

—Por Dios, sabía que esto iba a ocurrir —gruñó el editor—. Lo sabía.

—¡Cierra el pico! —gritó la otra mujer, y se volvió para encararse a Banks.

Llevaba un vestido ceñido que acentuaba sus curvas, y el cabello

estirado hacia atrás, formando una apretada uve en su frente. Se había aplicado el colorete cuidadosamente, para acentuar los pómulos de su rostro en forma de corazón. Pero el rasgo más impresionante eran sus ojos. Hasta entonces, Banks sólo los había visto húmedos y distorsionados por gruesos cristales, pero ahora los cubrían unas lentillas de contacto de un verde frío como el musgo que crece sobre las piedras. La fuerza que se percibía a través de ellas era penetrante, dura. Era Emma Steadman, transformada hasta resultar irreconocible.

Ramsden se dejó caer en el sillón, se llevó las manos a la cabeza y empezó a lloriquear. Emma no le quitaba la vista de encima a Banks.

—Hijo de puta —le espetó ella, y le lanzó un escupitajo—. Lo has arruinado todo.

Y después se sumió en un silencio que ya no volvió a romper en presencia de Banks.

DOCE

I

Ramsden, en cambio, habló como un pecador en el confesionario, y lo que dijo durante las primeras dos horas posteriores a su detención suministró a la policía información suficiente para presentar cargos contra ambos. A Banks le asombró la irreprimible necesidad que Ramsden tenía de quitarse de encima semejante peso; en ese momento comprendió la terrible presión a la había estado sometido aquel hombre y el autocontrol que había tenido que imponerse a sí mismo.

Por su parte, Penny declaró que había pensado mucho durante los últimos días. La muerte de Steadman, las preguntas de Banks y la desaparición de Sally la habían forzado a rememorar un pasado que durante mucho tiempo había procurado olvidar, y especialmente a revivir los hechos de aquel verano de diez años atrás.

Al comienzo no había recordado nada en absoluto. No había mentido: para ella todo había sido inocente. Pero después, dijo, cuanto más hincapié hacía en sus recuerdos, más importancia cobraban los pequeños detalles que entonces no la tenían. Al principio Penny pensó que había exagerado desmesuradamente: las miradas entre Emma Steadman y Michael Ramsden, ¿habían ocurrido de verdad o sólo se las estaba imaginando? Luego recordó los insistentes acercamientos de Ramsden y cómo, de repente, se empezó a desinteresar. Una y otra vez Penny se planteó si realmente las cosas habían ocurrido de esa manera. Todo aquello había exacerbado su curiosidad, ¿era posible hallar una explicación sencilla?

Y tras la discusión con Jack Barker, comprendió que todo aquello no iba a desaparecer sin más. Tenía que hacer algo o sus dudas sobre el pasado iban a envenenar cualquier posibilidad de construirse un futuro. Así que fue a visitar a Ramsden para averiguar si sus sospechas eran fundadas.

Ella sabía lo que le había ocurrido a Sally Lumb, y también sabía que la policía relacionaba la muerte de la joven con la de Steadman, pero Penny estaba segura de que no debía temer nada de Michael Ramsden. Al fin y al cabo, y pese a que hubo periodos en que perdieron el contacto, ambos se conocían desde que eran niños.

Interrogó a Ramsden, y al comprobar que sus respuestas eran nerviosas y evasivas, insistió aún más. Tomaron té, comieron galletas y él intentó convencerla de que sus temores no estaban fundados. En un momento determinado, a Penny empezó a nublársele la mirada, la sala se oscureció y sintió como si estuviese mirando por el extremo equivocado de un telescopio. Se durmió. Cuando despertó ya se encontraba en brazos de Barker *y* todo había acabado.

Banks se lo explicó todo.

Ramsden juró que nunca le habría hecho daño a su amiga. Era cierto que la había drogado con Nembutal, obtenido legalmente con receta, y que había ido en su coche hasta la cabina telefónica de la calle principal, desde donde llamó a Emma, pero sólo lo había hecho porque estaba confundido y no sabía qué hacer. Cuando Emma insistió en que habría que matar a Penny porque sabía demasiado, Ramsden intentó resistirse. Emma lo llamó débil. Le dijo que si no era lo bastante hombre, ella haría lo que hiciese falta. Y añadió que resultaría sencillo simular un accidente. Según Ramsden, todavía lo estaban discutiendo cuando llegaron Banks y Barker.

Tras haberse bebido una jarra de café recién hecho, hacia la una de la madrugada Penny escuchó todo el relato en el despacho de Banks. Todo lo que dijo cuando hubo terminado de escuchar fue esto:

—Yo tenía razón, ¿no es cierto? Él no me habría hecho daño.

Banks negó con la cabeza:

—Si Emma Steadman se lo hubiera ordenado —insistió—, él lo hubiera hecho.

II

Pasaron un par de días hasta que todos los cabos sueltos quedaron

atados. Hatchley tomó notas y transcribió las declaraciones, quejándose de que el agente Richmond siguiera tomando el sol en Surrey. Gristhorpe se encargó de repasar los detalles. Emma Steadman no habló más; ni siquiera se molestó en negar las acusaciones de Ramsden. En opinión de Banks, era una mujer que lo había arriesgado todo y había perdido. Y ahora que el asunto había concluido ya no había lugar para lamentos ni recriminaciones.

A finales de esa misma semana, Banks llevó a Sandra a Helmthorpe, donde asistieron a un concierto especial organizado en memoria de Sally Lumb y escucharon cantar a Penny. Más tarde, puesto que la noche era cálida y el espectáculo había acabado temprano, fueron a tomar algo a la terraza del Dog and Gun en compañía de Penny y Jack Barker. Crow Scar captaba las últimas luces del día, relumbraba, mientras las colinas en torno al pico se iban sumiendo en la oscuridad. Era como una cortina pálida a la luz del atardecer.

Sandra y los demás presionaron a Banks para que éste les explicara el caso, y aunque él se sintió muy incómodo ante el papel que le obligaban a desempeñar, por otro lado sintió que estaba en deuda con Barker y Penny. Tampoco había tenido tiempo de hablar con Sandra desde las detenciones, y había sido ella quien le había ayudado a completar correctamente el patrón del crimen.

—¿Cuándo comenzó todo? —preguntó Sandra para empezar.

—Unos diez años atrás —comentó Banks—. Penny, aquí presente, tenía dieciséis años, Michael Ramsden dieciocho, Steadman treinta y tres y su esposa sólo veintiocho. Harold Steadman tenía por delante un futuro prometedor como profesor universitario. Aunque por entonces no fuese rico, tenía buena presencia, y además tarde o temprano iba a heredar. En esa época Emma también debió de sentirse satisfecha con su vida, pero supongo que se aburrió rápidamente. Empezó a sentir que se desdibujaba tras la sombra de su marido, como tantas otras esposas de académicos.

»Hablé con Talbot y Darnley, dos colegas de Steadman de la época en que éste enseñaba en la Universidad de Leeds. Uno de ellos me comentó que a su llegada Emma era «un bomboncito», pero que poco después se retiró de la vida social. Me atrevería a decir que

Emma hubiese querido viajar más a menudo y pasar sus vacaciones en el exterior. Pero no fue eso lo que ocurrió. Steadman descubrió Helmthorpe (Gratly, mejor dicho), un lugar que satisfacía todas sus expectativas: allí podía disfrutar de sus vacaciones y desarrollar una actividad muy parecida a su quehacer diario, y eso fue precisamente lo que hizo. Para Emma, en cambio, la vida se había vuelto aburrida y pasaba demasiado deprisa; era demasiado joven para seguir viviendo esa vida.

»Aquel fue un verano hermoso, igual que éste. —Banks hizo una pausa y echó un vistazo a su alrededor: a los parroquianos, a sus cazadoras y cardigans colgadas en los respaldos de las sillas, y dio un sorbo a su cerveza rubia—. En Inglaterra, uno no tiene oportunidad de disfrutar de algo así muy a menudo, y mucho menos en Yorkshire. En fin, Penny y Michael eran el orgullo de la aldea, dos jóvenes brillantes con toda la vida por delante. Michael era un chico esmirriado, serio y romántico, quizá intuyó que Penny estaba sintiéndose atraída por un hombre mayor y más experimentado, pero tenía una buena provisión de poemas de Keats y Shelley para alimentar su melancolía. Penny, aquí presente, se limitaba a disfrutar de la compañía de Steadman, y así me lo dijo muchas veces. Ambos tenían mucho en común y no hubo deseos amorosos por ninguna de las dos partes. Y si los hubo, fueron reprimidos.

Banks se volvió hacia Penny, que bajó la vista *y* la perdió en su cerveza. El policía respiró hondo y continuó:

—Así que llega un día soleado en que Penny ha salido con Steadman a contemplar las excavaciones del campamento romano de Fortford. Michael languidece en el jardín leyendo «Oda a un ruiseñor» o algo por el estilo, sus padres han ido de compras a Leeds o a York y no regresarán hasta la hora de la cena. Emma Steadman va de aquí para allá protegiéndose del sol, probablemente aburrida e ignorada. Por cierto, todo esto son suposiciones mías, pues Ramsden no me refirió los hechos con pelos y señales. En fin, Emma seduce al joven Michael, una tarea bastante sencilla si tenemos en cuenta la edad del muchacho y su obsesión por el sexo. Sin duda, aquella era la fantasía de cualquier estudiante: entregarse a una mujer mayor y más experimentada. Y a Emma, Michael debió

de parecerle una versión más joven y más vital de su esposo. Quizá Michael le escribía poemas. Seguramente era un chico tímido y falto de aplomo, y ella le obsequió con su primera experiencia sexual.

»La mayoría de la gente seguramente veía en Emma Steadman a otra esposa que se estaba abandonando a toda velocidad, pero Michael la hizo sentirse deseada y ella comenzó a descubrir ventajas innegables en el hecho de no parecer particularmente atractiva. De ese modo nadie iba a sospechar que ella fuese la clase de mujer dispuesta a tener una aventura.

Banks hizo una pausa, bebió un poco más de cerveza rubia y notó, entusiasmado, que seguía captando la atención de su público.

—El amorío se prolongó durante años —prosiguió—. Por supuesto que hubo interrupciones y temporadas en las que no se vieron, pero Ramsden declaró que solían reunirse en Londres, cuando Emma bajaba un fin de semana para «ir de compras» o cuando iba a Norwich a «visitar a su familia». No creo que su marido le prestara demasiada atención, él estaba enfrascado en el estudio de sus amadas ruinas.

»El hecho es que Emma consiguió ejercer un dominio muy intenso sobre Michael. Al ser su primera amante, lógicamente Emma tenía mucho a su favor. Ella se lo había enseñado todo. Michael seguía siendo tímido, y le seguía resultando difícil relacionarse con chicas de su edad. Y además, ¿por qué iba a molestarse? Emma le daba todo lo que necesitaba, mucho más de lo que hubieran podido ofrecerle las jóvenes sin experiencia de su misma edad. Él, por su parte, la hacía sentirse joven, sexy y poderosa. Supongo que se alimentaban el uno del otro.

»Con el correr de los años, Emma desarrolló dos personalidades bien diferenciadas. Y no estoy insinuando que sufra de una enfermedad mental (clínicamente no sufre trastorno alguno): todas sus acciones fueron intencionadas. Pero mostraba una cara al mundo y otra a Ramsden. Si os fijáis bien, a Emma no le resultaba difícil cambiar su apariencia. Sólo tenía que hacerlo para agradar a Ramsden, a quien de todos modos ya tenía dominado. Desde luego, ir a verle a Londres no suponía un problema. Pero cuando ella se instaló en Gratly y él se trasladó a York, verse resultó aún más

sencillo. Ella podía arreglarse en el coche, camino del encuentro: se aplicaba un poco de maquillaje, se cepillaba el pelo y, si quería, incluso podía cambiarse de ropa. Cuando Harold estaba lejos, todo se volvía aún más sencillo. Su vecina me dijo que hay una puerta que comunica la cocina con el garaje, y el camino que une los páramos con la casa de los Ramsden es muy solitario. Pero Emma no sólo cambiaba de aspecto, también cambiaba de actitud. Con Ramsden se sentía sexualmente poderosa, una sensación que habitualmente tenía más o menos desconectada.

»Con el correr del tiempo, ocurrió todo lo que ella supuso que ocurriría. Steadman fue dedicando cada vez más tiempo a su trabajo, y ella (con la única excepción de Ramsden) se sintió cada vez más excluida. ¿Por qué no abandonó a su marido? Voy a arriesgarme a suponer, y se me ocurren dos razones. La primera, la seguridad. La segunda, la certeza de la herencia: la posibilidad de que su vida mejorase cuando ella y su marido fuesen ricos. ¿Pero qué fue lo que ocurrió? Tal como se figuraba Emma, recibieron la herencia, pero nada cambió. De hecho, las cosas empeoraron. Y dada la situación, hasta cierto punto comprendo cómo se sentía. Emma es una mujer que sueña con viajes, emociones, lujo, una vida social... Pero con la herencia lo único que cambió fue que su marido compró la casa de los Ramsden. Ella acabó todavía más aburrida y aislada que antes, mientras su marido se gastaba el dinero en investigaciones históricas. Y es que Steadman era un hombre consagrado a su trabajo. Aunque no apruebe lo que ella hizo, comprendo lo que la llevó a hacerlo. Steadman no era sensible a las necesidades de su mujer, ni a las emocionales ni a las materiales. Era egoísta y avaro. A pesar de ser ricos como Creso, él pasaba sus ratos libres bebiendo en The Bridge y gastándose el dinero en su trabajo. Estoy seguro de que Emma Steadman hubiera preferido relacionarse en el club de campo. Así que, en realidad, Emma Steadman era casi una prisionera. Y la única persona con quien su esposo tenía una relación estrecha era con Penny.

—Eso no es del todo cierto —dijo la cantante—. Quería mucho a Michael, le tenía afecto.

—Sí —asintió Banks—, pero su relación era principalmente de

trabajo. Michael le resultaba útil. Él y Steadman eran más bien colegas o socios, pero no amigos. No olvide que fue Michael quien lo mató.

—Ella lo obligó.

—Sí, pero fue él quien lo hizo.

Desde la barra llegó un camarero y el grupo pidió otra ronda.

—Continúe —Penny instó a Banks cuando hubieron llegado las bebidas.

—Michael Ramsden es ambicioso pero débil. No se le da bien el trato con las personas. Compartía los intereses de Steadman, es cierto, pero no estaba obsesionado. Uno de los colegas de Steadman se ofendió cuando usé esa palabra, pero aun así creo que es válida. Además, Ramsden estaba resentido con Harold, pero no a causa de usted, Penny, aunque Michael por entonces sintiese celos. No, su resentimiento hacia Steadman era de otra clase, de ésa que hace que acabemos detestando a quienes antes hemos elegido como ejemplos, como modelos, o como quiera llamarlo. Michael odiaba ser siempre el segundón (el corrector de estilo, el asistente) y nunca el tipo creativo, el líder... de hecho estaba escribiendo una novela propia. Creo que Emma se aprovechó de eso y cuando se encontraba con Ramsden subrayaba los fallos de su marido, aprovechándose del creciente resentimiento del joven por su mentor. Pronto Michael fue comprobando la mezquindad de Steadman, su falta de consideración por todo aquel que no compartiera sus intereses. En el fondo, también creo que siempre le irritó la facilidad con que Harold se comunicaba con Penny, y el cariño que ambos se profesaban. Y así, con el paso de los años, esa animosidad fue creciendo, exacerbada por el deseo sexual que Emma le provocaba. Y finalmente llegó la oportunidad de hacerse ricos, de quedarse con todo.

»Emma Steadman utilizó a Ramsden, y no cabe duda de que lo manipuló. Pero eso no lo absuelve a él de la culpa. Poco a poco ella fue exponiéndole la idea de asesinar al marido, y lo ayudó a superar la resistencia y los resquemores que él demostró en un principio. En parte lo hizo aprovechando el resentimiento que Michael ya llevaba dentro, y en parte por medio del sexo. Lo rechazaba y después lo

satisfacía. Volvía a rechazarlo y luego le procuraba más satisfacción de la oue él había sentido jamás. Al menos así es como me lo explicó él. Ramsden no es ningún tonto, sabía lo que estaba pasando y le siguió el juego a Emma. Y juntos mataron a Harold Steadman.

»Como es lógico, Emma iba a recibir la herencia y por tanto sería la principal sospechosa, por eso necesitaba una coartada a toda prueba, y la consiguió. Y por más que busqué, no encontré ni el motivo ni la oportunidad que Ramsden necesitaría para hacer semejante cosa. Hasta que su relación con Emma se me hizo patente. Además, debía investigar a otros sospechosos.

Al oír esas palabras, tanto Barker como Penny miraron a Banks con desaprobación.

—Efectivamente —prosiguió el policía—, a ustedes dos, y durante un tiempo a Hackett y a Barnes. Incluso sospeché del comandante y de Robert Kirk, pero muy fugazmente. Créanme, me culpo por no haber descubierto la respuesta antes de que tuviese que morir Sally Lumb, pero la verdad estaba oculta entre un sinfín de cotilleos, y los hechos pasados se hallaban ocultos entre los del presente.

—¿Por qué tuvo que morir Sally? —preguntó Barker—. No creo que fuera una amenaza, ¿cuánto podía saber?

—En muchos aspectos era una chica adulta para su edad y malinterpretó la situación. Pero de Sally les hablaré luego —explicó Banks—. El sábado en que Steadman fue asesinado, Ramsden fue en coche hasta las inmediaciones de Gratly, aparcó su coche en uno de esos graneros abandonados y en ruinas que hay sobre el camino secundario, hacia el este de la casa de los Steadman, el mismo que Emma solía usar para escaparse a York. No olviden que Ramsden se ha criado en Gratly y conoce cada curva y cada bache del valle.

—¿Pero cómo regresó? —preguntó Penny—. Es una caminata increíblemente larga y el único autobús a Eastvale sale por la mañana.

—Muy sencillo: Emma Steadman lo llevó de regreso en coche —respondió Banks—. De todos modos, él no hubiera cogido el autobús, mucha gente se hubiera percatado de su presencia. Ella lo recogió en el camino a una hora preestablecida y en un lugar lo

bastante aislado para que nadie los viera. Lo dejó en la esquina de su casa y después se fue de compras a York. Ya lo hemos comprobado, la vecina lo recordaba porque Emma le trajo un material que le había encargado. Nada de eso era inusual. Emma Steadman solía pasar las tardes de compras en York. Después de todo, era una señora de vida ociosa. Ella y Ramsden sólo tenían que tener cuidado de no ser vistos. Y aunque alguien les hubiese visto a distancia y detrás de una ventanilla, Ramsden se parecía bastante a Steadman. De haberlos visto juntos, a nadie se le hubiera ocurrido pensar otra cosa ni por un instante.

—¿Qué me dice de aquella noche, después de que Harry y mi padre tuvieran su altercado? —preguntó Penny.

—Ése es otro de los detalles que, al echar la vista atrás, debí haber notado —respondió Banks—. Tras recuperarse del altercado, Steadman sólo hubiera ido a un sitio, al lugar donde tenía intención de ir desde el principio: a casa de Ramsden. Recuerden que Harry era un hombre consagrado a su trabajo; excepto por usted, Penny, que había hecho mella emocional en él, y por tanto recibía parte de su valiosa atención. Así que Steadman hizo exactamente lo que había planeado hacer: ir en coche a York. Y Ramsden lo mató.

»Todo había sido planeado de antemano, quizá hasta ensayado. Ramsden ya había desplegado una tela de plástico en el suelo porque estaba pintando su salón; entonces se acercó a Steadman por detrás y lo golpeó en la cabeza con un martillo. A continuación envolvió el cadáver en el plástico, lo depositó en el maletero del propio coche del muerto, condujo hasta Crow Scar y lo enterró. No pudo enterrarlo envuelto porque eso hubiera podido dejar demasiadas pistas, pero nos dijo dónde enterró la tela plástica y ya la hemos encontrado.

Penny hundió la cabeza entre las manos, Barker la rodeó con sus brazos.

—Lo siento Penny —dijo Banks—. Sé que suena brutal, pero así es como sucedió.

Penny asintió, dio un sorbo a su bebida y alargó la mano para coger un cigarrillo.

—Lo sé —dijo—. No es culpa suya. Lamento ser una llorona, es por

el *shock.* Continúe, por favor.

—Eran más de las doce de la noche y la aldea estaba desierta. Ramsden regresó, dejó el coche de Steadman en el aparcamiento, atajó por el cementerio, cruzó el puente del arroyo y después volvió a York en su propio vehículo. Sólo le restaba preocuparse por si lo detenían en el trayecto, pero el camino que había escogido hacía que eso fuese muy improbable. Como les he dicho, todo fue planeado cuidadosamente para librar de sospechas a Ramsden y a Emma Steadman, que tenía el mejor motivo para cometer el crimen. Incluso les ayudó que el vehículo de Steadman fuese un Ford Sierra beige, un modelo muy común en esta zona. Ayer fui a echar un vistazo al aparcamiento y vi tres de ellos. Y hay otros coches que tienen un aspecto muy similar, especialmente cuando hay poca luz, los Fiat Allegro, por ejemplo.

—¿Y qué me dices de Sally —preguntó Sandra—. ¿Qué tuvo que ver ella en todo esto?

—Ella no era en absoluto parte del plan —dijo Banks—. Sólo fue otra curiosa que, para su desgracia, rebuscó demasiado en su memoria, como Penny.

—Que sigue aquí por la gracia de Dios —farfulló la cantante.

—Muy cierto —asintió Banks, y añadió—: Independientemente de lo que usted crea, Emma hubiera convencido a Ramsden de que era necesario deshacerse de usted. Probablemente hubiera tenido que hacerlo ella misma, pero eso no la hubiese detenido. Él había bebido más de la cuenta.

—Usted mencionó que al verlos llegar se mostró casi agradecido —dijo Penny.

—En cierto modo, sí, porque todo había acabado y por fin era libre. Creo que para Ramsden aquello supuso un alivio. En cualquier caso, declaró que Sally los había visto a él y a Emma juntos en Leeds. Habían sido muy cuidadosos, nunca hubieran salido juntos en York o en Eastvale, sin embargo Leeds les pareció lo bastante alejada. Ninguno de los antiguos colegas de Steadman hubiera reconocido a Emma; además, ella sabía el tipo de lugares que frecuentaban los académicos y, en consecuencia, cuáles debía evitar. Por casualidad, Sally estaba allí con su novio. He hablado con él, dijo que en una

oportunidad fueron a Leeds en el coche prestado de un amigo. Sally lo sacó a rastras y a toda prisa del local, el pub Whitelock's, pues había visto a alguien conocido, aunque en aquel momento no supo de quién se trataba. Sally estaba más preocupada de que la descubrieran que de saber quién era la acompañante de Ramsden. Supongo que Kevin frecuentaba muchos pubs. Sally pasaba perfectamente por una chica de dieciocho, pero era menor de edad y no podía permitirse el lujo de ser pillada en falta.

»Ahora bien, la mayoría de la gente hubiera pensado que Michael Ramsden se había echado una novia guapa, y estoy seguro de que eso fue lo que creyó Sally. Hasta que los acontecimientos en Helmthorpe la hicieron reexaminar detalles como el del pub. Sally era un chica perceptiva y de una imaginación viva, pero comprendí enseguida su papel en todo este asunto cuando relacioné a Emma con Ramsden. Un detalle que recordé de nuestro encuentro fue que, para ser una chica de su edad, tenía una gran habilidad para maquillarse, y además le interesaba la actuación y el teatro. Ella había visto a Ramsden acompañado de una mujer atractiva, pero olvidó el encuentro de inmediato. Sin embargo, cuando empezó a interesarse por la muerte de Steadman, recordó aquella imagen, tal vez en el funeral, cuando tuvo tiempo de sobra para examinar lo que todos llevaban puesto y el aspecto que tenían. Yo estaba allí y percibí el modo en que nos escudriñaba todos, pero eso no significó nada para mí en aquel momento. Sea como fuere, ella recordó el encuentro y se convenció de que la mujer que había visto en compañía de Ramsden era Emma Steadman, pero muy bien maquillada. Entonces Sally la telefoneó.

»Ese fue su error. Más tarde, Emma le comentó a Ramsden la llamada. Le relató cómo la joven hablaba sin parar de *Cumbres Borrascosas,* y que creía que Ramsden había matado a Steadman para casarse con Emma, con la casa y con el dinero. Sally estaba convencida de que, después de desposarla, Ramsden asesinaría a Emma. Al parecer, Sally pensaba que los Ramsden habían caído en desgracia, y que estaba terriblemente resentido con Steadman por haber comprado la casa de la familia y por haberse erigido en dueño y señor. Sally sugirió una reunión secreta para discutir los hechos y

ver si podían encontrar la manera de lidiar con la situación. Creía que ella y Emma podrían resolver el caso y hacer quedar mal a la policía. Emma sentía pavor por cualquier cosa que pudiera relacionarla con Ramsden, así que mató a la joven.

—¿Emma mató a Sally Lumb? —repitió Penny, aturdida.

—Efectivamente. El viernes por la noche, cerca del puente de piedra. Las aguas no habían crecido todavía. Ocultó el cuerpo debajo del puente y le echó piedras encima.

—¿Pero cómo se le ocurrió a Sally ir a encontrarse con Emma en esas condiciones? —quiso saber Barker—. Hubiera tenido que imaginarse que sería peligroso...

—En absoluto. Desde el punto de vista de Sally, ella sólo estaba advirtiendo a Emma del peligro, estaba salvándole la vida. Y aunque hubiera albergado dudas, basta con fijarse en cómo se comportó Penny. Penny estuvo a punto de hacer exactamente lo mismo, nunca imaginó que Ramsden fuera a hacerle daño.

—Pero eso es muy diferente —arguyo Penny—. Conozco a Michael de toda la vida. Sabía que, aunque mis sospechas estuvieran fundadas, él no me haría daño.

—Alguien se hubiera encargado de hacérselo —respondio Banks—. Poco le iba a consolar no haberse equivocado al juzgar a Ramsden, mientras Emma se disponía a asesinarla. Entonces ya le traería sin cuidado quién lo hiciera, ¿no es cierto?

—Por lo menos a la policía sí le hubiera importado —dijo ella.

Banks se inclinó hacia delante y la fulminó con la mirada.

—Se equivoca. Menos al cadáver, un asesinato le importa a todos. Es el único crimen que no puede repararse, desequilibra la balanza. Un muerto no se puede recuperar, como sucede con los objetos robados. La muerte no se cura como las cicatrices físicas o emocionales que dejan una agresión o una violación. Es terminante, es el fin. Sally Lumb cometió un error y murió a causa de él.

—Estaba leyendo el libro equivocado —intervino Barker—, y encima lo malinterpretó. Hubiera debido leer *Madame Bovary.* Ése sí trata de una mujer que rumia cómo asesinar a su esposo.

Banks no había leído *Madame Bovary* pero anotó el título en su

memoria para leerlo cuanto antes. Cuando volvió a pasar el camarero, los únicos que pidieron bebidas fueron Banks y Penny.

Banks encendió otro cigarrillo:

—Y cuando Emma mató a Sally, Ramsden empezó a asustarse de verdad. Pero la vida continuó como si nada, no lo fulminó ningún rayo. Ahora bien, sucedió que Penny empezó a imaginarse lo que estaba ocurriendo, y el resto ya lo saben...

Penny se estremeció y se cubrió los hombros con su chal.

—Emma Steadman era mucho más fuerte de lo que nadie se imaginaba —dijo Banks—. También tenía una coartada perfecta para la noche en que murió su marido. Era imposible que lo hubiera matado ella. Yo coqueteé con la idea de que hubiera podido pagar a alguien, pero no me pareció factible. El sargento Hatchley tenía razón: ella no hubiera sabido cómo contratar a un asesino a sueldo. Además, de haberlo hecho, hubiera tenido que temer a alguien más, alguien que sabía del crimen que ella había encargado. Sin embargo, Ramsden era ideal. Ella lo podía manejar como a un títere y además él también saldría ganando. Sally sabía que Emma Steadman no hubiera podido cargar con el cuerpo ni trepar por el prado de Tavistock, lo cual constituía otra razón para no temerle. Lo que no sabía era que Ramsden tenía una coartada perfecta. Yo no se lo dije, y no creo que nadie más lo haya hecho.

»Intenté imaginar todas las combinaciones posibles, pero me equivoqué —dijo, dirigiéndose a Penny—: Usted y Steadman... usted y Ramsden... usted y Barker, aquí presente. Incluso llegué a pensar que Ramsden y Steadman pudieran estar involucrados en un romance homosexual. Como a todos los demás, me engañó el aspecto de Emma Steadman, su sosedad. Nunca me la hubiera imaginado como una mujer ardiente y poderosa. Ni siquiera lo intenté. Pero ella poseía la combinación más peligrosa de todas, un carácter apasionado y calculador.

—¿Cómo llegó a sospechar de ella? —preguntó Barker—. A mí no se me hubiera ocurrido ni en un millón de años.

—Eso es porque usted sólo escribe libros, pero somos nosotros quienes realmente hacemos el trabajo —bromeó Banks.

—Tiene toda la razón. Pero explíquemelo, por favor. Siento

curiosidad.

—Dígame una cosa: ¿nunca notó nada raro en Emma Steadman?

Barker meditó unos instantes.

—No —respondió—. Creo que no. No la veía muy a menudo, y cuando lo hacía me sentía un poco incómodo.

—¿Por qué?

—No lo sé. Hay mujeres que hacen que uno se sienta de ese modo.

—Pues no lo mencionó cuando le pregunté qué opinaba de ella...

—Hasta que usted lo mencionó, no me lo había planteado —dijo Barker—. Además, no le hubiera servido de nada.

—Supongo que no —admitió Banks—. Pero sucede que yo también me sentía incómodo en su presencia, claustrofóbico incluso. Fue una especie de reacción instintiva, y debí haberla tenido en cuenta.

—¿Pero qué significaba? —preguntó Barker.

—Echando la vista atrás, es decir, reconociendo que no me sirvió de nada hasta que ya fue demasiado tarde —se disculpó Banks—, creo que se trataba de una respuesta inconsciente a su energía sexual. Su aspecto me desagradaba, pero no podía evitar sentirme atraído por ella. Así que sentía rechazo y repugnancia a la vez. Puede sonar estúpido, pero no pude ver lo que había debajo de la superficie. Y eso fue lo último que comprendí. Lo primero fue algo que Darnley dijo en Leeds, y que yo no conseguía recordar por nada del mundo. Fue un comentario casual, pasajero, al que nadie le hubiera dado importancia.

—¿Cuál? —preguntó Penny.

—Darnley recordó que a su llegada a Leeds Emma era «un bomboncito». Por supuesto, eso no significó nada en aquel momento. Pero después desapareció Sally. Yo intuí que tenía que estar relacionado con el caso Steadman, pero no conseguía figurarme cómo. Emma me había hablado de su interés por el teatro, pero no había manera de saltar de ese comentario a suponer que Michael Ramsden había asesinado a Steadman. Además, yo todavía andaba demasiado ocupado siguiendo todas las pistas excepto la correcta. Y también me había cegado la coartada de Emma.

» Finalmente, Sandra, que había tenido la oportunidad de conocer

a Emma Steadman, me dijo que había notado que la viuda se mantenía en forma y tenía un buen tipo. En ese momento pude unir los cabos sueltos: el comentario del "bomboncito", la habilidad de Sally para el maquillaje (que, si uno lo piensa, radica en la capacidad de cambiar el aspecto de alguien) y Emma Steadman, una mujer que todavía podía acicalarse y resultar atractiva. Ella misma me había comentado su paso por el teatro vocacional. Cuando reflexioné sobre la manera en que los demás veían a Emma Steadman, me di cuenta de que nadie había mencionado que fuese atractiva. Penny no iba a hacerlo y Harold Steadman tampoco; al igual que Penny, él nunca le había prestado atención a su esposa, y Jack sólo la había conocido recientemente. Ramsden tampoco dijo que fuera atractiva y eso, a fin de cuentas, me resultó extraño. Entonces me puse a pensar en aquel verano, en el tiempo que Ramsden y ella pasaban solos en la casa, y cómo el joven se desinteresó de Penny de repente. Yo siempre lo había visto como un pálido romántico, pero lo que más me costó fue imaginarme a Emma Steadman en el papel de la Bella Dama. Mi interpretación del pasado me engañó, igual que a Steadman le engañaba la suya, tal como afirmaba Teddy Hackett. Todos rememoraban aquel verano a través de gafas color de rosa, pero lo cierto es que fue un periodo de mentiras, ambición, engaño y adulterio. No fue idílico en absoluto, incluso Sally se equivocó.

»Cuando hacía mis pesquisas nunca pensé en Emma y Ramsden, pero fue fácil revisar lo averiguado desde una perspectiva nueva. Una vez que superé ese escollo, el patrón resultó visible. Dos personas actuando juntas hubieran podido llevar a cabo el asesinato de Steadman, y a la vez contar con coartadas a toda prueba. Sally representaba una amenaza para Emma sólo si la había visto transformada de ama de casa sosa en sirena sexy, y en compañía de Ramsden. Todo lo que tuve que hacer fue presionar todavía más. Por lo menos estaba seguro de estar yendo en la dirección adecuada. Pero los hechos se resolvieron de otra manera.

—Es que usted tenía una idea fija de la relación entre Harry y yo —dijo Penny.

—Es cierto —admitió Banks—. Tal vez no debí pasar por alto la combinación Ramsden-Emma. Pero eso es fácil decirlo ahora que

todo ha acabado. Cada vez que me enfrascaba en lo ocurrido aquel verano, sabía que me faltaba algo. Así que supuse que los sujetos involucrados habían estado mintiéndome u ocultándome algo. Pero no era cierto. Hasta donde ustedes sabían, todo había ocurrido tal como me lo habían referido.

—No te culpes —dijo Sandra a su marido, al tiempo que le guiñaba un ojo a Penny—. Después de todo sólo eres un hombre.

—Brindo por eso —dijo Penny alzando su vaso y dando un codazo a Jack Barker.

Banks se unió al brindis. Pero mientras charlaban sobre cosas sin importancia él se sumió en pensamientos profundos y cargados de culpa, pensamientos sobre Sally Lumb, quien había conseguido atisbar bajo de la superficie únicamente para darse de lleno contra otra ilusión romántica. En el cielo desaparecieron los últimos rayos de sol y Crow Scar empezó a relucir como un hueso alumbrado por la luna llena.



Un trozo de corazón

Robinson, Peter
9789979647850
400

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Yorkshire, Inglaterra, verano de 1969. Al finalizar un concierto de rock, un grupo de jóvenes encuentra el cadáver de una muchacha en el interior de un saco de dormir. Todo apunta a que ha sido brutalmente asesinada y a que su muerte guarda cierta relación con la banda de psicodelia **Mad Hatters**. Al menos, eso quedó reflejado en el expediente del caso, que en su mo-mento fue investigado por un tal **Stanley Chadwick**.

Décadas después, el **inspector Alan Banks** se topa de nuevo con el nombre de los **Mad Hatters** relacionado con una muerte; en este caso, la de un periodista que estaba escribiendo un ar-tículo sobre la banda. Quizá sea una coincidencia, pero la muer-te del periodista parece guardar cierta relación con aquel viejo caso del denominado "verano del amor".

"**El talento de Robinson...** le permiten otorgar a Banks una mente ágil y una presencia fuerte en el relato al tiempo que, gracias a la variedad de sus registros, **cada personaje secundario cobra una individualidad tenaz**." - *New York Times Books Review*

"Si aún no te habías topado con el inspector Banks, **prepárate para un curso intensivo en tensión, de una psicología sutil**." *- Ian Rankin*

"**Excepcional**" – *The Washington Post*

"**El Camaleón es una auténtica novela negra moderna y cautivadora**." - *Bookseller*

"**El inspector Banks** sabe que a menudo las respuestas a los interrogantes que intenta resolver pueden encontrarse en lo más profundo de la propia alma." *- Michael Connelly*

"**Entre las sombras ofrece todo el suspense que se pueda espera**r, además de unas cuantas sorpresas." - *The Toronto Star*

"**Petrificante, evocativa, una obra de arte de profundos matice**s." - *Dennis Lehane*

"Una novela tan vívida que quemará los dedos incluso **a los detractores de los thrillers más programáticos.**" - *People*

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Tan muerto como tú

James, Peter
9789979647713
400

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Roy Grace ya no solo tiene que investigar a los criminales más peligrosos de hoy en día: ahora los del pasado también han decidido volver...

En el hotel Metropole de Brighton, la noche de Nochevieja una mujer es brutalmente violada cuando regresa a su habitación. Una semana más tarde alguien ataca a otra mujer. El violador se lleva los zapatos de las dos...

El detective **Roy Grac**e se da cuenta enseguida de que estos casos son muy similares a otros que quedaron sin resolver en 1997 en cuya investigación él participó. Al criminal se le apodó Hombre de los zapatos y se cree que violó a cinco mujeres antes de acabar asesinando a la sexta de sus víctimas y de desvanecerse.

Ahora, **Grace** no sabe si se trata de alguien imitando los ataques originales o del propio Hombre de los zapatos que ha reaparecido, pero cuando las violaciones se suceden, **Grace** acaba por convencerse de que se trata del mismo hombre. Y de que escarbando en el pasado —una época en que **Roy Grace** todavía era feliz junto a su esposa **Sandy**, ahora desaparecida— puede encontrar la clave para resolver la investigación. Pero tiene que ser una carrera contra reloj, porque la policía se

teme que vuelva a repetirse la historia después cuando llegue a la sexta víctima.

«**Los amantes de la novela negra** que todavía no hayan descubierto a **Peter James** deberían rectificar esta situación inmediatamente» - *Birmingham Evening Mail*

«**Uno de los creadores de novela criminal más endemoniadamente inteligentes que existen**» - *Daily Mail*

«**James es cada vez mejor y se mereces sin lugar a dudas todos los éxitos** que está teniendo con esta serie de primera» - *Independent on Sunday*

«La segunda novela de la serie ambientada en Brighton confirma el talento de **Peter James para crear una trama de gran calidad y un suspense que atrapa desde el primer momento**» - *The Guardian*

«**Un magnífico relato de codicia, seducción y traición**» - *Daily Telegraph*

«**La mejor novela de suspense de Peter James**. Apasionante, angustiosa. Un complejo

rompecabezas.» - *The Times*

[Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)]



Jugando con fuego

Robinson, Peter
9789979647812
400

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Según cómo se mire, la imagen del fuego que consume dos barcas en el agua puede resultar hermosa.

De hecho, al **inspector Banks** le recuerda un verso de Shakespeare. Pero en cada barca se encuentra un cadáver, los restos chamuscados del artista local, excéntrico y ermitaño, y de una joven yonqui e igualmente solitaria. El **inspector Banks**, un hombre curtido por las tragedias extraliterarias, sabe que no se trata de un accidente, sino de una puesta en escena. La obra de un autor obstinado, por cierto, ya que poco tiempo pasará antes de que otro fuego se lleve un remolque en el campo y con él, como temen Banks y la detectivē **Annie Cabbot**, otra vida marginal.

A pesar del patrón evidente, y aunque los primeros resultados de la investigación indican que la intriga se sitúa en el mun-dillo de los falsificadores de obras de arte y estafadores varios, puede que estos crímenes no sean un fin en sí mismos.

Entre las Ilamas, un ojo adiestrado (Banks) podría descifrar un plan para borrar la pista de un espanto mayor. Un ojo experto como el de **Banks** podría ver

incluso la pieza que falta en lo que parece una obra incompleta; la muerte que está por venir, aunque Banks no sepa dónde, cuándo ni por qué**.**

"**Excepcional**" – *The Washington Post*

"Si aún no te habías topado con el inspector Banks, **prepárate para un curso intensivo en tensión, de una psicología sutil**." *- Ian Rankin*

"**El Camaleón es una auténtica novela negra moderna y cautivadora**." *- Bookseller*

"**El inspector Banks sabe que a menudo las respuestas a los interrogantes que intenta resolve**r pueden encontrarse en lo más profundo de la propia alma**.**" *- Michael Connelly*

"Entre las sombras ofrece todo el suspense que se pueda esperar, **además de unas cuantas sorpresas**." - *The Toronto Star*

"**Petrificante, evocativa, una obra de arte de profundos matices**." - *Dennis Lehane*

"Una novela tan vívida que **quemará los dedos incluso a los detractores de los thrillers más**

programáticos." - *People*

"**El talento de Robinson**... le permiten otorgar a Banks una mente ágil y una presencia fuerte en el relato al tiempo que, gracias a la variedad de sus registros, **cada personaje secundario cobra una individualidad tenaz**." *- New York Times Books Review*

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Una gran salvación

George, Elizabeth
9789979643425
350

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Un anciano sacerdote viaja desde un pequeño pueblo del norte de Reino Unido hasta Londres para pedir ayuda a Scotland Yard. En una granja de su parroquia ha descubierto el cuerpo decapitado del propietario y a su hija junto a él, en estado de shock y declarándose culpable. Pero nadie en la población cree que Roberta haya sido capaz de semejante crimen. El inspector Lynley y la sargento Havers son los encargados de resolver un complicado caso repleto de contradicciones.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



La casa de las sombras

Fields, Helen
9789979648130
400

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

No lo ves…
Pero está ahí…

Elspeth, Meggy y Xavier están encerrados en un piso. No saben dónde están, ni por qué están allí. Solo saben que un hombre los ha capturado y no piensa dejarlos ir.

Desesperados por escapar, los tres deben encontrar una salida del infierno que están viviendo, aunque eso signifique destapar una verdad muy oscura.

Porque el hombre que acecha en la casa de las sombras no es una pesadilla. Es muy real. Y está observando.

«**¡Un thriller emocionante con uno de los villanos más inquietantes y fascinantes que he leído jamás!**».
Roz Watkins ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«Un **procedimiento psicológico fascinante** que **acelera el pulso**».
Louise Mullins ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«Helen Fields lo ha bordado con *La casa de las sombras*. Este libro **te mantiene enganchado**

desde el **escalofriante** inicio hasta la última y **sobrecogedora** página**. Simplemente brillante**».
Neil Broadfoot ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«*La casa de las sombras***te hiela la sangre.** Con una **trama oscura, envolvente y personajes muy bien construidos**, te enganchará desde la primera página…».
Debbie Howells ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«*La casa de las sombras* es una **novela criminal aterradora, llena de suspense** y con **un asesino sacado de tus peores pesadillas**. Una protagonista verdaderamente única frente a un **asesino espeluznante**. Me fue imposible soltar el libro hasta el final. Estoy deseando leer más de esta serie».
Vicki Bradley ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«Una **escritura envolvente**, un **ritmo trepidante y personajes fascinantes.** Me encantó».
Suzy K Quinn ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)